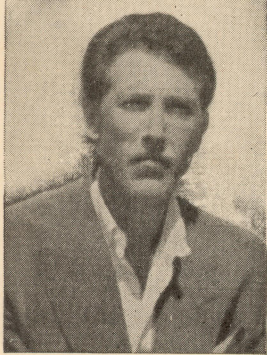


Pancho Guerra

Memorias  
de  
Pepe Monagas



MADRID 1958



**P**ANCHO Guerra nació en Tunte, o Tirajana. De ambos modos se llama en guanche un pueblo del centro de Gran Canaria al que se llega por los caminos del Sur, y que por agónica sintonía pertenece a esa espléndida y áspera zona de la isla, la zona que da espaldas a la amorosa acción de los alisios y cara al aliento del Africa cercana, conformando y brindando así el paisaje y el acento más característicos, apasionados y apasionantes de aquel brote de tierra atlántica. Muy niño vino a la capital, Las Palmas. Cursó aquí los estudios del bachillerato, con pésimo aprovechamiento. Un salvaje anhelo de libertad, el juego y las más dispersas y devoradas lecturas llenaron su desorbitada época infantil y su atormentada adolescencia. También signaron estas fases fundamentales de su existencia una tremenda prisa por vivir y una anárquica curiosidad, lo mismo por lo especulativo, que por lo inmediato y tangible de su estrecho y estrechado contorno. A los dieciocho años establece contacto con la Escuela

Depósito Legal: M. 11.314-1958.

MEMORIAS  
DE  
PEPE MONAGAS

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
LAS PALMAS DE G. CANARIA  
N.º Documento 271410  
N.º Copia 297162

*PICARESCA CANARIA*

**La cubierta de este libro la ha hecho  
Eduardo Creagh, un palmero notable  
en la amistad y el arte**

Hace unos años, en 1948, se publicaron en Madrid «Los cuentos famosos de Pepe Monagas», librito por el que siento una mezcla de simpatía y desapego, pues si me procuró en torno y hacia fuera la alegría de haber divertido a los más honestos, sencillos y generosos de mis paisanos, dentro me dejó el reconcomio de su mala factura. Aún me duelen sus escasos dolores, la campante manera con que rompió y se puso a vivir.

En algún rinconcillo de aquella aventurada obra yo prometía la publicación de otras, también sobre personajes y temas de mi tierra canaria. Después, la pereza, que tanto daño me ha hecho, el desencanto, que no ha sido menos, y más cosas que me callo por no dar un cuarto al pregonero, fueron secando los proyectos. Hasta hace poco ellos tuvieron entre mis manos; cada vez que los rozaban, la amarillenta y frustrada aspereza de las frutas que tumba el viento.

Entonces, cuando los cuentos, alguien se aplicó a sacarme de la empeñada galbana, empujándome, o así, hasta conseguir que reuniera en un volumen algunas de aquellas narraciones que aparecieron la primera vez, y creo que a lo largo de por lo menos tres años, en semanarios pertenecientes a «Diario de Las Palmas». Me complace decir aquí que sigo entrañablemente unido a esta publicación. En su Redacción histórica encontró el primer cobijo mi temprana, balbuciente y apasionada vo-

cación periodística. Y había en aquella casa un hombre, Antonio Junco Toral, tempranamente muerto y bien sentido, que creyó en mí y que fué mi compañero y mi amigo fiel por sobre todas las pequeñas borrascas de la mocedad y del trabajo. Me gusta también recordarlo aquí con amor.

Parecerá mentira, pero fué un nativo de Escandinavia, un danés gran amigo de la tierra isleña y sorprendente devoto de aquellas populares historias, quien me sacó de mi crónica y gustosa tendencia por el holgar y el feriar. Por el sur y por el centro de nuestra isla de Gran Canaria yo he oído llamar «zanguango» —con «s», ¿cómo no?— al calamidad, al hombre infeliz, al orejas gachas, auténtico Juan Lanás. En Castilla dicen zanguango del perezoso y del indolente. Yo estaba hecho un zanguango a la castellana cuando ese admirable descendiente de los vikingos se metió en mi plácida órbita, modificándola con su superior gravedad. «Los cuentos famosos de Pepe Monagas» ganaron la calle por los generosos e incoercibles estímulos de Tomás V. Christensen. Luego, Agustín Miranda Junco, a quien debo tanto o más que pudiera deberle a un hermano de sangre, coronó la aventura de la publicación, haciéndola definitivamente posible.

Tengo que decir que si no es por estos dos singulares amigos, el volcado y animoso Agustín y el no menos impetuoso y jovial escandinavo Christensen, los cuentos estuvieran todavía en alguna de las viejas y hasta empolvadas carpetas que conservo, no sé por qué, en un rincón de mi cuarto de realquilado eterno, y dentro de las que permanecen agostados —en gran parte por culpa de las oficinas y en no pequeña por obra de mi pobre voluntad—, tantos sueños.

De nuevo ha ocurrido algo por el estilo... Otra vez ha entrado en juego la ardicia personal y el afecto inalterable de Agustín Miranda, andando a la brega ahora con ese otro inconmensurable tipo humano que es Antonio Arbelo, el médico de niños, que como a niño enfermo

de grave pereza y de ya casi irremediable desencanto, me ha tratado. Antonio aplicó, una vez más, el mágico don de su personalidad, junto a su fuerza de hombre tenaz y su técnica de sabedor en ruineras, obteniendo al cabo una de las curaciones más difíciles de este mundo, para mi gusto: la de hacer trabajar a una criatura que tiene unas rigurosas ganas de estarse quieta, sentada en una orilla.

Agustín y Antonio patronearon el segundo «embarque», del que han salido estas «Memorias», metiendo luego a bordo a un no menos entusiasta grupo de gran-canerios por partida doble y a un gran chicharrero: Rafael Navarro Jiménez, Alfonso Santamaría, Juan Rodríguez Pérez, Ramón Roque, Agustín Correa y Javier Casais Sandaló.

Este libro se debe a ellos. Y si, aplicándole el generoso rasero cervantino algo de bueno le queda dentro —aparte su desenfadada pretensión de divertir, una contribución a ampliar y fijar para el estudio y el tiempo los modos y maneras del habla popular isleña—, a ellos ha de agradecérsele.

En último lugar, al amor a machamartillo que sigo teniendo por las tierras, las aguas, la luz y las gentes de mi Gran Canaria, gentes de las que, claro, mi corazón destaca a estas cuyos nombres acabo de estampar.

Madrid, noviembre de 1958.



CARTA QUE CARMEN LAFORET ESCRIBIO AL  
AUTOR CONTESTANDO A SU PETICION DE QUE  
LE DIERA A ESTA OBRA UN POCO DE SU BUENA  
SOMBRA

*Arenas de San Pedro, julio de 1957*

*Querido Pancho Guerra:*

*Yo tenía que hacerte un prólogo para tu «Pepe Monagas», y no me sale, en absoluto.*

*El libro es espléndido. Toda la picaresca de la isla, una picaresca inocente, tierna, divertidísima y malhablada, está ahí, y también, en inesperados golpes de poesía, el paisaje de la isla... Yo creo que no se ha hecho hasta ahora un libro mejor sobre las Islas Canarias. Un libro más hondo, más directamente canario... Un libro tan difícil de hacer, al mismo tiempo que tan genialmente logrado.*

*Yo te prometí un prólogo para la novela, por mi admiración hacia ese personaje tuyo: Pepe Monagas, que me parece a mí tan vivo y extraordinario como Don Quijote, o Sancho, o Charlot... Pero a la hora de hacer ese prólogo no puedo intentarlo, porque, la verdad, las novelas que necesitan presentación son unas pobres novelas; los autores que no saben presentarse ellos mismos*

*con su obra, unos pobres autores... Y, en este caso, Pepe Monagas y tú no necesitáis introductores.*

*Tampoco necesitáis alabanza. Y un análisis minucioso del libro, con sus formidables aciertos y también sus pintorescos defectos, yo no lo hago de ninguna manera. Jamás he sabido ni he querido hacer crítica. Cuando un libro me gusta, me divierte, me tonifica humanamente, como el tuyo, los detalles del libro que a mí me disgustan creo que... están bien, que el autor siempre sabe más que yo, cuando es un gran autor.*

*Con todo afecto,*

**CARMEN LAFORET**

CARTA QUE PEPE MONAGAS ESCRIBIO A PANCHO GUERRA CUANDO LE REMITIO, HACE TIEMPO, EL ORIGINAL DEL PRESENTE LIBRO (1)

*Las Palmas, 7 del mes de Santiago de 1954*

*Sr. D. Pancho Guerra  
Calle de San Lorenzo, 11  
Madrid*

*Apresiable don Pancho, me alegraría que al resibo de la presente se encontrara gosando de buena salud, como este mi corasón le desea, por aquí, Soledad la mía, bien, gracias sean dadas a Dios, y menos que regular el que suscribe, aunque yo no suscribo, dijéramos arrente del papel, sino que dicto, porque llevo tumbadito en la cama con un ataque de reuma de los que pudiéramos llamar bardinos, desde el mes de la Pascua, en que según viró la luna pegaron conmigo unas puntadas en todos los visagros, y de últimas caí baldado y hasta la*

---

(1) He modificado algo la ortografía y la sintaxis de esta carta, transcrita, como se verá, por un mozuelo poco experto, para hacerla más entendederá al lector no isleño, y hasta al nativo poco o nada avezado a leer epístolas como ésta que a la vista tiene, si sabrosas, algo durillas, así como el mazapán pasado.

fecha, que ni con médicos ni con curanderos agarro viento.

Es por esto que ha molestado a Manuel, un galletón de Rafaelito el de la tienda, que quisás que no conosca, porque cuando usted traspuso de aquí el escribiente andaba todavía alrededor de la teta, dando el requilorio por muelas y dientes y saliéndose todo por atrás y por adelante; quiere desirse que yo voy disiéndole las cosas y Manuel poniéndolas a golpe de palotes y a pulso de mano engarabitada, que él refuersa cambando la cabeza y apulsando sobre media lengua que tiene fuera y a una banda los dientes encaramillados con que el Señor se sirvió rematar el adorno de su boca de breva alcansada de relente.

Queda dicho lo anterior para que no se estrañe de que según llegemos al canto abajo de la carta, no le ponga lo que de fijo se pone, o séase: «no tiene sino que dispensar la letra y las faltas de ortografía, que son algo muchillas».

Esta es para desirle, y dejamos el caroso por el grano, que su emperrado antojo para que escribiera sobre pasos y andensas de mi vida, cayó con suertilla, pues si yo no me hubiera visto abacorado por estos dolores de presa, que tan a mano metida me han redusido, usted se hubiera quedado sin los escritos, y al cabo, también, la «posteridad» esa de que usted hablaba en sus cartas pidiéndomelos como un descosido; agradáscaselo después a Soledad la mía, la cual que se ha pasado sumbándome como abejón en ensierro los días cumplidos, y hasta parte de las noches, sacándome sus peticiones a cada momento, y torna y vira a lo mismo, con tal majadero guineo que en ocasiones no le metí su cachetonsito porque, sobre no valerme, ya hay tiempo que no la castigo. «¡Escribe de una ves eso que te pide don Pancho, debaso!», se ponía; «aprovecha que estás apalastrado ahí y hasle el gusto, mira que a lo mejor (re-

forsaba la indina) neseditas un día un apoyito para cualquier cosa y lo tienes de la banda acá...» (¿Qué le parece este... tirar a ventana señalada...? Las mujeres, ya usted se habrá percatado, son románticas cuando, por estar todavía mosiando, tienen en sus ojos de pájara echada la humildad de lo interino; en cuanto se escalafonan de plantilla, dijéramos, se viran como los biscochos lustrados, que los mete usted en el chocolate y se lo chupan todo.)

En total, que empesé escribiendo unos ratos, dictando otros, conforme anduviera de remos, pero al romper, siempre con muy pocas ganas; hasta que de repente, usted don Pancho, ¡agárrole la embocadura...! Salió, para mi asombro, y hasta quisás el suyo, ese fleje de papeles que le mando con estas letritas.

Ahora, mi amigo, paso a pedirle una cosa importante, que es que no meta en papeles impresos estas memorias al pie de la letra; arréglelas un pisquito, y así partimos el trabajo. Si le da algunas perras, que me estrañaría, me tiene como hermano para otra partisión, ya usted me entiende... Sabe de sobra que Soledad la mía lo apresia a usted debidamente, como este que lo es.

Me queda por desirle que por acá, y tal ves por la parte de la América, tengo, como todo el mundo, gente que no me quiere bien, aunque hay otra, bastante más acresentada, que me considera; como conosco el ganado, me creo que aquella, la del mirar gacho y el suero aseó, va a aprovechar estos escritos para afiansarse en la mala idea que de mí ha tenido, y a la mano de la cual me ha atribuido o pegado cuantas sarandajadas se han hecho en la isla, o por lo menos en la Ciudad; quisás sigan resistidos a creer que en el fondo soy un hombre cristiano y bueno, que ahora que va para viejo, y ya casi con la quilla en el marisco, se consuela y alivia pensando que, tal ves, el hombre no sea rigurosamente culpable ni del norte a que tire su aguja de marear,

ni de los entullos y susesos que, semejantes a orillas y delfines, le salgan a proa o le brinquen a las bandas de su barquito; a mí me parece que dentro de cada quisque hay como un misterioso jalío, que tira, al modo del de la mar, y fuera el viento sopla de donde le va dando gana, sin que una cosa ni la otra las pueda usted gobernar; si acaso, barloventearlas, como aquel que dise: las bordadas y repiquetes de una vida, mi amigo, están, para mi gusto, bastante más allá de la voluntad humana...

Y nada más por hoy, don Pancho amigo, sino desirle que nosotros, yo y Soledad la mía, deseamos con el corasón en la palma de la mano que las piedras le florescan. Mande en lo que sea gustante a este que lo es,

Pepe MONAGAS

Estos pasos y andanzas que para principiar voy a contarle, remontándome en el tiempo —«cangregiando», hubiera dicho maestro Pepe Quintana—, y que abren boca, conforme también me pidió usted al embullarme para que escribiera mis memorias, acaecieron, pues, bastante antes de que a mí me botaran en este puñetero mundo. O sea, que pasaron en el tiempo en que ensamblados a caja y espiga o a ranura y lengüeta rumbos y personas por los misteriosos tejemanejes de la vida —tan semejantes al caprichoso trajín de zaranillos con que las tejederas rehilan la flor del agua—, se fué conformando el capullo del que yo habría de romper. Aunque en el caso, tirando la larva a rabo de lagartija y virada luego la mariposa abejón del culo blanco.

Las cosas mías —de monifato, de galletón, de hombrito y de zapatudo— vendrán después, por sus fechas y en su sazón.

Supe, naturalmente, de tales deudos y sus peripecias por lenguas ajenas. Hablaron en unas ocasiones mi padre y mi madre; en otras, algunos de mis abuelos, que salieron chimbos como perrillos de patio. Apenas los pulpeaba usted tanto así, y a veces sin buscarlés la boca, se fechaban de las viejas memorias, igual que los lanudillos caseros del fácil y vano japido. Caían en el guineo y había que tupirlos con más desabrimiento del que cuadraban al parentesco y el respeto.

También me llegaron noticias por algunos de esos viejos que como zurrónes vacíos, sin más contenido que recuerdos, halla usted varados en las orillas y poyos del pueblo. Conversan allí, dale que le das a la tarabilla, por aliviarle melancolías a su propia transpuesta y a la del atardecer, mientras esperan que les llegue la hora grave de alterar la paz de sus alcobas, primero con el médico y sus tomas, que ya ni entran, ni salen, ni endengan nada; después con el cura, su golpe de campanilla y sus umbríos y bishiseantes latines del «adiós te digo y no llores», y por último, con el carpintero del lugar, que sin quitarse la cachorra y ensalivando imperturbable la mosca del virginio, arrima con sus pinzapos manufacturados a base de garlopazos a punto largo, tachas sacadas y vueltas a meter y rengue rucio con toques de clocos.

Pegaré por hablarle algo de los viejos de la rama de padre, que fué gente con sustancia pajuda y de la que entran los cabales en libra. El, «cho Regorio», al que conocieron más y mejor por el dichete de «Sanana», nació, vivió y tumbó para las Plataneras fijo en aquello de «ni subo, ni bajo, ni aquí me quedo». No una bordada, ni tan siquiera un repiquete alteró sus setenta años bien medidos. De su mujer, «cha» Candelaria, la de Rosiana, con decirle que desde polloncita cargó con el ditado de «la Cordera», se lo dejó dicho todo. Clarita de pelambre y ojos; gacha de morros; ramoneando atrás del abuelo, cualquiera fuera su norte; estremeciéndose, si acaso, con algún remeneño de alpiska cuando él, dando la campanada con gangarro, se calentaba soltándole una desmayada estupidura; durmiendo mausita, lela y borrada por la moroña tiesa, color panasco, puede asegurarse que el nombre se lo ganó sin recomendaciones, o sea a pulso.

Contaban —la cosa tiene visos de chascarrillo, pero los borda de realce— que cuando el abuelo le dijo a «la



Cordera): «Que estu, que digu, Candelaria, que yó..., pues que vía pensao asín como de casalos, o eso, yo y tú», ella, sin reparar en lo de «o eso» —que, seguro, hubiera brincado a tiquismiquis entre gente de la Ciudad, inclusive de fuera del Gabinete—, hincó la barbilla en la caja del pecho, dió un pugidito que quería decir «bueno», se diblusó sobre un arcón de tea hasta dejarlo ráido de lienzos y camisones y cogió el camino de la iglesia sin más palabras de acá ni de allá. Y cuando por no poder ya ni arrastrarla, él soltó la chola a los pies del catre y la llamó y le dijo: «Que estu, que digu, Candelaria, pues que estu que me voy a morir. Aquí te queas. Mira lo qui hases», ella le respondió, al pie de otro pugidito: «Ta bien, Regorio, que me arresinu con la voluntá del Señor; pero siempre te he seguío, que tú bien lo sabes, y ahora también te caigo atrás».

Dicen que el abuelo se desahogó, la primera vez en su vida, con un rezongo entre las boqueadas que tiraba a espicho de pita: «En lugar de Cordera te debieron haber puesto Angrudo. ¡Vaya una lapa, caballeros!».

Me imagino la cara de mi pariente cuando, hallándose todavía de perica en puertas del cielo, pasando el santo fielato, vió arrimar a la alta portada a Candelaria la de Rosiana, que llegaba metida en un jalío de gallina con gogo, al modo de la carrera que se dió para no perder de vista al marido ni en el otro mundo. Había ocurrido que antes que a él le palearan encima su vara y media de tierra; es más, acabadito de ser empaquetado en el negro huacal, ella cayó entre sábanas, mansa, pero desesperadamente negada a vivir. El tumbarse fué tan de golpe y zumbido, que no parecía sino que «cho Regorio» el Sanana la recomendó allá arriba, nada más fondear, con una carta de don Fernando.

Creo que al verla malita tan de súbito y ya con el alma entre los dientes, habló uno de los hijos, el que peor había disimulado esa entre turbia y encandilada

expresión que en tales trances, y por sobre esperridos y jirimiqueos, saca a la jeta de los deudos la idea de que tras el mato del muerto está el gato de las hijuelas, o sea el bollo. en espera de que el hoyo le quite la tapadera. El tal galibardo ya había garrapateado chochos y palotes, enfrascado con media lengua fuera en el cálculo de dulas, bocados y arrifes. Habló y dijo algo así como que «dos muertes arreo eran una vaina, con tanto gasto entre usgado, curato y simenterio».

Fué por esto que mandaron un propio a por la Bernala. La tal curandera resultaba más barata. Hasta podía ser pagada en especies: una gallina mal ponedora y una cestita pedrera de papas nuevas, por ejemplo. Después de retrincarse bajo el quejo el nudo del rucio pañuelo, de cambar la boca y de dar de cabeza en unos camangos que eran la rúbrica de un suculúm, la fondona y curtida endengadora, de ojos ratoneros y cuerós de morrocoyo, dijo a la expectante familia:

—Esto no es pa mí... Y me paso a más: tampoco pa meico. Lo que esta señora tiene es una inmelancolía de barrenillo, o séase de las de tirafondo.

Los doloridos quedáronse un instante con desamparo y tiesura de santos en sacristía. Volvió a jasnar el de la comezón económica:

—Si es algo muchillo pa usté, un meico puei que la aquella. Tengo oío comu que esti de San Mateu es muy entendedor, él...

—Le arrepito que no hay naíta que haser —lo plantó la Bernala—. ¡Sabré yo...! Esta inmelancolía —¡pa que entienda!— es de las de tirafondo descabesao. Quiere desirse que el tirafondo tiene la raja comía, y ya no hay criatura a la que le jaga sombra el cuelpo, que lo desande al viseverso. ¡Se lo dise a usté Mariquita Salomé García, la Bernala!

Aquel segundo dolor y aquella doble entresacada a la remetida plata familiar revejió los corazones como

chorizos del país fuera de quintas. Y estando en este quebranto, la frase de la saludadora: «... ya no hay criatura a la que le jaga sombra el cuelpo...» alumbró a los menos lerdos el clavo ardiente de un milagro. «Aún hay sol en los bardos», se dijeron enfrascando un instante la atención sobre aquella candelilla en el último aceite. Trabajaron sus pensamientos y sus corazones en la promesa de onzas y velas como molleros a Santiago el Chico de Tunte y a la Señora del Pino, «imán de Teror», que a falta de mimos y justicia del «poder central», como el barbado y elocuente poeta don Amaranto Martínez llamaba a Madrid, eran los dos grandes medianeros de la tribulación isleña: el cigarrón berberisco, la sequía, la Hacienda, los piratas, la División de la Provincia, el canto del alcarabán y el llanto de la pardela, con su barrunto de mortaja...

Alguien pidió con anhelosas y entrecortadas voces una novena de Santa María del Pino, que roidilla y resobada venía hacía años dando tumbos por cajas y gavetas familiares. Las mujeres se tiraron a margullar entre ropas y teleques, buscando el librito con tal zarrandeo y rebullicio que el duelo perdió apresto y en poco más cae en relajo. La novena de Nuestra Señora de Teror no aparecía, perdiéndose ahora con ella, conforme se comprobó días después, entre amulamientos y bembas sopladas, una dentadura con piezas de oro, abandonada porque no encajaba, unos zarcillos de mezcla con unas piedritas, y una sortija, también mestiza y con piedra verde, que por lo grande y turbia debió tener su cantera en el culo de una botella. Estas prendas se las encasquetó la Cordera el día que fué al altar relumbrando por fuera y por dentro más entera que un risco, quitándoselas la misma noche del compromiso, en que las trancó y hasta la fecha, que agarraron rumbo.

La apasionada búsqueda calmó cuando alguien dijo que, a su parecer, el santo librito se lo había comido

una cabra, con un «candelario» zaragozano, unos números de «El Iris de Paz», otra revistita que se ocupaba toda ella de cuando el Padre Claret anduvo en islas, y tales cuales papeles más, que quedaron descuidados sobre una silla. (Por cierto que esta cabra, entonces todavía jairilla, aunque ya cubierta, fué animal al que le ordeñaron cacharro y medio de pastillas de leche muerta. Su fama tuvo tal caracol, que hasta gente de La Aldea vino a verla. Como ni el macho que fué su padre, ni la rucia a la que aquél gravó eran de buen castío, la cosa se tomó después a portento. Por mí se decirle que se han visto cosas tanto o mas peregrinas que ésta.)

Se había embargado también el concurso con otra impresionante sorpresa: la del desprendimiento de la Bernala. Era para hacerse cruces aquel levantar la mano —mejor la garra de uñas de cernícalo con luto riguroso— de sobre la segura tajada. Tenía la curandera fama de cobrarle incluso a los pobres de pedir por puertas, quedándose con sus eslabones y piedras, con sus roídos boquines, hasta con sus viejas medallitas. Pero siempre que actuaba. Ahora no había movido ni el dedo margaró, cuando muy bien pudo picardear con unos gajitos de hierba de Santa María, cacareando sin huevo un santiaguado menor. Después, cubierta la cuenta con tal embeleco, hubiera dicho: «Lo que está de soltarse, usté, ni un nudo de cochino lo amarra».

Y estaban los doloridos en este alivio, cuando de repente, sin respeto alguno para aquella que revuelta y engruñada se hallaba al pie y en las del trapo, la hierbera dijo: «Tengo mucho que jaser. Páguenme y al avío. Les acompaño en la pena, y a ella, que Dios la asiente entre medio de los querubines, porque, aunque no la conosco, tiene carita de buena».

Rezongó, bardino, el hijo que mandaba el barco. Por entre los dientes arrufados y amarillos le salió una protesta semejante a la de aquel del viejo cuento del reloj:

que si por soplar también cobraba. La calentura subía de punto por estirarse en el caso la socaliña, ya que no había habido ni un mal soplo en un ojo. Revolvió la Bernala, seca e imperante: «Y lo que usted se ha ajorrao de meicos y de tomas, ¿qué...? Cobro por el desajusio a tiempo».

Se llevó un tostón, dos quesos y un gallo. Alguno dijo que las desgracias nunca vienen solas. «¡Cómo ha de ser...!»

Quitante este abuso, la Bernala tuvo un ojo como don Cristóbal Quevedo. A tiritito del desahucio, la abuela Candelaria dió el último pugidito y traspuso cielo arriba, atrás del esposo, más liviana que nunca.

Por lo que hace a los abuelos maternos, este sí que fué personal con garabatlillo, del que manda las peras a la plaza.

Principiemos por el viejo, en gracia a aquello de que «primero bebe el ganado y después bebe la gente». (Adviértole la conveniencia de no coger el dicho del cantarcillo al pie de la letra. El no fué ganado, como verá, ni aun cuando los años lo enquillaron contra el marisco. Por acá dicen, también, aunque como puntita de juego, cuando alguno cacarea victoria antes de tiempo, pero que sirve a lo que íbamos: «Ganado son cabras y alguna que otra oveja». O sea, rehala de pedregullo. Y en el supuesto ható, el padre de mi madre fué rehalero. O, si le parece mucho, bizarro macho de la pequeña manada con la que le tocó vivir. Lo que pasa es que en la preferencia por el gorito o la poza, el pastor cuenta también, y primero que el mismo brincador incansable y barbado que sultanea la punta, o que la cabra más nutricia.)

Sin que se pueda decir de él que fué un templero de hombre, mi abuelo Lucas—al que llamaron «el Oso», ya verá usted por qué—tuvo hechuras, rumbo y fama de gran pollo. Siento no poderle relatar por lo menudo

lo que hizo de él figura de las que cogen el pan bajo el sobaco. Es que tira a un color que según me dicen —y yo me huelo— tiene en papeles mala pintura: el verde restrallante de la colleja. Si algún día recalca usted por islas y a mano viene, yo se lo contaré arrimado a la oreja, pues no es para pregonado, sino para dicho con la boca entre chiquita y trincada de los secretos.

Tiraba a rubio, con esos ojos azul claritos que todavía halla uno en los centros y en los altos de la isla, por ejemplo en la raya de Lagunetas, y que tengo u oído o leído son últimos rastros de algunos de nuestros simplones y taías antepasados, los guanches.

Aquí dos cuestiones previas, la una de más fundamento, que se refiere a razas; más ligerita la otra y que atiende a un desahogo de bien criado. Porque habré sido todo lo berringallo que usted quiera, y habré tenido todos los dones que la gente ha dado en endilgarme, pero lo que es el frenillo de la lengua, como no me hayan buscado la cruz de las cosquillas con ortigas, estuvo siempre, pudiera decirse, con tajarría o con bozal. Hablan y escriben que los guanches son sólo los chicharrereros. Yo no entiendo. De otra parte, ni estiro, ni encojo, ni la manta es mía, porque aunque isleño de la «Redonda», como es llamada, ya sabe, nuestra peña, los piques ni me calentaron ni me enfriaron nunca mayormente. Allá cada cual con su Teide, su montaña de Arucas, su monumento a Cascarilla y su torreón de la Cícer. Si se terciara, volvería a hablar de «guanches» por darle facilidades al entendimiento de lo que voy escribiendo.

Entro ahora con lo del alivio. Quiero aclarar lo de «taías» y «simplones» que he dicho de los Tenesoyas y los Doramas anteriores a Castilla y sus pendones, y a la cochinilla, los Puertos Francos y la casa Fyfes. Que me dispensen la memoria de don José de Viera, don Gregorio Chil, los caballeros del Museo, antiguos y presentes, y hasta los esqueletos allí guindados, el modo de señalar, así, tan malamente, a los «guanartemes» o ca-

ciques; a los barbados y peludos «achimenceyr», la entonces «gente de las casas», y a los trasquilados o «achicaxuas», los de la pella y la jarea a palo seco. Que como la casta de mandones y del puñito apenas, todavía perdura, aunque aquellos hayan cambiado Galdar y Telde por Londres y el Metropole, y los viejos atavíos y arrequives por el smoking y los flús de Sanchiz y Pelayo, y trocaren estos otros, los de «al zurrón, sobón», los Riscos y Agüimes, por Venezuela, y las zaleas y nagüetas, por el fulgurante y el dril. ¡Y lo que te rondaré, morena!, como decía Curro el Peninsular. Pienso que si dejan por su cuenta a una gente que tan resueltamente daba en virarle la popa al mar, el puerto, que ahora nos tiene privados por bastante más que lo que duela en Tenerife, se hubiera quedado en el herreño fondeadero de La Estaca. Y todavía me estiro.

No me diga usted a mí, y a lo que íbamos, que se sale de simplona y taía una gente en cuya civilización no figura, no ya la invención del Correillo, lo cual hubiera sido anticipar una desgracia, pero es que ni siquiera la de una mala chalana con que aventurarse a cambullonear higos pasados y pintaderas por zarandajas de vidrio, o con la que remontarse los domingos para tirarle unos lances a las viejas frente a la casa de Panchito Solís.

Volviendo al hilo primero y principal de esta pita, le diré que mi abuelo no tenía los ojos pasmados, como suelen lucir los que por acá se ven en las caras de la gente campesina: más o menos maúra. Eran los suyos un nidal de gatillos de fiesta, mantenidos alegres y alerta incluso hasta cuando, aplomado por los años, ya planchaba. Si usted hubiera conocido a Mandarria, cuando aquel cheche de los terreros de lucha estaba en la flor de sus años y en la nata de su geito, podría hacerse una idea casi cabal de la estampa y el aire de mi abuelo Lucas: alto él, más bien secarrón, nero doblado, con un espaldaraje como el testero de una iglesia, las muñecas anchas y enteadas, gallardo el andar y

escasa, pero firme y viva, la palabra... Siendo yo un vagañete, su figura me dejaba tembloroso de admiración. No sé porqué esperaba siempre que en vez de reír, relinchara como un potro suelto.

Lucas no fué hombre que se entramallara en unos amoríos fijos, con moceos en jueves y domingos y guarda de ausencias, según era de usos. Al modo de las cabras salvajes, amaba su campo sin pastores ni estacas, ahora los bocados de siembra, después las altas taliscas de los caideros... Pero lo que pasa en los pueblos: la familia se puso a trastear proporciones, aparte que buscaba ensogarlo corto, porque aquel pollo nuevo tenía como alas y un zumbido de viento debajo de ellas.

Dijo su padre una noche, después del Rosario, a su madre, sacando a la vieja del apoyito en que la mecía, fijo, el guineo fañoso del ora «por» nobis:

—Tu hijo Lucas tira a guirre. Y el guirre es caballero de la brisa, y la inclusive del viento, hasta que cualquier casadorsejo la agüaita, lo encañona y lo abaja como un cortacapote...

—¡Sús, tal desgrasia!—brincó ella del embeleso al susto.

Medio que lo apalabraron con una rica, que por razones varias se mantenía en «expectación de destino» matrimonial: era bicácara, boquina y sata; hablando, sobre tener la lengua tartaja, se le caía el quejo, y cuando callaba quedábase embebida y transpuesta como una cabra rumiando. De cintura arriba tenía menos carnes que una jiñera, y el resto, hacia los tacones torcidos, se soplabá de repente, al modo de una calabaza de agua luego del golletillo que le finge cintura. Por si fueran pocos semejantes adornos, las malas lenguas daban a esta prenda sus raros dones: que la muchacha había nacido mal calafateada, lo mismo por popa que por proa, yéndose así en la cama sin percatarse, y que esta maña de niña descosida no se la habían podido quitar ni con aquellas tollinas antiguas, que dejaban a las criaturas como zurrón de pobre. Ante aquel casorio



a contrapelo y de «mano arriba»—ya le he dicho que la pollona tenía sus perras—, el suelto galán salpeó como panchona contra la banda.

—¡De modo y manera que ustedes quieren que me case con un socate de esos, y que arriba se sale toda...! —recló dispuesto al cabe, especialmente frente a la madre, que era la más metidilla y golosa de partido, y en consecuencia, la más emperrada.

—Es por tu bien, hombre...

—¿Por mi bien...? ¡Es como si estuviera esmayado y usted me quisiera engordar con carosos! ¡Chica sustansia!

Terció el padre, un cabeza de familia de voz retumbante, de estas voces del Casino con sus centros en la tripa gorda, que suenan como cayendo desde lo alto de un trono, luego de agarrar en el vacío cerebral una mágica solemnidad de eco, y ante las que hay que agachar el morro sin más remedio, porque al que les dé cara lo fichan como taranta o como masón. Dijo el viejo:

—Lo de las angurrias... y lo otro—que no hay ninguna neesidad de llamarlo por su nombre—, no es ostáculo. Ella tiene sus buenas datas y sus perras acresntadas. Lo que de allá merma, de acá cunde. Lo cual que estamos en el mismo terreno, porque el olden de los fartores no artera el producto, según debieras saber si vieras ido a la escuela, en lugar de irte a pajariar. Pero no es el caso. El caso es que según sales, entras, ¿estamos...?

Se pegó una pausa para aclarar el gznate y poder mantener el mismo tono de graves de órgano en que había escarranchado aquel consejo con ribetes de estupidura. Y como viera que Lucas tenía una expresión aturdida y se rascaba el cogote, tornó al reproche:

—Me figuro que ló entiendes, no ostante haberte ido a pajariar... Volviendo a lo de que se vaya por el palo de modo tan simple y contino, de primeras, y mientras no se atestigue, hay que dejarlo en veremos. Lo cual que...

—¡Pero si es corruto en too el pueblo, cristiano!— saltó, rasbaquiento, Lucas.

—¡No incorrumpas a tu padre cuando está hablando, hombre!—lo reprochó con dulzura su madre.

—Ya lo sé—trabó el viejo de nuevo sin enterarse de la «incorrupción». ¿Y sabes lo que te digo? Que si, como aquel que dise, «sierta es la carta», todo es cuestión de alimento aldecuado. Como quien cría un pájaro al dedo ¿estamos? Lo cual que le das pa que coma, mayormente, jícaras de chocolate, sus almendritas ralladas, uvas, tunos... Tunos sobre todo. Tupe. ¡Vaya si tupe!

—¡Sús, por Dios! ¡Semejante cosa!—murmuró la madre con rubor, sin que apenas se le oyera el comentario, porque Lucas casi bramó arrente de su padre:

—¡De atrás tupirá! Pero y de alante, ¿qué...?

Después, y por no armar más escorrosos, el pollo se dejó ir para el pie. Moceó con Balbina «Fonil», cuyos eran su nombre y nombrete, los domingos por el camino real, a la orilla de los claritos y estremecidos almendreros, y bajo la muda guarda de los altos riscos, y los jueves en el patio pulido de la moza, debajo de una parra de uvas caseras cuya ancha latada dejaba caer dulcemente sobre el brillo sellado y azul de las piedrillas del piso un primoroso juego de sol y sombra entreverados.

Dicen que la rastreaba entonces, haciendo como que tenía cosquillas en la nariz y por si daba con repuntas de la murmurada flojera. Séase porque no era verdad, séase porque, según añadían las tarabillas largas, ella ahogaba los asomos bajo una dula de agua florida, lo cierto en que él nunca tuvo un «fos» que echarle en cara.

Pero requintado ya por aquella especie de heletén empalagoso en que habían virado los periódicos puños a la baifa—ella no hacía otra cosa que saltar de cuando en cuando con una risita sin cabo ni punta, y mirarlo y remirarlo con el aire despatarrado y fijo de una rana—,

requintado ya, digo, un cierto sábado a la noche en que los sollajos del pueblo se tiraron a serenata, Lucas se metió en la bulla, guitarra al pecho y el pico caliente. Rondando, en una de las bordadas el rancho fondeó a orillas del patio de Balbina «Fonil», también nombrada la «Floja» y la «Destupida». Al pollo Lucas, que por haber calado a largos golpes de gollete ya tenía la tierra medio perdida de vista, no se le ocurrió otra cosa que soltar en parrandero compás de isa esta copla que sigue:

«Con una vara de brimbe  
te voy a coser el culo;  
no te queará bonito,  
pero te quea seguro.»

Primero llegó de arriba—la casa era de alto y bajo y azotea con cabra—un balde con aguas, de unas y de otras, que la madre de la incontinente pollita trasegó en un santiamén, corriendo de bernegales a bacinillas. Como la gente se acuesta temprano, los tales remanientes rejundieron lo suyo. Añádale usted el «heredamiento» de Balbina, a la que sentaban, vigilada, en vista de lo ruinitos que ponía colchones y tablas, y verá que no exageraron los que contaban que fué «para salir nadando». Al tiempo del riego se aplomaron, zingando desde arriba, hasta siete macetas barrigudas, las unas de geranios, de flor de mundo las otras. Una de ellas, bastante acrecentada de panza, entró arrente del pecho del cantador, afeitándole la guitarra como si fuera un deleite. El instrumento quedó dos jemes enterrado. El abuelo escapó porque nadie se muere la víspera, sino el día.

Por último, cuando la manada de galiones transponía por una asomadita, ya metida a gusto en la coña del cantar, silbó a orillas un golpe de perdigón, que

abrió y perdió su rencoroso abanico en el apretado oscuro. Por todo comentario al tiro, Lucas dijo:

—Ya se calentó también el viejo, hombre... ¡Pues no es pa tanto, qué carajo!

Ni que decir que la copla le puso a los amoríos lo que mi templado deudo llamó después un «réculan, recolorum».

Por fiestas de Santiago de Tunte, bien caldeadas del levante y las taifas, arrimó a la villa una familia de pruebistas. En las vísperas, y hasta unos días después de pasada la caliente romería, los amenos vagabundos montaron el tenderete de sus gracias, retozos y manganillas en la plaza, a la que los tirajaneros llaman desde los tiempos del gran cacique don Antonio Yánes—él fué quien la hizo y la mimó—La Alameda. La Alameda tiene unos canapés de cantería azul a la sombrita de dos pinos, parejos y gallardos, y de unos laureles también muy airosos. Recuerdo que por tiempos, y una vez que el verano levantaba su pesadumbre y se volvía al Africa con los abobitos y demás aves de paso, estos matos últimos virábanse amarillos, llenando entonces el aire de una primorosa luz dorada, de un como enramado de retamas que a mí de chiquillo me embelesaba. A una orilla de La Alameda, y casi siempre ahilada, corría la acequia de la heredad, cuyo humilde y fresco rumor podía escucharse, lo mismo que un remaniente en el silencio del campo, al peso del mediodía y alta la noche.

Ataviados con vestidos de colores muy vivos y con mucho arrequive, los forasteros cantaban, bailaban al son de unos panderos grandes y roncós y hacían toda clase de garambainas, mas juegos de trampa y geito. Sacaban, entre una cosa y otra, ciertos animales ensayados: una machanga con un vestido animado de cascabeles—bastante descaradilla, por cierto—; una coto-

rra escopeteada, casi tan verde de lengua como de pluma, lo que hizo que el señor cura se quejara al alcalde y éste la mandara trancar; unos perrillos que parece que tenían ingenio y cuerda, de lo garabatosos y prestos; una machorrilla rucia, de estampa muy fina, que entre otras gracias se ponía en cuatro patas sobre el tapón de una botella de alto gollete, y un sollajo de oso, pardo y tardío, que bien ensalamado y con el seguro, además, de una recia cadena, traían hasta el centro del lelo y asorimbado corro de maúros. Para un bien triste papel: puesto en dos patas y fingiendo una danza, iba dando, a orillas de la rueda, unos brincos aplomados, tan ligeros y galanos como los que hubiera podido dar una fanega de papas en un saco con resortes.

Era la de la cuadrilla gente de bien lejos, gitanos de una tierra perdida en sabe Dios qué rincón del mundo. Formaban una familia: el padre, la madre, una pollona así como de veinte años, otra hembrita de unos catorce y dos pendejillos que no picaban de los doce. El cabeza tenía la color retinta, tirando al rojo de la loza revenida, con la frondosa cabellera y el largo y caído bigote azuleando de puro negros. Así lucían también las sueltas y largas matas de pelo de su mujer, o lo que fuera, y los cabellos de las muchachas, que las dos recogían en lustrosas trenzas. La mayor de las mozas era más bien espigada, entradita de cintura, con las carnes así como el pan fresco: restrallantes, cálidas, provocadoras. La cara se le llenaba toda de sus ojos, unos ojos semejantes a los charcos de la primavera isleña: anchos, verdosos y quietos. Pero de lo bueno, lo mejor lo tenía de cintura arriba, donde, sueltos y respingantes, se le alegraban como baifillos en la hierba los pechos. Andaba perezosa—era compás de familia, pero en ella se extremaba la yesca de aquel otro reburujón—, dejándose caer sobre las caderas. Metida tal flor de la maravilla en semejante balanceo, no era de extrañar que ante ella repararan y se suspendieran hombres y

mujeres, las hembras con repullos y orejeantes, ellos turbados y gachos, en puntos del jadeo.

El abuelo Lucas fué de los que se encandiló de mala manera. Y acabó bizcando cuando la vió salir a la plaza con unas zapatillitas coloradas, un vestidito de bailarina que cabía en un puño y una sombrillita también encarnada... De un mato a otro habían tendido una liña, y sobre ella la pollona fué y vino, segura y airosita, balanceándose como un pinto en una ramilla desarbolada... ¡Quién habría de decirle al guirre, «caballero de la brisa, y la inclusive del viento», que tras de aquella machorrita se agazapaba el «casadorsejo» que lo agüaitaría y...! Pero no quiero quitarle la intriga a lo que le voy contando. Lo que fuere, a su tiempo sonará.

Se embullaron los de la pollería y hasta algunos corrrones medio pudientes, medio caciques. Fué Lucas de los más tempraneros en la zorra y calentona cacería, una cacería con pieza única, que tenía su rastro y su turbación más acá del monte, dentro de los mismos linderos del asocado caserío, de ordinario sólo conmovido por el simple bullicio de los romeros en fechas de repique gordo, y por tal cual descuido—muy raro—de alguna chiquita, mermadá—y al tiempo acrecentada—en la tentadora lejanía del pinar. El pariente puso pie en el terrero dispuesto a luchar «de agachadilla», como aquel que dice, porque ni le sobraban los pesos, ni era de las castas que se turnaban el gobierno, más la manzana de las municipales ubres. Ante la feroz competencia, él entendía que no pesaban bastante su facha y temple de buen pollo. En el fondo de sus malicias—las que un hombre tiene que organizarse para que no lo claven avispas o se lo coman los «caimanés»—latía como un pulso una experiencia bien cercana: antes de ser mandador indiscutible de envites, fué punto de fuerza, por sus tiempos de servicio al Rey, entre los rocotes más sargos de las laderas y orillas de la Ciudad. Allí

aprendió a llevarse las cartas al pecho, a picar y a co-  
ger señas, a agacharse a tiempo, a dejarse ir para el pie,  
a meter un ganchito oportuno, a cantar, en fin, el « ¡en-  
vío! » en su momento cierto y glorioso, igualmente ato-  
rrado para el cañazo, que empenicado sobre el « tres »  
en última balsa. Jugaría como con los naipes del par-  
tido...

Y de pronto le vino como una baladera cierto com-  
promiso planteado por el oso pruebista. Comían y dor-  
mían los forasteros y sus animales en la escuela, que  
medio vacía siempre, quedábase totalmente desierta por  
el tiempo de verano. El viejo caserón, donde los más  
de los chicos aprendían a firmar al rumbo y los menos  
a garrapatear sus futuras cartas de La Habana, estaba  
casi en el centro del pueblo, teniendo bien roídas por  
el tiempo lo mismo sus tejavanas que sus puertas y  
fechaduras.

A los vecinos nunca les gustó el amago de baile del  
encadenado candrai, a pesar de que, desde el punto de  
vista de los hombres, la presencia de aquel matalote  
con perfil y lanas de oso era aliviada lindamente por  
la bien entetada pollona. Porque era ella la que lo sa-  
caba al centro y le daba el son, golpeando con alto y  
garboso movimiento de brazos uno de los grandes pan-  
deros. Los maúros se colmaron de miedo frente a aquel  
animal cuando alguno dijo en la rueda: « Como esti osu  
agarre y rompa una noche la caena en la escuela, y se  
suelti y se echi fuera... ¡amargos chochos! » Los civiles  
se hicieron cargo del chirgo popular, que agarró y se  
encendió como una candela de verano. Fueron con el  
cuento al señor alcalde.

El de la vara era un caballero barbado y prudente,  
pelaje y atributo que tenían su relación, pues no se  
determinaba en ningún asunto de los pocos que el ca-  
cique dejaba a su arbitrio sin antes practicarle una es-  
pecie de ordeño despacioso a las alfonsinas patillas.  
Como si de ellas, y no del calvo boango que tenía por  
cabeza, le salieran las ideas. Con siete años de semi-



nario, un día botó por la popa los macizos estudios para pegar un braguetazo de los que maestro Pepe Quintana llamaba «con sólo dos reglas»: la de sumar y la de multiplicar. Casó con una niña feona ella, más bien, pero hija única de labradores de mucha agua, mucha papa y mucho almendrero.

Estaba la autoridad en un tertulia que se formaba delante de la tienda del cacique, tirado para atrás sobre las dos patas de una padecida silla, con la negra cachorra, virginalmente suspensa en la forma que agarró en fábrica, caída sobre las cejas.

—Sí—dijo a los civiles ante la nueva—, esa contingencia cabe: que pegue un jalón y se lleve la caena. Digo más: como creo que lo amarran del puntal del sentro, si da un reflechón y se lo trae—que se lo pue traer, porque no doy un rial bellón por su firmesa—, ¡adios te digo y no llores techo de la escuela! ¿Qué le parese...?—y se volvió al cacique, por si acaso...

El aludido, que era uno de los «escarranchados» más zorrococos de las siete islas, ni se estremeció en la silla que ocupaba sentado al revés, descansando los brazos en el espaldar y sobre aquéllos la barbilla. Al cabo hizo un gesto vago y agachó más el morro. Aquello quería decir que podía seguir en el uso.

—Si ese plantigrado...

—¿Cuál plantigado...?—se revolvió algo inquieto el cacique, interrumpiéndolo.

—Es que el oso, don Antonio, pa que usted entienda, es de la especie de los plantigrados. Lo cual que estos cuadrúpedos...

—¡Sí, hombre, no me diga más na! Está claro...—se enmendó a tiro el amo, requintadillo por la lección.

—Pues digo, caballeros—reanudó el regidor—, que si esa gran bestia estuviera, vamos al suponer, amarrada fuera del casco ulbano del caserío del pueblo y diera en coger jilo, inclinaría a lo suyo. O séase que tiraría pal monte, pues aunque no es cabra, es animal, también.

El profundo argumento final, que él apoyó remolo-

neando las palabras y acluecando la voz, levantó cabezadas y murmullos de aprobación entre el corro de galibardos que cerraba la pequeña tertulia caciquil.

—Habrá que amarrarlo fuera, o esa gente tendrá que irse. En la escuela no puede permanecer. ¡Digo, si...!—falló por último condicionalmente, inclinando un poco el busto sobre el cacique.

Aspaventoso y como Dios le dió a entender, el forastero rogó—casi imploró—que le dejaran el oso al pie suyo. Era un animal manso. Y de cualquier manera, respondía de su seguridad. Mantuvo el alcalde su vara tiesa, creando así el conflicto. ¿Dónde recoger la fiera si nadie quería verla ni en pintura...? Y fué en este momento decisivo cuando el pollo Lucas metió su gancho.

—No se ocupe, viejo—dijo animoso al gitano—. Ni usted tampoco, señor alcalde. Ni usted, don Antonio—añadió rápido, enmendando la preferencia—. Ese animal se queará en mi alpendar.

—¿Y eso...?

—¡Hombre, un favó se la hace a cualisquiera...!—Y luego, volviéndose al moreno:—El amarraero quea algo larguito de aquí, pero tampoco está muy lejos, ¿ovó? Allí lo tendrá usted segurísimo, y asocadito, porque dispone de su buen techado y sus paeres.

Y según ofreció acomodo al animal, cambó la cabeza y le buscó los ojos a la pollona, que se había mantenido desafiante, pero silenciosa, a una banda de su padre. Ella le clavó una mirada brillante y fría. Se quedó el generoso sin la sonrisa que esperaba, pues el guayabo no hizo ni el más ligero camango. Lucas se turbó pensando que ella le había visto así como la perica de su juego. Se le atrabancaron algunas otras palabras, que soltó por aliviar el trance. «Puestos a calar, caballeros—malicioso el pollo—, me parese que estos ojos grandes y serios llegan arrente de las más atorradas intenciones...»

Se amarró el oso en el alpendrillo, una vez desahu-

ciado sin una protesta el honesto y tolerante burro que lo venía usufructuando. Lucas puso la pequeña cuadra de punta en blanco, entre los extremos halagadores del matrimonio y el rebullicio de los avispados pendientes, pero bajo la fría expectación de la linda machorra. Ella se estuvo quieta algo fuera del umbral, con el aire de que nada la enfriaba ni la calentaba. «Me está entre ensendiendo y abacorando esta rara cría», cavilaba el mozo mientras se empeñaba en los serviciales afanes.

Farol en mano acompañaba el hombre a los pruebistas para llevar y traer el oso a La Alameda, cada vez más envainada la cabeza y más envarados los pasos. El traslado lo hacía unas veces el padre, otras la madre y otras las más, la pollita en la compañía de algún hermanillo.

Y cierta noche de julio, ese julio que vira un majano luminoso los cielos de Tunte y suspende y espesa sus aires como una miel caliente: cuando, acabada la función, la muchacha y uno de los pipiolillos fueron hasta el alpendar con el animal, Lucas, que andaba ya como esos perros perdidos por el rastro de un celo, tuvo en el oscuro del amarradero una malicia: como el que no quiere la cosa le soltó una patada a la latilla donde la bestia había el agua, derramándola... Dijo al vagañete, con tal temblor en la voz que parecía estar ardiendo en calentura:

—Tírate un salto a la sieca y llénala...

Se quedó solo con la morena. Quiso hablar el hombre, pero se le retrancó la lengua de puro seca. Durante unos tremendos segundos, en que pensó estallar por los saltos del pomo, se agarrotó de cabo a punta, abacorando hasta las mismas raíces de la sangre y de los huesos por la pelea imposible de un golpe de calor superior a sus resuellos y por un frío de muerte. Era algo semejante a sus miedos de niño, cuando se le trancaban los gritos y sentía que el cuerpo se la había vuelto de pie-

dra. Pesaba la noche como un costal de molienda reciente y zumbaba igual que cuando se arman los vientos en el tablón de los Pechos. Olían recio el oso y su cama de matujos. Y olía la muchacha entre aquel batumerio espeso así como huelen las cajas donde se guardan las manzanas. Pero también del mismo modo indiferente y sencillo con que aquellas dan su aroma. Lucas se tiró a buscar sus agazapadas fuerzas...

«Se me da mal el naipe—brilló entre el brumero una explicación de la rara crujía—porque ella sigue con el mando y el palo. ¿Cómo no, si es más fría que el agua de los remanientes...?» Reaccionó, metiendo algo en freno aquel repelón de sus nervios. «Pero tú, Lucas—se dijo—, no vas a morir de cornada de burro».

De repente la fechó por la cintura, se la trajo al pecho y la besó con hambre. Ella no lo empujó, ni le cambió la boca, ni hizo cosa alguna que lo aflojara o lo encellara más. Se quedó como el timón que apuntalaba el cobijo... En esto entró el hermanillo con el agua. Vió—¡ya lo creo!—con sus ojillos entre furtivos y cínicos, pero se fué al oso tan frescamente. «La cosa debe ser corriente para él. Y para los viejos también»—caviló el pollo con la cabeza enredada en la pita de aquella tranquilidad.

La había soltado de remplón, empujado no sólo por la pronta presencia del chico, sino herido por el quieto frío de la muchacha. Con la misma tranquilidad del hermano, la gitanilla se arrimó al animal, le sacó el sálamo, le acarició confiada y con mimo la cabeza y salió, con su golpe tranquilo, con su meneíto.

Según los dejó, el pariente caminó al oscuro, con todo el manterío de estrellas encima del pecho. Tiró para el barranco. Poco menos que arrancándosela, se quitó la ropa y se metió en un charco. El agua traía de las cumbres un hilo de frescura que lo confortó. Después Lucas se tumbó en la arena, quieto, de cara al cielo, sin tino de las horas. Hasta que sintiéndose desnudo debajo de la luz del alba, volvió en sí.

Y así siguieron las cosas, hasta que una mañana, bien temprano, cho Frascorro, un labrador que tenía lo suyo—la casita, el pesebre y unos bocados de riego—algo más allá del alpendrillo de Lucas, pasó el pueblo, grave, pero a zancadas, como cuando se va por Padre Dios para alguno que está abicando. Se plantó en el cuartelillo de los civiles.

—Pues vengo a dar con vusté—dijo cho Frascorro al cabo, temblándole la cajeta—ajoto de una novilla mía y del osu esi que han amarrao en el alprendillu de Lucas, que pa mí que el malino me la aquellao de lo pior... La novilla me farta, que es el caso, y el osu tamién traspuso. Al pién de unas tunerillas me ha encontrado un gólpi gordo de sangre, y después pega un rastro d'ella que sali al campo, como pa Monte Pobre, o pa ría... Ende luego me paso a creer que si se viera hecho lo que el pueblo quería—¡que se vieran dío pa los infiesnos, puñema, con la machanga, la jaira de la niña y la otra jaira y too el ganao!—estu no viera ocurrió. Pero esti ya no es el caso. El caso es, vusté, cabo, que me solimpió la novilla y lo vengo a demandar.

Corrió la voz por las cuatro esquinas del lugar como si la hubiera pregonado un viento vivo. Y el primero que tuvo a mano las sogas parroquiales, se colgó de las campanas, que tocaron a rebato en aquella ocasión más agoniadas y con más algarabía que para las grandes candelas. «¡El oso está suelto! ¡Ya le mató una vacuilla a cho Frascorro el de la Montañeta!» En un repiquete las mujeres armaron un tremendo bochinche

de gritos y carreras, sueltos los moños, alharaquiento el desande, engrifadas las carnes como cluecas bajo el amago del milano. Trancaron los chiquillos, que jirimi-queaban aterrados sin saber porqué; y con ellos ajuliaron patios adentro las gallinas y hasta las mismas cabras. «¡Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los Ejércitos...!», se oía a las viejas en el fondo de los cuartos, mientras aplicaban lumbre a las candelillas de sus celestiales medianeros, con el sofoco del terror entrecortándoles la imploración, una imploración que no había tenido aquel mortal acento desde los temerosos tiempos del cometa «Halley». Al que, ya sabrá usted, se tomó por rabudo signo de «la fin del mundo». Y cuando dejaron a recaudo uno y otro ganado, las hembras se colgaron a los pescuezos de sus maridos en un intento de encerrarlos también. Ellos, sintiéndose de repente como voluntarios de una guerra, gritaban dramáticamente, y todo lo recio que les permitía la acogotadora llave de las esposas sobre el gañote: «¡Arrímense las mujeres!» Después se armaron de escopetas, hoces, cuchillos, toletes...

Se quedó el pueblo sin varones y sin hembras, paseada su repentina desolación sólo por el cura, que con su sotana corta, sus zapatos grandes y su voluntad de bendiciones y consuelos fué y vino en vano por las calles desiertas. Volvióse a la casa parroquial con su provisión de alivios, porque no hubo alma que le franqueara ni la gatera más angosta.

Las cuadrillas desplegaron mandadas—a medias, ya que no se dejaban—por un Salvadorito Araña, que fue cabo en las maniguas frente a los insurrectos cubanos. Calladas como putos, y al golpito, por un si acaso, cerraron sobre Monte Pobre, un triste collado de tomillos, juagarzos y aulagas que extendía sus serrijones, sus toscas y su tierra maldita a una banda del cementerio. Uno de los grupos tropezó con un pastorcillo de cinco rucias desmayadas y un chivo que ya no

podía con las tablas, de puro aplicarse. Preguntaron al muchachito.

—Pues veí—dijo alzando sus ojos pardos y serios, muy abiertos—algo después de las claras, así como un hombre con un capote. Llevaba en los brazos una beserrilla desmadejada. Me atorré al pien de unas tabaibas, porque me dió sorimba. Lo ví salir por ese repechillo y tirar p'atrás, como pa la parte de aquellos peñones. No sé naita más.

Los de la patrulla, en la que iban la pollona forastera, un hermanillo y Lucas, tumbaron hacia el lugar que dijo el cabrerito. En seguida avistaron al fugitivo animal, desgarrando y hociqueando las carnes muertas de la becerra. Cuando sintió el tropel, alzó la cabeza, algo menos tardía que en la plaza. Gruñó inquieto, regañando unos dientes escarnizados. Desde acá lo encañonó Julián, el de las Piedras Lirias. Julián el de las Piedras Lirias tumbaba un mirlo en una pasada de un higueral a otro. Aquello era para él pan comido. La morena se le tiró, desalada.

—¡No!—gritó entre angustiada e imperante, trabándosele a los brazos.

Al tiempo, Lucas corrió hacia la fiera, calculándose que nadie dispararía si él se atravesaba. En el momento de arrancarse pudo ver cómo Julián soltaba un empellón a la muchacha, derribándola sobre los tomillos. La sangre se le agolpó en la cabeza, pero no era instante de pedir explicaciones con el oso en irremediable riesgo. Se lanzó. Por su parte, el cazador, repuesto en segundos, encañonó y picó con el tino de siempre, famoso en toda la raya de Tunte. Y soltó arreo los dos cartuchos. Lucas sintió el prodigioso raspafilón de la perdigonada, que le lamió la figura sin rozarlo, y un curioso sabor a pólvora en la lengua. Luego vió un instante cómo el oso doblaba, tumbándose igual que un saco escurrido de una tonga, hasta quedarse sobre la tierra como una gran madeja de lana, la cabeza recostada en el mondongo humeante de la ternerilla.

Volvió el pollo calmoso y sombrío. Acudió primero a la forastera, por ver si alcanzó golpe. Calmoso se fué después sobre Julián, el de las Piedras Lirias, que viéndolas venir se mantenía quieto junto a un corro de hombres, más pálidos ahora ante el rumbo nuevo sobre que aquello estaba enderezando.

No hubo una sola palabra. Los dos pollos se fajaron primero en un forcejeo. El abuelo quería quitar de en medio la escopeta para pelear a cuerpo limpio, de macho a macho. Fué una prueba de pulsos, que recordó a los hombres las pechas de toros en Los Sequeros por fiestas de la Cruz de Mayo, traídos de la cuerna, fechados de los testuces los novillos poderosos, y empujando, hermosos y redoblados, en medio de la sementera y entre el silencio de la gente. Cuando Lucas se percató de que por la bruta aquello tiraba más de lo debido, usó del geito. Se ciñó de pronto al otro, como quien en la lucha prepara una media cadera; alzó los brazos por sobre las cabezas, aferradas las manos a la escopeta, y de pronto abrió y torció el cuerpo para meter a su enemigo en un vano. Por él bajó rápido los puños. Julián perdió firmeza y pie y se tambaleó, largando al fin el arma, que el abuelo botó lejos.

—¡Desaflójate ahora, macho— dijo, mordiendo la provocación—, a ver si te cuadra conmigo como con el oso!

—¡Tú, Lucas,—chilló desde la orilla el secretario del juzgado, más amarillo que de costumbre—, que te vas a meter en justisia tirajanera, debajo de tal fleje de papeles, que más nunca te aclara!

—Usté se mete la lengua donde le quepa y listón—lo paró en seco el pollo, al tiempo que soltaba la cachorra y se quitaba la chaqueta.

Sonaban las piñas como si tiraran panes frescos contra una pared. Caían y se emperraban en el suelo los del componte, vueltos una sola y jadeante masa, volviendo a levantarse cuando una patada sacaba en vilo al de encima. Sin una tregua, resollantes y crudos, Ju-



lián y Lucas se tiraban de nuevo tremendos cabeas y moquetes. Pronto comenzaron a sangrar por las cejas y los labios, sin que tampoco esto enmendara la rígida, solemne quietud del corro. Que no se divertía innoblemente, sino que respetaba la vieja ley de la pendencia pareja y con fundamento, más sana, porque lo mismo el de la palma que el del polvo quedaban después con el alma descansada, sin los rancajos del rencor que hubiera dejado una pelea fallida o a medias.

En algún momento, el pariente miró al soslaire a la muchacha. Estuvo a pique de perderse cuando vió que ella se mantenía tan lejana e inexpresiva como cuando lo del alcalde, o como cuando la apretó aquella noche en el oscuro y el sofoco del alpendar... Estaba peleando por ella y... «¿Qué casta de mujer del diablo es ésta?», pensó, un instante distraído. Lo sacó del desvío una trompada de Julián, que le metió un brumero en el sentido y lo tumbó a todó lo largo sobre la tierra. Un instante se sintió el gran silencio del campo y el olor vivo de los tomillos y los juagarzos tronchados.

Cuando parecía que ya no podría levantarse más, Lucas saltó de pronto, como si lo hubiera reanimado ese aroma que al quebrarse destaparon entero los matujos silvestres. Se fajó de nuevo, totalmente embrutecido ahora por el golpe y el raro desdén de la otra. Contaban los viejos que vieron la pelea que en esta segunda embestida se lanzó tan ciego y crudo, que se le sentía capaz de matar. Corrió un movimiento de intervención entre los hombres que miraban, pero Lucas no dió tiempo a nada. Tan resuelto cayó sobre Julián y tan en segundos le machacó la cabeza, que en cosa de nada lo tumbó listo sobre la tierra de Monte Pobre.

Luego recogió callado su chaqueta, sacudió la cachorra contra los muslos y traspuso sin mirar a nadie.

Y voy a acabar, porque creo que se estira más de lo debido, con esta historia del machito Lucas, una historia que agarró en el pueblo como un romance, sin que llegara a papeles, creo, porque al cura, que dicen los aquellaba regularcillos, no le parecería conveniente meter en trovas semejante calentona òcurrencia, y porque el maestro, que era la otra «fuerza viva» en principio capaz de encajar en coplas de ciego la cachonda peripécia, fué un tolete del tope a la quilla.

En total y de últimas pasó que, una vez que hubo oído los zorrococos consejos del cacique, la fachenta opinión del secretario—que creía que todo lo que no fuera mamar él «resurtaba contraprouse para el bien común de los endividuos de la comuniá»—y los sordos asentimientos de la punta de lebranchos que se turnaban en el concejo, el barbudo y prudente alcalde le ordenó al alguacil:

—Vete y disle al jarandino ese, o lo que sea, que se tire un salto al Ayuntamiento. Y no te estés, ¿oites?, ni él tampoco.

Una vez que el jefe de la cuadrilla de pruebistas estuvo delante, el de la vara dijo:

—Arranque la caña, hermano. O séase, pique el tole. Mejor hoy que mañana, ¿oyó?

Cuando el moreno se enteró, al fin, del contenido de aquella orden, aclarada la jerigonza más bien con manoteos, reviró, sacando a cuento un derecho que quizá por viejo esté tan estropeado: el derecho a la vida. Con ello le dió pie al secretario para un golpito de lucimiento ante el cacique y el corro que apopaba a éste de oficio y de beneficio. Soltó el funcionario, con guineo de lectura de acta, un recuerdo de viejos estudios.

—Pero es que a usted no lo protege ni la ley, cristiano. Desde los tiempos del siniquitate—si la memoria no me es infiel, fué por el 1745—, nuestro señor el rey ya mandó a sus autoridades que persiguieran a los que se dedicaban a gaiteros, bolicheros o saltimbanquis,

pues estos ofisios—y sigo sitando al pien de la letra—sólo están consentidos a los que tengan otros. ¿Se va dando cuenta?...

Rebulló incómodo el cacique, provocado por aquella enroscada erudición, pero por el pronto se limitó a agachar la cruda y zorra cabeza. Prosiguió el chupatintas, sin advertir la marea.

—Más le digo: la misma real orden disponía se metiera también en vereda, como el otro que dise, a aquellos que andaran de pueblo en pueblo con máquinas, linternas mágicas y animales amaestrados, vendiendo medisinas con este pretesto y cobrando por ello. Y aunque éste no es el caso, mi amigo, porque no ha habido medisinas por medio...

Se le llenó la cachimba al cacique, que requintado ante la cultura de su falderillo, cortó:

—¡Cállese la boca ya, secretario, y déjese de boberías!... Y usted ya ha oído, buen hombre. Coja el camino y trasponga. La gente no está gustante con usted, y menos con los relajos de la machanga, que ya los niños no van ni a la doctrina por causa de ella. No digamos nada de la cotorra, porque aquí, señoría el arcarde, la mandó a trancar a tiempo. Lo de la niña suya, la mayorsita, también lo dejaremos aparte, ¿entiende?, aunque sí le digo que el personal está como si tuviera moscas de caballo... Y en consumidas cuentas, que aquí, señoría, no quiere requilorios.

Se fueron los forasteros otra vez a correr mundo, pero ahora sin su oso, al que los hombres acostaron bajo la parda y enojada tierra de Monte Pobre. Encima del pedazo removido donde vino a hallar su descanso, la hermosa machorra, que fué la única que no le hizo un llanto, botó un brazado de retamas amarillas.

Transpusieron al albita por los caminos de Santa Lucía, que antes llamaron Lugarejo, no sé por qué, pues

es un valle de muchas y muy derechas palmas, labranzas de riego y huertos verdes y frescos, con orillas de flores y corona de pájaros. Quién sabe si cosas de la política... Y pasados los hondos y también galanos plantíos de La Umbría, que es donde con más sentimiento y donaire hacen su silbo los mirlos y los capirotos de todo Tunte, ya en vistas de Rosiana, los caminantes vieron levantarse de debajo de un guindero grande al abuelo Lucas. Tenía cara de no haber dormido en toda la santa noche y en los ojos un brillo demente. Se tiró el pollo al camino.

—¿Echamos un vrginio, mano?—dijo al moreno de la cuadrilla.

Liaron, malamente contenido el temblor de los dedos, y fumaron chupando con ansia.

—Yo también voy pa abajo—añadió Lucas vagamente—. A la costa, ¿entiende?, hasta las salinas del señor Conde...

El pruebista lo miró torcido, quizá porque lo hizo al tiempo que le hurtaba el bigote a la candela del cigarro, quizá no... Luego se encogió de hombros y echó a andar delante. Lucas emparejó con la pollona. Y sin decirle esta boca es mía, le quitó de las manos unos pañolones grandes y repletos con que ella iba cargada.

Anduvo después perdido, como esos perros de los pastores que tuercen la ley y el camino al embullo de un celo, y que alcanzan, sobre el hambre, pedradas, variscazos y hasta, de caer en manos de muchachos, belmontina en el trasero o gangarros al rabo. Y lo mismo que uno de esos perros, rabujienta la pelambre, la cola desmayada y el aire soturno, volvió al pueblo así como al cabo de dos meses. Se le había espantado la risa y traía los ojos fijos y duros, igual que piedras.

Dijeron que anduvo atrás de la morena caminos y pueblos como uno más de los pruebistas, convidándola

a casorio, ya hasta angustiosamente, y a pasar después la mar. El tenía sus buenos brazos y corazón bastante para compartíroslos con la moza y la tierra nueva, donde era fama que un hombre—un hombre, y no un sarasa—daba una patada en el suelo y brincaban los centenes. Dijeron también que cierta noche, y allá por la raya de Telde, la muchacha ni lo empujó ni le huyó, igual que la otra vez. Le escupió la cara tan simplemente, rematando con este feo desplante un trasteo del soliviantado galán...

Aún dijeron más cosas, pues siempre había arrieros o trajinantes que trajeran una volada. Dijeron que en una ocasión, alta ya la media noche, y estando la cuadrilla por Guía o por Galdar, él se malició que la niña de los agravios no estaba en su cama; que se tiró al campo y la acechó; que la vió venir, ya cerca de las claras del día, de la parte del barranco, con un pollito del pueblo: un galletón descolorido y triste, espigado y tardío, que tenía los ojos así como los de ella, sólo que no fríos, sino como mal dormidos y ardorosos.

Debió ser entonces cuando Lucas se echó al hombro las alforjas, sacudió la cachorra contra las caderas, escupió con intención y sin levantar la vista pegó a desandar el camino.

Los que se alegraron del chasco, que fueron todos los jediondos de la localidad, negados para entender, no ya las tremendas y oscuras razones de algunos encendimientos humanos, sino las más simples del viejo y eterno dicho que reza «tiran más tetas, que carretas», todos estos totorotas del montón, digo—incluido de pleno el secretario del Ayuntamiento, que llamó a aquel retorno «la vuelta del hijo «prodigio»—, le pusieron a mi abuelo Lucas, «el Oso». Y con aquel amargo dichete sobre la frente se fué a la tierra.



Y ahora entra mi otra abuela, o séase la madre de mi madre, la del reburujón. No fué muy espigada de cuerpo, pero sí garbosa y sandunguera, sin que por tales dones—y esto fué lo bueno—llegara nunca a consentirse, ni cayera en melindres, ni diera en echársela. Lo mismo de pollita que de vieja, su genio y sus maneras tuvieron la pulida entereza de la leñabuena. Pronta y livianita, animosa de expresión, de palabra y de manos, lució por esto mejor que por linda, como también por el aire de su andar, que era menudo, muy apersonado y tan derecho que le sacaba a su porte la gentil semejanza de un pinillo doncel. También llamó la atención por el fulgor particular de sus ojos, más bien grandes y tirando a pardos, pues tras el juego de firmeza y lentejuelas que los animaba, tenían cierta blandura de fruta en sazón y a mano, y un «déjame entrar» así como el de las yerbitas u otras bebidas golosas.

Contaban también que sobre este ráido de pan con mieles, la abuela echaba el colmo de un pico entonado y con buena rienda, que no tuvo ese empalago de bienmesabe con que cargan el habla muchas hembras de por acá, y que jamás se pasó de rosca. Lo cual, dándose entre mujeres de higos a brevas y por maravilla, es asimismo para señalado como cosa peregrina. La parienta tenía, en fin, al decir de quienes la conocieron nuevita, el tierno garabato de un baifillo granado.

Ella no era de Tunte. Cayó allí por lo que la vida tiene de marea, metida como si dijéramos en el rebozo

de una cuadrilla de romeros de la parte de Teieda, los unos sacados a peregrinos por la pura rumantela y los más obligados con promesas al tirajanero Santiago el Chico, pero como toda la de aquella raya, gente abierta, parrandera y bailadora.

Al abuelo Lucas se la puso delante el juego de relances y chiripas en que el Destino se complace a veces, tejemanejando, desde su agachadero tras el tingladillo de cristobitas que viene siendo este mundo, a todo quisque, pero en particular a los que tienen mente viva y corazón caliente. Fué en una taifa del Risco, que así llaman también al caserío por el que Tirajana se descuelga hasta el recortado teso donde levanta su campanario y sus casas de alto y bajó. Cuando él se percató de la romera, ella estaba dedicándole una mirada entre curiosa y sorprendida, que al sentirse descubierta apartó de pronto con un claro gesto desamorable... Todavía salpeaba en el pecho del pollo el chasco de su aventura con la pruebista, que lo puso primero a los pies de los caballos y motivó que luego; en el pueblo, lo dejaran como hoja de perejil. Aún tenía sentidos y crudos los ojos. Sería por esta dureza que ella le torció la cara...

«Es cosita asiada, y me estaba mirando de una manera particular»..., pensó el hombre, al tiempo que le brincaba en el corazón una extraña esperanza.

Volvió a buscarle la cabeza entre el rebumbio de la taifa. ¡Aquellos ojos de la machorita del Nublo!... «¿Dónde he visto yo antes estos ojos, señores?... ¿O es que se dan un aire con los de aquella indina que me ajulió la alegría y el sueño?...» Pero no. Los otros siempre le recordaban los charcos hondos y umbríos donde se bañaba de mataperrillo, en los que el agua tenía como agujas del alto enero y mordía callada, igual que el perro de Bartolito. Del de El Ñameral sacaron, morado y tieso, a Manolillo el de Perera; en el del Molino de Anita Peñate abicó Santiago el de los Guirres; un remolino que hacía el de El Gorito tiró del mucha-



cho de un pastor, le chupó la vida y lo dejó al cabo inflado y quieto sobre su lámina mansa; dos hijos de don Pancho Anicasio, uno de ellos ya galletón, pasaron las brevas de Tirajana cuando el chico pegó a hundirse y el mayorcito se botó por él. Les debieron los resuellos y demás a una caña que les alongaron en punto del tercer margullo. El mismo Lucas se vió feo una vez cuando, al tiempo de cruzar el de Palomas por su parte más profunda, un calambre raro le abacoró los remos traseros y no se valía...

«Es curioso—pensaba sin aflojar la vista de la romera—que los ojos de ciertas mujeres puedan recordarle a uno el acecho del agua encharcada... Tiene que ser porque es tan bonita: tibia y quieta, con el cielo dentro, rizado de las tejederas y los rehilos del aire... ¡Pero qué engodos y qué trampas los de la puñetera!»

Pidió ron y volvió a pensar: «Me gustan a mí los ojos de esa mujer. Y son diferentes, sí, señor...» Sentía que un hombre podía cobijarse en ellos como cuando se dejan el airote y la sorimba de los caminos del invierno y se arrima el cuerpo engarabitado al soco profundo y amoroso de una cueva.

Ella estaba bailando muy a gusto y graciosa entre los brazos peludos de Joaquín el Pipano. Joaquín el Pipano, medio cerrero y mal amigo, era de la cuadrilla de Lucas. Este ni reparó en él. Se entregó a mirar a la moza, embelesado. ¿Cómo no la había visto antes si llevaban rato en el baile, ella taifeando y él pizqueando ante el tablón de pinzapo que hacía oficios de mostrador...? Sería que como no era muy rejundida de tamaño, el Pipano, algo sollajo, la tapaba. En la pausa de un copeo para los tocadores la vió sentarse sudorosa, pero privada. Sonreía por su cuenta, más allá de Joaquín, con alegría propia, que la llevaba dentro como los almendreros llevan su flor. Y la sonrisa, fija

y viva, le ponía lindo el semblante, arrebatado del val-seo y la calda del romeriego cuartillo. Al pollo, tan de repente hechizado, se le vino al pensamiento la cantanera coplilla: «Como vienes del campo—vienes airo-sa,—vienes coloradita—como una rosa...»

Rompieron a tocar de nuevo. Lucas remató de levantada su vaso y cruzó el embullo y el aire espeso del baile. Ella estaba al lado de un pollillo así como de unos quince años, que tenía en el regazo un pañolón de colores colmado de presentes de la taifa: muñequillos de pan pintado, galletas, pastillas y piñones de almendra largando el bofe y empegostados por el tremendo arropo de la diversión... El abuelo se plantó delante de la jacarandosa pollona, desdobló un pañuelo nuevo, se lo puso sobre la mano grande...

—Joven, ¿es gustante?—le dijo con respeto.

Ella se le quedó de muestra unos segundos, algo inquieta.

—Yo no bailo—respondió en seguida secamente, poniéndose a lazar, tranquila, las cuatro puntas del pañolón con las golosinas.

A él se le colmó con un sofoco raro la cabeza. Le saltó al pensamiento el otro gran fracaso, el de la gitana. «¿Qué rayos tengo, que las mujeres que me gustan me reviran?», pensó, un instante suspenso. Se quedó plantado, sin hallarle salida al feo. Y se aturrulló, hasta olvidarse de una antigua y bonita malicia, sin uso ya en las mañas galantes de la escopeteada pollería de ahora, pero que entonces, tiempos de buena crianza, tiempos de cumplidos como mopas y palabras como rezos, era de riguroso empleo ante la mujer, incluso de parte de los maúros y rocotes más cerrojos. Se olvidó el pariente—¡bendito sea Dios!—del valor y el uso del trasteo y el temple en lo que en las hembras hay de guitarra, y que vale lo mismo cuando se las convida a saltar a un terrero de baile, que cuando se les hace

la rosca o la cama, dicho sea esto último en el sentido más bien sencillo que tiene en islas.

Y así, callado y tieso como un pitón, estuvo un momento, que a él le pareció un mundo. Estirando el cogote, y como el que no quiere la cosa, echó un vistazo de raspafilón al grupo de los suyos, que se mantenía copeando, pero alerta, al pie del pinzapo... Tiró un último lance desesperado.

—Yo estoy vestío de limpio, ¿oyó?, y no soy ningún jediondo...

—¿Cualo...?—alzó ella unos ojos perplejos.

—Bueno, quiere desirse que a lo mejor usted se ha figuraó como que yo soy algún fulanillo a la vela... ¡Digo yo!—y en el «digo yo» puso todo el lamedor de que era capaz en aquel mal trago.

—Yo no me ha figurao naíta este mundo—replicó ella grave, pero serenita—Usted allá. ¿Qué es lo que quiere? ¿Baillar...? Pues mire, ahí tiene muchachas a fuleque. Lo que es conmigo, no. Y hágame el favó.

Como si le metieran una puñada de nieve por el tozizo, sintió a sus espaldas el guapido coñón de Pepe Tejera:

—¿No fumas, inglés?...

Lucas volvió rizo a las copas.

—¡Espacha lo mismo, pero doble!—pidió ronco, en medio de la chanza a cencerros tapados de los de su partida.

Se le había descolorido el semblante y le temblaban las manos y el quejo. Un ron que le habían tirado delante se lo jilvanó del bolichazo. «Este da el estrallido», se barruntó Jerónimo Santana, que lo conocía bien.

Notó Lucas que el Pipano, que lo envidiaba de antiguo, se estaba empajando de gusto. «El carajo éste le ha dicho algo de mí: que si esto, que si lo otro...», receló. Lo encaró de pronto, con una abacorante firmeza:

—¿Tú que le has dicho de mí, alcagüete, a la roma-

ra esa de Tejada, dí? ¡Sí, no te hagas el sonso! Aquella del vestío amarilloso...

—¿Quién, yo...? ¿Cuándo aónde y asunto de qué?—respondió Joaquín aspaventando mucha la réplica, pero con un mal disimulado acento cachiporro.

—Vuelve a espachar aquí, tú—reclamó de nuevo el abuelo al del copeo, encalmándose tan repentinamente como se había calentado, pero en un jacio que barruntaba marea.

Volvió a beber de estampido. Y cuando aún el bravo beberaje no había pasado su lija del cinco por la totalidad del gañote, en una nueva rebelina metió el cuerpo arriba del Pipano, tan arriba que éste sintió en los mismos besos su bajo recio, de ron y virginios. Pulpeando verdad, mintió, amenazante:

—Ahorita, cuando estabas tú en el terrero, bailándola, veí cómo ustede me miraban, que al modo ella te preguntó algo al respectivo de mí... ¡Dime la verdad, consio, o del pugido te meto la cabeza en la caja el pecho!

—Bueno—soltó, agachándose, el Pipano—, algo me dijo, sí... ¡Ah!, que te vía visto—¡que le paresía!—en su pueblo, por el Socorro o por San Miguel. Yo le dije, digo: «Puei ser, porque él es bastante fiestero...»

—¿Qué más?

—¡Na más, en buena fe!...

Bebió de nuevo el abuelo Lucas, otra vez a modo de «¡rián!». Y se le vió subir y bajar, más de realce que nunca, la nuez, que en la ocasión parecía el vibrante y heridor garabato de una espuela de gallo, afilada y presta por la calentura. Se limpió la boca restregándose la con el dorso de la mano. Y cuando Joaquín menos esperaba la embestida, lo fecho por las solapas y se lo trajo al pecho. Le habló con voz gacha y enfoscada:

—Ahora vas a ir tú otra vez a dar con ella, ¿entiendes?, y la convidas. ¡A ver si baila!...

—Yo no tengo ganas en este instante—respondió el Pipano, tirándose a las varillas—. ¿Y no fites tú ahorita mismo, y no hubo de qué?... ¡Tonses!

Apretó el abuelo la trinca y la amenaza:

—¡Tírate al terreno y sácala, o...!

—¡Ta bien, hombre; lárgame...! — resolló Joaquín malamente, con el alma abracada por el miedo y los resuellos impedidos por la chaqueta, que los puños de Lucas iban retorciendo hasta poner las costuras en punto de estallido—. Si tienes ese antojo, yo voy y la invito, no te apures.

—¡Más ron aquí, tú!—llamó el encelado pollo, al tiempo que Joaquín el Pipano, sacristán de amén sin más remedio, se abría, rizo, por entre los hombres de la puerta, las parejas y la bajurria de la taifa, tan densa que se podía cortar como un queso tierno.

Observaba el pariente al soslaire, de codos en el tablón, con la copa suspensa en el filo de la boca, la cachorra sobre las cejas... Arrimó Joaquín a la romera, que se pasaba las manos por el pelo renegro y se solplaba risueña un mechón suelto sobre la frente sudorosa. El bailador llegaba sin sangre en el semblante y sin apoyo en la voz. Dijo unas palabras que casi no se oyeron. La mocita soltó el hato de las golosinas sobre las piernas del galletón y se puso en pie muy animosa. Apulsó la mano izquierda y parte del brazo contra el pecho de su pareja, metiendo así entre ambos una inflexible cuña de decencia, y pegó a bailar, dispuesta y sedita...

Trinaba una isa salpicona, de alzapúa, bajo las manos rehileteras de Santiaguito Bordón, el más aseado tocador de las rayas del Sur. Joaquín el Pipano se engalló, arrufado por el son vivo, parrandero, resucitador, del aire en que se mecía, por el primor que llevaba entre los brazos, aunque entre él y ella cupiera una cómoda, y en fin, porque en algún giro le pareció obser-

var que su tirante amigo se había rizado de pleno...  
Cantó, hecho un quíquere:

Esta que baila conmigo  
es mi amiga y no me pesa;  
¡quién la pudiera llevar  
de corona en la cabeza!

Saltó Lucas, zagal y engrifado, al quicio de la puerta  
que comunicaba el timbequillo con la taifa, y cabri-  
lleándole los ojos y la voz, empalmó un estribillo:

No dismienten tus gustos  
que eres maúra.  
¡Guárdame un huevo, niña,  
de la echaura!

Y cantó arrente de la copleja, con pronto fanfarrón,  
pero también con el ardimiento y la cuerda de un gallo  
de siete peleas, armado de espuelas guerreras y hondas:

Ni te estires, ni te encojas,  
ni te hagas al rogar,  
que yo nunca ha pretendío  
rasimo del tal parral...

El baile se cuajó de repente, se quedó de repente re-  
quintado y serio... Lisandro el del Roque, que venía  
jilvanándose al golpito un plato de chochos, mano a  
mano con un romero, antiguo compañero de quintas,  
cucó al compadre. «Doble contra sensillo—dijo—a que  
aquí va a haber mojo con morena...».

Según acabó el canto, Lucas se abrió paso hasta el  
Pipano y su pareja. Lo trabó a él por un hombro, apar-  
tándolo de un reflechón. La romera del desaire se le  
quedó delante a cuerpo limpio. Y dando la cara, que  
creo que daba gusto verla. Sin decir «agua va», el  
abuelo le sopló una galleta como un queso de Fonta-  
nales de los de antes. (Ya sabrá usted que se estilaba cas-

tigar con una cachetada—era ley—a las pollitas que hacían en los bailes, fueran de taifa, fueran de convidados, un deshonor así.) La romera cayó de culos sobre el duro piso de cemento...

Roto y abierto, el tenderete no se estremeció. Para que entienda mejor porqué el concurso se quedó suspenso frente a una mujer avasallada, le repito que era aquel un «bofetón de derecho». Hubo incluso quien se quedó tan fresco como una hoja de ñamera. Por ejemplo, Santiaguito Bordón, al que le venía zingando el calacimbre, y que aprovechó el jacio para endengar la cejilla. Comida por el trabajo del acero, dejaba la cuerda medio en vano. Le metió su cuñita de un cartoncillo de cigarros y pegó a afinar, con tiempo de sobra.

Practicada la ritual y respetada justicia, Lucas pudo haberse marchado tranquilamente. Pero su sangre, virada un mojo de los recios, con el vinagre de la tierra y la pimienta de la mala palabra encendiéndolo desde tiempo atrás, lo recorría abrasando, y le sacaba a los brazos ganas de tronchar y machacar a alguien... Se mantuvo escarranchado en el centro, esperando lo que no podía darse: un machito que plantara cara por la romera.

—¿Es que no hay aquí ningún templado que salga a levantar a esa mujer y a partirme a mí los besos...? —provocó, mirando en torno y parando el aborrecido desplante frente a Joaquín.

En medió de aquella rueda de morros gachos y de silencio, brincó del suelo la ofendida.

—¡Yo! —gritó, relumbrándole dentelladas en la boca entreabierta.

De repente se le atravesó, cubriéndola y atajándole el salto, el pollillo que sostenía a una banda del baile el pañuelo grande y colorido de las golosinas. Le temblaban los labios y le gateaba el coraje en los ojos. Lucas se fijó en el bigote, que le venía pintando, y en unas gotitas de sudor que brillaban suspendidas entre la fi-

na pelusa. Pensó: «Sos un pipiolo, ¡y es lastima!». Con un acento macho en la voz, el galletón encaró al enroscado.

—¡A mi hermana no le ha puesto la mano en la cara ni mi padre! ¡Yo tenía que romperle a usted los dientes, pero entodavía no puedo...! —y se le cuajó en los ojos calientes un llanto de rabia—. Dentro de tres o cuatro fiestas más, volveré por Tunte, ¡pa buscarlo a usted, tan solamente! ¡Entonses me dará esa cachetada a mí, valiente, si es hombre...!

—¡Que tú sos hermano de...! —dijo Lucas entre asombrado y alegre—. ¡Buen casteo, chico...! ¿Y por qué dices que no eres un hombre?—añadió, tocándole los molleros.

—¡A mí no me atiente!—respingó el galletón, con una desesperada ira retensa en los puños y golpeándole las sienas.

—¡Pega, chico!—lo incitó Lucas, agachándose y poniéndole a tiro un carrillo descubierto.

El zagal se desconcertó y buscó con ojos perplejos los de su hermana.

—¡Dale, Juan María, o le arrimaré yo!—gritó enjaulada la romera.

—¡Tira un moquete, c..., que tú sos de ley!—lo azuzó Lucas arrimándole el rostro.

—¡Hable bien, deslenguado!—saltó la pollona, al tiempo que apartaba a su hermano con un gesto altivo.

—¡Esto es cosa de hombres! ¡Usted no se meta!—dijo resuelto Lucas, trayendo otra vez al centro al pollillo de un brusco reflechón—. ¿A que si te pongo las manos en la cara me pegas...?—añadió con nerviosa jovialidad, recebando con una liviana cachetadilla la candela que enramaba el pecho y la cabeza del muchacho.

Se le encendieron al medio hombrito los cachetes como peros de La Vega. Tiró una piña en la que volcó toda su tierna cólera, alcanzando de pleno un ojo de Lucas. Todavía le metió un revés que le estalló los be-



sos... Entre el pasmo del corro, cogido por el sorprendente giro del suceso, el al fin castigado pollo dió un largo, vicioso, alegre ajijido. Luego, satisfecho, salpeó la cachorra contra sus largas piernas y dijo, saliendo:

—Eso está bueno, romerillo macho. ¡Buen casteo...! A usted—se volvió a la hermana, que se mantenía como un calacimbre requintado—, a usted la veré en otra ocasión. Tal vez será tardía, pero sierta...

Ya en la puerta se revolvió, trincado otra vez y sombrío.

—Y tú, Pipano—dijo—, ¿sabes lo que sos tú...? Pues un jediondo y un culuchiche. ¡Eso es lo que sos!

Así como al año y medio de este percance, el abuelo Lucas se compuso como los tollos—flus nuevo, hecho para el caso en la Ciudad por una costurera de La Portadilla, camisa de mucho almidón, rizada pechera, con botones refiladitos de colorado y zapatos a medida—y se hincó de rodillas a la banda de María, la jacarandosa romera de la cachetada en la taifa de Tunte, que iba también hecha un pino de oro, con todos sus alfileres, repulida y pasamaneada...

Contaba el abuelo que nadie en las siete islas le había respondido al señor cura el «sí quiero» del caso con el apoyo y la entrega con que el lo hizo aquella mañana resplandeciente del casorio. La abuela lo emburujó entonces como si le hubiera dado por fanegas «polvos del querer», entramallándolo después para los restos, sin que tuviera que forzarlo ni con amulamientos ni con modos imperantes. Lucas subió los repechos matrimoniales a su gustoso tranco, cosa que no suele pasar entre maridos y mujeres. Cuando corriendo la soltería, ésta con sus atosigamientos de sangre y la sociedad con su tranquillo meten a uno en el compromiso de «fondear», el macho, al modo del sargo, tira a chabasquear la carnada. Y si puede se la lleva sin picar de

hocico lleno. Cuando la tanza que lo agüaita se estira y vibra, cantando que ha cogido de beso, por lo regular el peje revira y pelea, mientras de arriba—¿quién sino ellas, que tienen un misterioso y paciente destino de pescadoras de veril...?—fajan a recoger liña con bienamañadas manos, emperrándose en impedir los muchos, anchos y sabrosos rumbos de la marea de la vida.

Para nada al cabo, hermano—ya se lo habrán enseñado las cosas y los casos—, pues los más por la zorrita y los menos por el cachetón y hasta el pirganazo, casi todos se echan fuera, y pizquean donde y como pueden. Que siempre pueden, aun cuando de arranclinillos se trate, pues ya sabe usted lo que con sabiduría reza el dicho: que nunca falta un roto para un descosido...

Mi madre se quedó preñada de mí por un mes de los Santos, aunque creo que enredó la pita de sus cuentas, en las que las mujeres suelen trabucarse, dando después el requilorio. La cosa debió haber sido consecuencia de una alegranza de Finados, aunque con algo más que higos y nueces, pues siendo ésta, como es, comida de capirotos, no me paso a creer que rempuje bastante. Más bien inclino a que el viejo se mandó sus buenos tanganazos de algún vinito caliente y jaranero, con sus lascas de cochino de matanza fresca. Pienso que con la fortaleza y el embullo de aquellos vasos y de estos enyesques, le gallaron las ganas. Que eran tantas y tan antiguas como las de mi madre, la cual, vacía una purriada de años, hubiera dado un ojo y la mitad del otro por tener una insalla de chiquillos a los que arrullar y que la mearan.

Porque ha de saber usted que mi padre, Sebastián Monagas Liria, más conocido por Chanito el guardia, y Epifania Cabrera Pérez, mi madre—que en Gloria estén—, casaron a muy buena edad y como Dios y el señor juez mandan, a los pies de Nuestra Señora del Socorro, patrona muy bien querida—y muy serviciala—de Tejeda. En esta raya ella y en la de Tunte él, fueron nacidos y criados. Como pobres, desde luego, pero a orilla de manteles siempre sobranceros de gofio y papas sancochadas, cosas las dos que si no empelechan como la vieja y el bichillo, siquiera mantienen sanos los resuellos y firmes las muñecas.

Entre otras... prendas, a los hombres nos adorna la de vanidosillos. En los pueblos mayormente, ser padre tardío vale tanto como ser hombre entre ñangueta y cachiporro. Tal flojera clava una estilla de mala ponzoña en una de las fibras más puntosas del isleño con cama de novios recién estrenada: la de fracasado como progenitor desde el primer lance, o sea del bolichazo. Le señalo esto porque dicen que mi padre se la echaba, lo mismo en los poyos que en los timbeques del pueblo, de que a los nueve meses, cuarta más, cuarta menos, podría mandar a las amistades el consabido recado: «Que dicen Chanito Monagas y Epifanita Cabrera, que ya tienen un criado más que les sirva». Creo que cuando decía la frase se le enroscaba el bigote y un como rebullo de mirlos le animaba los ojos.

La verdad es que nadie lo dudaba, porque hijo de padres taías, el mío debió haber saltado atrás, por sobre los rejos de «Cho Regorio el Sanana» y «cha» Candelaria «la Cordera». El salió macho en cualquier terreno, lo mismo con las pollonas que se dejaban querer en el pinar, entre los trigos granados, o a la banda de los cogidos, que en un rebumbio de piñas, o dando pata por el monte, atrás de conejos, perdices y palomas, aficiones todas que le tiraron más que la misma comida.

Pero las cosas, mi amigo. Pegó a correr el tiempo y no aparecía un guayete ni para una medicina. Quizá fuera esta flojera lo único que él sacó de los abuelos mansos. O quizá era cosa de la señora, que las mujeres se plantifican también a veces, poniendo por su cuenta y sin más remedio punto final a un casteo. A los tres años de casada, mi madre tuvo un embarazo de aire. Que, claro, se fué igual que cuando se pincha un agua viva. Creo que el choteo llegó hasta Mogán, sacándosele al asunto puntas varias. Mi viejo supo, por ejemplo, que un tal Justo el Mulo, que trabajaba en una herrería de la Ciudad, había dicho en una fonda

de la Plaza a unos fruteros del pueblo: «¡Chico fuele pa una fragua, caballeros!».

El golpe se encendió como la cochinilla. Callóse el padre como un tocino, cogió un albita caminillos y atajos y se plantó en Las Palmas. Se tiró un salto a la herrería.

—Traigo un encarguillo pa ti, ¿oistes?—le dijo a Justo el Mulo—. Cuando largues la machaca, pásate por el cafetín de Matula, que como está serca de la Marina, pues siempre hace más fresquito...

Y cuando llegó el tiznado de la lengua liviana:

—Pues ha venido a traerte el fuele, ¿sabes...? Pero aquí no te lo puedo dar. Vente conmigo, ¿oistes?, que lo tengo ahí trasito, por allá del muro de la marea...

Lo breó a solas y de tal manera, en el curso de una tollina larga y resoplante, emperrada y bronca, que Justo el Mulo quedó allí pidiendo agua por señas, estando después de sebo de carnero, franelas coloradas y ungüentos de jabón, cera y sábila, sus cuarenta días con sus noches.

Bien corridos ya los cuatro años del casorio, mi progenitor (ponga esta palabra y alguna otra por el estilo de vez en cuando, porque hay mucha gente a la que le gusta leer fino, mayormente la de misa de doce), mi progenitor, digo, se cansó de los mocos, babas y suspiros de su costilla y mandó liar el petate para buscar a quien pudiera quitar de la cabecera de su catre aquella señal con piedra negra. La pareja remontó la Cumbre, camino de la capital, llena de esperanza. Ya en la Ciudad, los viejos se fueron derechos a San José, el más sentado y grave de los Riscos, donde tenía su casa y su despacho don Cristóbal Quevedo, nuestro Marañón de entonces. Don Cristóbal era médico pregonado por el caracol de la fama desde los marineros arrabalillos del Refugio, hasta las altas casitas de los pastores de Amarga.

El sabio caballero, que tiraba algo a destempladillo, les dijo por las claras unas cosas de malamañado entendimiento para ellos, pero cuyo tumbo venía siendo el siguiente: que algunas mujeres, a semejanza de ciertas tierras, podían salir baldías de por sí, o virarse, a favor de oscuros vientos. Ejemplo, las majoreras, las de esa isla mal llamada Fuerteventura, a la que Dios fué soltando la mano pasito a paso, con lo que acabaron perdiendo los verdes viciosos sus sementeras y lo granado sus tablones y macollas de arboleda. «¿Y hoy, qué...?—se dirigió el doctor Quevedo a mi padre en particular, sacando el busto y suspendiéndose en la pregunta un instante por apoyar la comparación—. ¡Hoy, nada! Arrifes y más arrifes, que meten el corasón en un puño de tan vasíos y de puro pardos, de no tener pájaros—¿has visto cosa semejante?—porque no hay ramas donde puedan colgar un triste nido...».

\* Añadió don Cristobál, mirando ahora a mi madre, que también había mujeres—ella podía ser de esta tanda—capaces de quedar cubiertas, pero... ciertos torcimientos de no sé qué y no sé cuántos, jeringaban luego el asunto. (Lo de que tal vez tuviera una matriz de garabatlillo, creo que no lo dijo el señor Quevedo, que lo dijo un espiritista que vivía a las bandas del Potrero, y que como le pegaba a todo, trajinaba también tales espantes de la fecundidad. Esto no se lo puedo asegurar, porque ya no me acuerdo bien de tal rún-rún).

Los padres se quedaron como al garete en vistas de puerto.

—Pero alguna toma si habrá, usted don Cristobal, pa ayudar y eso... ¡digo yo!—creo que dijo el viejo metido en un trasudor.

—Y yo te digo que sí, que como haber sí las hay. Ahora... pasa que te costará los cuartos, y a ella le hará el efecto de una tasa de pasote, ¿te enteras?

De allí a mucho, a mi madre las lágrimas le sirvieron de conduto. Rompió a llorar en la ocasión callada.

mente. Y el médico, que bajo aquella aparente dureza de morrocoyo escondía un bondón, se amorosó.

—Bueno, mujer, todo el mundo tiene la boca por debajo de la nariz. ¿Quién quita que yo también me equivoque, dí...? ¿No disen por ahí «pa sajorín cho Plomo»...? Pues eso.

Garrapateó una receta y los mandó a la botica del Rincón.

—Mira, vas a tomarte esto. Sus cacharaditas, ¿sabes?, conforme va apuntado aquí. Y déjate ver más adelante.

—Sí, señor don Cristobál—respondió mi vieja reconfortadita, sonriendo detrás del manso llanto, como cuando llueve y a la par luce el sol.

Los viejos pasaron la joroba de camejillo del viejo puente de piedra como cendales de ligeritos y con una esperanza semejante a la de los labradores debajo de un tiempo enzurronado y blando. Fueron a Las Cadenas y recogieron el limetón con la toma, que mi madre llevaba después bajo la pañoleta y contra el vientre, como si el raro brebaje pudiera ya fecundarla a través del vidrio... Con el tiempo se acreditó una vez más el tino del médico Quevedo, porque las cucharadas—tres al día, antes de comer, igual que siempre—de aquel líquido tirante en el color a la tinta de la escuela y en el paladar a retama, hiciéronle el mismo efecto que al que tiene tos y se rasca el traste.

Después el matrimonio paró el tiempo justo en una fonda que había por El Terrero, y que seguramente fué la que por entonces, o después, llamaron «Hotel Cagajón». Por cierto que siendo yo apenas más que pollillo, oí hablar de cierto médico barato, apellidado Suárez Estupendo, que no sólo paraba en tal hospedería, sino que allí abrió su despacho. Contaban que algún isleño de los de entendimiento y lengua salpimentones, tal vez rascado por lo que creyó demasía en una

cuenta, o porque sin piedra ni palo—y arriba cobrándole—le acabó la casta a algún pariente que andaba a trompicones con la salud, púsole en la puerta un papel que con hermosa y refistoleada letra rezaba así:

«Doctor Suárez Estupendo  
ofrece su habitación  
en el hotel Cagajón,  
a la derecha subiendo.  
Si falla la curación  
—cosa que viene ocurriendo  
con tanta reiteración  
que al que trincó, va abicando—  
encontrarán el cajón  
a mano izquierda, bajando.»

Lo recomendación última referíase, parece, a una carpintería de las de mucho pinzapo, mucha silla coja y apestoso engrudo, que era de un maestro Domingo Higuera, y que abría su puertita muy a mano: en la calle de Enmedio. Parece que maestro Domingo fue hombre tirando a «zape», y en consecuencia, bastante bien amañado para rematar curiosamente los largos tableros del «huacal de la absoluta», a los que rizaba y esponjaba, con el dicho gusto de sarasa, el paño y los clocos. Por lo que hace a la rimada lezna, me huele a Roque Morera, o a la gran viperina doña Agustina Romero, la «Perejila», que tampoco fue floja. Uno u otra la harían de encargo, digo yo.

Tempranito, por apremios de mi madre, pues el padre quería quedarse «un pisco más», quién sabe si para darse una vueltita por San Antonio Abad y echaderos colindantes, donde acarraba por entonces el ganado insular de escachadas, tempranito, digo, cogieron los viejos el coche de horas. Una vez que el pujante tiro de mulas y el mastrote que arrastraban rebasaron el Fielato, acotejados ya por el sangoloteo —más mal que bien—, mujeres y hombres, paquetes y balayos, hatos,



hatillos y cestos, el personal pegó a hablar poquito a poco, aliviada la molienda de aquel acarreto por el consolador principio del viajero isleño, que pesando filosóficamente lo que «viajar» tiene de pasajero, aguanta la mecha del transporte con mansedumbre y estoicismo de ovejas. «¡Como aquí no vamos a vivir, usted...!»

Hablaron ellos de cabras, de luchas, de la División de la Provincia, de Cubita la Bella, de dulas y pleitos de aguas... Y ellas hablaron de «do carito que está todo en Lan Parmas», de lo que la «suidá» molía, del cólico miserere, de unas tarlatanas que se mercaban más baratas «ca los Malteses que ca los Peñates», y de un indiano, de Agaete él, que se fué a La Habana dejando un chico y cuando recaló se halló con cuatro, de resultas de cuyo ni comido ni bebido incremento resolvió cortarle el pescuezo a la señora. En este último tema metieron cucharada los hombres. Luego de opinarse que el otro había rebanado «debidamente, porque no hay derecho, caballeros», alguno dió noticia de que el indiano se alzó, perdiéndose en el monte, sin que los civiles le hubieran visto «ni los polvos».

Iba en el coche un don Clemente, natural y vecino del Madroñal, que había hecho una media fortuna en Trasmarino, que era presidente de algo y que se pasaba la vida metido en curia, pleito va, pleito viene: por un lindón corrido un jeme, por una torna virada medio minutos antes de la hora, por la mitad de los frutos de un peralillo cuya sombrita caía en lo de él, porque una jaira le despuntó un cantero de millo bogando...

Don Clemente, «especialista en contenciosos-administrativos», ganaba casi todos los pleitos no se sabe por qué misteriosas enredinas. Y en cuanto tenía las sentencias entre los plátanos mayeros de sus manos, se compraba un puro grande y tiraba su par de docenas de voladores, si era posible, delante mismo de la casa del perdedor. Cuando se murió, contaban de él algo que era un chascarrillo, claro, pero que lo retrataba de am-

pliación. Decían que reclamó paso en la portada celestial con imperantes golpes de aldaba; que San Pedro le puso unos reparillos porque su «hoja de servicios» tenía visos de palo de gallinero; que él se emperró en entrar, pegando hasta gritos, dando algún puñete y enseñando triunfante un imperdible con un manajo de medallas, de entre las que sobresalía una dorada y más grandita con la Virgen del Pino; que mostró ésta muy particularmente, al tiempo que demandaba: «¡Que venga la Señora de Teror, y que hable ella, a ver...!»; que el santo portero, aturdido por semejante y nunca visto empeño, acabó diciéndole: «Bueno, pues aguántese un pizco, que voy a consultar», y que como el responsable del celeste fielato volviera diciendo que de pasar para adentro, de eso, nada, don Clemente reviró con su consabida amenaza: «¡Les meto un contensioso-administrativo que los escaldo!». Contaban, por último, que lo metió, ¡y que lo ganó...!, quedándose que no le cabía una paja, no sólo por el geitoso destuerzo a las candelas del infierno, sino por su nuevo y alto tiro de quíquere de la curia.

Lo del degüello de la mujer del indiano de Agaete acallantó a las mujeres por un largo rato. En el jació, los hombres hablaron a placer de luchas. Alguno mentó a un pollo nuevo, conejero él, gallo tapado hasta aquellos días, de la villa de Teguisse, que sobre ser un templero de hombre y garboso como el primerito, tocaba todas las suertes de lo que el «Diario» y los cronistas oficiales de islas han venido llamando «viril deporte».

—Es un muchachón alto él, secarrón él, y con una levantada, caballeros, como el pino de Pilancones... Pa mí que le va a dar que haser a los cheches de por acá, la inclusive a los de la pila de Terde —remató el de la noticia, uno de Santa Brígida, que compraba y vendía batatas.

—Ese es un sapo rabudo, como todos los demás que

caigan afuera de las rayas del sur, espesial Terde—sentenció, en la oposición siempre, don Clemente, tirado para atrás, con una imperante y definitiva réplica—. Onde se escarranchen Juan Castro, Matías Jimenes o el Rubio, que se quiten todos esos rabos de vaca.

—Bueno—dijo alguien tímidamente—, pero también hay que echarle de comer aparte—¡digo yo!—a don José López Martín, el canónico...

—¡Nada! ¡Cachiporros todos!

Se tupió la parrafada sobre luchas.

Viajaba también un tal José María Nuez, que venía siendo de los Nuez de la Vega de Enmedio, labrador él. Pepito María llevaba una baifilla granada en el regazo.

—¿Y esa jairita, mano José María?—le preguntó mi padre, un algo por curioso y un mucho por despejar el vano de velorio en que don Clemente metió a los viajeros, y en medio del cual el picapleitos se estaba empajando de gusto.

—Pues esta jaira, usté Chanito, se la merqué en Lan Parmas a un endividuo él de Fuera la Portada, que lo llaman Manué el Ñame a él. Es de un asiado casteo, ¿oyó?, lo cual que espero sarga cumplida. El padre es el macho de las Regoyas, que usté habrá oído mentar...

—¡Hombre!, ¿no voy a oír?

—Y la madre viene siendo una rusia—también pregonada, ¿oyó?—de mastro Andrés Sambumbéatela, el de la Portailla.

—Cosita buena también, sí, señor.

—Si quiere que le diga, no es muy arrejundida ella, asín de cuerpo y eso, ¡pero animalito abarrenao, caballeros! Hay que ver ese carnazón a las siete de la mañana, lo cual que lo deja usté con el quejo caído. Acachorra a cualisquiera, cristiano, ver aquel retaco ir raiando cacharros de pastillas, hasta rebasar sus dose medias de leche muerta.

Don Clemente, que se mantenía en su mal tabefe, y dispuesto a majar lo que se fuera presentando, le pegó

unos halones al virginio, se tiró más para atrás y dijo:

—¿Pero ustedes qué saben de buenas machorras, desgrasias...?—Se dirigió al cochero, que había amarrado las bridas en un garabato y le había vuelto el traste al camino, metida la cabeza en una bobería y colgantes como badajos las canillas, que enseñaban sin reparo, bajo la rala y rucia pelambarrera, así como un berrazal revuelto y de semilla anterior a su primera comunión—. ¡Usté, Felisiano, cuando allegue al Madroñal, apare un pisco, ¿oyó?, que le voy a enseñar a estos baidufos lo que son cabras!

—Ta bien, don Clemente—respondió Feliciano con aduona presteza.

—Yo creo que se puede hablar y respetar a los endividuos. ¡Vamos, digo yo...!—comentó mi padre, ya requintado, pero mascando el freno, porque mi madre lo reparó cucándolo con disimulados, pero recios codazos.

—¡Yo no ha fartao a nadie, ¿tamos...? Pero si usté se pasa a creer de que sí, pues mire, áhi tiene el usgado. ¡Vaya y demándeme! Lo que no quiero son empeloteras.

—¿Tonses, pa qué las busca...?

—Ni busco, ni busco. Ha hablado lo mío. Y no quiero requilorios.

Otra vez se espesó el ambiente del coche de horas. Hasta las mujeres, que habían vuelto a virarse pajarreras, quedáronse nuevamente como en misa. Al rato, una de ellas, ya olvidada —las hembras son menos esponjosas para los agravios—, dijo a otra de enfrente:

—¿No sabe, usté...? El que vino de Cuba fué Lisandrito, mujer. ¡Sí, el de Ayacata, cristiana...! A los veinte años, quería, que ya lo daban por muerto... ¡Oh, hasta las treinta misas de San Visente le dijeron!

—¡Sús, tal desgrasia, señora!

—¡Dígame usté...! Pues resurta de ser que la mujer, a la que dejó nuevita y a media miel, ¡la pobre!, cayó

entre sábanas, del insulto que agarró, y hasta Padre Dios hubo que llevarle.

—¡Cosa con esa...!

Prendió el tema de América, del que los hombres se fecharon como lapas.

—Yo, caballeros—dijo uno—, porsión de ocasiones ha estao dándole vueltas a la idea de agarrar la mar y trasponer.

—¡Quite, cristiano! Aquello se come a las criaturas, y caen del pecho. Cuando recalán, amarillitos y planchando, con tan solamente un sinto de majá y un baúl de chapas, no los aquella ni el médico chino.

—¡No diga, hombre! Pregunte y verá. Allá la plata se manija en talegos. Conforme que es duro guataquiar y demás, pero merita la pena. No como acá —¡onde va a parar—!, que usted se retunde y larga el bofe, y a la vos de ¡ya!, fiscas, y apare la jaca.

Contó un tercero maravillas de cierto indiano de La Aldea, de uno de Moya, de otro del Sur..., que se fueron con lo envergado y cuando volvieron a la tierrita podían hablarle al señor conde con la cachorra puesta.

Don Clemente volvió a remenearse en el asiento, amagando una nueva «empelotera». Se arrepollinó, hasta afianzar bien el costillaje, y dijo, marcando un bico despreciativo con el beso de abajo y sacudiendo al tiempo, con aparatoso desdén, la cola del virginio:

—¿Arguno de ustedede ha pasao el charco...? —Nadie resolló. Afianzado el embate, él tiró a degüello—. ¡Tonnes, porque no se callan, sapos rabudos...?

—¡Oiga —saltó mi padre, quedándose en el filo del duro asentadero y diblusándose sobre el busca belenes, hasta casi rozarle el morro—, una ves se dise que la calabasa es buena, ¿oyó? Y ya ha soltao ustedé, en más de dos ocasiones, lo de «sapos rabudos» y «rabos de vaca» y esto y lo otro... ¡Y mire, le voy a desir una cosa: no los callamos porque no nos sale de...! —el viejo miró para las mujeres antes de rematar la frase, que había

sonado zumbante, así como el viento por la mala junta de dos puertas empenadas—. En fin, no los llamamos, ¿oyó? —añadió, ahora con voz oscura, recogién-dose de pronto en una reculada de carnero—, pues mire, porque no nos da la gana. ¡Y listón! ¿Qué pasa...?

—¡No se me pase a ese terreno, ¿oyó?, porque le meto un contensioso-administrativo que lo ajundo!—guapió, intimidado, don Clemente.

—¿Usté que va a meter, desgrasiao de mierda...? ¡Usté no mete ni un boliche en el Túnel, hombre...! ¡Fartaba más con la sesta de tunos del caballero este, que too lo tupe!

—¡Me querellu, le digo que me querellu! —resopló, largando espuma, pero rizo, el del Madroñal.

—¡Vaya usté y sus querellas al carajo...! Y cálese ya, no sea que se pierda un pugido y vaya y se lo encuentre. ¿Quién quita...?

Don Clemente se atorró ya para el resto del largo, lento, remeneante camino.

A partir del incidente, y luego de un generoso, no merecido silencio de piedad para el derrotado curial, los hombres hablaron de cuanto les dió gana, aprovechando las escasas claritas del cotorreo de ellas. Mi madre contó su desgracia.

—Dios no me quiere dar hijos, usté...

—¿Cómo así?

—¿Quién lo sabe, quería...? Lo único, que vuelvo desajusiada de ca don Cristóbal Quevedo.

—¿Y usté no ha ido ca la Robensina, señora? —le preguntó como intrigada, la cara apoyada en una mano, cierta viajera flaca y de ojos intensos, que se arrebujaba en una gorda pañoleta con largos y espesos flecos.

—Pues, mire, no.

—¡Esús, quería de mi alma...! Pues tiene que ir, porque eso es mano de santo, cristiana. ¡Ta loca...! Vive en Agaete ella, ¿abe?, y va a consurtarla hasta gente de la suidá, ¿abe? Sé desirle que una mujer de Temisa ella, que estaba tamién asín como de secano pa la criasón y eso, ¿abe?, pues fué a verla, ¿abe?, y se desarreta a parir, usté... ¡Diesinueve botó arreo por los pien del catre!

—¡Chica curiela! —comentó mi padre—. Cada uno es cada uno, pero yo lo encuentro por demás.

—Pues jello... Oh, y la misma señora de la runflada, ¿abe?, a los cincuenta y cuatro años cumpliditos, entrando en cincuenta y sinco, pues esto, que estuvo otra vuelta con un recogimiento, ¿abe? El marío se echaba manos y no se arcansaba, usté.

—Usted me dirá—rezongó mi padre, repugnadillo.

—Suerte que fué de airito, ¿abe?, que ocasiones se va en soplido, ¿abe?

—Si, parese que argunas veces...—murmuró mi madre removiéndose inquieta y arrebatándose de cachetes.

—Menos mal—dijo mi padre, sintiéndose de pronto así como desairado, pero reparándose sobre la marcha— Si le llega a cuadrar también ese, la familia sola gana unas lesiones.

Como le dije algo más atrás, las cucharadas hicieron lo que don Cristóbal se barruntó. Y algo más: emporcarle la tripa a mi vieja. Epifanita Cabrera siguió suspirante, y casi tan lisa de arriba a abajo—aparte los colmos, empinos, realces y tolondros que son propios del relieve femenino— como las inglesas tabletudas que el «Yeoward» botaba en mis tiempos por la punta del muelle.

Entonces entraron en taifa los curanderos y las curanderas. Cuando ya parecía agotada la esperanza en estos endengadores, la mención de la Robencina que va y se le agazapa a mi madre en el fondo de su corazón... Indagó sobre ella.

Era una mujer cuya fama andaba en lenguas, no sólo a todo lo ancho y redondo de la isla, sino que se tiraba un salto a Arrecife y Puerto de Cabras. A su chupenco de Agaete acudían inclusive gentes que estrenaban figurines de para afuera por San Pedro Mártir y la Candelaria, y otras que pasaban una larga mar y el trago del Correillo desde tierras majoreras y conejeras para llegar a ella, en un doliente jeridero, y con los males más diversos: maleficios o maljecho; barrenillos, algunos en camino de manicomio; crónicos, agarrados en Trasmarrino y en camas mulatas; serridos y jervederos de pechos que perdieron su calafate natural en fuerza de hambres, sudores o abusos; ojos agraviados por esquinados aires o caldas del tiempo; tupidos, por una sen-



tada de tunos u otras causas menos serreras; madres y pomos descompuestos; espinillas caídas; ajiteras; cruces abiertas; angurrias...

En fin, para todo lo que se fuera presentando, la Robencina tenía sus misteriosas salmodias; sus restreguinas con aceite de tártago, o sebo de carnero, o grasa de pardela; sus afrechadas; sus emplastos de unguento contra roturas; su caca seca de perros grandes y sus caldos de perritos mamones, o de chuchangos; sus bajeos y espurreos con ron, casalla o ginebra; sus escudillitas de ruda, pasote y yerba mora; sus pulserones empapados en vinito caliente y polvos de canela, para las muñecas; sus lamedores de ruibarbo; sus zumos de apio; su aguita de añil y su «sétera», como diría nuestro amigo el cosechero de Los Barrancos.

Al albita de un día de primavera los padres tiraron cumbre arriba, remontaron la Cruz Grande y el Paso de la Plata, salieron a las mesas centrales de la isla, pardas, infinitas y solitarias. Enderezaron hacia Artenara, costeano los veriles de Chapín y Juan Fernández, altas barandas sobre las hermosas cañadas por las que Tejada se descuelga, sostenida como por mano de santo en medio de una encabritada fuga de la tierra, y defendiéndose de ella a brincos, a saltos de roques a lomitas, de serrijones a degolladas, hasta poner a salvo de los quintos infiernos de sus sorribas bravas y sus rehojados barrancos los caseríos blancos y los huertos verdes en que se desperdiga. Luego de dormir en Artenara, atravesaron los pinares relindos y rumorosos de Tamadaba, con el mágico golpe chicharrero del Teide enfrente, tan león viejo y cautivo, pero aseñorado sobre un arropo de nubes empapadas de sol, embebidas de mar verde, una mar quietita y bella como un niño dormido. Bajaron, por fin, las vueltas y revueltas del camino

encantado del Risco, en cuyos malos trancos la muerte agüaita, mejor que en filo alguno, a los caminantes.

Ganaron, alta la mañana, la villa marinera del antiguo Laguete. Tan sin resuello y tan embullados por la esperanza pasaron veredillos, caminos y atajos, que ni siquiera mi madre, bien dispuesta para reparar en una luz hechicera, en un campo bonito, o en el aroma de unas hierbas, se dió cuenta de cómo despertaban, estremecidos de pájaros y de arreboles y violetas primorosos, las labranzas, las lomas y los riscos, todavía vacíos de gente, llenos de silencio, con sólo un toque de pajarillos tempraneros.

Desde que estuvieron en vistas del caserío ya entraron en contacto con la bienfamada curandera por mor de un raro azar. Era un cualquier día este en que los viejos arribaban al pueblo, pero estallaban voladores muy por arriba del campanario, sobre las aguas quietas del puertecito.

—Deben de ser indianos—dijo el viejo rompiendo un largo silencio.

—Pues serán.

Pararon un instante a la orilla de un patio con el corredor enramado por un rosal blanco, vuelto una pura macolla de ramilletes, y con los pintados muretes rebosando geránios florecidos. Una mujer cerrada de negro, con un pañuelo anudado bajo el quejo, lo barría curiosamente. Antes que mi viejo preguntara por la casa de la Robencina, mi madre se percató de la gracia y el resplandor de aquella entrada.

—¡Qué lindo tiene su patio, señora...!—dijo extasiada.

La mujer sonrió como con pudor, suavemente.

Averiguadas las señas de la saludadora, mi padre cayó en la debilidad de un belingo.

—Digo que esos cuetes serán de indianos, ¿no?

—Pues mire, no—contestó calmosa la vecina, al tiempo que los husmeaba, con los ojos achicados y una mano puesta sobre un cachete—. Resurta de ser que un chi-

quito d'iuno de jasquí se tragó, ahora pocuá, dos pesetas, de plata ellas, al mou jugando. Séase por daño, pues se le apeñuscaron en los sentros del estómago, séase por interés—que de too se ha dicho—, los padres agarraron y lo llevaron ca la Robensina. Ella le mandó una toma y ha sío como con la mano. El muchacho tuvo su despeño y las largó a tiritito. Los voladores que usté ha oído son promesa del padre a la Vigen de las Nieves, ¿sabe?

—¡Mia pa allá! —exclamó mi madre estremecida, como si la hubiera tocado ya el poder de la curandera, tan pleno y ancho que lo sentía rozándole la frente, mezclado con el aire clarito y gozoso de aquel mediodía.



La gran aquelladora de los males de la carne y del ánimo los recibió sentada en el suelo, sobre una estera amorenada por los años y el sorroballo. Era una mujer ancha como un lagar, toda ella envuelta en un oleaje muerto de baña y morcillones, con bembas azules de bebedora y ojillos ratoneros, batallando por brillar entre la gordura que trepaba cogote arriba, entulléndoselo y soplándole cajeta y carrillos, éstos bien roídos de viruela y, asimismo, arramalados por ese colorado y azul revueltos con que el tringui mancha el rostro de los que se envician en él. Tenía a mano una baraja engordada por el rancio, un manojito de medallas cogidas por un cintajo verde, una cestilla de caña colmada de hierbas varias, cuyo olor a campo nada podía con la vaharada de puerca jandorra con que ella incrementaba el hálito a bajurria del gurancho, una botella de tres cuartas sin tapón y algunos otros teleques. Sobre su inmenso y cálido regazo dormitaba, ajeno al hambre y a las cosas, un gato rucio y rabujiento.

—Asiéntense áhi—dijo a los viejos con voz que sonaba a cansada y soñolienta, pero que tenía un deje imperante, al tiempo que con un brazo tardío y pesado señalaba dos padecidos y duros taburetillos.

Se acomodaron los padres en las puntas de los asientos, con los resuellos suspendidos, mirándola lelitos... «Es como una cochina criando —pensó mi viejo—, pero tiene parte con el diablo esta condenada, porque...» Sin-

tió como miedo y miró a mi madre, que no pestañeaba, embebecida en la espera. Ella los fué trayendo, mediante la malicia de una larga pausa, como ante la puerta de una cueva misteriosa. Después habló, al golpito y como transportada.

—Usté está seca...

Mis viejos se quedaron ahora como timones, más tiesos y rígidos que antes.

—Pues yo...—pudo decir mi madre con una voz que no le salía del cuerpo.

—¿Y usté, cómo es que lo sabe...?—preguntó el viejo entre intrigado y con cerote.

—Yo leo en sus sentros de ella... Usté acudi a mí porque van y vienen la luna y el sol, el sol y la luna, y a usté no le galla un hijo. ¿No verdá...?

—Verdad es. Por eso hamos andao tanto camino...

—¿Y ée...? ¿Tamién ée quiere muchachos?

—Pa mi gusto, sí—dijo mi madre con honesto acento.

—¿Por qué lo dises con la boca chica, mujer...? ¡Pues es claro que los quiero!

—Arrímese usté pa jasquí—ordenó la Robencina a mi padre.

Cuando lo tuvo a mano, la endengadora le remango la camisa y le miró despacio las muñecas, examinándoselas con sus dedos rebutidos y brunos como morcillas del mondongo bajo. También le anduvo con los retacos, en cuyas puntas planas se apelmazaba un reborde tan antiguo y negro como el carbón de la tierra, por el totizo y el canto atrás de la cabeza.

—Usté es la baldía—dijo a mi madre después del examen—. Su hombre está en condiciones.

—¡Eso lo sabía yo!—rezongó el viejo, sin poderse contener.

—Estése callado—lo reconvino ella sin alterar la voz ni el gesto—. Venga ahora usté—reclamó a mi madre—. Túmbese áhi, boca p'abajo.

—Vírate pa la paré, Chano—reclamó mi madre, pudorosa.

La toqueteó la Robencina por donde le pareció conveniente, trajinándole particularmente los cuádriles y la parte que va del hueso palomo al arranque del costillaje, que recorrió con sobones muy apulsaditos.

—Cruses abiertas—diagnosticó con gravedad—. Vírese p'arriba, ahora.

Fué metiendo los sucios mayeros en el vientre de la asustada y seca madre. Y de pronto habló a mi viejo, que permanecía delante de una cómoda, entretenido en mirar un San Antonio tan bronco y feíto que debió haber sido conformado a punta de navaja y pintado luego con las tintas con que churretean artísticamente los muñecos de pan bizcochado que venden por fiestas en las mesas ventorrilleras. Dijo: «Sálgase y váyase p'al patio».

El hombre se puso a fumar allá fuera, metido en un trote, llena de candelillas la sangre. Aquello, sin saber porqué, no le estaba gustando. Al cabo de un ratito oyó la voz de mi madre, llamándolo. Ella seguía echada en el filo de la estera. La Robencina le estaba pasando una mata de hierba de Santa María en cruz y sobre el seno, al tiempo que soltaba el guineo de un rezo.

Sarga la mala,  
entri la buena.  
¡Bicho malino  
sali pa fuera!  
Los sentros bendigu  
con esta hielba,  
que vire colorada  
la tierra negra.  
Y, ahora, Santa María,  
que llueva, que llueva...

Soltó el verde y desmayado matujo y se pegó a pecho de la botella de tres cuartas que tenía a la banda. Tragó a golpe y son de sumidero, hasta acabar manteniendo

un buche grande, con el que espurreó nueve veces el vientre encogido de la baldía. Después, y de una taleguilla, sacó una ambosada de trigo, que fué derramando al golphito sobre su ombligo. Tornó al mágico guineo.

Ya el secano está llovío,  
ya el trigo voy a sembrarle.  
San Pascuá Bailón mi ayudi  
pa que aquí en dentro grane,  
y la Vigen de las Nieves  
que la bendiga su vientre.  
Amén. Esús.

—Alevántese y asiéntese allí otra vuelta—ordenó, soñolienta, a mi madre, que volvió al taburete con pasos atrabancados—. Busqui un campo ondi haya borrajas. Pasée por arriba de esta hielba y pisotéela, que di antiguo está dichu: «Hay una hielba en el campo—que la llaman la borraja;—toda mujé que la pisa—luego se siente preñada.» ¿Ha entendido...?

—Sí, señora—suspiró la yerma, que por la esperanza y el raro hechizo de aquella gabarra de mujer se mantenía suspensa, casi sin aliento.

—Si hará un sinturonsillo de bayeta colorada—prosiguió—, con dos bolsitas asín pequeñas, y pondrá dentro dos piedras blancas de curvina, que aluego le daré. Fájesele sobre los cuadriles, y que las piedras le cuergen lantreras...

—Quiere desirse arrente y por bajo el ombligo...—pidió aclaración mi padre, que se había vuelto a meter en situación, cogido también por el inexplicable embrujo de la saludadora.

—Eso quiere desirse, sí, señó... Llevará siempre arriba, en el borsillo, o corgada del pecho, una llave macho. Búsquese también quien le ponga, sus tres días seguiditos, sus ventositas secas corrias por la esparda, y



arrímese parchos de contrarrotura en el ombligo y en la crus de las caeras.

Se calló de pronto, como agotada. Al cabo de unos largos minutos salió del bache, le pegó un nuevo golpe al vino y sorbió la chopa, al tiempo que la restregaba de abajo a arriba con la mano abierta, dejando correr ésta luego sobre la pelambarrera, con lo cual se aplicaba una especie de brillantina.

—¿Y de comer, usted?—volvió a intervenir mi padre, ahora con cierta ansia, pensando, sin saber exactamente por qué, que el asunto «manducatoria» podría ser muy importante.

—No se bote, que a too cochino le llega su mochaso, dispensando el moo de señalar... Coma de antojo, mujer, si le da gana, pero refuelse con miel di abeja revuerta en vino, que tomará nueve días arreo, pegando con el primer creciente de la luna. Dispués, quite la miel y échele a la bebía ranas tostadas —mejó las del barranco la Vigen qui otras—, asín como una rana por caa escudillita. Si no le pega ajitera, cómase sus potajitos fuertes, con su golpito de gofio de senteno. De últimas, prepare un beberaje con nueve cucharadas de aseite de comé, nueve de miel, nueve vasos de vino y nueve pelitas de manteca de cabra. Tómese su copita en ayunas.

Otra pausa y otro sorbetón de la chopa, vuelto a ayudar con la palma de la mano, y más brillantina a la moroña, que liberada del rucio pañuelo, caído sobre la espalda, se empegostaba de liendres, de rancio y de ese particular atusado. De pronto dijo secamente:

—Es una onsa.

Mi padre ahogó un pugido: una onza era mucha plata para semejante jandorga, por muy sabihonda que fuera en quebrantos y remedios... Mas si ella tenía el endengue para el irreparable desconsuelo de la casa, bien empleadito dinero... Mi vieja lo precipitó, soltándole un codazo. Pero él todavía preguntó algo, mientras desataba despaciosos la punta del pañuelo.

—¿Y usted está segura, cristiana, de que con esto la señora se...?—y le alargó con pesadumbre mal disimulada las ochenta pesetas.

La Robencina respondió enigmáticamente, al tiempo que enterraba los duros en el hondón de una faltriquera de las de taleguilla, que tenía allá abajo, entre el gato y el rebosado bandullo.

—Al seguro llaman preso... Que les vaya bien, mi alegre.

Los viejos transpusieron sin poderle decir ni adios.

Al pie de la letra llevaron los míos las instrucciones de la curandera de Las Nieves. Y pegaron a correr las semanas y los meses, sin agonizarse, al desahogado tranco de los pueblos, pero comiéndose la vida con su invisible y sorda lima. Y cuando más desesperanzada estaba mi madre, que sentía como ninguna otra este paso de gato del tiempo por sobre la ocasión de sus carnes y el embullo de su corazón, ocurrió un suceso que le enramó otra vez el alma.

Los de mi casa no eran labradores. La tierra que poseían, fuera de los lindones de aquella del cementerio que nadie habría de discutirles, eran cuatro arrabaliillos con tuneras y garranchos. Estaban a los cáidos. Por ejemplo, ellos como pedreros, o vareadores de almen-dra y aceituna, por su tiempo; ellas, como apañadoras de tales frutos. Trajinaban también la cochinilla, o echaban manos de relance en casas ricas, por fechas o casorios. Los días que sobraban, que eran los más, dedicábanlos al pinar. De antiguo hacía mi gente carbón, cortaba timones, sacaba resina, preparaba manojitos de tea, en una emperrada y brava pelea contra los guardamontes y la pareja...

Ya sabe usted el dicho viejo: «Con el humo, la candela deja el rabo fuera». Y era humo en el bosque, no solo el penacho negro que levantaba la hoya ardiente, sino los golpes del hacha, que el silencio fino de los altos llevaba lejos, por enmedio de ese arrullo de palo-

mos que tiene el pinar, hasta las orejas alerta de los que lo celaban. Había que montar vigías en las ramas más desarboladas, había que silbar largo desde los cerros para cantar «moros» en la costa del monte... Si las cosas marchaban y caían los altos leños, buenos para carbón, o los gajos y pinos nuevitos, amañados para timones, el trajín habría de hacerse de noche, sacando al oscuro las bestias—algún mojino lamparoneado de mataduras, una muleja huesuda y resoplante—del camino real a los veredos y atajillos desriscados, de maltrato inclusive para cabras. Si la noche estaba de sorimba y ventanero, miel sobre hojuelas, porque los de la guarda se embujeraban, seguro. El penoso tiempo ayudaba también las ganancias, ya que, enchumbada la carga negra, luego rejundía más en la romana.

Así salían y llegaban lejos el carbón de pino, las varas tiernas, los haces vivos y olorosos de la tea... Luego había que regresar por los mismos senderillos de cañada, los más a trasmano, porque en la cara y las ropas de los timoneros y carboneros, en los forros de las albardas y en el mismo pelo de las bestias, se agarraba como ladillas el rastro de la prohibida mercancía. Una vida perra como la madre que la parió.

Pero así y todo, en las casas de mi gente se mataba por los Santos o la Pascua un cochino granadito, que le metía un buen rempujo a los caldos de «enredadera» y «verguilla» y a las papas sin entullos. Tenía usted que haber visto entonces a mi madre preparandó las morcillas, de relleno dulzoncito, el adobo, oloroso a vinagres finos y orégano, los chicharrones revueltos en gofio, la gandinga del mediodía, repletada con batatas de yema, redondas, amarillas y mantecositas... ¡Qué manos tan curiosas y qué tino para el punto de todo, Santo Dios! No ha podido haberlas mejores en las siete islas, aunque me esté mal el decirlo.

Claro que todo era fruto de un cuidado particular y anticipado de ella. La sal, por ejemplo, que venía de las

tierras bajas del señor Conde, habría de ser especial por la granazón y la blancura. El vinagre de la tierra se lo traían de allá atrás, de algún pago perdido, donde descubrió uno muy aseado, doradito como luz de otoño y con aroma y fortaleza antiguos y puros... Y vea usted cómo este vinagre vino a tener que ver en mi nacimiento.

Una tal señá Frasquita, viuda ella, y creo que de Ayagaure, lo servía de su pequeña, pero honrada cosecha. Dejaba su lejana casita para venir al pueblo una sola vez cada año y con el principal objeto de confesar y comulgar. Era un manojo de leña buena vestido de negro, con una pañuelo fechado al quejo. Sobre el traje, que cerraba en las quijadas y cuya saya casi barría el polvo de los caminos, se echaba una pañoleta espesa, que envolvía siempre su acañada, pero nerviosa figura, lo mismo si soplabá el norte pasado por las nieves del alto pico chicharrero, que si el sol rajaba las piedras. Se decía que el lanudo manto era un tapujo más de su pudor, defendido desde niña como los huertos caseros; con bardino y vidrios en el cerro de los muretes. Aparte la cara y las manos, a señá Frasquita no le vieron nunca ni siquiera un tobillo, pero es que ni su propio marido. Contaban las lengüillas que él fumaba en la cama y que cierta noche, como encendiera la cachimba estando ella aliviándose de sayas, zagalejos y demás piezas de trastienda, agarró tal insulto que a aquellas horas, y llevándose dos perros que la guardaran, cogió el camino y traspuso para casa de sus padres. Creo que después estuvo amulada cerca de mes y medio, resistiéndose a retornar con su compañero de mantel y catre.

Pues llegó al patio de mi madre, cuando esto que le cuento, en ayunas, a la banda un presa majorero de los de ladrido escaso y chabascada pronta, que celaba en

el camino sus temores de mujer solitaria, igual de vivos a los setenta años, vuelta una cereta de higos del Hierro, que cuando tenía las carnes rayando hermosas como un albor. Afuera quedaba un burro lucido, con unas alforjas de tela echada siempre nuevas, en las que traía los encargos y se llevaba las mercancías y teleques de su compra anual.

—Adios, Epifanita.

—Adios, señá Frasquita. ¿Cómo le va?

—Bien, ¿ñusté, que tal?

—De gofito.

—Bastante que mi alegro.

—Lo propio. ¿A darse una vueltita por el pueblo?

—Pues ya lo vei.

—Eso es bueno... ¿No quiere tomar argo, más que sea un pisquito de café calentito?

—¡Sus, señora, si vengo a comulgá...! Tenía que verlo hecho por la Pascua Floría, usted, pero agarré una flojera, por mor de un disgusto con un yerno, y hubi de dejarlo pa más alante.

La vieja recaló tan temprano, que aun la torre no había tocado a primera. Sacó mi madre taburetes y sentáronse a conversar bajo la latada. Salió—¿cómo no?—la cantilena del vientre seco, las historias de los viajes a la Ciudad y Agaete, el fracaso de las tomas... Señá Frasquita oyó a mi vieja sin hablar una palabra. Al fin, como remate de los bicos y pucheros de su clienta, dijo con una voz mojada por la tristeza y el desencanto:

—¿Y usted no sabe que a mí también me negó el Señor los hijos...? Nueve años estuve baldía sin remedio, usted Epifanita, sorda en medio de mi casa, sorda al pien de los tres teniques, sorda en medio de las tierras... Volviéndome loca, cristiana, porque de repente oía llorar un niño, y lloraba en mi cabeza, pues nos los había alreor... Yo no tenía bendito uno que pegar de mis pechos, y que acotejar cantando, pa que se durmiera...

¡Nueve años con las cuatro paredes de mi cobijo re-tumbando de vasias, usté Epifanita, y con los campos sin muchachos que los alegraran y que los sudaran cuando José el mío y yo no pudieramos rebasar el patio. . ¡Qué retama, quería...!

—Dígamelo a mí, señora...

—Pues en esto, usté, que me atropieso una mujer de un pago de abajo y que va y me dise: «¿Y usté, señora, no ha tomao en ayunas y después de sena el agüita canela de la fuente de Tumba?». Le dije, digo: «¿Y qué me quea que tomar, quería...?». «¿Pero usté ha tomao de esa agüita?»—se emperró. «Pues mire, no», tuve que desirle, porque era la verdad... Pa no cansasla, Epifanita: acabé mandando propios con bestias a los riscos de Tumba. Tenían que ir dos o tres hombres, porque había que guindarse sobre unos caideros del diablo, con muchas varas de coyunda. De un solapón de guirres y palomas, salía el chorrillo de esa agua canela, que manchaba de ferruge el gorito onde se embalsaba y las piedras que lamía al escurrir, y hasta los mismos garrafones onde venía a mi casa. ¡Cosa con esa, uste...!

—Pero eso no pue ser bueno, cristiana...

—Eso me creí yo, usté Epifanita, y bien sabe Dios que la bebí temblando. ¡Pero pégame de ella, quería, y pega conmigo una fortaleza...! ¡Pa que fué eso, señora...! A los cuatro meses queé con un recogimiento. Y recogimiento fué, que vino Juan María, el más grandito de los míos, nasido tan granado como el baifo más primoroso. Dispués vinieron, casi arreo, siete más, cuatro machos y tres jembritas.

—¡Qué alegría!, ¿no verdá, usté...?

—Sigún, Epifanita... Ellos fueron cogiendo jilo pa La Habana, ¡y ojos que te vieron dir...! De ellas casaron dos, que luego no han visto más que por los ojos de los maríos. ¡Ay, Señó...! La que está soltera, se hizo amiga, pero como de uña y casne, de una maestra enralada que mandaron allá atrás, ¡que maldita la hora,

usté! Pegó a agarrarme mañas de señorita y a bobiar, lo mismo con los pelos, que con los besos, que con los muchachos... ¡Dígame usted cómo sería, que toda pintorriada y vestida de fulgurante, se metía en los plantones a coger papas...!

—¡Sus, tal desgrasia!

—Ahora los pollos no la quieren ni que le pongamos arriba un serón cargado de sentenes. Y allí la tengo, usted, que no la echa fuera ni San Antonio en persona... Así que le digo que se le raja a usted el pecho suspirando porque vengan, y una vez que usted los aquella y los saca, pues la del duelo. Epifanita: lo que no se le va en lágrimas, se le va en suspiros...

—¡Cómo ha de ser, usted Frasquita...! Y dise que el agüita canela de Tumba...

La visita tuvo un percance que a mi madre la regocijaba después mucho. Probó el vinagre antes de pagarlo y lo encontró flojo. Así se lo dijo a señá Frasquita. Las dos mujeres discutieron hasta casi airarse, una firme en su celo por todo cuanto tuviera que ver con su mantanza, la otra herida, con el espicho de aquella duda clavado en su fama de vieja e indiscutida cosechera.

—¿De aonde alcuentra usted flojera en ese vinagre, cristiana...? ¡Traiga acá!—y cogiendo en un arranque la garrafilla se la empinó. Con la cabeza triunfante largó el buche sobre la terrera del patio—. ¿Pero usted que más quiere, carriso...? ¡Si es ñema pura!

De repente señá Frasquita se acordó de que había venido a comulgar, de que al cabo de un año de acumular pecadillos se había arrancado de su pago lejano, corriendo un largo y solitario camino por entre pinares y cerros, para dejar aquel marullo de su alma a los pies del señor cura, y descansar de él. ¡Ahora tendría que volverse con la carga de doce meses a cuestras porque había probado el vinagre...! Puso jeta y el grito se oyó en Taidía.



—¡Ay, madrita mía del Pino, que ya me dejó sin confesar, la condenada mujer...!—y cayó redonda como un gallo tocado de muslo.

Se antojó mi madre del agua famosa. Tumba está en la raya de Tejeda. Hubo, pues, que armar viaje, dejando Tunte por un tiempo para ponerse a tiro de la esperanzadora fuente. Pararon los míos en casa de la parentela y allí se mantuvieron un tiempo, mi madre incluso durante todo el embarazo, pues puso oídos a deudos y vecinos, que un día sí y otro también le aconsejaban siguiera firme en las tomas del agüita mágica. Fué por esto que la agarró en aquel pueblo el percance de que luego le hablaré.

Iba el viejo hasta el lejano y desriscado manantial con un pariente y un burrillo familiar. Amarrado con coyundas, bajaba hasta la fuga del caidero, llenaba sus garrafones, retornaba con los rezongos ahogados bajo sus restos de esperanza...

¿Era ella la baldía y el agüita de Tumba le aquelló los centros...? ¿O, equivocada la Robencina, era él quien no pudo, mientras no llegó la ocasión de aquellos Finados, que dije más atrás, durante los que se apipó de vino caliente y lascas de matanza fresca, prendiendo con ellos la fortaleza y el embullo suficientes para que le gallaran las largas y suspirantes ganas de crio...?

Yo no lo sé. Si tiene curiosidad por aclararlo, préngteselo al hijo de aquel que fué gran caballero, gran practicante y gran amigo mío, don Agapito Arbelo; préngteselo a su hijo don Antonio, que creo que es en esa tierra grande y bonita de Madrid médico de mucho miluque, particularmente en cosas de güayetes.



Ya me tiene usted en vísperas de atracar a la vida, sin comerlo, ni beberlo, como aquél que dice, o sea, sin que nadie fuera al Limbo, a Babia, o a donde quiera que uno esté «en pendiente», a decirme: «Oye, posible monifato, el mundo, esa bola redonda que está ahí debajo, es así y asao, de esta manera y de la otra... Tiene sus cositas buenas, como por ejemplo: un rón sin tufo, con su choricito sollamado; una romería del Pino; un buen caldo de viejas; las mujeres... Pero esto hay que entreverarlo con diarreas, rabasquiña de dientes, el catón—con palmeta o pírgano a la banda—, las ganas de dinero, que suelen plantarse hasta la misma muerte, las colas de la gúagua, los correillos a Tenerife con leva... En fin ¿Tú, qué...? ¿Quieres darte una vueltita, o prefieres seguir estacado aquí arriba, baifillo de esta pradera, donde no hay más pasto que el misterio y el infinito...?»

Yo he tirado siempre a enralado, ¿para qué nos vamos a engañar?, y a buen seguro hubiera escogido el mundo. Así que no me quejo del atraque. Mucho menos cuando pienso que a uno le dan la vida como un limón. Si se saca—o se aprende—maña, que no fuerza, y se la exprime en condiciones, da mucho de sí, créame. Los que se quejan son los faltos de pulso y muñequeo, cuando ven que, habiendo remontado—o casi—los metros de repecho que les fueron destinados, tienen su limón medio entero en la palma de la mano. Al mío, mi

amigo—aunque me esté mal el decirlo—, no le saca gota ni el recaudador de contribuciones del cuento. No le puedo explicar a usted largo y tendido las razones de que tenga hoy su hollejo como un caroso, porque todo no se puede contar en esta vida. Pero esté seguro de que cuando me tumben debajo de la tierra, ni me estremeceré siquiera, porque me abajarán colmado. Y esto es muy principal.

Le contaba algo más atrás que según oí, mi madre enredó las cuentas de su embarazo. Calculó que ella pediría «práctico» y yo fondearía por los quince días primeros del mes de agosto. Tal vez andaba en lo cierto y del anticipo no tuvieron la culpa sus matemáticas de chochos y palotes, sino un sangoloteo que le dió un mulo, en el que iba caballera a la romería de Santiago de Tunte, ahora verá porqué.

Mientras anduvo grávida, mi padre la tuvo «santito, dónde te pondré». De garatuzas a dádivas, o de finezas a filetes, como quien dice. Esto hizo que, sin llegar, según pasa con otras, a incordio, ella cogiera un mimo algo melindroso y ronroneante, hasta dejarse hacer como una gata de gente rica. No hubo antojo que no le fuera servido, impresionado el viejo por sus temores de que, enojándola, pudiera ahorrarse, o el muchacho salir regañado. Era esto último creencia corruta entre las esposas de aquel tiempo, como también la de que acudiendo las embarazadas por San Miguel a su romería, y mirando largamento al guapo Arcángel, la cría habría de salir tan agraciada y garbosa como el mancebo que Valsequillo tiene por patrón. Para que vea hasta qué extremos llegaron las cosas, le contaré que en una ocasión a mi madre se le antojaron tórtolas. Como no era tiempo de ellas, mi padre bajó a la ciudad y le untó el beso al sacristán de Santo Domingo, a fin de que le diera bajo mano—luego inventaría que se le escaparon—el casar que sacaba en lo alto de su trono la Candelaria de la vieja y querida parroquia de Vegueta.

Tuvo que darle, a fin de que el otro aflojara de sus temores, nada menos que siete duros por la pareja. Y esto después de amedrentarlo, cuando, ya amoroso, se le reviró, seguramente tirándole un lance a dos tóllos más. El viejo le puso la punta de su cuchillo canario en el centro mismo del ombligo y le dijo: «¡Como mi mujer se ajorre, o malpara por causa suya, le hago aquí un bujero como la portada de señor Conde!»

Por vísperas de Santiago, y de la noche a la mañana, mi madre planteó la papeleta de ir por la Cumbre, como una romera más, a pagar promesa al santo tirajanero y luego quedarse en su casa. Como le he dicho, el viejo cedía a todo, pero venía ya requintadísimo. Ante el nuevo y peligroso antojo, estuvo en filis de darle unas voces y hasta su galleta. ¡Aquello ya era llenar la cachimba de barro!

—Esto, mira Chano, que tenemos que ir a Tunte a pagar promesa. Y luego nos queamos.

—¿Promesa de acualo...?

—Que hay más allá, hombre, que ya sabes que me puse como temosa de malograr, pues que esto... que le ofresí a Santiago bendito de ir a la fiesta, con una vela bien gorda y bien buena.

—Ah... Pues ya iremos, después, cuando pase lo que tiene que pasar.

—No, hombre. Es ahora...

—¿Ahora...?—saltó el viejo, revirando y engrifado—. ¡Mira, Epifania, yo compro esa vela—estalló, ya caliente del todo—porque soy el marido tuyo y es natural; pero según la pague, ¿oiste?, te tiro con ella un lambriaso que te la parto arriba! ¿Pero habrás visto, eh...?

«Si tu mujer te pidiera que te tires por un tajo, pídele a Dios que sea bajo», reza el viejo dicho. Así, la noche del 23, para amanecer el 24 de julio de ese año de finales del siglo pasado en que nací—concretamente no me quiero acordar... porque todavía me gusta dar-

me mis vueltitas, y no me conviene que peguen a sacarme cuentas—, mi padre armó sobre su mula el garabato de uno de aquellos antiguos sillones de viaje, cinchando la bestia y afirmando el asiento con tal celo, que estuvo en ese menester su hora bien cumplida. Todavía visible sobre los cerros del poniente el lucero de la mañana, ella se encaramó allá arriba, el viejo se puso al cabestro y la mula comenzó a subir la Cumbre...

—¡Epifania, tú agárrate bien, Epifania!—había advertido antes de romper camino, con el corazón en un puño—. ¡No la armes, Epifania, por lo más que quieras...!

La romería era por entonces un alegre rosario de ventorrillos cumbrosos, que acababan en la Cruz Grande, sobre las altas vistas del pueblo. Se oían cuerdas y cantaneras a lo largo de todos los caminos, aun antes de romper el alba, y se bailaba, lo mismo suelto que agarrado, en el teso, ante los cuatro timones forrados de sábanas cameras, que iban marcando a golpes de salina la alta y larga ruta del Santo caballero y sus despatarrados jarandinos.

En las llanadas y en los pasos de suave sorriba, mi viejo llevaba la mula del cabestro, aunque cortita, casi rozando la jáquima. Cuando había que apencar con un repecho grande, se fechaba del rabo y se ayudaba. Pero lo mismo delante, que detrás, de vez en cuando echaba un disimulado vistazo a la preñada, que allá arriba y mecida en el vaivén de la bestia, se dejaba conducir en silencio.

Pasada la ermita vieja de Santiago el Chico, que se alzaba, me parece, en tierras de los Cercados de Araña—se alzaba, porque luego la tumbaron para llevarse la tea—mi padre sintió como un pugidito.

—¡Epifania!, ¿a tí te duele argo...?—y paró la bestia en seco.

—No...—contestó la vieja suspirante, amarilla como una yema, metida en un trasudor...

—¿No te lo dije, Epifania, que la ibas a armar...? ¡Mal rayo los antojos y la...! ¡Como llegues a parir aquí... hoy no, pero en cuanto te empelechés, te doy una mano de componte, Epifania...! ¡Ya, Dios santo, haberme prestado yo a semejante acarreto!

—¡Ay, Chanillo, abajame, asin Dios te dé la Gloria!—le pidió mi madre, sin enterarse de las encochinadas amenazas de su marido—. ¡Ay, que no pueo más, quería...! ¡Santiago bendito, tal presa!

Y aquí tiene usted a mi padre metido en lo que él llamaba después, cuando relataba el percance, «el compromiso más imperante de mi vida». Cogió el atracón a los viajeros en medio de un claro, sin un alma a la vista. Había remontado el sol, ese sol de horno que receba por julio el hondón de Tunte, sacándole a sus bravas laderas, a sus mesas y a sus barrancos caldas y sollamas de infierno. Sudaba mi madre, sudaba mi padre—derritiéndose cada cual por lo suyo, aparte el abacorante costal del verano— y sudaba la mula, aunque ésta bien ajena a aquella «perica en puerta» que sustentaba, y que de pronto había hecho del mundo todo—de Gran Canaria, de las siete islas, de España y de Cuba—dos gordos e imposibles nudos.

—¡Ay, Chanillo, abájame, que es que ya no pueo más, criatura...!

—¿Como te voy a abajar aquí, mal rayo..., en este solitario, sin una mujer que te eche una mano...? ¿Qué entiendo yo de eso, muchacha...?

Se le metió tal jiriguilla, que daba vueltas alrededor de la mula, sin saber qué hacer, ni a qué acudir. Todo se le iba en corcovos, como si tuviera moscas de caballo.

De pronto un milagroso hilito de aire trajo un rumor lejano, un rumor de música y canto. Alertó el viejo la oreja y cogió palabras sueltas de la socorrida copla romera: «Santiago, patrón de España,—su fiesta es el vein-

ticinco—y Santa Ana el veintiséis—por ser abuela de Cristo.» Le volvió la sangre al cuerpo.

—Agárrate bien de la silla y aguanta, que voy a atacar la mula.

—¡Pero si es que no pueo, Chanillo! ¿Que más quisiera, hombre...?

—¡Aguántate, consio, un pisco más, que áhi delante tenemos un ventorrillo, y en él te pueen aquellar! Toma el pañuelo pa que muerdas.

Porque se sintiera culpable de aquellos amargos chochos, o porque el santo de la leña a los morenos de la Costa le prestó el valor que ella le pidió callada, pero con el alma entera puesta en la súplica, meneó la cabeza, indicando: «Sigue, que yo resistiré.» Y hasta pudo sonreír un poquito a mi padre, dándole los ánimos que el viejo necesitaba para apurar la bestia sin botarse y alcanzar el ventorrillo arruntado por el cantar que trajo aquel golpito a la casa. No había duda: estaban en vistas de un rancho romero. ¿Pero parado ante unas copas, o en camino...? Y el posible ventorrillo, ¿se hallaba tras cualquiera de aquellas vueltas, a la vista, o lejos...? A lo mejor, a mano... A lo peor, allá abajo, pegando a la Cruz Grande...

—¡Ay, Chano, arrejunde! ¡Ay, qué estrallío en los sentros llevo...!

—¡Epifania, no lo hagas áhi arriba, mujer, que va y lo botas de alto, y entonses...! ¡Arre, muu...!

Cuando al rematar una degolladita descubrió mi padre la armazón blanca, ya toda llena de sol, de un ventorrillo caminero, debió sentir el mismo grande embargo que apretaría el pecho de Cristóbal Colón cuando le dieron el güapido de «¡tierra!» y descansó en ella sus ojos.

—¡Bendito sea Dios!—dijo con la cara resplandeciente vuelta a mi madre—. ¡Santiago el Chico, y Santiago el Grande, los dos, se han ganao ustedes, a pulso, la onsa y la vela más gorda que haiga en too Tunte! ¡Ahora, Epifanilla, despáchate a tu gusto!



Se movieron los hombres y las mujeres igual que rehiletes, desaparecida como por magia la pachorra de la tierra—ya sabe usted que el isleño, mayormente el del campo, es capaz de matar un burro a pellizcones—. En tres patadas, el ventorrillo quedó libre de teleques. Sacudieron una estera, sobre la que las mujeres más viejas de la ranchada tumbaron a mi madre. Las nuevas levantaron a la banda una lumbre hermosa, pusieron agua en ella, se quitaron los zagalejos y los brindaron como trapos y pañales... Entretanto ajularon a los hombres todos, incluido mi padre. El grupo de varones bajó la cabeza y se acogió a la orilla de una fuente, en un barranquillo cercano. Uno se llevó el balde de las botellas, pero metido en el gorito quedó intacto, porque a nadie se le apeteció un copejo. O se aguantaron la gana, hasta ver en qué paraba aquel apuro de Epifanita la de Chano y de Chano el de Epifanita.

Los hombres fumaban, callados y graves. Sólo sonaron, en medio de aquel solemne silencio, que el campo, un rato grande solitario, estiraba y hacía más hondo, dos palabras:

—¿Primerisa, usté...?

Mi padre asintió. Pues primeriza y todo, yo, de un par de pugiditos, caí en la estera. Con dos señales buenisimas, además, según dijo la más vieja de las improvisadas parteras: de pie y con zurrón, o sea, envuelto en una telita fina, que era fama preservaba a las crías

del maleficio que las acechaba junto a las madres abiertas.

Porque estuviera avanzada la mañana—el sol alto nunca fué amigo de romeros—, o por una casualidad, la Cumbre se había agazapado, quedándose vacía y cuajada de silencio, como si la hubiera suspendido aquel raro alumbramiento. Una tal Candelarita, de Ayacata ella, que acertó a ser de disposiciones y tino especiales para tales traquinas, me cogió de los tobillos, me alzó como a un baifo contra el cielo y me soltó la primera nalgada de mi vida. «¡Guain...!»—rompí a llorar sobre el campo rebotando de luz y de paz.

—Ya está aquí el hombre—dijo mi padre con pudor, cogiendo tal vieja que en su cara se podía freír un huevo.

—Mano, mándese un golpito, que no encontrará endengue mejor—dijo uno del rancho, alargándole una botella de ron.

El viejo se quitó la cachorra y empapó por la frente y el codo un pañuelo casi tan grande como un mantel. Después se pegó de la botella. La nuez subió y bajó nerviosa, como si tirara por dentro a las buchadas un ansioso garabato. Se restregó satisfecho, con su mano grande y fuerte, los besos, el quejo, la cara toda. Luego se quedó aturdido, igual que si acabara de despertar, mirando a los hombres, que esperaban suspensos no se sabía qué.

—Caballeros—pudo hablar algo, por fin—, esto es una cosa así, tan... Tener un hijo, y el primero, es así, tan... tan del carajo pa arriba, que uno se queda como si le plantaran un monte arriba del pecho...

—¡Demasiado que sí! — exclamó jovial un romero viejo, retostado y nervioso, con los ojos vivos y alegres—. Mucho más si la mujer de uno le pare en rumbo de romera, dentro de un ventorrillo, sin su catre ancho, sin preparativos de amañadas, sin unas tijeras bajo el cabelal, sin su candil-sentinela contra brujas

o mal jecho... ¡Esto no sale ni en los romances, padre nuevo!

Rieron fuerte y alegres los del rancho. Mi viejo sonrió como pudo, tragándose un gordo degüello. Se dijo para sus adentros: «¡Deja que te pongas buena, Epifania, que te voy a dar tal gentina, que como no acudan a ti yo salgo de casa entre medio los siviles, pero tú no ganas pa emplastos! Porque ésta te la cobro, ¡vaya si te la cobro! Pa eso te lo dije con tiempo...»

Los hombres prepararon unas parihuelas con dos timoncillos de pino tierno y las sábanas dobladas del ventorrillo. Entretanto, Candelariña la de Ayacata metió un dedo en las cenizas de la lumbre y me hizo en la espalda una cruz gorda, destinada a atajarme cualquier malhecho. De su refajo de paño colorado cortó una tirajilla y me la amarró, a los mismos fines, en la muñeca derecha. La buena maúra resultó, además, santiguadora. Y pasándose de raya, ya que ni yo lloraba, lo que hubiera sido señal de repentino daño, ni entre el concurso de mujeres parecía haber ninguna que tuviera fuerza de vista, mandó por una ramita verde y me santiguó solemnemente, salmodiando un viejo rezo, al tiempo que me pasaba la mata:

¡Jesús!

Onde Jesús se nombró,  
toito mal y quebranto se quitó.

¡Jesús!

Onde Jesús si ha nombrado,  
toito mal y quebranto si ha quitado

¡Jesús! ¡Señor...!

Sant'Ana *parió* a María,

Santa Isabé a San Cüan,

Sant'Agueda a San Fransisco...

Tomó resuello y volvió al guineo.

—Asín, como estas palábras son santas y verdaderas, premite, Señor, que quite ojos, males y quebrantos, u

otras cualisquiera enfermedades que puea tené este guayete en el cuerpo, y los tire al fondo de la marea, onde no jagan mal ni peligro. Y si fuera sierto, los santos servicios y honras a la Santísima Triniá. Amén. Esús.

—¡Amén!—corearon con los ojos en blanco las romeras.

—Resen tres Creos y tres Sarves. Usté tamién—ordenó a mi madre Candelarita la de Ayacata.

Desde una orilla del corro, mi padre pensaba, mirándome la cabeza de gato chico: «Pues no te ha farta naa pa empear, morrocoyiyo.»

Acabó el ajuleo de daños. Los hombres pudieron por fin acercarse confiadamente a la parida. A mi madre le resplandecía la cara, así como le resplandece a la Virgen del Pino.

—¡Machillo, Chano! Como lo queríamos...—y dirigió a la cara parada de su marido unos ojos entre pícaros y humillados.

«¡Perdón, hombre—decían aquellos ojos guasones y dolientes a la vez—, por este mal trago! ¡Olvida eso y piensa nada más que está por fin aquí este cobucho de almendritas tiernas, este coscurrito vivo de su madre y de su padre!»

—Deja verlo...—dijo mi viejo con la boca seca, ya arrepentido de su amenaza, vencido, una vez más, por aquella graciosa mezcla de picardía y ternura, de independencia de gato y sumisión de perro que constituían la fuerza primera del reburujón de aquel mirar, el mirar que le diera la «flor del embeleso» y lo hiciera marido desde la moroña al dedo margaro.

Creyeron observar que yo, todavía apurruñado, cuando no pasaba de ser un latido dentro de una cosa que si a algo se parecía era a una aceituna de Temisa de las que el viento varea, ya creyeron, digo, que sonreía «con una cara de sinvergüenza que no podía con ella». El descubrimiento y la frase fueron del romero que le dió la broma a mi padre. El hombre se había casi jilva-

nado la botella de ron con que confortó al viejo. Y al pie de uno de los últimos tragos dió un ajijido que se estiró como un relincho por todas las cañadas. Dijo:

—¡Parido en un ventorrillo, camino de Santiago de Tunte...! ¡Uf! Este monigote va a ser cosita asiada pa too lo que se presente. Toma, pitorro, güelelo, más que sea, pa que la vayas cogiendo la embocadura—y alargó la botella de ron hasta ponérmela bajo las narices.

—¡Condenao hombre! ¡Quite allá!—y mi padre le dió un manotazo.

Sangoloteó el fondajo y saltó el ron sobre mi barbilla. La situación se puso de pronto violenta... Si hubiera roto en una llantina, mi viejo le machaca los huesos al romero. Pero no sólo no lo hice, sino que pegué a chupetear, como si en vez del zumo bravo de la caña se tratara del más tibito y gustoso lamedor. Y dijo, admirada y aspaventosa, Candelarita la de Ayacata, viéndome hacer a poco unos alegres visajes:

—¡No te faltan más que unos pejines, quería...!

—Y un timple—añadió mi viejo, más sereno.

Así, aunque parezca mentira, fué como hice el atraque a esta cagadita de mosca que viene siendo, en el desparramado mapa del mundo, su isla y la mía. Y así fué como agarré—todavía no tenía una hora de nacido—la primera chispa de mi vida.



Se planteó un problema. ¿Bajarían a Santiago para quedarse en su casa de Tunte, o retornarían a Tejeda...? Aunque débilmente, mi madre seguía antojada de rematar la ruta tirajanera. El viejo, que se había vuelto una meloja ante el aire dulce y doliente de la esposa y ante el «cobucho de almendritas tiernas», que todo entrappedo descansaba sobre el seno de ella, no pudo ponerse imperante.

—Mira, Epifania—dijo con palabras que eran una mopa—, haste cargo. Tú no rebasas ese Paso de la Plata, cuesta abajo. Piensa en lo empenicado que es, y en el empedrado, tan menudo y liso. ¿Qué pasa si se le escapa una pata al que camine delante con esas angarillas, y va y te bota a ti y lo bota a él...? —«él» era yo—. No quiero más compromisos, ¿oíste? Creo que teníamos que volvernos al golpito pa Tejeda hasta que empelechés. ¡Digo yo...!

De una especie de espontáneas elecciones salió que mi padre tenía razón: había que volverse atrás, una vez que cayera el peso del mediodía. Los romeros, que iban a reemprender el camino, prometían mandar un hombre de las primeras casas, si acaso no tropezaban en la bajada con un rancho de Tejeda que viniera de vuelta. Hacía falta alguien que ayudara al viejo a llevar las parihuelas.

Con el sol más manso, ya tumbando, atracó al desmantelado ventorrillo un grupo de «colingos», la gente morena y rara de «Cuas Quiás», los más tempraneros animadores siempre del camino de Santiago. Llegaban

entregados de los largos pasos, de las taifas y el solajero, de la soba y los pisotones, pero metidos como si tal cosa en brincos y cantaneras. Bailaron alrededor de mi madre, metiendo en rueda al esposo, y soltaron coplas y gritos hasta enronquecer del todo. Así, con la compañía algo gitana de los «colingos», en medio de una incansable jarana, repasé la Cumbre, cambiado ahora el sangoloteo de la mula por el vaivén de las angarillas, y el oscuro del «claustro materno» por el ancho y deslumbrante golpe del sol de julio.

«De noche, a la media noche, la media noche sería», la tan azarosamente incrementada familia pasó bajo la latada de la parra rabujienta que intentaba dar sombra, alegría y hasta cosecha a la humilde casa de mis parientes. Y según la pasó, intentó descansar de aquel tremendo día. Mi pobre padre no podía con las tablas. Los nervios como un timplillo requintado y como centeno, de molido, el cuerpo, se hubiera quedado dormido en la flor de un berro... Pero mi amigo, las cosas—y las costumbres después—mandaron. Los del rancho de Cuevas Caídas, o «Caídas», en lugar de abrirse desde los altos de La Culata para los mechinales desriscados donde vivían, resolvieron seguir en pleno dando pata—con su cuenta y razón, naturalmente—, hasta rendir viaje con mis progenitores y conmigo dentro del patio y debajo de las vigas que nos cobijarían. Sus narices ratoneras se olieron beberreteo y comistraje de velorio... Soliviantada y puesta en planta la vecindad y la parentela por la jaranera comparsa, esa misma noche pegaron los jaleos de las nueve que el dicho velorio habría de durar.

Mataron la primera de las cuarenta gallinas que en caldo, pechugas y perniles la parida habría de comerse durante el mes y diez días que duraba entonces la convalecencia. Algunas estaban cebadas en corralillos vecinos y las más en los de nuestros familiares. Todas da-



ban un caldo «que se podía cortar con un cuchillo», señalaba mi padre, todo él rufo del orgullo, cuando lo contaba al cabo de los años.

Los «colingos» traían una galbiosa de cigarras. El viejo se vió feo para salvar una tasa de caldo con destino a su señora, ya bien acomodada en una cama casi pegando al techo, que relumbraba de blanca. El resto de la sustancia se la mamaron ellos de ahora para después, llevándose además en bruma un caldero de chocolate, una cesta de torrijas con miel, seis latas de galletas María, que se mandaron a buscar, y un amasijo de pan de harina, pan de millo y pan de papas, que al romper la aurora salió de hornada, y cuando el sol dió en el tablón del Nublo, ya estaba digerido, y alguno hasta más allá.

Quiero recordarle que cuando mi madre andaba en piedras de ocho, el viejo confirmó un padrino amagado años atrás: un padrino de la ciudad, don Antonino del Castillo. Mi padre y don Antonino habían servido juntos al Rey y juntos la corrieron siempre que a mano vino. El era un niño de las Casas—de las de más campanillas de la capital—, y mi padre, un pobre pinalero. Al pollo lo enchiqueraron en filas por ver si enderezaba unas cambas, o aplacaba cierta vena loquinaria, que al tiempo que a él lo viraba sarmiento de después de vendimia, metía su casa en un perpetuo «miserere nobis». Cierta noche se templó en el cuartel y abandonó una guardia, parando en el «Seis de Copas», donde el alba lo agarró como un saco. Mi padre le cubrió la centinela. Y antes de la aurora también abandonó el servicio para ir en su busca. Huroneó los timbeques y las madrigueras de las niñas ruines, hasta hallarlo. Por cierto, igual que un rolo. Con él al hombro volvió al cuartel, le empurró la cabeza en agua fresca, lo apipó de café amargo... Así lo pudo dejar medio endengado para el relevo, sin que nadie con estrellas o galones se percatase de aquella grave roída del cabo... El casacón

y el pinalero habían simpatizado ya de entrada, y este percance amarró luego una amistad que sólo desamarró la muerte.

—Cuando te cases, Chano, o tengas tu primer hijo —le dijo al licenciarse—, el padrino seré yo y nadie más que yo, ¿estamos?

—Sí, don Antonino; descuide.

—Oye, no te lo tomes a coña, ¿oíste? ¡Que no estoy bebido...!

—¡Que no, hombre! En buena fe.

Con el veredero, mi padre le mandó recado. «Tú le dises a don Antonino que ya tiene un criado más que le sirva.» Y el niño de las Casas, que sin llegar a cotorrón tampoco era ya niño, apareció a las cuarenta y ocho horas en Tejada, dando la sorpresa.

Montó el padrino en grande, a estilo de la ciudad, lo mismo los restos del velorio que el bautizo y la última.

—Chano, aquí nada de jilmerías, ¿te enteras? Esto tiene que ser como si se bautisara el Príncipe de Asturias.

—Sí, señor don Antonino. Lo que usted disponga, ¡santa palabra!

Salió gente serviciala de las cuatro esquinas del pueblo. Las cuarenta gallinas se multiplicaron lo menos por cuatro, porque el desborrifado padrino se mantuvo en el empeño de hacer en el villorrio lo que hacían en la Ciudad, cuando sus nacencias, la gente de los escudos labrados y la cochinilla. Enterado de la ganga, el personal se botó en manada, multiplicándose con los forasteros y los del reenganche. Acudieron incluso algunos que hacía más de veinte años que no se llevaban con mi gente.

Hubo quien engordó en los nueve días del velorio. A los del visiteo mañanero se les dió su buena escudilla de un caldo de lamparones que levantaba los muertos y su vaso de vino de años, con dos bizcochos lus-

trados de rechupete. Para horas de almuerzo aflojaba el jeridero, pero así como a las cuatro mi casa volvía a virarse como si en vez de parir mi madre hubiera parido la gallega. Ahora el trasiego y el chupeteo fajaban con el chocolate, más bizcochos lustrados y rosquetes para empustrar; o con tasillas de dulce, más bollos de sustancia, entreverado todo con mantecados, tortitas de almendras dulces y amargas—que en las fiestas llaman piñones, y que han echado a perder metiéndoles manises—, bollos de refresco y panales...

En el bautizo y la última, don Antonino largó todavía más trapo. Mandó un propio por ropas para vestirme. Me perdí entre la espuma—deslumbrante de blanca, crujiente de almidones—de tocados, naguados y faldillaş, rematado todo con el toque de un rosario de perlas orientales, que por cierto perdí una vez en el monte... Se entiende, en el de Piedad. Cuando a las once de la mañana salí para la iglesia, me siguió tal genterío, que ni antes ni después lo reunió nadie en el pueblo, quitante el cortejo que, por apopar al dolorido, tuvo el entierro de la mujer del cacique. A ninguno de los míos le cabía una paja por cierto sitio.

Un hermano de mi madre, que era algo fresco, se arrimó en el camino al padrino rumboso.

—Jao, don Antonino—le dijo—; si vusté quiere ser diputao, o ministro, o lo que sea, eche por esa boca. ¿oyó?, que jasquí votemos por vusté en peso. ¡Y al que no quiera votar por vusté, lo matemos y suculum!

La víspera de cristianarme, el mismo pariente había metido su ganchito en otro extremado capricho de mi padrino. Dió orden el rico forastero de que se preparara para la comida de bautizo el «puchero de las siete carnes», que se hacía para bodas de mucho trapo; y que llevaba gallina, paloma, perdiz, conejo, cerdo, vaca y carnero. ¡Echese usted a nadar...!

—Hombre, señor don Antonino, eso está bueno pa casorios, pero...

—Yo digo—interrumpió, repentino, mi tío—que en casos así, lo mismo da jabón que jilo negro...

—¿A qué llamas tú «en casos así»?—le preguntó mi padre, algo caliente.

El casacón sacó del trago al interpelado cortando el incidente :

—¡Liquidado! Puchero de la siete carnes, y listo.

Mi tío tenía fama de comerse de una sentada una cesta pedrera de tunos, mejor si eran ajenos. Llenar de gorra la jandorga lo ponía privado, reaccionando así como aquel gallego que cayó por acá y que no bebía hasta que no lo convidaban. Como cierta vez se lo echaran en cara, creo que contestó : «Me hace daño, ¿noun sabes? Pero págalu tú, bébulu comu agua.» Ese día, cortado en su favor el incidente, el tío se levantó y se fué al golpito, no sin volverse a mi padre con cierta marrullera humildad para decirle :

—Tú déjalo a él y ya está, ¿oh...?

En la iglesia había tanta gente como en la misa grande de la Patrona. Don Rafael, el viejo párroco, estaba tan privado que lamentó ante el padrino no haber tenido agua agría, en vez de la del chorro con que llenaba la gorda y vieja pila de piedra pintada de azul. La condescendencia se dobló cuando don Antonino le puso en la mano una onza de oro y pegó a regalar dobloncillos al sacristán y a los monigotes y a sembrar luego el teso de la entrada de cuartos, repañados por una empelotada insalla de bagañetes, que como chuchangos al solito habían salido hasta de debajo de las piedras. Con el perreo regaló el hombre anises y almendras confitadas y piñones de azúcar...

Arriba, las campanas se partían el espinazo, como quien dice, en un repique tan afianzado, largo y alegre, que hasta los labradores más lejanos se levantaron de la tierra y se quedaron escuchando, suspensos.

Mi madre había estado aguantando entre pecho y espalda un llanto de alegría que le borbotaba como agua

encerrada. Cuando aquel tremendo padrino que me saco de pila me volvió a coger a la vera de la alta y blanca cama y le dijo: «Comadre, moro me lo entregó; cristiano se lo devuelvo yo», Epifanita la de Chano Monagas rompió en tales y tantas lágrimas, que hubo que guisarle tila y azahar a escape y por serones. Y hasta mi padre se vió precisado a darle su güapido.

—¡Cállese ya, carajo! Ni que yo me fuera pa La Habana...

Antes de seguir adelante quiero dejar aclarado algo que mantenga en su justa verdad la buena memoria de mi padre, al que por un azar cogieron en boca, dándole los dones de «zorrocloco». Puedo decir con la boca grande y llena que no lo fué nunca. Me tuve el trabajo de averiguar lo ocurrido, preguntando a viejos serios que lo sobrevivieron. La especie debió haber nacido y medrado a manera de un culantrillo sobre la pila de la envidia, porque hubo bastante gente que después de apiparse, hasta tener que recurrir a la «saldhiguera», se fué de la lengua y habló más de lo debido, sin perdonarnos nunca aquel bizarro suceso de mis aguas de cristiano.

Usted sabrá algo de los «zorrococos». Por si acaso no, le diré lo que yo he oído al respectivo. Dicen que en tiempos bastante antiguos—aunque aseguran que la cosa se estiró hasta hace poco más de cincuenta años—, cuando en La Palma, o en la Gomera especialmente, alumbraban las mujeres, los que se encamaban y recibían el mimo y las golosinas y las sustancias eran los maridos. Al modo, aquella gente del siniquitate pensaba que lo que valía—y padecía—era el poder del varón, sin percatarse por lo visto de que éste se sacude los calzones y a otra cosa, mariposa... De sobra sabemos que la que carga con el mochuelo—tres meses con la ajitera y seis más con el gravamen sobre los cuadriles—es la mujer, siendo también ella la de los pugidos y el cruzir de dientes. Semejante trastrueque no cabe más que en cabeza de gente antigua y bardaga.

Y vamos al caso. Ya le conté cómo llegó el viejo a mi casa a la medianoche de la víspera de Santiago. Había madrugado; pasó la cumbre temblando por la señora y su recogimiento; se llevó el sofoco de un parto en el camino; lo sacudió a pulso la emoción de tener, al fin, el hijo tantos años suspirado, y peregrinó, por último, de vuelta, cargando casi todo el trayecto y a paso de gato con las parihuelas, porque no consintió el relevo sino cuando el camino ganaba una llanada y entendía que por estas partes los «colingos» no le podían botar al suelo la señora y el guayete. Empalmó tal remeneo de cuerpo y espíritu con el velorio, que se mantenía toda la noche con tres vecinas de guardia, según venía de antiguo haciéndose, para que las brujas no asfixiaran a los críos durante el sueño de la madre...

¿Quién dormía así...? Cayó el viejo en cama, molido y entregado. Como con la flojera le vino tos, dijeron que tenía la espinilla caída. Mi abuela materna aseguró al yerno que se le quitaría con el tratamiento de otro curandero de fama, el maestro Higuerras: ventosas secas y un mes a caldo de perritos mamones.

—Las ventosas, bueno—dijo mi padre a su suegra—; pero el caldo se lo bebe usted, si quiere.

Como había a fuleque sustancia de gallina, carnes varias, golosinas y etcétera, pues comió también él, mientras estuvo unos tres o cuatro días en la cama. Fué entonces cuando algunas lengüillas del pueblo largaron la volada: «Chano el de Epifanita está de zorrocloco.» Mucha gente lo creyó, choteándose del asunto. Y por si todavía hay en la Ciudad, en algún punto del campo o por tierras de América algún jediondo o algún bobático que siga tomándose en serio tal calumnia, yo aprovecho este escrito para decir muy en firme que aquello fué una mentira como la casa de don Bruno. Mi padre era mucho macho para zorrocloquear, se lo digo yo.

Ahora voy a contarle algo de lo que oí sobre mi infancia, aunque no pasaré de lo que considero más notable, que fué la crianza, durante la cual recibí una muy curiosa mezcla de leches. Deseo referirle esto porque bastantes veces he dado en cavilar si el destino de una persona, que para mi gusto viene encarrilado ya desde que aquélla apunta, igual que un boguito, en el oscuro, no resultará luego así como insurrecto, alzado y metido en rumbos imprevistos como consecuencia de habérsela pegado a pechos ajenos. Por ellos se mezclan, me creo, a la sangre particular del individuo esas otras que recibe de prestado a través del capullo chiquito y ansioso de la boca. La sangre no será la madre de la baifa, como el otro que dice. ¿Pero no cree que tiene mucho que ver...?

A esta idea he llegado no sólo considerando mi propio caso, sino el de otros ciudadanos de esta isla que por necesidad medraron con leche de burra o de nodrizas y cabras, lo cual venía siendo lo mismo, porque casi todas aquéllas habían tirado al monte. La de burra era alimento de lujo. Luego conocí yo niñas y niños insulares criados con escudillas de tales ordeños, o directamente pegados, que tiraban francamente a la coza, el rebuzno y el garañoneo, amansándoles la tendencia mojina el finchado ambiente familiar y las escuelas de pago. Sin esas especies de tajarria y jáquima, la diferencia hubiera sido puramente física. Supe también de muchas famosas enraladas a las que de chiquitas empelecharon con leche de cabra.

Resulta que algo nunca bien aclarado secó a mi madre de la noche a la mañana, cuando yo no llegaba al año. Mi casa estaba a la entrada del pueblo, en la orilla del camino real que bajaba de los altos del Lomito de Taidía y otros pagos de enfrente. Cuando algunas mujeres de estas partes venían a misa, recalaban por nuestra casita, sacudiéndose en ella el polvo del camino y substituyéndolo por una buena mano de los de arroz. Cambiaban también allí las anchas faldas de anascote pardo, el jubón de franela a media manga y la camiseja abrochada al cuello por unas revolantes enaguas de lamparilla listada, un justillo de paño colorado y una camisa de muchos y muy replanchados pliegues, bien altos sobre el natural pero aplastado desnivel del «frontispicio». Sustituían también las holgadas chalanas de vaqueta, donde los ñames se movían como reyes, por zapatos negros—y resistidos—de becerro. Quitábanse, por último, el medio pañuelo anudado bajo el quejo, se ponían las mantillas de franela blanca o negra y, ya compuestas como los tollos, tiraban para misa a tiempo «de dejar».

Caían en mi casa, como «voluntad» de estos dominigueros zafarranchos, los consabidos cestitos de piñas, papas y verduras, la docenita de huevos; alguna que otra vez su baifo, su quesito de flor o su pollito de medio tiempo... En fin, lo que cada cual podía, o quería. Pues parece que alguien de este pasaje metió la maleza en mi casa. A ciegas lo creyeron así los viejos y la parentela.

—Alguna mujer que mal te quiere, te ha malefisiao y te ha secado—dijo mi abuela con firmeza.

—Pues será alguna de estas que vienen con el requilorio del cambeo de ropa. ¡Si el domingo que viene me entra una de la puerta pa dentro, le meto un puñete que la corcovo!—bramó mi padre en medio del cuarto.

Trajeron una santiguadora de Fataga. Confirmó que era «maljecho». Le hizo los tres santiguados: el «mayor», el «menor», y el «del monte», este último con gajo de laurel bendecido en Domingo de Ramos, una buena veía



bendecida por la Candelaria y sus limosnitas corridas para las Animas. Y no hubo de qué.

Mi madre seguía escurrida y yo guapiando de jilorio. Recogieron entonces las aguas de la seca y salió un propio con dos limetones ráidos para Telde. Consultábase ahora a la «médica de Tara», que era una especie de Marañón, lo mismo en la cuna de don Fernando, que en toda la Gran Canaria. La médica de Tara diagnosticaba echándole un vistazo a los orines. Cuando esto, una vez que los «analizó», dijo que sí: que era «maljecho, pero ligado, o séase, con soltilugio». ¡Palabras mayores...!

Habría que darle vez a una bruja, porque el grave maleficio estaba en un muñeco, traspasado el pobre de agujas y alfileres untados con sangre de Barrabás. El «daño», en forma de pepón y más acribillado que cristiano caído en bardo de tuneras, lo enterró quien quiera que lo hizo en un lugar misterioso, que solo una mujer que tuviera parte con el diablo podría localizar. Empezó un sacadero de perras imposible, perras que se tragaba mayormente la chacarona de Jacinta la Conejera, bruja de la Ciudad, a la que se acudió por último....

El muñeco no apareció nunca. Tampoco la leche. Y mucho menos los cuartos, que se fumaron las zafadas competidoras de don Cristóbal Quevedo, don Vicente Ruano, don Luis Millares, etc.

La solución inmediata fué una cabra. Entre mi gente siempre las hubo de buen cásteo y rejundidas de ubré, hijas y nietas de machos y jairas con abolengos y ejecutorias de lo más viejo y más limpio que hubiera en las siete islas. Animales de diez y hasta doce medidas de leche muerta, de mamás altas y bien prendidas, con apenas carnazón, que era una gloria ver a la hora temprana del ordeño, estallando, palpitantes y plenas, hacia lo ancho. Había por entonces en mi casa una rucia más bien chiquita, pero abarrenada como la primera, sin más de-

fectos que ser algo golosilla, lo cual la tiraba a mamarse su propia leche, y tener sus venadas de loca. Para que se quedara con la magüa de lo primero, cargaba un collarón con un palo atravesado a la banda, que le impedía ovillarse. Las ventoleras las acusaba de modos diversos. Por ejemplo, no consintiendo manos ajenas en el ordeño, o dando por extrañar las de cada día, si estaba sacada por uno de sus raros humores. Entonces soltaba sus coeces hasta volcar el cacharro de pastillas, aguardándose generalmente a que estuviera casi ráido...

Si al tiempo de escurrirla, las mismas manos que andaban en ello le atrabancaban con geito los remos traseros, entonces sacaba una nueva pata de gallo: soltaba de repente en la vasija un repentino golpe de cagarrutas. Esto también tenía su contra, que dejaba huella en el ala de la cachorra del cabrero: le afianzaban la frente cubierta contra el culito, tupiéndole el malintencionado desahogo.

Mi madre lavaba cuidadosamente los pezones y me pegaba de ellos. Creo que yo chupeteaba jubiloso, más que cuando medraba del seno materno. La jaira llegó a arregostarse al humano baifillo, y se estaba lelita, aguantando rumiante y placentera mis manoteos en sus ubres y las pechugonadas de mi boquilla hambrienta. Con tal gusto me admitió la rucia, que la vieja acabó por dejarme tumbado bajo ella, calzado con almohadas, abandonando el apoyo y la vigilancia para irse a sus quehaceres. Así, yo me empajaba solo, hasta quedarme arrebatado, sudando y con la barriguilla como un peje tamboril.

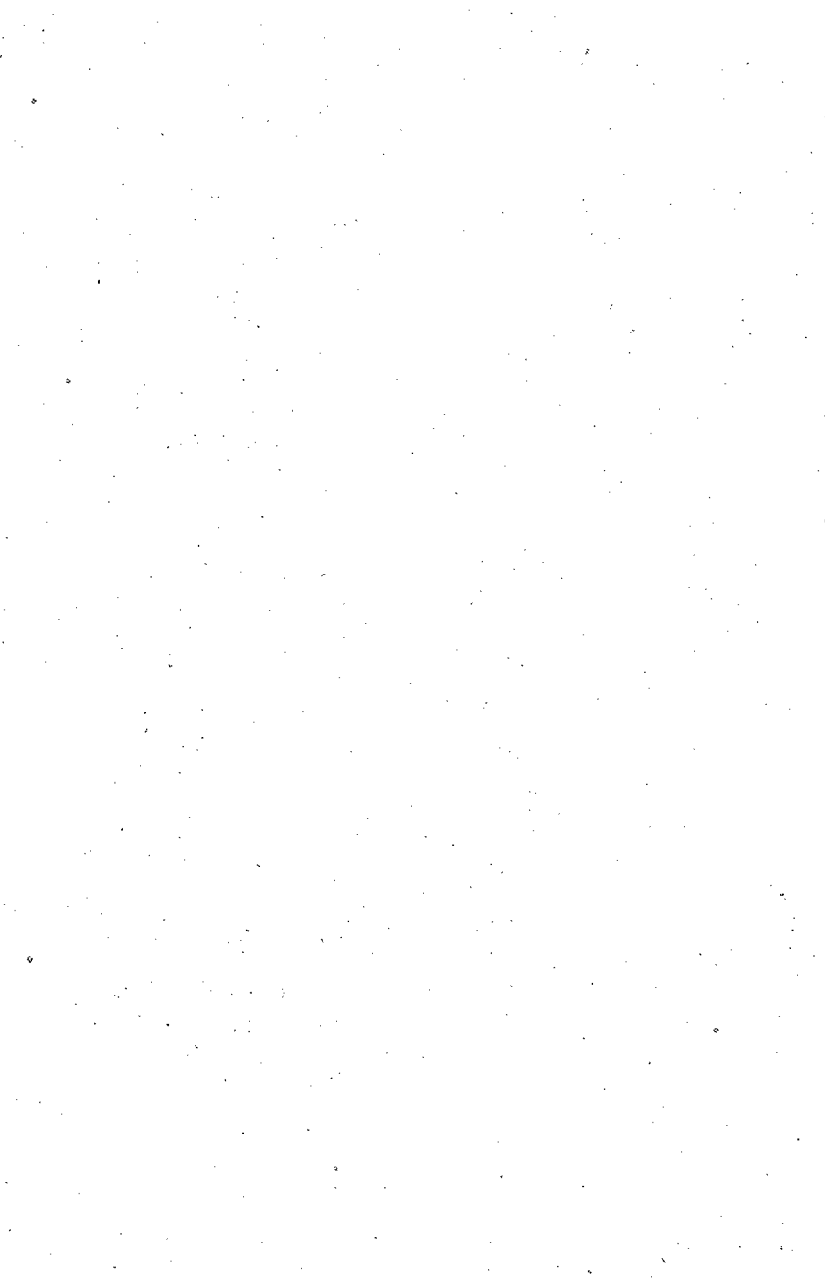
Empecé a dar muestras de arranques y viveza sorprendentes: hice peninos antes de tiempo, tiraba chabascadas a las vecinas feas que me hacían tiernos camangos con los dedos platanudos y negros, hurgándome la barbilla: «¡Agó, pispito, agó!». También las meaba a cosa hecha. En cambio, a las muchachas nuevas les aceptaba privado todas las carantoñas. Y si estando en sus

brazos notaba que me iba a salir, pedía la bacinilla gritándoles, ante su pasmada admiración: «¡píspís!».

Creo que un sabihondo del pueblo, que había puesto una escuelita de noche, a tostón por barba, y en la que enseñaba «de oído», dijo un día, viéndome hacer alguna gracia especial: «Tú no fundarás Roma, como Arrémulo y Romero, entre otras razones porque lo tuyo es una cabra, y no una loba; pero que vas a dar que hablar... ¡Jesús, hombre!, eso lo sabe hasta la morisma de la Costa». Calibrando hoy su pronóstico—y arrimando la modestia—pienso que no era tan batata como la gente creía.

No me diga usted que esto—y alguna otra cosa que siento no poderle contar...—era normal en un pendejillo de un año mal contado. Siempre he pensado—y vuelvo a mi idea, brindándosela a la ciencia, sin echármela, pero con satisfacción—que aquel temprano despabilamiento fué cosa que metió en mi genio, enmendándolo, la jaira rucia. Si esta teoría se comprobara en laboratorios de ensayo, hágase cargo de la repercusión que la crianza temprana con cabras tendría en la vida isleña. Bastantes totorotas se habría ahorrado el país si a tiempo les mudan el apoyo, sacándolos del seno de madres taías y pegándolos a chupetear libremente en las ubres de una jaira con vena.

Volviendo a mi caso personal, terminaré diciéndole que luego, sin llegar nunca a poder hacer mía aquella copla desesperada y matona que empieza: «Soy el hombre más bandió—de los palmares canarios...», fuí algo mataperro, algo tiestillo, algo escachado... La cabra, estoy seguro. Bueno, la cabra y algo más, que paso a escribirle.



Estaba de Dios que yo siguiera medrando en teta de quita y pon, como aquel que dice. Cuando más rey me hallaba a la sombra sosegada, tibia y nutricia de la cabra, el animal murió, de ahora para después... Mi madre era tan celosa del gofio y el amasijo de la casa, como de la matanza. Compraba el millo que mejor se hallara, lo lavaba luego a conciencia en un hermoso lebrillo de loza atalayera, tendiéndolo a secar, por último, antes del tostado, sobre sus mejores y más blancas sábanas de lienzo. Cierta noche se soltó la jaira, arrimó el hocico goloso al tenderete del enchumbado grano y se empajó... Por la mañana amaneció más tiesa que un palo de vareo y tan soplada de bandullo que parecía haberse tragado un bernegal. Tuvo mejor duelo que un pariente en La Habana. Y con razón. Todavía es una buena rucia un puntal madre del hogar isleño. (Pudiera decirse que una azotea sin cabra, es un tiesto sin flores.) Por entonces, quizá con la «química» menos adelantada, pero con el agua tan sobrancera como pueda estarlo en el presente, la jaira familiar era más importante que la misma División de la Provincia. Lo que ya es decir.

Algún tiempo antes de aquella desgracia había vivido el pueblo un caliente romance, que anduvo en lenguas largo, y mucho tiempo, tanto por la ocurrencia en sí, como por lo que pintó en ella la figura de cierta moza, que todo lo que tuvo de pino de oro, lo tuvo también de mujer sin sol, sin luz y sin moscas, como suele decirse.

Se llamaba la pollona María del Pino, como tantas del país, pero a ella la conocieron mejor por «la Primorosa», porque creo que le fué parte por parte y de pies a cabeza. «Primorosa» es nombre de vaca, ya sabe, pero de vaca galana; así es que no merma lo que de homenaje tenía el popular bautizo. Con el tiempo y las cosas le pegaron un «apellido» que la señalaba con piedra, como a los almendreros amargos: «la Penosa»... Y es que desde chiquita no hubo rigor que no la cercara, ni pan que le rebasara de sopillas.

A su padre, un tipo de hombre, se le reventó un barrero cuando lo atacaba. Voló con el estampido y la piedra, haciéndose cabacos. Su madre, que era de gente de las Medianías, llegó a los altos sin enmendar lo que fué hasta la misma hora del casorio: una frutita de aire. El clima cumbbrero, más recio, acabó de quebrantarla, viéndose fea al dar a luz a María del Pino. La bronca muerte del marido la atrasó todavía tanto y tan firmemente, que cuando la chiquilla tenía poco más de cuatro años pegó a apagarse como una velita en las últimas y se fué.

La niña dejó Taidía, donde los suyos tuvieron la casa y los tres teniques, tan tempranamente arruinados, y se vino al pueblo con una tía, casada, pero como si no, porque—una más de las de la cama nueva de bodas apenas deshecha por causa de la América—, el marido cogió de rebelina un barco y se perdió en aquel ancho tragadero de hombres y de memorias. Para remate, hasta la dejó sin un hijo que le amorosara la tremenda soledad.

De chiqueja, María del Pino pintó mal. Sobre ser revuelta en color, tiraba a peludilla y zancuda, con todos los huesos a la flor. Solo le lucían los ojos, grandes, vivaces y ardientes en medio de un cerco oscuro, que en ocasiones se le agravaban hasta parecer tristes, pero que casi siempre relumbraban entre alegres y tumbantes... Pero pasada una primavera, cuando con el

tiempo arropado empezaron a cuajarle al campo los sudores, los hombres que se sentaban en los poyos y los que se la cruzaron con un bernegalillo mediano en lo alto del ruedo, se quedaron una mañana asmados ante los bogos de mujer que rompían en su figurilla, enmendándola tan de repente que ni los más linceos pudieran barruntarlo.

María del Pino apareció granada de pierna y torso, entradita en cintura, con los capullós empenicados, derecha toda y tan dorada y gustosa que no parecía sino que la hubieran barnizado con miel. Cruzó las calles con el paso airoso, un brazo cayéndole a lo largo del cuerpo, el otro garbosamente levantado para sostener por uno de los bicos el gánigo.

—¡Pero, jao, si es la güerfanilla de Taidía...!—sacudió uno de un poyete su bartola, enderezándose encandilado—. ¡Carajo con el gallito tapado!

—Parece una figurita de sobremesa—comentó el escuelero que enseñaba de oído.

—¿De sobremesa...? Será... —y un majalulo soltó una cancaburrada.

De allí en adelante, todos fueron pájaros a la breva pintona, o casi todos... Al menos los más nuevos iban al revuelillo de sus enaguas como moscas sobejas del verano. Se entabló un acoso y un ajuleo que al pronto pudieron parecerle halagadores a la linda polloncilla, porque las mujeres sabrosas tienen, desde tempranas, una oscura, pero viva certidumbre de lo que de lirio del Monte, bienmesabe de las Niñas de Armas y carajacas del Camino Nuevo anda por ellas, subiendo y bajando: corriéndoles el cuello de tórtola, la plena y echada mareíta del seno, el golpe de cantarillo de las caderas, la gracia de palma real con que se arrancan las piernas... Y estos primores parecen reclamar un eco, callado o jaranero, que si falta les pone desabridas la boca y el alma. María del Pino lo tuvo, y bien retumbante...

Al principio, todavía con el entresueño de la niñez estorbándole la claridad de las cosas, ella se quedaba suspensa, los ojos altos, inclinados y limpios como los de una gacela alerta, mirando el mirar de los hombres, y se le remansaba entonces la respiración. Le subían a la cabeza confusos presentimientos. Después empezó a entender por donde se entienden estas cosas: por la sangre. Y la escarabajó el regusto de sentirse hembra de las de no hay más. Pero como el juego se estiraba, y caía en ceños sombríos y en palabras descaradas, o turbias, la recién florecida Primorosa acabó hartándose, repugnada ante algo que no entendía claramente porque se viraba soturno y acechante.

Llegó hasta a tener miedo cuando advertía que, igual que si la recorriera la panza de un lagarto, resbalaban por su blusilla y por su liviana y corta falda los ojos espesos, como mal dormidos, de muchos labradqres, incluso inclinando a viejos.

Forzada por aquella espontánea provocación de sus carnes y por el atrevimiento de los garañones del lugar, que como nuevita y sin más amparo que el de la tía en soledad la creyeron pan comido, María del Pino la Primorosa tuvo que parapetarse detrás de su alegría, que era mucha, y de unas aprendidas mañas de gata: vivas fugas, prontos brincos, uñas repentinas y hasta heridoras; a las que en alguna ocasión los dientes echaron una mano...

De esta manera fué creciendo, entre un cerco de apetitos más o menos zorros y retensos, que iba apretándose a medida que el tiempo hacía con ella lo que el sol con los racimos: hincharle con azúcar el tierno y tibio hollejo. Quizá esperaba que la encerrona dentro de la que venía debatiéndose la rompiera un buen día alguno de los dos o tres pollos que a ella le gustaban, porque sí y porque la miraban formales y lejanos, sin los delirios mal tapujados que tenían los ojos de los otros. Un novio serio, igual que los de las demás muchachas,



¡cómo le descansaría las piernas, las uñas y el corazón...! Pero aquellos mozos, aun ardiendo, se mantenían en la orilla del acosado terrero, replegados por un instinto de miedo ante el brote prodigioso de aquellas carnes, que subían como un gallardete de rosal y barruntaban los dulzores de la fruta de secano: miedo a tener que ausentarse, cuando se terciara, y dejarla, como era natural; miedo a saberla sola pasando un camino, como sería también posible, y preciso... Pensarían los muchachos: «No se casa uno para guardar la mujer, como se guardan las eras, o las parras».

Aun llovió sobre mojado desde la nube de mujeres, incluída su propia tía. Ellas le tuvieron celos tremendos, y una envidia que si hubiera sido tiña, como suele decirse, no queda en Tunte rodete donde suspender una mantilla... La parienta la traía asada a voces, pellizcones y caldas, culpándola de provocar a cosa hecha tal solivianto.

—¡Pero si son ellos, señora, esa camada de galiones sueltos, que parece que en su vida han visto una mujer!

—¡Sos tú, maldita la pusia que te revendió, perdularia de tres mil demonios, que no sé porqué tiras a belillo...!

—Mejor reparara en lo que dise...

—¡Tú tienes la culpa, tú que los jalagas con tu risa escachada, y esa malisia del mirar, y ese meneo de al-pistas con qui andas!—y la medio viuda empalmaba la estupidura con una apulsada tollina.

Cierta noche de desveló, ya una pollona hecha y derecha, María del Pino la Primorosa se paró a pensar seriamente, y por primera vez, en su atracada situación dentro del pueblo... Ella había visto perras gachas y fatigadas, con un cortejo de perros jadeantes, tenaces y sin tino, perras que tenían que caminar siempre, sin más paradas que las precisas para engrifarse y tirar al

aire la regañiza de una cobarde mordida... Se sintió también con un rastro sucio y fugitivo, sin que su cabeza pudiera aclararle por qué.

«¡Pero yo no hago nada para que esto sea así, Santiago bendito, tú bien lo sabes...! Ellos se han vuelto como los diablos negros que tienes debajo de tu caballo y de la punta de tu espada, y están sueltos por las calles y por los caminos... ¡Yo soy desente, bien lo sabes, Santiago de mi alma! ¿Qué tiene que ver que sea alegre... y así como soy? ¿Y qué culpa tengo yo, dí, de que se desarreten de ese modo por mi boca y mi sintura, que yo quiero solo para un marido? ¡Un marido...! ¿Qué es lo que hacen, Santiago querido, esos... cachiporros que me gustan, y que yo sé que están muertos y asados por mí? ¿Por qué se están allá lejos, agarrados de miedo...? Porque es miedo el que cantan, con las manos metidas en los bolsillos, con las frentes bajas, con los ojos huídos... ¿Pero miedo a quién...? ¿Y de qué...? ¡Cuánto mejor, Santiago caballero, haber sido medio feíta...!».

Aquella noche se le agravaron los ojos ya para siempre. Se volvió callada y hosca y dió en aplastarse el pecho, hasta quedarse casi sin aliento, y en vestirse con refajos anchos y largos, que la envejecían.

En esta situación, cierta media mañana en que ella volvía con ropa lavada, le empalmó el camino, como al acaso, uno de los sujetos mas atravesados del pueblo, Rosendo el de La Palmita. Rosendo el de La Palmita era un viudo que vivía en aquel cercano pago con sus padres y con un hijo que le quedó del corto casorio, cría seca y desmangallada, que andaba como perro perdido aun dentro de su propia casa. Buscándole bien, a Rosendo el de La Palmita se le podían hallar en la cara cicatrices de un cierto golpe de uñas que la Primorosa le tiró una vez, cuando de vuelta de los charcos, algo después de oraciones, él la atracó en un vano que hacía el camino. De aquella fea manera se remató por él

pronto el más emperrado de los asedios que la muchacha padeció.

Parecía que Rosendo se había apartado definitivamente de ella, y ahora volvía... O tal vez no. Quizá fuera cierto aquello de «¡Qué casualidad!», que él dijo al tiempo de emparejarla, sonriendo por sus dientes verdes y sus labios finos y largos.

—¿Sigues anojada, Pina...?—dijo mirándola trasero, con sus ojos chicos y taimados.

—¡Sigo! —respondió ella con un remango de potrilla en la cabeza.

Pensó la Primorosa que de todos los desagallados sitiadores de sus carnes de támara pintona, el más je-diondo, el más bicho, era aquel hombre enflaquecido y amarillo, con trazas de tomiza, de cabeza chica, pelambarrera pajiza, barbas de panasco y alma trasconejada, que ahora caminaba a su orilla con el aire sumiso de un perro castigado, inventando una amabilidad y un respeto que no le salían, que tenían más trampa que los falsetes de una jiñera.

—Mujer, olvida aquéllo... Yo no tengo culpa maldita de quererte, ni de que tu seas tan...

—¡Acaba! ¿Tan qué...?—se plantó ella en el camino, engrifada y resuelta.

—Pues así de linda, y eso...

—¿Qué tiene que ver...?—y rompió de nuevo a andar, más derecha y liviana que antes.

—Déjate ir más al golpito, María del Pino, que quiero hablarte formal de una cosa... No ha sido casualidad que te haya encontrado en el camino. Llevo serca de dos horas esperando por ti. Me iba mucho en verte cuanto antes, ¿tiendes...? Mira, yo estoy bien solo, tú lo sabes. Lo mismo anda el hijo, aunque eso es aparte. Un hombre nesedita una mujer, y al viseverso. Es así por el ser natural del endividuo, y además viene de toda la vida...

El zorro rondador tragó saliva, miró al soslaire la ca-

ra alta y hermosa de la pollona, que parecía escucharlo como se escucha el viento cuando antes de caer levanta su rumor y su tropel de toros en las altas mesas de la cumbre.

—Es verdad que vivo con los viejos, pero ellos si han quedao traseros, haste cargo. Y lo que es tú, tampoco estás muy allá en cuanto a compañía. ¿Tu tía, qué...? Teclas, voses, golpes tamién... Así no hay modo, me creo... Yo ha pensao mucho, Pina. Y ha pensao, de úrtimas, que yo y tú podríamos ser algo dichosillos...

—¿Cómo?—volvió a pararse la muchacha, dando ahora la sorpresa de mostrarse intrigada.

—Con las de la ley.

—¿Cuala ley...?

—Pues... la ley de todo, debidamente: papeles, señor juez, señor cura y demás... Y a pleno día ¿tiendes?, con el sol bien alto pa que todo el mundo vea. Y repiques en la torre, pa que el que no vea, oiga lejos, y sepa, tamién.

—¿Usté habla de casarse...?

—Hablo.

La Primorosa lo miró un instante suspensa. Y de pronto sintió unas tremendas ganas de reír. Encontraba todo aquello grotesco, como los pasos de máscaras del domingo de Carnaval, en que borrachos y vestidos de mujeres, los hombres alegres del pueblo remedaban noviazgos y casorios... Para sofocar la carcajada apretó contra el cuadril la cesta colmada de ropa, hasta sentir que le dañaba las carnes el trenzado reborde de codeso.

Pensó, ya dominada, que aquel hombrillo desmañado y sombrío, mal empelado y duro, encontró solo repudios donde quiera que puso los ojillos ratoneros y el mezquino sentimiento. Su facha, de una parte, y de otra la historia triste de su mujer, entecada y vuelta loca a golpes de desprecio y puños, y muerta a los dos años de casarse, levantaron un muro con vidrios entre

él y las mujeres de toda la raya, igual nuevas, que maduras. No había pesado ni su condición de heredero único de una labranza algo rica. Era también sabido —y considerado— que no quería al hijo, al que daba patadas lo mismo que si fuera un perro molesto. Desde que María del Pino lo recordaba, siendo todavía una monifata, aquel hombre tenía la mirada fija y encarnizada de los grandes pájaros del risco, que ella había visto, temblorosa, cuando los traían del monte con un tiro en un ala. Los fracasos debieron irle metiendo luego en los ojos como un brumero de invierno. No había acotejo en aquellos hondos, que estaban como abiertos por detrás a los más colados remusgos.

De pronto tuvo un amago de pena, en la que jugó el hijo, huerfanillo y golpeado. Pero como volviera a mirar al pretendiente, se le pasó en un suspiro. Le preguntó, a sabiendas de que mentiría:

—¿Y si quiere casarse otras ves, por qué no ha buscado a otra?

—No quiero a denguna. No te quiero más que a ti.

El siguió jugando como lo que era: un cuico de los que se meten por el ojo de una aguja. Sin dejarla replicar, empalmó, hablándole ahora algo atropelladamente.

—Mis viejos no son gustantes de este casorio... —dijo, haciendo aquí la única pausa de la parrafada que preparaba, para torcer los ojos y observar el efecto que en la vanidad de la muchacha podría hacer el detalle—. Ellos quieren pa mí otra cosa...

—¡Pues que le ayuden a buscarla! ¡Ni me han hecho falta, ni me la harán!

—Ta bien, mujer, pero déjame terminar... Quien se va a casar soy yo, y no ellos ¿Qué importa que mi madre se figure cosas de ti...?

—¿Qué puede figurarse su madre, la indina, si soy tan desente como ella?

—No hagas caso y escúchame. Yo sé que sos buena y

me hasta. Ahora, lo mismo por los padres, que por la gente, me gustaría trasponer de todo esto. Quiere desirse que nos casaríamos y luego, a navegar... Yo ha pensado de marcharme a Cuba, ¿tiendes? Aquella es tierra grande y rica, onde nadie nos conose y onde das dos patadas en el suelo y saltan los sentenes, según tengo oído a indianos que conosen el piso y su fruto. Me gustaría casarme cuanti antes y tirar cuanti antes pa La Habana... ¿Qué te parese a ti de todo esto...?

A María del Pino le subió por la sangre arriba un sofoco raro. Se soltó el nudo del pañuelo y hasta abanó con una mano nerviosa el aire, que repentinamente le envolvía la cara en un aliento de verano... El maúro iba al trote tras el andar cada vez más vivo de la muchacha. Acogotado por el miedo a que le fallara la maquinación, Rosendo el viudo habló ahora con voz baja y enronquecida.

—Estamos llegando a las casas, mujer, y no me das contesta... ¡Dí de una ves!, ¿a ti, qué te parese...? Tu marido, un barco, una tierra nueva y rica, una tierra grande donde no le preguntan a uno qué quiere, ni quién es, y que si la sudan, da fortuna como la primera. ¡Qué me gustaría salir contigo de este corralillo y poderte tener como una reina...!

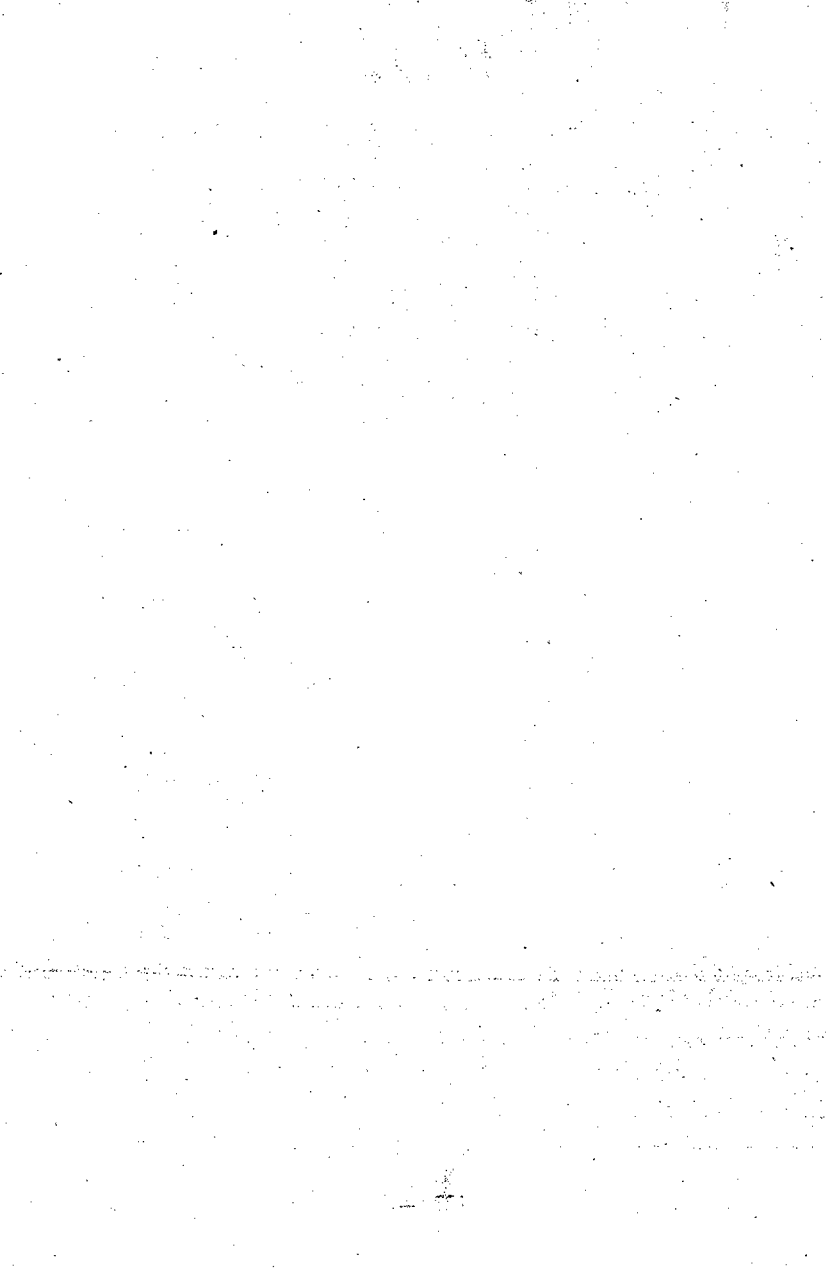
María del Pino seguía callada y ligera, pero ya no tenía los ojos engallados, sino graves, tirando a mansos. El cogió por el aire la expresión.

—Mira—dijo trabándola de un brazo, ya sereno, dominando el lance—, no me contestes ahora. Rúmialo con el cabesal. Y cuando estés serenita, hablas lo que quiera que sea. Adiós, mujer...

Se quedó trasero, hasta pararse, mientras ella se alejaba a pasos chiquitos, pero apurados, movida por una extraña jiriguilla... Era tremendo adivinarle la cintura, que podría abracarse con medio brazo, el repentino y firme golpe de las grupas, las piernas que subían con

la gracia, el colmo y la color de una cosecha de espigas...

Rosendo sacó con cierto temblor en las manos la borrega, el librito encuadernado de papelillos, cuyo elástico atinó malamente a levantar... Lió en mitad del camino un cigarro con trazas de torcida, le dió unas chupadas y empezó a entrar despacio en el pueblo. Tenía la boca seca, pero entreabierta por una sucia sonrisa.





María del Pino, la Primorosa, no pegó un ojo en toda la santa noche. Fué un desvelo sobre largo, agoniado. Cuando alguna vez, vencida por el tremendo estirón de las horas caía en un embeleso, saltaba de pronto, dolorosamente oprimida, con un grito a flor de la boca. Se quedaba sentada y jadeante en mitad de la cama. Después se encogía poquito a poco, como un animalillo nuevo que tuviera miedo. Y pensaba.

¡El quería ahora casarse, Virgen del Pino bendita...! Y ella, ¿qué debería hacer...? Una boda ya era harina de otro talego. Cosa importante, como la palabra tranquila, aplomada, del cacique, ante la cual todo el mundo callaba y otorgaba, sumiso el morro... Ella se vestiría toda de nuevo, bien acampanada por los almidones de uno, y otro, y otro zagalejo... No mercaría el traje de novia en el pueblo, sino en la Ciudad, y donde tuvieran los mejores paños. Recorrería las tiendas de Los Malteses, la Coca, la Benita, El Francés, las Lonjas de Los Palmeros... A media mañana, una mañana colmada de sol y de repiques de boda, saldría para la iglesia, toda rodeada de respeto, y de envidia también, aunque, al fin, con su porqué... Claro que lo que le había bajado del cielo, más era cosa de mortaja que de casorio... ¡Pero lo importante era la boda! «María del Pino, ¿quieres por marido...?» «¡Sí, quiero!» ¡Marido...! ¡Qué palabra tan grande, siempre! ¡Y qué aire de alto y viejo pino tenía para ella en particular, qué firmeza en el tronco y qué sombra tan ancha...!

La quiebra del abacorante cerco se agrandaría de un modo maravilloso: en la orilla del gran suceso se mecía un bergantín, que estaba nada más esperando la boda para soltar trapo y abrir el camino de un mundo distinto, donde nadie conocía el inocente y al tiempo fuerte veneno de su reburujón. Allá la habrían de ver, claro, y sabe Dios... Pero, no: en cuanto la gravara un hijo, ancharía, como un serón, se le pondrían los pies igual que tosas... A los hombres no les gustan las mujeres preñadas, ni las molidas por el hambre y la carga de los chicos. Acabarían dejándola en paz.

Pero, de pronto, volvía a saltar él en medio de la embullada ensoñación, él con su pinta de cazón jariado. «¡Qué feito es, madrita mía del Pino, con sus ojos chicos de hurón enyelado, con su cara de palometón, con su piel de mansanita ajorrada...!» Y no era sólo lo enjillado del hombre lo que ponía un desconsuelo tremendo encima de su corazón. Un hombre feo se resiste cuando es amoroso como una lumbre en invierno, cuando tiene un corazón que no le cabe en el pecho, cuando trae alguna vez los ojos tristes o las costillas vencidas y agradece como un chico una voz amiga o una mano sobre la frente. Pero él... El era un risco, sin que se le adivinara una hebrita de ternura bajo su traza de escobón pelado. Castigaba a sus animales con una saña de perro en pelea, y golpeaba al hijo, también, con tanto rigor, que el muchacho lo maldecía a voces cuando él estaba ausente, y en su presencia hacía lo mismo, aunque sólo con los ojos, desde su rincón de niño apaleado.

¿Pero y si él la quería de verdad tanto y aquel amor grande lo ablandaba...? De otra parte, el hombre daba bastante. Ella había estado siempre entremallada, siempre salpeando sobre las piedras del pueblo, con un acecho a la redonda y la soltería en la línea, nunca firme,

del horizonte. A cambio de esto le ponían en las manos el escape de una boda, una casa propia, con su cama grande y sus arcones de tea llenos de lienzos, su horno y su patio, que ella plantaría de geranios, topetes y un jazminero enramado y oloroso...

Al día siguiente buscó al viudo para decirle que sí, y no lo halló por parte alguna. O él se atorró para enterarle la respuesta como un requinto, o cogió miedo a que ella se mantuviera en no verlo ni con un barranco por en medio. Pasó otra noche desalada y vino a dormirse ya rayando el alba, cansada de tanto llorar sobre su almohadilla de soltera sin remedio...

Pronto la despertaron las campanas que llamaban a misa. Se fué a la iglesia en busca del único consuelo. Y el otro, que debía tener un instinto de gato flaco, estaba esperándola arrimado a la puerta de la parroquia, con la cachorra caída sobre las cejas y la cola de un virginio muerta arrente del estropajo sucio del bigote. Ella lo soslayó huidiza y aterrada.

—No te metas muy pa dentro—le dijo él con gravedad, atravesándosele.

María del Pino pasó temblando, con el alma en vilo, y se sentó detrás, junto a la subida al coro, donde la noche se resistía. Comenzó a rezar, toda trabucada. El se hincó algo trasero y se estuvo callado un tiempo. Al fin, se arrimó un poco.

—Digo que qué tienes que desirme.

—Aquí no es sitio.

—Habla aquí. Tengo que ir a la suidá y no vuelvo hasta dentro de tres o cuatro días... ¿Lo pensaste?

—Sí...

—¿Y qué...?

—Que sí...

Rosendo, el viudo de La Palmita, se levantó como un gato.

—Cuando vuerva, hablaremos otra vez—y traspuso, dejándola con un zinguido en el fondo de la cabeza.

Fué una boda de tal bulla que tuvo belingo hasta de los pagos más lejanos. Ocurrió una cosa rara: que como los padres del novio se negaron a ir a la iglesia, tremendamente enojados por el casorio del hijo «con una cabra loca, bastante más nuevita que él», Rosendo, que no tenía más casa que la de sus viejos, apalabró una habitación en la fonda. «Por unos días, ¿sabe?, hasta que ellos amorosen», dijo al ama. Y en ese cuarto de alquiler pasaron la noche.

Algo antes del alba, y en un entresueño, María del Pino sintió que él se tiraba del catre. Pero como desde que se apalabraron venía entregada, porque ya no volvió a dormir como antes, aparte haber pasado en la ocasión unas tremendas horas de terror, se encogió como un animalito enfermo, despeñándose fácilmente en el cansancio. La despertó la claridad entrando por las rendijas de un desajustado ventanillo.

Buscó al hombre sin llamarlo. Halló barriendo el patio a la mujer de la fonda, que la miró torcida.

—¿Ha visto usted a mi marido?—preguntó tímidamente, poniendo en la palabra «marido» una humildad de perro.

—Yo no sé nada.

Se sentó en el borde de la cama, con las manos caídas sobre el regazo, vacía. Cuando volvió de su sensación de desasida y flotante, sintióse sucia, con la cara como babeada. También tenía en los centros un dolor de rama desgajada, que le subía vivo y quemante a los labios. Pasó tiempo, no sabía cuánto. Empezó a sobrecogerla una idea absurda: él se había ido, la había abandona-

do... Tuvo de pronto un miedo tremendo a las lenguas y a las risas de la gente. Se echó fuera, fugitiva, antes que el pueblo se pusiera a vivir plenamente, y caminó, sin saber bien por qué, para la casa de sus suegros. Halló a los viejos terminando de ordeñar.

—¿Está aquí su hijo?—preguntó, sin atreverse ahora a decir «mi marido».

—Quítate de mi vista, mujer—dijo con una voz seca y triste el labrador, marchándose.

María del Pino se dobló sobre el monte tibio de la cama de las vacas y rompió a llorar, por fin, antes de ahogarse. La vieja se mantuvo a su lado, en pie. Le habló de lejos, sin pena ninguna.

—Vino entre noche y día. Nos pidió perdón, a su modo, y dijo: «Voy a la siudá. Me llevo el mulo. Lo dejaré en la fonda del Terrero. Que el veredero lo recoja allí». Después traspuso.

—¿Pero es que no va a volver...?

—¡Y yo que sé, mi niña...! Nunca hemos sabido mucho de él. Fué resuelto, pero callado, desde chiquito. Ahora tenía armado un viaje a La Habana, creo, pero no sabemos para cuando. Lo mismo agarró ya la mar...

María del Pino pasó los caminos de la Cumbre, hasta la Ciudad, como un rehilete. Tumbó sobre el puerto, dando un rodeo al caserío. Cuando arrió a los muelles, ya casi transponía el sol.

—Sí—le dijo un hombre que estaba sentado a la puerta de una caseta, tirando con calma de una cachimba de garabato—, áhi pocas horas abrió barco pa Cuba. El belgantín «Lan Parmas». Su capitán, don Pedro Aroseña. En «Los Plátanos» —áhi mismito —estuvo fondiao hasta jase apenas. Va pa Matansas y La Habana.

La Primorosa se quedó mirando con ojos secos y dementes la línea del mar, casi borrada por una luz lechosa.

—¿Qué, se le fué el marío por la sorríta, sin desirle

ni adiós...? ¡Bah! Es corruto. Pero ya venerá, mujé.. Aguántese, que a tiritito pegan a llegar los sentenes y alguna qui otra calta... Ni usted es la primera, ni será la última que se quee en tierra asín, desagallada por no ber podido desirle, tan siquiera, «que te vaya bien».

—¿Vió usted embarcar un hombre más bien menudo él, algo rubianco, con un bigote...?

—¡Uf...! Menuos y rubiancos se dían muchos. Pero si usted está metía en averiguaciones, por no estar sierta, tírese un salto a la siudá, atraque en la calle del Cano y pregunte allí por don Jerónimo Navarro. El le dará notisia por lo menúo, lo mismo de la calga, que der pasaje, pues di'ambas cosas diba el belgantín estibaíto.

Don Jerónimo Navarro confirmó la sospecha. Sí; aquel hombre se había ido en su velero «Las Palmas». Ya hacía algún tiempo que tenía sacado el pasaje...

Don Jerónimo tuvo que reclamar gente para atender a la guapa maúra, que se le había desplomado en la oficina. Hubo que llevarla al hospital, donde estuvo un tiempo delirando, resistida a comer. Bajó a cuidarla la tía, que habiéndole cogido miedo a la desesperación de aquellos ojos sin lágrimas, escribió a don Rafael. El bueno del párroco ensilló su mula—aprovecharía para arreglar unos asuntillos en Palacio— y bajó a la capital. Acabó por convencer a la muchacha de que volviera al pueblo: no podía quedarse desesperada y suelta en la ciudad, entre niños de las Casas, marineros de refilón y gentuallo de la Recoba. A los tres meses del percance, María del Pino se le metió una mañana en la sacristía.

—¡Voy a tener un hijo, don Rafaé de mi alma, y yo no lo quiero!

—¿Qué dislates estás disiendo, muchacha animal...? ¡Esa criatura es tuya, y nada tiene que ver!

—¡No es mía! ¡Y antes que cobijarla, me tiro por un risco!

—¡Ya, santísima, los disparates que tiene uno que escuchar...!

—¡No es mi hijo, don Rafaé, dése de cuenta...!—y rompió a llorar desconsoladamente—. Me lo hizo engañándome. ¡No lo quiero! En cuanto lo tenga, lo meto en el torno, a menos que sus abuelos quieran cargar con él.

Como tampoco los viejos querían saber nada, la cría acabó entre los abundantes forfolinos que la caridad iba hospiciando.

Según le conté algo más atrás, falló por muerte, como si dijéramos repentina, la cabrilla rucia que me venía criando. María del Pino vino a darme su pecho. Aparte necesitarla, mi madre se encariñó con ella, metiéndola en mi casa y dándole un trato de hija, sin miedo a que el viejo sintiera tan a mano aquella peligrosa presencia. Tenía ella confianza ciega en mi padre, que como no fuera cuando bajaba a la Ciudad a comprar o vender, por San Pedro Mártir, o a alguna luchada grande, en la vida le había faltado. De otra parte, su instinto le hizo mantener fe en la decencia de la desgraciada y primorosa nodriza. Dieron luego los viejos la cara por ella con tanto aliento, que mi padre llegó a fajarse a piñas en más de una ocasión con los emperrados moscones de aquella miel morena.

María del Pino, la Primorosa, había sido desde chiquita como un pájaro por lo viva y trinadora, por la «pluma» que ya le he dicho y por el pico con que llenaba las orillas de las acequias, los tendedores y las tierras que ayudaba a cosechar. Algo le mermaron, de soltera, la alegría los galibardos que ya sabe, aunque tras aquella encontró entonces un curioso parapeto. Luego pareció habérsela estrangulado el atrevido lazo de Rosendo el de La Palmita. Pero con los años y el nuevo ambiente, la muchacha retornó a placentera, cantadora y festiva, casi como en los buenos tiempos. Volvióle la risa, algo escachada y contagiosa, y le mejoró el canto,

que dicen tenía la justa mezcla de parrandero y grave, la mezcla que eriza los pelos porque da lo alto y lo hondo de nuestra coplería: por arriba, el acento brillante del timplillo; por abajo, el de arrullo de palomo enamorado de las guitarras con «centros», esos centros de los anchos instrumentos del país, que si tuvieran color serían morenos como la piel de las muchachas del Refugio.

Vuelvo a mi idea, y disimule la cabeceadura. ¿No cree usted que la jaira y María del Pino, la Primorosa —aparte lo que yo sacara de madre, que también tenía miluque—, me encendieron el genio que tuve, mi alegría de vivir y hasta el geito con que, como aquel que dice, supe entrar los palos de mi barco e irlo repiqueteando después, conforme se hinchara la marea o soplara la brisa...?



Usted estará harto de saber que hace ya un siglo largo, allá por el 1825 ó el 1830, un cierto isleño que se había ido para Méjico a probar fortuna escribió desde aquella tierra a un amigo que quedó en Las Palmas, que era boticario y que se apellidaba el señor de Villavicencio, diciéndole, entre otras cosas, villas y castillas de un bichito que teniendo así como el tamaño de una lágrima y siendo blanco como la nieve, largaba sangre y daba con ella plata a fuleque. Es que es muy aparente, venía a aclarar, para tintes y —¡el diablo son las cosas!— para el carmín y demás con que las mujeres ayudan su engodo natural. «Aquí hay tuneras a montones, lo mismo que en otros puntos de la América —añadía el emigrante al boticario—, por ejemplo, en la parte que llaman Honduras, donde desde muy antiguo se cría y explota el tal bichito, llamado la cochinilla. Tuneras hay también en Canarias. Me creo que es asunto enseñar ahí la susodicha cochinilla y venderla para fuera, donde la comprarían, porque ya sabe usted que a los extranjeros les da por cosas raras, y esta lo es, y bastante.»

«Mándeme una muestrita, a ver», le respondió a vuelta de bergantín el señor de Villavicencio. Llegó una cajita con sus pencas arracimadas de bichos. Y por aquellos días cayó en la casa del caballero de la ciudad mi abuelo Lucas. ¿Que por qué? El señor de Villavicencio era amigo de la caza. Yendo a lo mismo —conejos, per-

dices y palomas—, coincidieron los dos hombres en las cumbres más de una vez. Simpatizaron, concertaron partidas de cacería, se cruzaron mutuos regalos. El señor de Villavicencio acabó haciéndole a Lucas muchos y muy buenos favores. Y por los Santos, o por la Pascua, el viejo mío bajaba a la Ciudad con las alforjas repletas y entregaba al amigo sus baifos como lebranchos, sus buenos pollos cebados y sus quesitos de oveja.

Fué en una de estas ocasiones que coincidió el abuelo con la cochinita. Le habló el boticario del raro envío. Había que ir prendiendo aquella blancuzca menudencia sobre las pencas de las tuneras isleñas, a ver qué pasaba... Pronto quedaría encendida toda la mata. A su tiempo se barrería en unos harneros grandes. Y lo «cosechado» —creo que el boticario hizo con la boca un camango de duda y guasa al hablar de «cosecha»—, luego de otras operaciones varias, se metía en sacos y para fuera con ello. Pagaban «aquello» de maravilla...

—Habría que probar, a ver. Y este es el lío, Lucas —dijo el caballero.

—¿Lío, por qué?

—Porque esto, lo mismo puede ser negocio, que plaga. No parece que haya nadie animado a soltar los parásitos en sus tuneras. Tienen miedo, ¿sabes?, a que se «ajorren» sus frutos, y hasta a que la mata quede inservible para comida de animales.

—Ah... —y el abuelo se rascó el cogote—. Claro, que...

—¿Qué?

—No... Estaba pensando yo así como de largar la cochinita esa en tuneras ajenas...

—¿Hombre, Lucas, eso...!

—Mire, ¿sabe lo que vamos a haser? Usté me da a mí la cajita, ¿oyó?, y no se ocupe. Ya encontraremos tuneras por ahí arriba. Yo vendré a desirle lo que hay, más adelante.

El abuelo se había acordado de un huerto vecino a su casa, sellado de tuneras, unas tuneras carnosas, de

un verde charolado, en las que se estaba mirando su amo, Manolito «el Silbido». Así llamaron a este ruin vecino por su doble largo: el físico —picaba el metro con noventa— y el moral —era cofrade alternante de los que sentían crecer la hierba y de los que sacaban leche de una alcuza—. La mucha y triste plata que enterraba, sabe Dios dónde, la hizo, de una parte, como usurero, prestando a réditos de caimán, y de otra, siendo el jilmero más jilmero de islas, incluyendo la Graciosa, Alegranza y Montaña Clara. Gorroneaba hasta los mismos filos del hambre, que pasaban con él; quieras que no, su mujer—espiritada por una lija que pegó a pasar desde el día siguiente de casarse— y sus dos únicas niñas, a las que en el pueblo dieron en llamar las «piñas ajilladas», aunque por hacer mejor justicia con el dichete, quienquiera que las rehiletó con él debió tomar aquellas más arrente y ponerlas «carosos»: tan ruinitas eran de color y de carnes.

«Si la prueba vira en plaga —pensó el abuelo sin un pizco de remordimiento—, con Manolito no es pecado. No hay bicho en el pueblo que no le desee, como mínimo, que pierda pata en la orilla de un buen ribaso, con mucha tosca viva en la fuga, y que tenga al canto abajo una trampa que llegue derechita a los mismísimos sentros del infierno. ¿Que, por el contrario, la cosa pinta bien...? Pues habremos hecho algo bueno para la humanidad isleña. Y, de refilón, un favor para él, porque esto será lo único que el muy caimán presente de meritorio cuando pretenda meter en el cielo el silbido de sus huesos y el tenique de su corasón.»

Y después de hacerse estas reflexiones, una media noche, alumbrado tan solamente por el majano de estrellas que cuajaba los altos, el abuelo se atorró entre el tuneral y lo recorrió tranquilito, prendiéndole la cochinilla a conciencia, conforme le explicara el señor de Villavicencio. El perro, que ya conocía a Lucas por la vecindad, fué, no obstante, convenientemente untado de

bese con una hermosa, pero barata, tajada de un queso tirando a chasnero, y que vendían para la pobreza. El animal acompañó después a Lucas durante toda la «siembra», y no le echó una mano porque era perro, aunque fué tanto lo que el queso lo apegó, que parecía hombre, al menos de estos que gustan gobernar a los demás. Cuando el abuelo se limpió las manos a lo largo de los calzones, dijo al rendido e inocente animal, dándole unas amorosas palmadas en la radiografía que presentaba por lomo: «Hasta más ver, Lusero. Y cállate la boca, no le digas nada a Manolito, no sea que alcanse. ¡Que p'al gofio que te echa... mira!»

A su hora emblanquecieron las tuneras del Silbido. Como no era tiempo de tunos, no anduvo alrededor de ellas, dando así ocasión a que lo prendido agarrara. Cuando se percató de la cosa por la albura de nieve blanda con que de pronto le insultó los ojos su tierno huertillo, los gritos se oían en la raya de La Aldea. El usurero le metió un pleito al abuelo «por ensenderme microbios blancus y malinus en lo mío». Lucas se dió sus mañas para hacer que un vecino, que se fingía amigo del caimán, lo convenciera de dejar la cochinilla quieta «como cuerpo del delito». Todavía el abuelo pudo darle largonas al juicio, cayendo unas veces «malito», trasponiendo otras para la Ciudad... De esta manera logró que el desconocido bichito llegara a término.

Volvió otra noche, engodó de nuevo a «Lucero» con sus espaciados cachitos de queso pimenterillo, tan agradecido la primera vez, y barrió tranquilamente, penca por penca, el tuneral de Manolito el Silbido. Ocho libras reunió, y ocho libras le llevó al señor de Villavicencio. Fué una cantidad así la primera que salió de los muelles de La Luz para Londres. ¡Quién habría de decir que apenas treinta y nueve años después, los ingleses y otra gente rubia de más allá del mar tragarían más de seis millones de libras, que se dice muy pronto...!

Así, poco le importó al abuelo perder el pleito y «pa-

gar» una multaja. (Le pongo «pagar» con sus comillitas porque fué sanción de las que se secan entre el barbado papel de la curia, como flor de pensamiento entre los libros antiguos y olvidados.)

Como aquello pegó, pobres y ricos fajáronse a plantar tuneras y a encender en ellas la cochinilla. La isla en peso se puso verde y blanca a la par, y creció como la espuma del jabón inglés que antes venía y que —¡ay!— ya no viene... No hubo perro ni gato que no sacara, cuando menos, sus buenos jornales. Y en el comercio y en las fiestas, desde el Pino a Santiago, desde el Corpus a San Pedro Mártir, corría el dinero como barranco de invierno grande, como correría más tarde con los centenes de Cubita la Bella —antes de venir la «moratoria»— y después con el plátano y el tomate, cuando todavía no amagaba el «temporal» de ahora, del que sé por runrunes de fuera, ya que yo de tales ricas matas lo que más he tenido no ha rebasado nunca los dos tomateros en una maceta. Hágase cargo.

Mi gente, que, como ya le he dicho, era de la pobreza, aunque sin llegar a solemne, trabajó y hasta cosechó también cochinilla, saliendo con ella del viejo mal vivir: carbón y timones, resina y tea en el pinar; cargas de leña para hornear pan de familia; trajín de arrieros, verederos y propios para cruzar la Cumbre hacia la Ciudad, las salinas, los pozos de las nieves, si caía malito algún elemento de la gente rica... Para el gofio nuestro de cada día y santas pascuas, aleluya.

Sabrá usted también que años después, los alemanes, o alguna otra gente rubia de esta que tiene tino para inventar algo más que trampas de la luz, dieron con unos tintes contrahechos. Reculó la cochinilla frente al descubrimiento, tanto y de tan mala manera, que acabó lo que se dice con la quilla en el marisco. Y amargarón los chochos por parejo, igual en la boca del pobre que

del rico, porque el hasta entonces boyante tuneral agarró la isla, como le he dicho, copada por el especial plantío, sin más escapes a mano. Con el mismo raidero midió la quiebra a todos, desde el más jediondo de los maúros, al casacón en potencia de diputado. Claro que los ricos son como los delfines, que se hunden y vuelven a brincar. Pero entonces compartieron el trago. «¿Y ahora, hermano...?»—se decía el personal, arruinado a jecho, viéndose enteramente en las del trapo, con el quejío caído, los ojos como chopas de vivero, acabronados el físico y el ánimo... Aquello dejó memoria. Todavía puede usted encontrarse con gente antigua, que recordando personal de su tiempo, acaso le diga: «Fulanito de tal, que se arruinó con la cochinilla...».

A los míos no se los llevó el barranco del desastre. No sé si porque se lo olieron—que para algo eran chimbos—o por simples repujos de la ambición, vendieron a tiempo los cuatro arrabalillos del pueblo, juntaron esas perras con las que le sacaron a la cochinilla y compraron una tiendita en la Ciudad.

Era un chinchalillo, cuyo inventario puedo hacerle en bien pocas líneas: cuatro papeles de alfileres, dos de cabeza negra; tres docenas de botones para camisas y una para calzoncillos; media de carretillas del noventa; seis botellas de cerveza negra y seis de blanca; una caja de galletas de María, mediada; ocho rapaduras del país; una poca de miel de caña y otra de abejas; una taleguilla con hierbas del campo para tacitas; un frasco con cobuchos y otro con tirijalas; una caja de sardinas saladas, de estas que para pelarlas se estrallaban envueltas en un papel, trincándolas en el juego de visagras de una puerta; otra caja con «támbaras»—¡aquellas apelladas de antes, ¿se acuerda?, que iba usted casa Antoñito Barrera y por una perra le daban para un almuerzo!—; una trenza de ajos y cuatro escobas y dos abanadores colgados en la puerta, revirados

del solajero y bien cagaditos de moscas. Por lo menos esto fué lo que encontramos.

El negocio tenía cierto complemento, que aún se estila: una cortinilla rameada, con las «ilustraciones» desvanecidas por el paso del tiempo, los sobones del pasaje y el rancio, separaba los comestibles y varios del bebestible, acogido a un recovequito, con su punta de mostrador roído y unos cajones de jabón «Swaston» para asientos. Allí se perreaba con ron, vinitos conejeros y del Monte, jareas y chorizos del país, chuchangos, pejiñes y chochos...





Tenía yo siete años, entrando en ocho, cuando pasé la Cumbre con los viejos, de arrancada para la Ciudad. Nos aposentamos en la trasera del tienduchillo, que abría algo más acá de donde estuvo después Toribito. Pegamos a vivir con cierto optimismo, pero cuando la gente del Risco cogió confianza—ya sabe usted que de la confianza al relajo, todo es cuesta abajo—, comenzaron los fiados, y con ellos a encochinarse mi padre y a cargarle a mi madre tales jaquecas, que ni todas las hojas de un nogal las aplacaban. Los dos se echaban manos y no se alcanzaban, embarbascados por el rimero de libretas cuajadas de chochos y palotes, o de garabatos grandes y robustos intentando números.

El viejo quiso cortar políticamente aquel sacar sin meter. Y le habló a un pintor que había por San Antonio Abad, individuo peludo y con chalina, que entretenía el arte con artesanías, haciendo, por ejemplo, unos carteles con letras muy refistoleadas. Convino con el cagalienzos en que le hiciera, mediante el previo pago de un tostón por cada, dos de esos avisos, copiando las viejas advertencias: la una, «Hoy no fió; mañana sí»; la otra:

No doy,  
porque pierdo el jornal de hoy.  
Ni fió,  
porque pierdo lo que es mío.  
Ni empresto,  
porque al pagar ponen mal gesto.  
Y para quitarme de todo esto,  
¡ni doy, ni fió, ni empresto!

Fué mano de santo, pero por la otra punta. Siquiera antes de los letreros entraba gente; pero ponerlos y quedarse el chinchalillo en cuadro, resultó todo uno.

Yo, que salí goloso como un gato—quiero recordarle ahora que la cabra que me crió, en parte se mamaba su propia leche—, llegué a pensar después que algo contribuí a que aquello acabara como cañizo viejo, franco a un trajín ratonero. Alguna perra que otra, la miel y las rapaduras, las tirijalas y los cobuchos—sus golpes de ron inclusive—, se iban en bruma entre mis manos livianas y por mi gznate abajo, sin que el viejo se percatara ni del lambuseo, ni de la mamanza, de una parte porque yo manipulaba con mañas de linco, y de otra, porque mi padre tropicaba de maduro en las cuatro reglas lo mismo que, cuando pipiolillo él, quiso meter-selas en la cabeza «con sangre», según era de usos, un «ciscuelero», como lo llamaban, de los de caponazo limpio, palmeta de riga y pírgamo sin clemencia, que hubo por sus tiempos en el pueblo.

Y estando los padres metidos en drogas hasta la mismísima cajeta, un suceso casual vino a cambiar sus vidas, y, de remolque, la mía. Nosotros vivíamos tabique por medio de Dominguito Candelilla, un turroneo de siete cajas, tres de ellas de gran fondo y mucha filera, todas siempre con el azul vivito, que daba gusto verlas, y en medio de la tapa vistosos retratos de Nuestra Señora de Teror y Santiago de Tunte (el Grande, ya que usted sabe que al Chico le han dado de lado, no sé si por moda, o porque es menos cumplido que el otro en influencias y demás endengues). Dominguito era de lo más aseado y comechoso en la industria del turrón local, y un hombre que ganó plata a fuleque, mientras no pegó a meterle manises al de almendras y al de gofio, molienda picada.

Pasó que por vísperas de la Concepción de Jinamar, una de sus mejores turroneas, Matilde la Sajonada, cayó entre sábanas fuera de regla, a tazas de caldo y pa-

ños calientes. Verá por qué «fuera de regla». Matilde estaba casada con un costero de vena enteeda, el mestre Miguel Santana, patrón de «La Ligera». Miguel era un roncote con la piel como el cazón y el alma con la misma revuelta color si se encochinaba, que si no era una zalea, de echadito y amoroso. Y Matildilla fué siempre de lo más escachado que hubo en el Risco... Pero su muñequero de una parte, y de la otra las forzadas largonas del mestre al Moro, le procuraron una vida matrimonial tranquila, aparte algún escorrozo por boberías de dinero, o porque a lo mejor él le tirara algún guantacillo, si «bogando en tierra, el bote le hacía algunas buchadas (de ron) y volvía escorado a puerto».

El matrimonio se fué cargando de hijos, unos güayetes rubios, algunos con los ojos azulitos, todos finos, como niños de las Casas. Pensaba el patrón—turbio, desde luego—, cada vez que a los quince meses, casi fijo, atracaba un pendejo y él se tragaba un degüello: «¿Qué jodía casta de niños chones es jesta que está trayendo esta mujer, pajisos toos, que ni que fueran del Yova...?» Pero porque ella lo convenciera a gritos y manoteos de que aquello era «un salto atrás», a su familia, «que fué toda blanquita, como la mejor gente de Vegueta», o porque él, inteligente, después de todo, se dejara ir para el pie, el mestre Miguel Santana era medio feliz acarreando samas y chernes en tiempo de zafra, y agarrando sus mamadas—con envite—en los jaciós del cabótaje.

Volviendo a la ocurrencia, pasó que en esas señaladas vísperas de la antaño templada y alegre fiesta jinamera, cuando el patrón andaba costeando el Moro alrededor de pescado que salpresar, sobre presentársele y correr una brava leva con ventanero, la cual lo agarró sin más trapos que los envergados, la morisma le abacoró, en circunstancias muy especiales, parte grande de

su personal. Diez o doce marinos recibieron tal estropeo, de manos de los hijos de Alá, que fueron traídos a bordo como sacos, sin habla casi todos, algunos sangrando por los besos y los más nuevitos incluso por sus traseras partes.

—¿Qué rayos fué lo que pasó, consio?—preguntó el mestre Miguel a uno que tenía la lengua medio expedita.

—Pues que nos bíamos puesto ar paio en un caletón y saltemos. Y después de las pellas y las jareas ¿sabe?, atracó a la banda un manterío de moros, que venían algunos d'ellos echaitos como una marea der Pino, y otros arrastrando el ala alreor, igualitos que palomos de piso. A farta de banca, pues toos trinquemos la asentaera—dispensando—contra el marisco. Los más corajientos, reviremos como panchonas. Argunos—¡no nombro a naídie!, ¿oyó, patrón?—agarraron na más que respeto, ¿sabe?, y tan solamente se engrifaron como machos salemas...

El del relato pidió un buche de agua y prosiguió.

—Asín estuvimos tablas ¿sabe?, hasta que quisieron quitasle la ropa a Manué...

—¿Pa qué?—interrumpió el mestre, sin darse cuenta de que la pregunta sobraba.

—¿Cómo que pa qué...? ¡Mañas de esa gente, ya usté sabe...! Pues resurta de see, usté, patrón, que entonces Pepe er de Chana grito, dise: «¡Arriba de ojos!» Y les caimos, ¿sabe? Pero eran tantos, y a los esperridos que daban los arreforsó tal insalla, que esto, que nos entramallaron en un dos por dos. ¡Asín fué, en buena fe, mestre Migué! Nosotros no los provoquemos. Lo que no quisimos fué dejarnos, eso sí...

—Pues ya...

Miguel mandó levar y emproar a la isla, recalando en la Luz, con el trapo remendado y un tiempo alegre, antes de pintar la aurora de un día que fué el más ajelioso

de toda su medio cavilosa y totalmente perra vida. Cuando llegó, naturalmente de improviso, a su casa, la encontró «con gente». Entre la calentura que traía y aquel... hospedaje, se le vino la sangre al tino, quedándose como un pollo colgado.



Después que breó al intruso de abajo, hasta dejarlo por lo amoretonado y papandujo como una breva de días, trancó a su mujer bajo llave, se echó el pollito al hombro, bajó con él hasta el pilar más cercano y lo empujó en su ancho gorito de piedra, dejándolo allí en remojo. Lo sacaron unas aguadoras tempraneras y a ellas les debió el tenorio el resuello conque todavía tiró unos años, que si no, no la cuenta. El patrón volvió para el Risco como el carnero cuando recula para hacer más poderoso el cabe. Se encerró con la Sajonada y le dió una gentina inmensa, no soltándola quieta sobre una estera hasta que a él se le desmadejaron los brazos. entregado.

En total, que Matidilla era una baja sin remedio, planteada la víspera del día en que el rancho del turrón habría de tirar para la Virgen jinamera. Dominguito Candelilla habló con mi padre, tranquilito, dejándose caer al compás de un gacho jivalneo de chochos. «En ningún negocio hay que botarse—era uno de sus «puntos de vista»—, muchos menos cuando uno no sabe porque rendija del majano va a asomar lo que todo trato entre hombres tiene de trasconejado». No me diga usted que no tiene miga: isleña esta filosofía...

Habló Dominguito Candelilla.

—Digo, usted Chanito, que ya sabrá usted ya del percase de Matilde la Sajoná...

Mi padre no tenía un pelo de agujilla y se engrifó un poco.

—Sí, lo sé; pero porque es corruto en todo el Risco, que si no, no. Porque a mí, ¿entiende?, a mí no me importa mayormente. Si el mestre Miguel tiene tarros, o no los tiene, como si ha topao o no ha topao, allá él.

—Ta bien, mano Chano... Pero fíjese que yo no se lo ha dicho por nada ¿oyó? Lo cual que a mí tampoco me importa. ¡En el terreno del endividuo, quiere desirse! Considero, igualito que usted, que un hombre amigo de belingos, tiene más de sarasa que de lo que es debido. Lo cual que yo se lo ha dicho a usted por el turrón, pa que entienda.

—¿Por qué turrón...?

—Mire, hágase cargo, lo primero. Resulta de ser que se me quea en tierra una cajita, la grande que Matilde sacaba. Ella será un belillo ¿usted entiende?—¡que no me quiero meter, fíjese! : allá ella—, pero en cuestión de trabajar el turrón, y de traer sus perras arrente del séntimo, no hay otra cosa. Eso sí.

—Cuando usted lo dise... Yo no...

—Usted no me entiende.

—Pues mire, no.

—Aquí lo que pasa es que a farta asín de persona de confiansa que arranque con la caja y se le lleve pa Jinamar, pues que bía pensado como que su señora—¡vamos, si usted no...!

—¿Usted que bía pensao...?

—Pues que Epifanita la suya fuera con la mercansía. Eso.

Mi padre se le quedó mirando, agachó luego el morro y pegó a rascarse una pantorrilla. Dominguito lo sintió zoronguiando la carnada y largó engodo.

—A usted no le va muy allá con el chinchalillo este —¡disen!—, lo cual que a mí mayormente, ni me importa, ni lo averiguo, ¿oyó? Lo que yo ha pensao es que de cualquier manera, unas perritas no le vendrían mal... Se trata también de un trabajo más bien liviano...



—Ya... Pero mi mujer no está arregostada a eso, cristiano.

—No se ocupe, usté Chanito, que ella es dispierta y un sendal. Le cojerá la embocaura de ahora pa después.

Al viejo no le hizo gracia la oferta, pero se atorró, porque el horno no estaba, la verdad, para pan bizcochado.

—Pues ella no está aquí. Anda p'abajo, salpiando unos colchones, o no sé... Usté tírese un saltito, cuando ella recale, allá pa oraciones.

Y fué así como yo me inicié en la carrera de turronero, cursada en una universidad de alegranzas y picaresca como no hay otra por acá, quitante el cambullón, que también tiene mucha pita enredada y por enredar.

Mi madre fué debidamente impuesta por Dominguito Candelilla, estando yo presente con el ojo alerta y la oreja enfrascada.

—Mire, Epifanita—empezó planteando otro de sus «puntos de vista», ahora con ejemplo—, usté no habrá ido nunca a pajariar, me figuro, pero algo si habrá oído de la chiva, ese pájaro que se pone pa reclamar el bando. Bueno, pues ir al turrón, es ir a pajariar maúros, ¿entiende...? Cuando usté los alcanse a ver remoloniando, usté tírese a ellos, cantando como la chiva. Dígales algo así como: «¡Que!, ¿no me llevan un turrónsito, romeros...? ¡Esús, que arreputian lo mejó de la fiesta...! ¡Arrimen y lleven, que los tengo de a libra, de Alicante, de asuca y de gofito de San José! ¡Ni el lamedor, ni el bienmesabe, muchachas...!» A los pollones nuevos, tíreles sus puntitas delante de las magas, hasta que agarren una vieja. Que si Alejandro en puño, que si gorriones... Lo que a usté le parezca de esto así. ¿Se va dando de cuenta...?

—Pues, argo, sí...

—Respective al peso, no me tire la mercansía con los

platillos suspendidos, ¿entiende? Afíánse los sobre las piernas, cárguelos allí y luego los larga al aire.

—¿Y ello, usté Dominguito...?

—Mujer, porque este plato menos ferrugiento, que es el del turrón, lleva plomo por debajo. Lo cual, que el peso no está en fiel...

—¡Mía p'allá...!—comentó mi madre asmada, dando de cabeza.

—Es cosa del negocio. Ya se arregostará usté... Volviendo al asunto. Si me pone los platillos en el aire, este se va de banda. Y como el personal vaya y se percate, la jeringuemos.

Me llevaron a la Virgen de las naranjas de licor y las altas cañas dulces. Paré poco en la caja y mucho a lo ancho de la alegre rumantela. Todo me gustaba: el rumor caliente de la fiesta, el ciego romancero, los tenderetes rodeados del embeleso de las mujeres, la feria con su ganado grande, oloroso y transpuesto...

Pero cuando mi madre tenía que ir a aliviar algo, yo me quedaba despachando. Y vendí con mañas de viejo gato descuidero, robando en el peso más que lo que robaría el propio Dominguito Candelilla, lo que ya es decir, pues era hombre con las agallas de un mero. Y por partida triple dejé mercancía «de la banda acá»—robar es una palabra fea—, porque aparte los plomos «del negocio», resté turrónes cargando con geito el dedo margarito en la vara del peso, los cuales pasaron a un talego privado. Lo mismo que las perras que pedí en demasía como el que no quiere la cosa, a resultas de que cuadrara. Que de enmendar la «distracción» y devolver el piquillo rapiñado, siempre había tiempo, mientras diría, en son de alivio, que «como yo era chico no estaba traqueado en el cambeo, y que no tenían más sino que dispensar...»

Pero ocurrió que en una detención imprevista de

mi madre, resultante de haberse sopeteado libra y media de pan, y achicarse, con reenganche, unos cucharones más que ráidos de carne con papas, arrimó a la caja un romero jaquetón, con indicios de indiano en la dentadura, en el acento y en la mascada del puro, todavía no mamado, y sabiéndoselas todas. Me dijo que le pusiera barra y una libra de azúcar y Alicante entreverada. Recorté y me trincó. Me soltó tal caponazo, que por unos instante perdí el mundo de vista.

—¡Pesa bien, pendejo!—dijo riéndose con unos dientes paletudos y amarillos—. Tan nuevito y ya tan cambiado, chico. Tú sos fino y vas a haser carrera, pero conmigo no, ¿oistes? Te voy a desir porque: porque caimán no come caimán...

En esto llegó mi vieja y yo me dejé ir como un zorro-cloco detrás de aquella mula resabiosa. Como esperaba, pegó a beberretear con una docena de majalulos que le seguían la vareada. Ya medio cuajado, lo vi atracar junto al pinzapo de un timbequillo. Había otros hombres calando a modo ron y yerbitas, y entre éstos, un matón de pueblo, encendido de color y medio bisojo, que sacaba el pecho y manoteaba con unos puños como batatas conejeras. Estaba hablando de partirle la cara al mismo lucero de la mañana, si a mano venía. El indiano del turrón le hizo una parada de perdiguero, mirándolo un instante de arriba a abajo. Luego se pasó la mano grande por toda la cara y al tiempo que recomponía las puntas de su bigote rojizo y bronco, pidió copas. «A estos gallos los trabo yo», me dije, atorrándome por allí.

Siguió el beberreteo y siguieron en creciente las voces jaquetonas de ambos romeros, cada uno en su banda. El mío dijo de pronto a los de su corro:

—¡A mí no ha habido hijo de madre—pero es que ni en La Habana—que me haya puesto las manos en la cara!

Consideré que los dos melados estaban a punto de

pecha. Arrente casi de la frase, y cuando mi hombre, de perfil, se mandaba de alto y de un lance el último golpe servido, me escurrí entre las piernas de los templarios, me empeniqué cuanto pude, y le metí tal galleta que la copa salió zingando, estampándose en el único diente del suegro de Pepe Almeida, amo del timbeque, al que el viejo estaba echándole una mano, con la ropa limpia y sin quitarse la cachorra. Ni que decir que perdió el hueso en el tumulto.

Salí por entre las patas de los maúros como pejinillo de chinchorro, dejando encendida una «guerra caliente», como ahora llaman. Porque, conforme yo esperaba, el indiano de mis turronecitos estuvo cierto de que quien le soltó la cachetada fué el relinchante bisojo que tenía a estribor. Se armó un buchiche de piñas y botellazos como yo he visto pocos a lo largo de mi vida. Me lo gocé desde la puerta, empajándome, y esperando que los del potaje se pusieran como barras de conserva. Una vez que los consideré blandeados del cansancio y la mano de componte que se repartieron como hermanos, entré por mi botín. Yo también había sido combatiente. Sin trabajo ninguno, trinqué el turrón del palletudo y traspuse. Volví junto a mi madre y le entregué el paquete. «Me lo dió un borracho que nada más verme, le entró la llorona—me justificué—. Dijo que yo me parecía todo a un hijo de él, que a poco de hacer la primera comunión se le murió de unos fríos y calenturas. Si recalca arrepentido, usted dígale que no sabe nada. Guarde eso pa padre y pa nosotros».

Cuando desandábamos los caminos, de retorno a mi casa, mi madre callaba, pero sonreía, pese al molimiento y el mal dormir de aquellos dos días de bulla y trasiego. Había vaciado la caja hasta el mismo fondo y cargaba bajo las enaguas, en un hondo bolsillo, verdaderas ambasadas de plata. Iba a ganarse el primer dine-

rito sin quebraderos de cabeza. Los humildes beneficios fueron suficientes para despertarla a un plan de importancia familiar. Recalamos en el chinchalillo para horas de desayuno. Dominguito Candelilla, que ya estaba esperando con los ojos brillantes, agarró los cuartos con sus manos amarillentas y huesudas, pagó la mezuquina comisión y traspuso. Mi madre se sentó en la orilla del catre matrimonial, que parece que la veo, y le habló al viejo, que se mantenía silencioso y como con remordimientos. Se notaba la jiriguilla que el oficio de turrонера le metía entre las cejas, y se notaba su lucha entre la necesidad, tirando a potages de verguillas, y aquel alivio económico. Dijo mi madre:

—Mira, Chano, ha venido pensando que vamos a largar el tienducho pa los infiesnos. Yo entiendo bien el turrón, que no tiene gurruminas, como el mostrador. Y Dominguito se ha ido contento, ya tú lo has visto. Pero esto no es bastante... Ahora tienes que buscar un trabajito, que quiero que sea liviano.

—¡Mira! Trabajito y arriba liviano. ¡Pida usted por esa boca!

—Pues es claro que sí. Apopando a alguno de esos que maneja la política, te puede caer algo.

—¿Pero algo de acualo...?

—¿De acualo...? Pues así como de capatas, o de munisipal, ¡qué se yo! Ya veremos.

—Ya veremos dijo un siego, y se quedó con la ma-güa...

—¡No pegues tú también a cargar trasero, ya...! Mañana mismo voy a ver a sita Encasnación Manrique, que tú sabes que nosotros somos mucho de ella, y que ella es mucho del señor alcalde...

—¿Y el choteo y la coñita, en Tunte y aquí, cuando vean que no pueo con el negocio, que...?

—¡Mándalos al jinojo! Tenemos que vivir nosotros, ¿entiendes?, y si le dan a la taramela, pues salivita que gastan.

Pronto quitamos la tienda, porque «sita» Encarnación tocó tan buenas teclas, que a poco mi viejo era guardia municipal. El primer día que se vistió llegó a casa asorimbado: la ropa le venía jalduda, lo mismo de punta a proa, que por las bandas. Mi madre metió tijeras y dió puntadas hasta dejar el «informe», como la pobre lo llamaba, igual que el de un capitán general.

No era pan comido entonces el servicio de los guindillas. Llevar a alguno al cémento tenía complicaciones. Si ese alguno era un jediondo, los familiares del detenido levantaban ante el municipal un muro con culos de botellas, practicando todas las variantes del enojo, desde el hocicón hasta la calumnia, pasando por una solemne retirada del saludo. Si el que metían en chirona pertenecía a gente rica, o fina, el potaje se ponía en vilo, porque aquélla siempre tenía un familiar empalmado con el cacique. Y de aquí el canuto, había menos de un jeme.

Corrían los que «El Diario de Las Palmas»—decano de la prensa local, y mezcla de Mandarria y Justo Mesa en la lucha por la División de la Provincia—llamaba «tiempos áureos de la cochinilla». Y corría el dinero como ya le he apuntado, pero nada de cambeo liviano, o calderilla morena. En las casas de los que tenían mucha plantación se apaleaban peluconas de la época del rey Carlos III, doblones del tiempo de doña Isabel, la II y escachada, y centenes de algo más acá. Para que se haga mejor idea, le diré—constaba en el recuerdo de los viejos nagüetudos y consta en papeles serios—que la plata era algo así como entullos. Lo que se teje-manejaba era oro, que se dice muy pronto. Los maúros y sus jornaleros se metían entre el tuneral, cucharilla de lata en mano, barrían la grana, la trajinaban del todo y allá iban los barcos, unos detrás de otros, camino de Europa. Luego, ellos a cobrar de asombro y a gastar sin saber en qué. ¿Sabe con qué jugaban al tejo, por ejemplo en Arucas y en la conejera Yaiza? Pues

con centenes, que parece cosa de batata gorda. Echele usted encima las morocotas que llegaban de Trasmarrino...

No se podrá extrañar, pues, que le diga que se vivió en una verdadera Jauja. La pobredad llegó a largar en banda los zurriones y las cucharas de palo de toda la vida, y a dejar para perros y cochinos el salpreso, las jareas y los caldos livianos, en los que, cuando nadaban cuatro papas o un ñame, había que tirarle un golpito al bicarbonato, porque resultaba condumio de cargazón. La gente tiró de loseros labrados; los cargó de vajillas buenísimas de para fuera; se hizo con altos relojes de pesas que llenaban de tranquilo compás y rumorosas campanadas las viejas casonas y hasta las casucas, despertadas a la abundancia; compró otros de bolsillo, con dobles tapas de oro y llavitas menudas para la cuerda; llenó las cómodas, los esquineros y las consolas de porcelanas muy finas, muy refistoleadas y muy graciosas, y se vistió como podría vestirse el señor Conde y los de su rancho: fuera rengues, lienzos case-ros y telas echadas, y vengan muarés, sedas y paños.





El relajo no tardó nada. Sería el cuento de nunca acabar hacerle aquí historia de avasallamientos y estropicios que, entrando como la cigarra y el viento a la par, causaron los pollitos cochinitos, lo mismo en el tumbo de las fiestas fijas, que en el curso de las jaranas particulares, montadas más bien los sábados, pero que igual cogían fuga un miércoles santanero si se caldeaban los buches y había un fanfarroncillo que soplara sobre aquel trapío de encandalosas, dispuestas siempre hasta a inventarle brisa a las más songonas calmas chichas. Armábanse los buchiches a cada paso, y en especial de media noche para el día, cuando las serenatas se estiraban ya bien ensopadas de ron. Así, cada momento metían al viejo en un tremendo compromiso.

No sepa usted las que se formaban con el atraque de los balleneros por tiempo de la pesca. Cuando arrimaban para repostar, botaban a muelles una manada de galiones rubios capaces de achicar todo el beberío de la isla, armando luego en tierra unos belenes de niñas y navajazos tan sonados, que se mantenían en el comentario y el recuerdo casi hasta la nueva recalada. No había mejor—ni otra—medicina para esta arriada, que el sargento Antúnez, «hombre de hierro» de la guardia municipal, sin más armamento que una macana de acebuche, pero que puesta en danza tumbaba marineros como quien varea aceitunas.

En cierto arribo de los tales barcos, el gentuallo que los servía fué tragando por los timbeques de la ruta, hasta cuajarse a orillas de la Recoba Vieja. Espesos ya, emproaron el «Seis de Copas», que sabrá usted fué famoso echadero local de pilfos, arritrancos, felpudos, tiestos y velillos. Empalmaron los rubiancos con el deje de cuenta femenino que cobijaba la arrinconada y trapisoñera casita. Allí estaban, entre otras, Juana la Jonda, María del Pino, Pepa la Cabo Blanco, Lolilla Boca Cambada, la Gran Canaria, Blasinilla la Pájara, Justiniana la Gustosa, Lola Dos Rayas Finas...

Llegada la noche a su mediación, y cuando pegaba a tumbar sobre la aurora, ellos se hartaron del paio, largando trapo para la calle, proa a la Plaza. Engolosinadas la Jonda, la María del Pino, la Cabo Blanco y demás lebranchos del famoso caletón, entraron seditas en rancho. Iban algo embulladillas, como le apunto, pero fueron sus mañas de gatas golosas, en ronda siempre de pescado en descuido, lo que las sacó con más fuerza de su recuesto. Abajo ya estaba todo trancado, más el cierre era menos que hilo de carretilla ante una tropa de cazadores de ballenas desarretada y sedienta. Tiraron de naifes los marinos y en menos que se cuenta saltaron la pestillera del timbeque de Juan Gutiérrez, uno de la Portadilla, encajándose dentro y tomando ancha y plena posesión del bebedero.

Andaba de guardia por allí Ramón Mirabal, el Tumbaíto, de Agüimes él, metido de municipal por don Juan Melián, y que se hizo famoso por sus servicios «a la bartola». Siempre que estaba «de tusnio», como decía él, resultaba fácil encontrarlo despuntando un apoyito, inclusive de día. Y lo bueno era la flema con que enfrentaba las sorpresas. Cierta vez acertó a pasar el sargento Antúnez por la trasera del señor Barona: se halló a Mirabal acostado en la muralla, soñando con los angelitos.

—¿Qué hases jay?—le dijo Antúnez, luego de sacu-

dirlo recio, porque no era mollar para volver de las zorreras.

—Cogiendo fresco, mi sagento—le contestó Mirabal, impertérrito.

Recuerdo también, a propósito del pintoresco guardia, que cuando le fueron a don Juan con la alcahuetadura de que su recomendado hacía el servicio sentado en los poyos y en los muros de la vieja ciudad, el ocurrente cacique dijo, lleno de la sorpresa y júbilo más guasones: «¿Sentado...? ¡Hombre tenemos!»

Volviendo al asunto. Cuando Ramón se despertó a la bulla de los balleneros y su ruín compañía de hembritas, se dijo: «¡Mueno...! Leva en puerta. ¡Deja mudarme...!», y tumbó tranquilito para el muro de la marea.

Pero alguien corrió a la Portadilla y le fué con el cuento a Gutiérrez. Este se tiró del catre desalado, vistiéndose con tal desatiento, que se puso los calzones al revés: la bragueta en popa. Lo que luego le costó un susto cuando lo aflojó el miedo, y al acudir a la lantrera franquicia no entendía el trastrueque. Mientras le avisaron, se vistió y vino, llegó la volada del asalto a San Agustín, donde mi padre estaba de servicio.

—Chanito, tírese un salto abajo a la plasa—¡digo, si usted quiere!—, que esos marinos, que son de los balleneros ellos, le rompieron la pestillera a Juan Gutiérrez y se le han metido en el timbeque. Están con el ganao del «Seis de Copas». ¡dese de cuenta...!

Gruñó el viejo; se sobó la cajeta, pensativo... ¡Asunto feo! Pero le gustaba cumplir. Al golpito, de una parte porque siendo nativo no podía quebrar el ritmo isleño, y de otra por ver si entre tanto llegaba se metía un jacio, recaló por el lugar de la ocurrencia.

Al rebumbío y la gratuita mamanza que el asalto brindaba habían fechado como lapas en peña algunos fulanillos del país, gente de cama tardía. amiga de las

altas horas. Arrimó también personal frutero, que con entresueños y pizquitos de café aguardaba el alba. Entre estos maúros, suspensos en la puerta con las bocas como el Túnel, estaba Pancho Sosa, el entonces Poilo de la Angostura, un galibardo nuevo y sano, con un poder como la máquina de la china, aunque sin mucho geito.

La manada de balleneros había calado a modo, pero sobre ser foniles podían beber helmontina y no necesitar ni bicarbonato. Manteníanse derechos, complacidos y jaraneros, rebrillándoles los ojos azules y rezumando por las bembas bebida y gusto. Fueron engodando a los indígenas—las mozas ruines echaron en ello su buena mano—, y como por arte del diablo aparecieron timple y guitarra. Con dos docenas de voladores, aquello hubiera quedado completo.

Del sangoloteo y del canto se pasó, rodado el jolgorio, a las pruebas de fuerza. Los marinos rubios se habían desaflojado, remangándose los brazos, tremendos y corridos de tatuajes de vivo azul y desfachatado dibujo, empezando de pronto a avasallar a los isleños. Uno de los candrais trincó por el cuello y los fondillos a Falo el Calandraca, que no era mal pollo, lo tiró al aire como quien tira una camisa de piña y lo dejó sentado en lo alto de un sobradillo, donde Gutiérrez tenía garrafones vacíos y teleques diversos.

—Oh...; éstos quieren mojo—rezongó desde el «palcó» el Calandraca.

Bajó a pedir explicaciones. Se las dieron con camangos poco amigables y lengua tartaja, sobre enrevesada. No obstante le hicieron señas de que de piñas, nada. Sólo querían pulsear. Falo se dejó ir para el pie, hasta ver... Pasó dentro del mostrador y se fechó con uno.

Y en este preciso momento recaló mi padre. Había tardado veinte minutos desde el curato de San Agustín hasta la puerta del timbeque. No se puede pedir más... Parado un instante en la entrada, vió trabados a los

dos hombres en medio de un silencio que al pronto tenía un rumor de fondo, como el arrastre del oleaje en la pedrera de la marea. Era una hermosura ver aquellos dos brazos de hierro tensados, con los molle-ros y las venas en filos de estallar, y lo atorado de los totizos, en los que se agolpaban y represaban sangre y músculos calientes y resueltos... El viejo se olvidó de que era guardia: «¡Bonita pecha, caballeros!», dijo, sin poder tragarse el entusiasmo.

Durante unos largos minutos los horcones en lucha se mantuvieron derechos e indecisos. Ahora no se oía ni una mosca. De pronto, el ballenero empezó a aflojar. Su mano, y su muñeca un poquito, se vencieron. Pero, no obstante, sonreía el condenado...

—¡Arriba d'el, Falillo!—le gritó mi padre, pasando dentro, ya hirviendo, olvidado por completo de que estaba allí reclamado por un atropello.

Los pencos del «Seis de Copas», que se habían mantenido indiferentes a la puja, empezaron a entrarle. Y tiradas irreprimiblemente por el paisanaje, se pusieron de parte del pulseador isleño, aunque cuidando el aparato de su negocio y la integridad de sus besos y dentadura. María del Pino, que era una morena escachada, de alto y copioso rodete negro, de lunares de pelo y de canto con centros como no habrá habido otro en las siete islas, según los viejos que la oyeron y pregonaban su fama, se puso a palmear levemente al rubio, haciéndole creer que estaba de su banda, pero al tiempo daba gritos de aliento al Caládraca, segura de que los de la forastera jerigonza no la entenderían...

—¡Májale las liendres, Falo! ¡Que no se diga que te coge la camella un jediondo de pa fuera!

Pero no hubo nada que hacer... De pronto el Caládraca se desfondó, «haciendo agua» por sus malas noches y demás. Le entró tembleque a todo lo largo del antebrazo y cedió, cedió, hasta que se lo acostaron de pleno sobre el pinzapo del mostrador. Los «¡hurras!»

se oyeron más allá de los Poyos del Obispo... Salieron por caídos dos isleños más, pese a que mi viejo, ya de lleno en el calor de la prueba, les fué diciendo a su tiempo: «¿Dónde vas tú, desgrasiao...? ¡Y tú, arpa vieja!, ¿cuándo, aónde...?» A los dos se los llevó el melado como rosquillas. Mi padre advirtió de pronto la presencia pasiva en la puerta del templero de Páncho Sosa, el Pollo de la Angostura. Callaba allá afuera, pálido y serio, con sus ojos infantiles muy abiertos, mirando arrente del ala de la enterrada cachorra.

—¿Qué hases tú áhi, puñema?—le gritó brillante, privado, mi viejo, convidándolo a enderezar la palma del país—. ¡Entra p'aquí y písale a éstos la vendimia!

—Yo ha venío a vender una carga de sirgüelas, ¿oyó?, y a nadita más. A mí déjeme el alma quieta.

Perdido el control, hasta entonces medio sostenido por el arrimo al soco de perras frescas, Blasinilla la Pájara, Lola Dos Rayas Finas, María del Pino, Pepa la Cabo Blanco y Justiniana la Gustosa se tiraron al pollo Sosa. Entre voces y empellones las animosas jairas lo sacaron a terrero. Pancho se tiró atrás la cachorra, inclinóse y pegó...

Le dió el de la Angostura mucho juego al marino ballenero. Llegó un momento en que hasta lo dobló un poquito, entre el griterío entusiasta del corrillo insular, por sobre el que remontaba la voz embarcada de mi padre. Pero tampoco hubo de qué... El rubio, que aplicaba a su fuerza el secreto de un hábil muñequero, volvió a quedar amo y señor del pinzapo. Sonreía—simpático, la verdad sea dicha—, mientras sus compañeros, que seguían bebiendo medio indiferentes, ciertos de que no habría quien pudiera con el pulseador suyo, gritaban «¡hurra!» otra vez y reían con anchas y espontáneas carcajadas. Sólo una extraña merma tenía su satisfacción: miraban con ojos entre maliciosos y resentidos al pasaje del «Seis de Copas», que en una cambiatina muy propia de oficios como el suyo

y el de político, habían arrimado de nuevo y de pronto sus sardinas a las brasas indígenas.

—¡Pega ahora aquí, chone, que te voy a demostrar que sos un machango!—se oyó de pronto la voz tronante de mi viejo.

Agotado el aguante y en una rebelina, se había quitado la guerrera y remangado la camisa, enfrentándose como un gallito de siete peleas al toro rubio... Se trabó —el quinto—y apenas le aguantó al marinero el primer empuje. Sólo le quedaba al hombre el compás, como a los músicos viejos...

Entonces, y silbándole las palabras por entre una maliciosa sonrisa, el cheche ballenero dijo algo a los de su bando, algo que éstos trincaron por el aire y que determinó una sorprendente y rápida reacción. Cada uno fechó una mujer ruín, la diblusó como quien dobla verguilla sobre una pierna en garabato contra la pared, le alzó los trapitos de popa... Los marinos soltaron a los pilfos tal tanda de nalgadas, que las cachas de las ofendidas, ya de por sí con la color revuelta, cerraron en un negro sorrobollado y bobito, de brevas pasadas. Es una pena que no pueda ponerle aquí lo que dicen que las zurradas tiestos soltaron por sus lenguas de agujillas mientras aguantaban la calda, y después...





En plena tuesta asomó la fosca jeta del sargento Antúnez, especialista en tropa de balleneros. Juan Gutiérrez había tomado la prudente determinación de sacarlo a su vez del catre y, por las dudas, llevárselo de descubierta, empuñada su legendaria macana.

—¡Guardo elantri!—gritó la autoridad desde fuera de la puerta al corro de goledores, enarbolando el intimidante tolete, que en seguida atorró, llevándoselo a la espalda.

Una vez dentro, el sargento estudió rápidamente el «campo de operaciones» y dió tranquilo, con temple y flema de jefe nato, unas órdenes, que fueron precedidas de unas palabras a mi padre: «Después, cuando estén... dormidos los bardinós estos, hablemos yo y ustedé, guardia Chano.»

Dictó las consignas:

—A la voz de «¡ya!», ustedé, Chano, y tú, Calandraca, y tú, Pancho Sosa, y cualisquier voluntario que quiera partirle los besos a los bandíos estos, se tiran a ellos y uno por uno me los va cuadrando. Pero nada de peñar sueltos, ¿oyeron? Hay que traérselos al pecho y barloventiarlos hasta este rincón, donde me voy a poner. De lo demás me encargo yo.

El sargento Antúnez, que era un psicólogo, sabía que todo el mundo le respondería, espoleada la gente por la rasquera. Oportunamente gritó: «¡Ya!» Y empezó una de las peloterías más empelotadas de la historia

del país. Las chiquitas del «Seis de Copas» colaboraron con una eficacia macanuda: atolondraron a la marinería revolando entre ella y manoteándola, y hasta pasaron a mayores, tirándose a sus pelambreras rubias y trayéndose entre los dedos, vueltos garfas, sedosas y abundantes matas. Usaron también las uñas para meterlas con un tino de expertas en los ojos del enemigo. Los de los balleneros soltaban unos moquetes como patadas de mulo, pero apenas pudieron asegurarlos, porque, siguiendo la táctica del sargento Antúnez, cada cual procuró pelear fechado, encaderar su poquito, hasta rodar el objetivo, y poner los cocos a la asequible y franca disposición del «general en jefe».

En el momento preciso, el sargento alzaba la macana y ¡rián!, tumbaba un marino como saco que escurre de una tonga. De esta manera, y en poco más de cinco minutos, dejó el timbeque tan sosegado y en silencio como una alta noche de levante.

—¡Suculúm!—dijo el jefe, a modo de parte de la victoria.

—¿Qué hacemos ahora, mi sagento?—preguntó mi viejo admirado.

—No se bote, que ya dispondremos... ¿Quién estaba aquí desde el emprinsipio?—gritó al concurso—. Los velillos estos, desde luego...—dijo, señalando con el dedo gordo el grupo de felpudos del «Seis de Copas», acorralado a sus espaldas—. A ver, María del Pino; tú, que sos la más dispierta, ¿qué es lo que se espachó aquí?

Nadie se acordaba bien, por lo que se hizo una cuenta a ojo de buen cubero sobre gastos y estropicios.

—Guardia Chano Monagas, arregístrelos, a ver el moni que tienen.

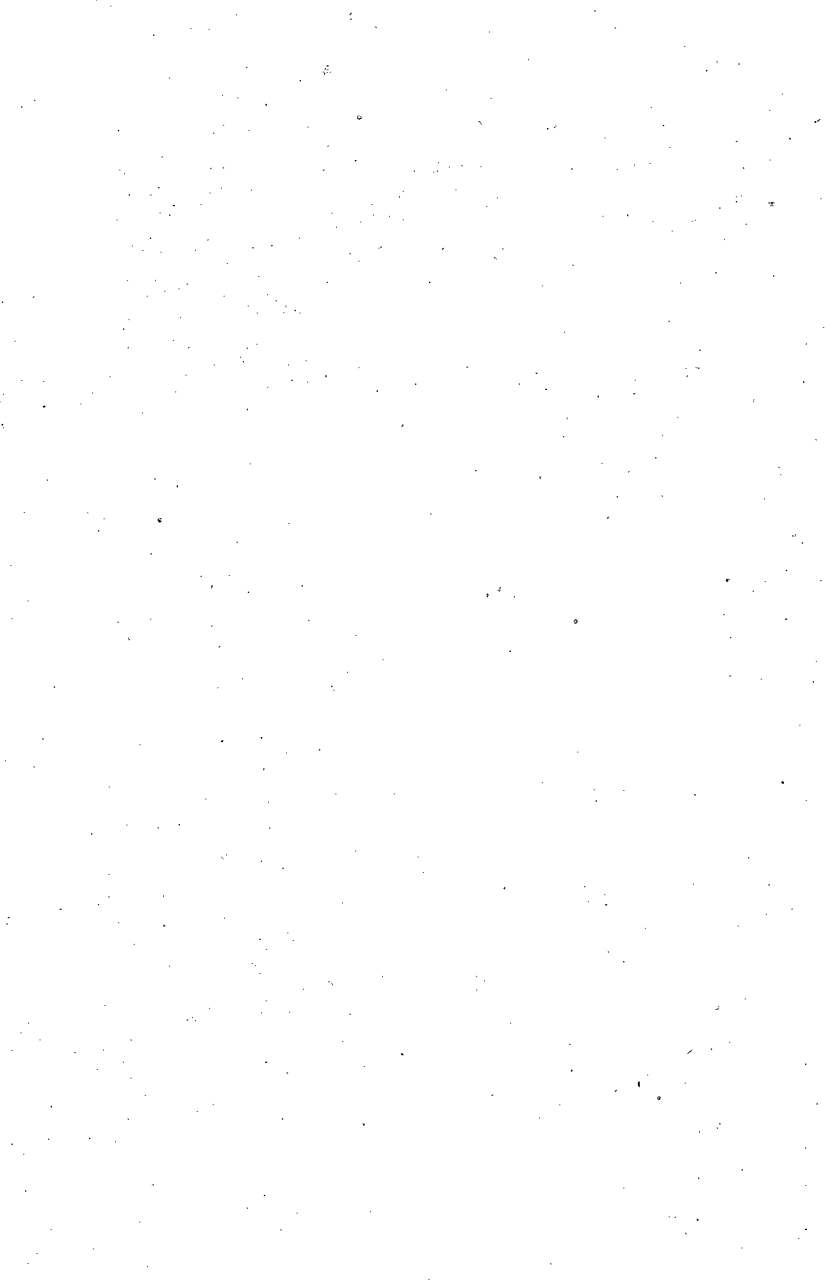
—Sí, mi sagento.

Sacó mi padre una buena ambosada de monedas extrañas, entremezcladas con otras del país. Preguntó Antúnez a cómo estaba el «change», y nadie sabía.

—Tú, Juan Gutiérrez, quéate con todo, ¿oítes?, contando con que si lo tasaran las... muchachitas estas, algo recortarían. Si te farta, ¡mira!, too el mundo tiene que jeringarse alguna ves. Y si te sobra, mejor pa ti, ¿no...? Recojan los sollajos estos y bótenlos ahí detrás en la marea, pa que refresquen. Usté, guardia Chano, dé el parte. Al mediodía hablemos, ¿entiende...?

—Sí, mi sagento.

—Arrancando la caña too el mundo. ¡Aquí no ha pasao nadita!



La guardia estaba sintiendo que llegaran los tiempos de la costa, espesitos y calientes como un caldo de sustancia. Y no porque el uniforme resultara abacorante, sino por los sofocones que procuraban los niños más o menos lustrados de la ciudad. El personal no se bañaba entonces, como hace ahora, lagarteando en las orillas bajo el solajero, hasta melar con tono de tirljala la piel entera casi, pues de lo que escapa al «charolado» de agua de rapaduras dan la medida los trapitos—tirando a mermar—en uso, y que bien acotejados caben en el bolsillo de un chaleco. Estilábanse por aquellos tiempos nueve o doce bañitos de «sopita y pon»... a la luz de las estrellas, que normalmente constituían tratamiento de médicos o curanderas.

Como cosa curiosa le daré algún detalle de los nocturnos, pudorosos, medicinales remojones. Lo mismo las señoras que los caballeros, los viejos que la pollería, todo el mundo tenía sus chanclos, botas viejas, altas, abetonadas a una banda, con una misión similar a la de las armaduras de los guerreros de la Edad Media. Había que calzárselas porque la pedrera y el marisco, los erizos y las aguas vivas, las latas y los vidrios acechaban en el oscuro, desgraciando lo mismo las delicadas plantas de las niñas, que los ñames soplados de sus madres y los juanetudos de los caballeros.

Pese a que, como le digo, los baños se hacían bajo la noche cerrada, las damas y damitas, acotejadas por

grupos sobre esteras de palma, metíanse bajo anchas sábanas cameras, celando cualquier pirueta de la brisa que pudiera alzar una punta del tapujo de lienzo. Rebullían allí su rato, aliviando zagalejos y ballenas, y salían, por fin, cubiertas desde el pescuezo a las plantas con unos ropones tan francos, tan tiesos y tan gordos, que más parecían papagüevos de vísperas festivas que mujeres en la orilla del baño.

Para evitar situaciones relajosas, pues nadie puede atajar la zorra presencia de un par de farrucos y de otro par de zarandajos, la autoridad tomó sus medidas. Por ejemplo, el señor alcalde don Antonio López Botas mandó pregonar que los que tuvieran barba y otras evidentes manifestaciones «menos-culinas» hicieran su «sopita y pon» en ciertos charcos, prudentemente distanciados de otros que se reservaban severamente para que remojasen y dieran sus chilliditos complementarios las «mas-culinas». La cosa parecía prudente, aparte que estaba mandada por la autoridad. Pero, lo que pasa: surgieron las frescuras y los consecuentes escorrozos. Ocurría que algún que otro escachado y tal cual retenso se salían de lindones, surgiendo como morós en la costa del coto femenino. A las señoras no se les veía ni el dedo margaro, bien amparadas por la pañoleta rucia de la noche y los ropones de cartón-piedra, pero se insultaban ante la presencia audaz de los galibardos pasados de mojoneras. Las de pomos más sensibles se derrumbaban en unos soponcios vivos, salpeantes, con que remataban penosamente la estupidura al fresco. Las más templadas—que solían ser las machorritas más nuevas y mejores—corrían hasta bajo las sábanas, igual que ganado de harén sorprendido, sin pasar de algún gritito, y allí se estaban, sonriendo divertidas, hasta sentir pasada la marejadilla...

—¡Niñas, es que ya no se va a poder una bañar, tú, como no sea en casa y con la manopla!—comentaban luego las señoras en visita o a la salida de las misas

mañaneras ante el Cristo del Granizo o Nuestra Señora de la Portería.

—Pues sí. ¡Ni que no hubiera marea!

—¡Mujer, quita p'allá! En lugar de bañarse ellos en su parte y debidamente y eso, pues, ¿sabes?, se corren, tú, y algunos hasta se han plantado encima mismo de la estera. ¡Fíjate...!

—¡Sús, tal relajo! Pues mira, me alegro saberlo, tú, porque las niñas mías estaban antojadas, que las embullaron la de Antúnes, ¿sabes?, y, desde luego, ni ver la marea. ¡Ni por nada de este mundo!

El señor alcalde, que como hombre tirando bastante a europeo—don Antonio fué uno de los grandes renovadores del país—, creía que los baños eran convenientes, tanto para la salud, como para la atmósfera de los bailes de Candelaria, las temporadas de ópera o cualquier otra reunión social, se dispuso a protegerlos. Pensaría que, por lo ménos en el verano, el apaño de la dicha manopla quedaría desplazado, procurando el agüita del mar que esa media o calceta, colgada de una tacha en los dormitorios, y que humedecida resolvía por el sobón el problema de bañeras, duchas y borsolanas, se mantuviera guindada, quietita y seca.

Resuelto el regidor, entraron de puntos en esta especie de envite los guardias municipales. Hubo porción de incidentes. Y no sólo porque los hombres se corrieran a la banda de las señoras, sino porque se dieron casos de cancaburros que se tiraban a la marea tal y como sus madres los parieron. Yo me acuerdo de oír contar a mi padre que él dió una vez parte de un tal Iglario de Armas, que venía siendo él criado de don Agustín Manrique. Parece que lo agarró así, tan... desamparado, algo después de las oraciones. El viejo fué y le dijo:

—Pa que te bañes aquí, aunque esto sea la trasera de los almasenes, es menester que te pongas calsoncillos, ¿oístes?

—Yo me baño como me da la gana. ¿Hay gente aquí acaso, o qué?—reviró Iglario, que era malcriado desde chiquito.

Mi padre comentaba, comprensivo: «Yo creo que no lo ha hecho por desvergonzado y eso, sino porque al pobre no le alcanza pa estar estropiando en salitre la ropita. Y es que pa ver, caballeros, lo que come la marisma, no hay más que fijarse en las fechaduras de la Marina». Hágase cargo del corazón del viejo, que lo disculpaba así después de que Iglario le soltó unas palabrotas como morcillas de la tripa gorda, al insistirle, como municipal: «Deberías taparte, más que sea un pisco». Cómo sería la rociada, que el sargento Antúñez—que por entonces ya había largado la macana y usaba sable, modernizada la guardia—, al dar cuenta al señor de López Botas del roce, puso en el parte: «Si las espresiones que Iglario le dijo al guardia Chano me las dise a mí, estoy sujeto por usía, por no darle disgustos, pero el sable que usía me ha dado se lo parto arriba de las costillas.»

El sargento venía bastante caliente con las trapisonadas de los baños. Y de la razón de sus encochinamientos le dará buena idea el hecho de que don Jorge Inglot apareció una noche ¡al frente de tropas armadas!—nada menos—, dispuesto a impedir «manu militare» que el reloj siguiera filtrándose entre las sombras hasta la orilla de las decentes mujeres insulares. Si era preciso, pues se haría la guerra. El celoso sargento trincó por el aire la ocasión de liquidar el requilorio. Al hacer su ronda por la marea, encontróse con el destacamento militar. Y más pronto que volando le puso unas letritas oficiales al señor alcalde, en las que, medio agachándose, medio jugando para el pie, decía al gran caballero de la vara: «V. S. me dirá, si tiene la bondá, de si vuelvo al baño, o no». Está clarísimo que el hom-



bre intentaba roerse el cabo— aunque cubriéndose— ante aquel rosario de compromisos. Porque es que salía de un bochinche para meterse en otro.

Aquel mismo verano, que debió haber estado soplado desde el infierno por diablos calentones, se estaba bañando la señora de don Esteban Doreste con otras damas de la gente fina, cuando se echaron fuera de su demarcación unos pollos, que vinieron a ser, según comprobación de los municipales, dos niños de don Manuel Báez, un niño de don Fefo Moreno y otro pollo más, que fué el que fogueteo a los anteriores, hijo él de don Marcelino del Toro.

Al modo nadaban como saifías. Margullaron hasta el charco donde refrescaban las señoras. Ellas sintieron un salpeo y un toqueteo entre debajo y a flor de agua ¿Pero cómo iban a imaginar que no fuera cosa de sebas, o de unas con otras, si estaba en su rigor la acción de la guardia y a orillas también la amenaza de la guerra...? En medio del corro— se bañaban cogidas de las manos, dando brinquitos y algún gozoso chillido— surgieron de pronto los bergantes. ¡Para qué fué aquello...! De milagro no se ahogaron tres o cuatro damas. Echáronse fuera como una manada de patos escandalizados y se acogieron al sagrado de retaguardia de la estera. Pero por lo visto los intrusos andaban atrás de algo más que el susto, pues se salieron también del agua y anduvieron casi pisando la zona todavía más delicada del «vestuario...».

— ¡Mejor tuvieran vergüenza, berringallos!— gritó insultada, pero resuelta, la mujer de don Esteban— ¿No tienen marea donde bañarse...?

— Sí, toda— respondió el hijo de don Marcelino, que era más fresco que entre puertas—. Esta también. ¿O es que usted le ha comprado al alcalde este cacho...?

Las damas, que todas habían dado y daban clases

«de adorno», y que en su vida, ni siquiera durante los más encendidos pleitos con las criadas trochonas, habían dicho simplemente «¡caracho!», viráronse aguillillas, sacadas en parte por el miedo a que alguno maculara sus lirios cogidos, o sus azucenas sin coger, y en parte por la indignación ante lo que luego, en el Gabinete, calificó el abogado don Pepe Rivero de «quebrantamiento ináudito—con acento en la a—de la norma».

—¡A ti, safado, debieran partirte los besos y restregarte una pimienta de la puta la madre por la lengua!—gritó rozando el esperrido la señora de don Esteban—; Habráse visto con el niño tiesto este, jediondo, atrevido? ¡Sale p'allá, salpicón de los demonios, desgrasiao, porque te metò las uñas y te sacó hasta el mondongo!

Las lengüillas de la ciudad dijeron después que la señora que así se destapó quedó tan impresionada de sus propias palabras—las dichas y otras difíciles de estampar—que se pasó parte del día siguiente haciendo gárgaras y buches de agua bendita, aunque esto pudo haber sido muy bien algún rún-rún de cotorrones federales.

Lo que sí parece tuvo visos de verdad es que cierta dama—se corrió que doña Teodomira—alumbró a las demás bañistas la idea de ir a tomar sus nueve agüitas marinas armadas de alfileres de cabeza negra. La guerrera señora lanzó en un paseo de La Alameda su consigna, que se extendió rápidamente desde los poyos de San Telmo hasta la palma de Doña Nieves. «No necesitamos ni los fusiles de don Jorge Inglot, ni la macana de Antúnes». Y las señoras acudieron en adelante espichadas como bardos de tuneras.

Me acuerdo, a propósito de estos antiguos baños, de que yo también, tirado a la par de un percancillo y de mi piel del diablo, me metí en una mataperrería nocturna a orillas de nuestro noblote y azulito Atlántico.

Era todavía un medio pipiolo cuando con tres o cuatro zarandajos más de mi jarca risquera subía a La Loma a largar cometas y cometones, en cuyos largos y trapientos rabos solíamos trabar unas puntillitas heridoras y belicosas como espuelas de gallo. Yo tenía un cometón pinchudo, de caña parejita y fina, de papel blanco, luciendo una estrella colorada y grande en el centro, que navegaba con un alto y soberano golpe de guirre. Remontaba tanto y se cargaba de una luz tan viva, que parecía un lucero visible en medio del día. Rafaelillo el Canabuey era amo de otro, también bonito y también de mucho trapo, pero que nunca llegó al mío ni en la majestad de gallo grande con que se plantaba sobre el viento, ni en la alegría con que corcoveaba sobre aquél cuando mi mano lo metía en un caracolillo.

Eramos buenos amigos Rafaelillo y yo, pero eso no quitaba que me tuviera su pizquito de envidia... Una tardecita pechamos los cometones «armados». Los dos teníamos muy buen muñequero para arriar o largar liña, para abajar y remontar, tumbar o rizar los juguetes. En la ocasión los picamos hasta montarles los rabos. Jugábamos a que la puntilla empalmada segara uno de los hilos que los mantenía vivos y señores de la brisa. El Canabuey tuvo un golpe de suerte. De repente sentí que mi cordel se me quedaba muerto entre las manos. La alta cometa dió una sacudida, igual que un gallo tocado de muslo, y entró chupada sobre la tierra como un cortacapote. Soplaba esa tarde aire de arriba, de El Reventón. Y el golpe de ese viento arrastró mi lucero sobre las casas de la ciudad. Me acuerdo que trinqué los dientes y me estallaron en lágrimas los ojos...

Rafaelillo era un gran muchacho y me quería. Recogió ligerito su hilo y vino a mí.

—Tú verás, Pepe, cómo te hases otra vuelta con él.

Vimos el cometón herido desinflarse lejos y caer, caer, hasta enredarse en las liñas de una azotea. A fuerza de discutir, localizamos la casa donde se echó. Era la de

don Cayetano Laguna, un caballero de la calle de los Cañónigos, solterón alfeñicado, repulido, brinconcito y rico, que vivía con dos hermanas maduras ya, pertenecientes, como también la antigua criada, al triste gremio de las mal dormidas, de las que tienen el corazón enramado de vinagreras por causa de una suspirante soltería. Poniendo peros y soltando fos a todas las proporciones que a las niñas les salieron cuando estaban tiernitas y casaderas, don Cayetano acabó por dejarlas con las bocas tristes y las almas secas y soliviantadas, irritadas y sonámbulas dentro del caserón, sin más escape que las novenas parroquiales, unas sillas en La Alameda y un palco para la ópera, que era un teneblario por la influencia de sus finchadas y sentidas figuras.

Bajamos de La Loma en tres patadas. Tocamos en casa de don Cayetano. Salió una criada campurria, gorda y flojona, con un moño como un pan de Agüimes en todo lo alto. La tenían vestida de punta en blanco. Y la virginidad, la ropa y el ambiente de culo de botella que respiraba en la antigua casona, la debieron haber virado, como a un vino flojo, porque, al pronto, parecía persona de natural manso y amoroso. De entrada nos recibió engrifada de pluma y pico.

—Nosotros, a quien queríamos ver es a don Cayetano.

—¿Pa qué?

—Pues pa asunto de un cometón.

—¿De un cometón...? ¡Esús, tal antojo! Váyanse tranquilitos, que señor don Cayetano no está pa requirios ni conduelmas.

Fué a cerrar la puerta. Como si nos hubiéramos puesto de acuerdo, Rafaelillo el Canabuey y yo metimos un pie, dejando rendija suficiente para insistir en alta voz.

—Ande, hal favor: dígale a don Cayetano que sarga ée.

Se emperró la maúra en que no y nosotros en que sí. No nos iríamos sin el cometón. A las voces de la pequeña pelotera, acudió el reclamado: trincadito de fondi-

llos, con los antebrazos pegados al cañizo del pecho y las manos suspendidas y colgantes como patas de perro sentado...

—Quítate de la puerta, Dolores. Deja hablar... ¿Qué es lo que quieren vosotros?—iba por tiempos a la Península y había cogido allá sus tinutillos y palabrejas finas, que entremezclaba a gusto.

Le explicamos, mientras él nos escuchaba tirado para atrás, cambada la cabeza, los ojos lejanos y transpuestos, el labio alto remangado, y la nariz, sobre la que se le escarranchaban lantreras unas gordas gafas de miope, en un perpetuo camango de «fos». «Este mamao nos va a decir que no», me barrunté, aunque no me explicaba porqué podía negarme una cosa tan sencilla como la cometa.

—Ustedes os pongáis en la calle, ¿saben?—dijo sin moverse tanto así—. Yo me alargaré por el muro de la asotea. Tiraré la cometa esa y las ramas de la enredadera de gallo que ha roto cuando tiremos de ella para sacarla.

Y, ¡plan!, sin más palabras nos tiró la puerta en los besos.

—A mí me güele a trapo quemao esto—le dije por las escaleras al Canabuey.

—Desde luego—contestó—, pero... ¡No te apures, verás como la tira!

Nos plantamos enfrente con el alma en vilo. El muy ruín nos atormentó primero cuanto pudo, alargando la agoniada espera. Cuando Dios quiso, asomó su jeta remilgada. Primeramente su mano derecha tiró con marcado dengue unas ramas quebradas de la enredadera. Con la izquierda, movida del mismo remango, botó después el cometón. ¡Lo que quedaba, madrita mía de la Luz, de lo que hasta hacía poquito fué una hermosura contra el cielo azul de La Loma...! : un revoltijo de papel y cañas hechas cabacos... Todavía estrujó más aquello a la vista nuestra, arrojándolo, por fin, con el aire

con que debió arrojar el cuchillo don Guzmán el Bueno.

Se me subió la sangre al tino y me lo enturbió. Me agaché como un rehilete y agarré una piedra, mientras pensaba en la chopilla provocativa de su nariz como blanco. Rafaelillo el Canabuey sabía que yo tenía una tela de pastor para la pedrada. Le dió tiempo a, de un reflechón, desviarme el tiro. «¡Que te desgrasias, Pepillo!» El tenique, porque tiraba a eso, dió de lleno en una ventana de la vieja casona, se fumó el vidrio y le hizo un trabón de media vara a un visillo muy finito y muy blanco que la adornaba.

Acabé en el «semento». Mi padre lo supo a poco, y fué a dar conmigo. Le conté la historia y se le aflojó «la matona» con que arrimó al cuarto de las cachuchas. Le dijo al sargento Antúnez que me dejara de la cuenta de él, pues había resuelto darme «una tollina a modo». Cuando mi propio padre me soltó, me picó el ojo al pie de una estupenda sonrisa. Luego le metió teatro a la cosa, gritándome bronco :

—¡Escafiriendo pa casa, sarandajo, que luego voy yo p'arriba...! Y te voy a dar una cueriada, ¿oítes?, que antes de poderte sentar vas a estar una semana hasiendo la palma...

Me fuí contento, pero todavía hirviendo, con el barrenillo de lo del cometón trabajándome la cabeza y la sangre. Tumbé directo para la casa de Rafaelillo el Canabuey.

—¿Oye, Rafaé, tienes una peseta y me la quieres prestar hasta el domingo?

—¡Esús, más a ti que te conosco!—respondió echándole su pizquito de broma al generoso ofrecimiento—. Tú tienes una idea torina, Pepe—dijo después, mirándome con ojos entre maliciosos e intrigados—. Toma la peseta y cuenta conmigo.

Invertí dos reales de vellón en voladores y en dos pu-

ros tiesos y resistidos como palillos de plantar, pero que para el oficio que iban a hacer estaban de rechupete. Poco antes de Oraciones arrimamos los bultos, la pólvora y los cigarros a la casa de don Cayetano. Desrabamos los voladores, pusimos al vivo la punta de los tabacos y fajamos a meter gatillos por el ancho zaguán... Se animaban los «cuetes» como lagartijas endiabladas en el umbrío y ancho patio, estallando bajo la palma real que lo centraba y por sus rincones frescos y tranquilos, y retumbando arriba, en los corredores volados y en las grandes alcobas muertas del caserón.

Tuvimos el valor de quedarnos un ratito a la escucha, después de la andanada. Primero hubo un silencio grande. Luego se oyó un impresionante chillido de mujer. En seguida escuchamos el rebumbio de unas carreras y unos ayes que partían el alma. Sonó la voz de Dolores, gorda, pero quebrantada por el chirgo y la indignación.

—¡Marditas revolisiones y mardita división de la provincia, que no gana una pa desconchabos! ¡Tal desgracia, quería, que ya están otra vez áhi los bandoleros de ese Risco y de Fuera la Portáa, salpiando otra vuelta con el politiqueo!

Se escuchó también un grito de don Cayetano, detrás de cuyo acento heroico asomaba un cerote de los que disparan la angurria y mojan el pantalón... Lo mismo el casacón que sus entecadas y vinagrientas hermanas habían creído, por lo visto, que un nuevo golpe revolucionario —alguna cambiatina peninsular, con su repercusión en islas— venía a conmover su casa de la tranquila, pero recelada Vegueta. Ese grito de don Cayetano que le digo, lo mismo por lo clueco, que por la pifia que envolvía, era para mearse de risa. Dijo, así como empleando el recurso de los que cantan de noche en los caminos para espantar el miedo, y estirando las palabras como en los finales de los grandes dramas:

—¡Pepa, alóngame la escopeta! ¡Viva la Reina!

Yo, que estaba esmorecido, le busqué un jacio a la

empajada para meter la boca por el portalón... Dispuse la lengua entre los labios convenientemente y le solté un ruido de cuesco tan afortunado, que tuvo que oírse hasta dentro de los viejos arcones de cedro. Salí más ancho que un balayo.

Con la otra media peseta que me prestó el Canabuey compré unos cobuchos de chochos. Mientras subíamos para el Risco jilvanándonos la golosina, le dije a Rafael:

—Oye, Rafaelillo, esta es la primera parte, como en los romances, ¿oístes? ¿Cuento contigo pa la segunda también...?

—¡Cuenta!

Con el Canabuey daba gusto.

Y la segunda parte de mi venganza se realizaría, de cuadrar las cosas, precisamente en la marea, durante las horas negras y tirantes del insular baño nocturno. Lo primero de todo tenía que confirmar una sospecha: que el encanijado caballero de la calle de los Canónigos era de la cofradía de la «sopita y pon». Lo aceché, hasta que, noche cerrada ya, lo vi bajar a la playa de San Agustín, en la compañía de un criado serio y amarillo, cerrado de negro, que para el oficio de portarle una maletilla con sus cosas de baño, acompañarlo hasta el agua y ayudarlo a remojarse, le cedía una hermana suya vecindada en la calle del Colegio.

Callados, porque don Cayetano no bajaba a dirigirle la palabra al lamido paniaguado del maletín, llegaron a la orilla. Yo me escurrí, situándome donde pudiera observar de cerca los movimientos del quebradizo bañista y calcular su situación respecto al algo cercano charco de unas señoras...

A la noche siguiente lo estábamos agüaitando Rafaelillo el Canabuey y yo. Don Cayetano llegó, se tapujó,



cambióse de ropa y salió, por fin, dispuesto a medicarse con agüita de la mar salada.

—Tiene menos carne que una tomisa—murmuré a Rafael.

El caballero sacóse los espejuelos, que el criado se guardó. Este se limitaba a quitarse los calzones y a ponerse unos viejos: tenía que meterse en el agua, llevando de la mano al cegato hasta dejarlo en el charco. Luego, si por la miopía o por tirarlo la corriente, el casacón se salía de linderos, el pasmado y ojeroso ayudante le «corregía el rumbo», trayéndolo de nuevo a la respetuosa demarcación. Y en esto, que yo había observado la noche antes, estaba la madre de la baifa...

Rafaelillo había sido traqueado por mí desde la prima tarde. Amparada la voz en el batir del agua, le confirmé las instrucciones.

—Escúchame bien, Canabuey. Una vez que él esté ya dentro, tú distraes al criado. Disle cualquier cosa. Que viste brillar dinero, a lo mejor perdido por su amo. El resto, déjalo de mi cuenta...

Rafael, que era cuico de nacimiento, cumplió con el mandado a la perfección. Yo entré en el agua dando un rodeo y con pasos de gato. Cuando me pareció oportuno, y como supliendo al criado, cogí a don Cayetano de la mano y me lo fuí trayendo al sur, proa a un lugar donde se bañaban unas ocho o diez mujeres. Contaba en mi plan con que éstas habrían seguido la consigna de tuneras de doña Teodomira... Largué un poquito al «descarriado», por no soliviantarlo, pero a poco volví a meterlo en deriva...

Créame que fué una cosa emocionante, pues esperaba que percatándose de algo raro pidiera explicaciones al que creía su criado... Pero hubo suerte. Al cabo lo puse a tiro de las recelantes señoras. Allí lo dejé y me tiré a margullar hasta el «charco sagrado». Aguaité a una dama, entradita en carnes ella, y le metí tal pellizcón que por poco saco lasca.

—¡Ay, niñas! ¡Aquí hay una tonina...!—chilló asustada.

Vino en su socorro una pollona, alta ella, que, por cierto, no estaba mal. A esta le apulsé una buena nalgada.

—¡Ay...! ¡Chica tonina, y me ha soltao la gran torta, tú...!

Con la misma volví a margullar y salí junto a don Cayetano, que en este momento había metido la cabeza y se estaba escamondando nariz y pecho a todo soplido y carraspeo. Allí abubí el agua y la salpeé con pies y manos para reclamar la atención de las bañistas...

Cayeron ellas como abejas sobre la «tonina», cada una con su alfiler de cabeza negra en ristre, dispuestas a vengar por su mano las indecencias que no habían sabido atajar ni el tieso tolete del sargento, ni la tropa armada del señor Inglot. En medio del manso Atlántico, don Cayetano chillaba como una machanga, alcanzado de popa a proa y de babor a estribor por las puntas enfurecidas.

Y todavía, vuelto ya un colador, doña Costanza Marrero, una señora que no cabía por esa puerta, de quien sabía la población entera que mandaba en su casa a la piña limpia, cuadró a don Cayetano, una vez que dos compañeras se lo pusieron derecho y de frente, y le metió tal moquete entre las cejas —se decía que ésta, la de «muerte de cochino», era su trompada favorita— que lo durmió de arriba a abajo.

Acudió el criado y lo sacó por los pelos. En la orilla largó luego su balde de agua ráido. Y hasta una pegadera, que le entró hasta el buche por una de esas cosas raras que pasan en la marea.

Cuando le cuente lo que sigue, usted dirá que somos los canarios gente de mal tabefe. Yo creo que no. Lo que pasa es que nuestra «piscología», como diría nuestro amigo el cosechero de Los Barrancos, nos saca a reaccionar frente a lo que no nos parece justo, unas veces, como las tan renombradas panchonas, que ya sabe reviran broncas si sienten amenazada su libertad, y otras, como el macho salema, que también revira, aunque menos, puesto que sólo se engrifa. Una u otra cosa se dan según sea el calibre del sorroballo y el temple del sorroballado. Si —un suponer— a usted lo sorrobullan, y es hombre, y tiene lo que hay que tener, más allá de los a veces puramente distintivos calzones, pues usted revira como la panchona; ahora, si es flojo, o el juego de envite de la vida sólo le ha dado «piscos», o «bichitos», pues usted se engrifa, tan solamente. Y luego conviene que se agache, porque sino se agacha en el país insular, lo agüaitan y lo salan.

Viene esta filosofía de gofio y jareas medio a cuento de un gaje del oficio que sufrió mi padre, gaje que acabó resultando importante en la vida de su gente, y que me llevó a mí a una nueva «cobranza de réditos morales», cuando todavía era casi un machango, pero tirándome ya recio esa tendencia que le digo más arriba, aunque en el caso tenía la nobleza de las salidas «por cáida». Lo que yo hice se lo contaré en tres palabras, como quien dice, para pasar a lo del viejo, que lo creo más

curioso. A un Canseco, con el que en seguida se tropezará usted si sigue endengando estas historias, y que fué el que enredó el percance, le cogí las vueltas con vistas a cobrárselas, hasta averiguar que iba de vez en cuando a aliviar piojos y demás miserias trás de unas tuneras que estaban por Pambaso. El lugar, bastante a trasmano, y las bardas le consentían quedarse en pelete y practicar ancho y a gusto lo mismo el expurgo que el espulgo. Lo que hicé no fué nada del otro mundo, pero a mí me dejó bien empajado de satisfacción: me agazapé, me escurrí hasta su echadero y me llevé tranquilo sus ropas, desde las chalanas hasta la cachorra. Después las escondí lejos, me tiré un salto al Risco, reuní una jarca de valadrones sueltos en sus encampanados callejoncillos y me los subí hasta donde Canseco había quedado como lo parió su madre. Lo abubiamos y lo toreamos hasta ponernos roncós y hasta reunir un medio genterío, que se partió el pecho riéndose del agachado y lastimero jediondo, al que nadie quería bien por su lengüilla larga y sus mañas de lanzadera y alcahuete.

Y voy a lo del viejo. Estaba pasando que las parrandas, que eran cosa antigua ya, cogieron un pleno viento de popa con el chorro de pesetas que sobre la isla soltaban la grana y la barrilla. Manejando como aquella pollería manejaba, no era extraño que casi arreo se tirara en jaraneras partidas a la calle, armando, particularmente los sábados, ranchos de serenata alrededor de bandurrias, guitarras y timplés. Tampoco era raro que al soco de las enamoradas rondas fueran los de la alegría mamándose de mistela, ron o yerbitas, hasta ensoparse, levantando al cabo tales buchinchés que como no fuera un regimiento, aquello no lo metía en cintura ni el médico chino.

Se complicaba la cosa porque a la cuadrilla de galanes iban arrimando, como pegaderas al marisco, los goladores de siempre, los que estaban al cáido de unos golpitos de balde, los que apuraban la noche enchin-

chorrados por los tугurios y timbiques excitantes y olorosos a fritangos de los bajos de la ciudad. Genually todo, entre el que me debe contar, porque —le diré con la mano sobre el corazón— a su tiempo yo sería uno de los más emperrados cofrades de tal taifa. Fácilmente se hará cargo de que la autoridad nocturna del guardia o del sereno se veía lista ante tal ganado. Haciendo frente a la manada, el guindilla se jugaba los huesos, y hasta opositaba a un entierro de tercera, como no se royera a tiempo el cabo. Había que hacer lo que con tanto tino practicaba el guardia Mirabal: cargar traserito, y mientras más sobre la tajarría, mejor... Cuando alguna vez el sargento Antúnez le calentó las orejas por alguna de estas zorras «juyonas», maestro Ramón respondía a su jefe: «Ocasiones, mi sagento, se ajuntan lo menos cuarenta galiones, ¡dígame usted...! Me caen arriba como una piedra de molino. ¿Y después que me tumben, qué...? La sebaera al rabo, ¿no...? ¡Déjese de coñas. que yo tengo hijos que mantener!»

Sabían los vigilantes de la alterada noche insular que por entonces el alcalde, el cual, le repito, tiraba a europeo, sin que nada ni nadie le aflojara las alas con que sobrevolaba el dominante viento africano, ni los pulsos con que aguantó los remos de su barco contra el jalío que lo tiraba hacia la viciosa e insurrecta tierra americana, sabían, digo, los guardias que ese alcalde había prohibido con bastante rigor las parrandas. ¡Pero, que si quieres arroz, Catalina!, como decía Curro el Peninsular, mi vecino del Risco, largado en este ribazo por la marea de la vida. También las había prohibido otro civilizado mantenedor de la vara municipal en la villa de Arrecife. ¿Y sabe qué pasó? Pues que calientes los conejeros de las serenatas, cuando una noche el regidor de algo más que monterilla trató de impedir en persona una parranda de mucho rebumbio, que después de haber puesto en planta la villa en peso desembocó en San Ginés, los de la tambarría alzarón por el hombre, im-

portándoles un pito el sombrero de copa y la pulida vara de sabina con que iba solemnemente pregonado, y lo metieron de remojo en el charco del santo patrón.

Mientras se defendía de la ahogadura y daba largos esperridos —que oyó, por cierto, un costero de El Lomo, al que le debió la vida—, uno de los pollos cantó de retirada la isa salpicona que le copió:

«—Yo mamo, dise el alcalde.  
—Yo también, el secretario.  
Mamar como un dromedario...  
y el que venga atrás, que salde.»

Es de recordar que cuando Mirabal supo del sonado percance, dijo muy cachazudo y muy sentencioso:

—¿No lo ha dicho yo...? ¡Guineo de boca, cualquiera lo toca!...

Pues la noche de un sábado, tumbando ya sobre las luces del alba, mi viejo recaló en nuestra casita del Risco penosamente entrapado de la cabeza, oliendo todo a cuarto de hospital y de tal manera rizo, que mi madre llegó a ponerse con él. «¡Tal abatamiento! ¿No te da vergüenza?» Había pasado que anduvo de servicio por las calles bajas de Vegueta. Estaba el cielo raso y el tiempo echadito. Se las prometía buenas, el hombre, porque arregostado a barruntarse la marea por el rebullicio que de las tabernas y otros echaderos de mal vivir le traían los hilitos del aire, cuando en esa guardia tendió la oreja le llegó una calma de marea del Pino... «Se conose que están p'al Puerto. O no les habrá dao gana» —pensó—.

A su tiempo, y con el campanario de Santa Ana, cantaba la hora y daba... el parte meteorológico. Arrente del aviso de las once —«¡Las onse en punto y sereno!»—, de alguna esquina llegó un güapido con tinete:

—¡Y sereeenooo...!

El viejo se paró: «¡Vaya, ya cayó que haser...!» Enfrascó el oído: en algún sitio estaban afinando instrumentos. Distinguió uno cuyos acordes no salían limpios. Le pudo su afición de tocador, en la que, la verdad, no despuntó, aunque no furrungueaba mal. «La tersera de esa guitarra es de calasimbre y no dise. Y la segunda, de tripa, está despelusada y tampoco dise bien.» Reaccionó, retornando a la municipal responsabilidad.

«Con tal que no se me desborrifan. ¡Y que tengan lisen-sia...!» Porque no le había dicho a usted que no es que el alcalde suprimiera las parrandas a rajatabla y del bolichazo. Lo que hizo fué «responsabilizarlas», como decían luego en el Casino los del partido de «los Bomberos», que así llamaban al del señor De López Botas.

De sobra sabe lo pesadito que se pone el isleño afinando cuerdas: siempre le zinguea un calacimbre, o los bordones son nuevos y están dando de sí, o hay una clavija que no trinca... A este propósito, me parece bueno recordarle una historieta que tiene visos de chascarrillo, pero que da buena idea de cómo estiramos por acá el temple de la encordadura y el resistido ajuste del clavijero. Habían salido ciertos insulares de serenata seria, llevando de «concertista» a un puntoso barbero, hombre de los que pegan la oreja a la caja y se están diblusados y lelitos allí encima, de allá requintan, de aquí aflojan... Pasó el tiempo, mucho, y al hombre no le acababa de dejar satisfecho el «decir» de su instrumento. De pronto, alguien advirtió el amanecer sobre los rengues —llamados «arreboles» por los poetas locales— con que el airito desfleca la panza de burro del trozo de cielo urbano.

—Vámonos, que está amanesiendo—dijeron los de la jarca.

—¡Lástima, caracho...!—se lamentó el barbero afinador—. Si no llega a aclarar tan pronto, la dejo como un piano.

Vuelvo al surco. Le decía que después del guapido, el viejo oyó afinar. Pasó un cuarto de hora. Cantó: «¡Las onse y cuarto y sereno...!»

—¡Y sereeenooo...!—repitió, provocativo, el de antes.

«¡Juum...! Eco tenemos—rezongó mi padre—. ¿A que va a haber mojo con morena...?» Se acordó del cuico Ramón Mirabal: «Sí, quisás que sea mejor mudar la caja de turrónes...»



Y estaba en los primeros pasos del quebrantamiento del deber, cuando la ronda alegre y provocativa pegó con un pasacalle de un director de banda insular, aire que se había puesto muy de moda en los paseos de La Alameda, no sólo por el valor en sí del «tarará-ta-chin», sino por el título, que la prensa de la ciudad consideró «fino y delicado», cualidades que adornaban también muy mucho a la niña local a quien el compositor tuvo la gentileza de dedicárselo: «Ramillete de jazmín.—A la bella Rosarito Estupiñán, con devoción.»

Avanzaba el rancho sobre la calle del Colegio. Mi viejo se había asocado en una portada casi al canto abajo de San Agustín. A lo mejor lo barloventeaban, tirándose para adentro... «Veremos a ver...» Sintió que la gente se embalsaba por ahí por detrás de la Catedral. Le dieron un nuevo golpito al afinado y entraron con una malagueña acompasadita y muy aseñorada. Cantó uno con cierto gusto:

Debajo de estas ventanas  
tiran agua y nasen rosas;  
de las hijas de su madre,  
Clarita es la más hermosa.

«Quisá que esté enamorado de alguna buena machorrta de esa parte—pensó mi padre, sin ganas—. O a lo mejor es una bobática, pero tendrá perras. ¡Bah, ellos allá!» Se puso a pensar en las niñas que vivían en el sector, por distraerse, más bien. De repente se tupió la música. El viejo se dió una vuelta. «Al modo los ha disuelto otro munisipal porque no llevan lisensia del señor alcalde. Quien sabe». Alcanzó a ver los sombrajos de la camada en la esquina de los Reyes y Espíritu Santo. En una casa de enfrente había luz. «Vaya, ya les abrió don Manuel Romero».

En efecto, don Manuel, que tenía cinco niñas tirando a cáncamos, y con una soltería como un bloque del ensanche, levantó su rancho, como era costumbre, y le

puso a los galanes la puerta de par en par. El guardia se dió otra vez a pensar, cosa que hacía en las largas horas del servicio para engañarlas, o aliviarlas. Ahora calculó: «Este «entren pa dentro» no debe ser cosa de don Manuel. Esto me huele a negocio de doña Aniquita, su señora, que quiere saldar las pollitas... Seguro que van peninsulares en el rancho. Los veo convidados a sus merienditas de brevas, sus pucheros del domingo y sus truchas de batatas de ñema. ¡Bueno, lo mejor que hase! Tampoco ellas son malas muchachas. Algo apitonadillas y sobejas sí, desde luego, pero de estas las tiene que haber también pa fuera. Tampoco andan mal de perras las niñas, que don Manuel le ha tirado sus buenos lanses a los sentenes de Bana largando sebollas y trayéndose su miel, su ron, su conselva... En fin, ellos ellá».

Dieron las doce. No obstante saber que la fuerza de los de la galante farra estaba arriba, las cantó orejiano... Ahora no lo remedaron.

En esto llegó y se le puso a orillas Canseco, el eterno belingueador del día y la noche insulares, con su cargazón de espalda, su totizo tabletudo, sus ojillos ratoneros, chicos y desatentados, tras unos gordos espejuelos de miope.

—Buenas y serenitas, mastro Chano.

—Que le vaya bien, mi amigo...

A mi padre no le gustaba Canseco. Le jeringaba lo que tenía de goledor y de agujilla, de chimbo y de malamañado para las gustosas montadas de la tierra, que lo divertían a su modo, pues las daba solo y solo se las gozaba después. El extraño bohemio, al que lo mismo veía usted por Semana Santa dando zancadas entre los tronos; de media noche para el día con la oreja trabada en las persianas de los matrimonios acaba-

ditos de casar, o mal avenidos, o de comparsa imprevisto en el velorio de alguno que, muerto sin testar, dejaba lo suyo entre hijos y yernos como pella entre bardinós, llegó dispuesto a trabar la hebra. Y la trabó.

—Parese que es parranda mansa, mastro Chanó.

—Se conose...

—Arriba se estarán empajando de dulces de Pepita la Biscochera, porque me costa que don Manué se surte d'ella.

—¿Ah, sí?

—¡Esús, hombre...! Y sus buenas botellitas de malvasía y de moscatel del Monte se estarán mandando también, ¿oyó?, porque áhi no se bebe otra cosa, ¡ta loco...! Esa casa pegó a empelechar con la cochinita, que usted lo sabe, y luego cogió fuga con los fletes de La Habana... Le digo que don Manuel ya no sabe donde meter lo que tiene, ¿oyó?

—Oí...

—Ahora sí le digo: él no es naita jilmero, eso si tiene. Por sus niñas o por lo que sea, que yo no me quiero meter, es más bien dao que trincao. No como otros—y usted los conose tan bien como yo...—que cuando tienen que pagar las contribuciones, un poner, agarran un tifus, ¿no verdá, usted Chanito...?

—Cuando tú lo dices...

—Los puros de don Manué son de encargo, de hoja espesial y de rama espesial, que se los mandan a ée con caa correillo de Santa Cruz de la Parma. Y el malvasía, también se lo mandan de la Interina, espesial pa ée, ¿oyó? ¡Ta loco, cristiano! Ahora, conforme le digo una cosa, le digo la otra. Don Manué tiene que le da por echársela—¡que a mí no me importa tampoco!, ¿oyó?—. Por lo demás, mire...

Mi padre no resollaba, metido detrás de su tunera, bastante repugnado, y desconfiando al tiempo de Canseco, que era tiesto desde la moña a los juanetes. El

zarandajo había anclado dispuesto a empatar y le daba lo mismo dar con barro masapé, que con tosca viva.

—Lo peor es que beban, solamente, usted, Chanito... Y mesclen, ¿oyó...? Porque han venido beberretiendo ron, ginebra, yerbitas... Y si ahora les achican ahí vitos de fortaleza, ¡mire...!

Había clavado el primer espichito, destinado a soliviantar al viejo. Los pollos bajarían borrachos y le darían la noche... Mi padre le vió el juego. Pensó: «Este se viene a coñar de mí porque se figura que tengo miedo... ¡A que el primer macanaso se lo voy a dar al totorota este!».

Canseco se arrimó contra la casa a cuya sombra paraban, quedándose en un pata, apoyada la otra sobre la pared, bajo el trasero.

—¿Tiene un sigarro, usted Chanito?

—No. No tengo más que colas.

—Ah.

Pasó un ratito. Se notaba que Canseco, agregado a la ronda, estaba haciendo tiempo hasta que aquella tornara a callejear. Los del parrandero rancho seguían arriba.

—Por los modos vistos, áhi hay más que copas—volvió a hablar el chimbo—. ¡Uf, chico morrocoyo está doña Aniquita...! Me juego algo a que les está preparando un chocolatito con biscochos empurraos. Me costa que es buena carnada pa solteros. Y si son peninsulares, el lanse es más seguro que un preso. ¡Uf...!

—Pues a tí no te lo tiraron—dijo mi padre por requeintarlo un poquito.

—¿El qué...? ¿Lanses con biscochitos empurraos? ¡Esús, hombre! Demasiado que sí. Y si no me casé fué porque mi madre no era burra que aguantara la albarda de una nuera, dispensando el modo de señalar.

Se calló Canseco otro poquito, pero por aquello de que a la fuerza ahorcan, ya que el viejo, mantenido lejano y sordamente rebellado, no ofrecía maldito un apoyo para el garabato de su vana charla. Buscó de nuevo el empalme.

—¿Oyó usted lo que le dijeron a Clarita en el canto..., que ella era la más hermosa...? ¡Se necesitan ganas de apopar! ¡Hermosa sita Clarita...! La más nueva si es, pero de eso a linda, hay, pero que muchas liñas, ¿no le parese, usted Chanito?

—Yo no las ha reparao bien, ni me importa.

—Pues yo sí las ha visto a todas, lo mismo ir pa dentro de compras, que voltiar en los paseos de La Lamea, que vestías pa bailes de Candelaria, o pa San Pedro Mártir, con figurines de pa fuera. Mucha pasamnería, mucho abalorio y asabache negro, muchos lasos, volantitos y puntillas, eso sí, que pa eso pueden. Pero lindas, lo que se llama lindas... ¡mire, hombre...!

—Oye, pues, no te falta más que verlas por dentro...  
—rezongó el viejo, que iba requintándose por segundos.

—¡Usté siempre de gusto, mano Chano!—se alegró Canseco con una risa más falsa que el alma de Judas.

—¡No! Ajuliando... cosas, na más.

—Pues el pollo que le cantó es de aquí, de estos Riveros de la Bajada de los Remedios. Pero tiraba con polvora de otro, ¿oyó?, un muchachito menudo y pálido él, de Hazienda él, que está acabadito de llegar de Madrí, o de p'allá. Al modo trae la caña y la tansa listas, y con tal que tenga sus «dibritas de peso», lo mismo le da trabar una vieja, que una sama... Cuando le iban a dar «el parte»—«Si quieres saber, mi niña—quien la parranda ha traído, —Isidro le dan por nombre, Seballos por apellido»—, que yo estaba oyendo todo, al ladito mismo, ¡plán!, la puerta que va y se abre, y don Manuel, muy aseñorado él, que va y dise: «¡Caballeros, están ustedes en su casa! ¡Adrento!». Apenas les dejaron abrir la boca en el canto, usted Chanito, por-

que esas niñas son más nerviosas que voladores sin rabo. ¡Y la madre, no digamos...! Ahora sí le digo: a doña Aniquita le debieron haber ido con la alcagüeteadura por la tarde, ¿oyó?. Usté no me diga a mí, porque ellas estaban todas vestidas, aunque hisieron como que no... ¡Uf, ni que yo no las conociera! ¡Chicas saifías...!

Mi padre sacó un cigarro y no lo convidó. Canseco se quedó tan fresco.

—La verdá, usté Chanito, que es una vaina tener cinco hijas que son cinco tollos, y arriba pajudos, y más sobre lo amargo... Casón jariado, como quien dise, ¿oyó?, y que de no venir una guerra, o cosa semejante, ¡cualquiera lo fleta...! Por eso yo digo que le hallo su mérito a la traquina que se trae doña Aniquita por saldarlas. Lo mismo que encuentro feos esos choteitos en el Casino—¡que disen!— a costillas de don Manué, por si ha arrimao en banda las sebollas y la miel de Cuba pa meterle el pecho al negocio de los cinco casorios. Si don Manué juega p'al pie de su gente, hase bien, ¡qué carajo! El día que esté arrastrando la chola, se puede encontrar con una casa llena de solteronas teclosas, ¿no le parese?, que en lugar de revolverlo y eso, le viren el último tumbo con más espichos que un bardo. ¡Uf, quite p'allá!

Arrufando bajo el bozal, como si dijéramos, y ya en filis de la chabascada, mi viejo se le plantó.

—Oye, Canseco, ¿tú no tienes nada que haser?

—Pues mire, no.

—¿Entónses, por qué no te vas y coges el catre tranquilo, y descansas la lengua, que se te va a quedar como una tirijala en las últimas...?

—¿Yo ha estao hablando mal de usté o de su gente? —se picó Canseco.

—Connigo, no. Con otros, no diría... Pero bueno, eso no es del caso. Anda, coge jilo ya, ¿oites?, que me duele la cabeza.

Desfiló el agujilla, atorrado y rezongón, volviendo

a meter las huronientas narices entre los que aguardaban la bajada de la parranda. Entonces la armó, según después se supo, dolorido con el desabrimiento de mi padre. Los galanes tornaron a la calle tan apipados y optimistas que les dicen de ir a tomar Santa Cruz, vulgo «la Interina», para reintegrar la capital al macanazo limpio, y fletan y arman un barco, trayéndose, sino el Teide, por lo menos Las Cañadas. Pues en cuanto pasaron la portada, Canseco llamó aparte a uno de lo más resueltos.

—Oiga, don Juansito, palabra...—y engolfó al pollo en una orilla del rebumbio, hablándole con cazurro misterio—. Digo que si ustedes van a seguir la güaracha, pues que más vale que tiren pa dentro, ¿oyó?; como pa la Prasuela, los Remedios o La Lamea...

—¿Y eso...?

—No... Es que áhi está Chanito Monagas de servisio, ¿se da de cuenta?, y ya usted sabe que él es algo tiesillo, y eso. Está claro, dise que... Bueno, mire, yo no me quiero meter, ¿oyó?

—¡Habla de una ves! ¿Qué es lo que dise...?

—No..., que dise él como que si ustedes no llevan licencia y van a alborotar por áhi por donde esta él, pues que él no lo consiente, ¿entiende...?

Era bastante, ya que Canseco había tenido la malicia de sacar al más fosforito de la rumantela, pasándole aquella especie de mata de ortiga por sobre sus lomos nerviosos y estremecidos, de potro de sangre. Don Juanquito remeneó, gallito y jaquetón, por entre la marea viva de los rondadores, todos en piedras de ocho. Y cuando la pandilla, ya de pleno metida en bola, se arrancó de bajo las ventanas de don Manuel y doña Aniquita, iba con ánimo de reculada de carnero...

Entraron por San Agustín, sin concierto, rebumbiando adrede, provocativos. «¡Y sereno...!», cantaba uno con el más buscapleito de los tinetes. «¡Serenoo, nooo—saltaba otro—, que va a haber un pie de agua



de los que enchumban...!» El viejo se acordó de la guerra de Filipinas, de las peleas en las manigüas de Cuba, contadas con trolas y verdades por algunos que allá se partieron el espinazo y el miedo frente a los morenos o revueltos alzados. «¡Maná de insurretos!», murmuró remetido en el oscuro hueco del portal. Le volvió al pensamiento Ramón Mirabal, el Tumbaíto. «Dirán lo que quieran d'él, ¿pero que la entiende...?, eso es un hecho».

Anclaron los enfarrados mozos un poco por debajo de la casa de señor Conde. Fiel a su deber, el viejo creyó oportuno hacer acto de presencia. «Conviene que sepan que estoy aquí, de servicio», se dijo. Salióse de la portada, le tiró su manotazo al chisquero, dióle candelita al cartabuche y se arrimó un poco, al golpito. Cuando los del grupo lo vieron desplazarse con su apacible calma, rompieron con una isa de mucho trapo, dominada por el golpe agudo y brillante de los timples, que cantaban en la mano como gallos de pelea. Trinaba, también buscadora y salpicona, la bandurria, bien marcada en el canto por el golpe duro de los bordones, apulsados con intención, y que a mi padre le empezaron a sonar como rezongos de bardino... «¡Quiera Dios, madrina...!»

A la copa, que estaba ráida, le faltaba la gota de esta copla, cantada con una voz muy aseada, eso sí, pero con una intención de espicho de pita:

Soy del Valle de los Nueve,  
onde llueve y no gotea;  
a mi no me asustan sombras,  
ni bultos que se menean.

Y remató un chusco, coreando por lo vivo:

Por la calle p'abajo  
va una gallina,  
con el güevo en el culo,  
la muy cochina...

La copleja era así, pero al viejo le sonó que lo de «gallina» iba por él de arriba a abajo. Apretó el tolete de acebuche, hasta sacarle bofe, y caminó resuelto sobre los de la jácara. Al tiempo que él, alcanzó la orilla del corro de alegres trasnochadores la gran figura de Roque Morera, «el bardo popular de la ciudad», como lo llamó algún picado de literatura, gran cabeza, gran andador a la briba y gran amante de la noche transpuesta y la amanecida insulares. Mi padre pensó que el poeta podría ser el alivio del cólico miserere que de modo tan repentino y enconado había trabado presa en su barriaga de sereno.

Pero algún niño de las Casas, nacido en pañales de lince, amamantado con leche de lince y que en lince fué criado, a fin de que pudiera mantenerse, lo mismo en el dominante machito familiar, que en la cabecera de los entierros, en la directiva del Casino y en el finchado porte del Pendón de la Conquista, un niño de las Casas, le digo, se tiró sobre el momento como un rehillete: alargó a Morera una botella de un vino de fuerza. El bohemio trincó el envío con mano liviana y garbosa, le acercó las narices, olfateándolo con técnico señorío, y lo levantó en vilo con el mismo gran aire... Y ya dispuesto a beber, improvisó, como tantas veces lo hiciera, colaborando ahora en el lírico repente mi padre, sin querer, naturalmente. Saltó Roque:

Tanto daño me hagas,  
como miedo te tengo...  
No es por ti, Monagas:  
hablo al vino luengo  
que en vilo sostengo...  
—Por cierto, ¿no tragas...?  
—¡No trago!  
—Me avengo.  
¡Lo pierdes... y pagas!  
Y otra vez prevengo:  
¡Tanto daño me hagas,  
como miedo te tengo!

—¡Chica cabeza, caballeros!—comentó Canseco, apopando al artista, y empajándose al tiempo de satisfacción ante la zaragata que estaba formando.

Roque Morera cerró el injerto mandándose de gollete un largo macanazo. Lo paró demandado por el resuello. Cuando lo cobró y dió con la lengua un gustoso latigazo, se pegó de nuevo, tragando despacio y tanto, que parecía no haberlo probado nunca.

Perdida aquella baza, el viejo resolvió jugar para el pie, aguantando hasta ver qué daban de sí las cartas flojas que mantenía frente al tres, caballo y perica de sus repentinos enemigos. Jugaría de bichos y ganchos, y si había que dar un cañazo, lo daría, pero cuando aquel «envite» estuviera reventando por las ocho piedras...

—Hagan el favor, caballeros. ¿Tienen lisensia?—preguntó mansito, pero severo.

—¿Y a usted, que le importa?—se enroscó un pollillo rubianquito y menudo él, que solo, no aguantaba ni el amago de una cachetada.

—¿Lisensia dise usted?—preguntó otro, haciéndose el intrigado—. ¡Qué raro, cuando aquí no llevamos escopetas...!

—¡No peguen a avasallar, caballeros, no peguen a avasallar, que yo no quiero conducermas, ni escorrosos, ni nada, sino la ley!, ¿tamos...?—advirtió sin botarse todavía, pero dando unos pasos atrás para abrirle campo a la macana, ya en flor de envío.

Roque Morera dominó con un gesto amplio de su mano la creciente marea. Dijo, declamando sonoro sobre el silencio repentino de la comparsa y el abacorado corazón de mi padre:

Sereno a tí te llamaron,  
¡y a fe que es incomprensible!,  
pues con tolete temible  
tu mano peluda armaron.  
Muy mal te denominaron,  
autoridad nocturnal.

Mejor le va «temporal»  
al gajo que te soltaron  
y a tu genio de animal...

Al viejo le dolió aquello, pero lo encontró sabroso. Tenía mi padre una vena de artista, aunque finita y trasconejada, como quien dice, y ante cosas de esta tea y de este perfil, estaba perdido... A cualquiera otro le hubiera tirado, sin más, «a modo de tocinete», como después se diría; pero a Roque Morera, a aquel hombre de tan viva chispa y de tal garabato personal, él no podía abrirle el coco de un acebuchazo, aunque estuviera respaldado, no ya por el alcalde, sino por el mismo rey de España. Sabe Dios si con un golpe podría liquidar una vena poética que era como la heredad de Telde, y cuyo torrente había que conservar, no sólo para gloria de Gran Canaria, sino para envidia de Tenerife.

—Mire, Roquito Morera—le habló mi padre, casi suplicante—, usted no se meta en esto, ¿oyó?, por lo más que quiera... Usted es harina de otro talego, aparte que no venía enganchado en este carro...

—¡Oiga, guindilla, esq de carro tiene sus más y sus menos!—revolvióse, avispado, don Juancito.

—Es un dicho. Yo no ha querido fartar a nadie.

No obstante la satisfacción, el Juancito y tres o cuatro más se le abalanzaron, galleantes y farfantones.

—¡No se boten, no se boten... que a lo mejor hay todavía tiempo de arreglar esto sin repujones... y lo que cuelgue!—recoló el viejo, aún mantenido.

Se enzarzaron los pollos en una discusión con mi padre. Los otros, entretanto, se rascaron sus folías, destempladillas por cierto, ya que nadie estaba para poner a punto calacimbres, tripas y entorchados. Levantóse en medio de la calle una empotajada bulla: música de una parte, cantos y voces calientes de otra... Pegó a despabilar el personal vecino, y muchos se ti-

raron de los catres, ya recalentados, porque pudo más en ellos el belingo que el tibio acotejo.

Don Juancito interrumpió el acoso del municipal para volverse sobre la ronda.

—¡Canta, Roque!—gritó al lírico templario, que había seguido bebiendo sin importársele un pito de la contemplada «guerra fría» en vísperas de caliente, como ahora se dice.

Canseco, que estaba a la banda del tragador y alegre poeta, echó su brazo a la candela. Cucó a Morera.

—¡Venga, Roquito, destátese como usted sabe!

—¿Hay por aquí alguna niña de compromiso...?—preguntó, entreverando la sorna con la seriedad, el en aquel momento bardo por partida doble, ya que tenía a flor de lengua un cantar como un espicho.

—¡No se ocupe, usted Roquito!—lo atizó Canseco, dispuesto a empotajar aquello más—. Cante lo que le dé gana, ¿oyó?

El vate callejero se escamondó entonces el pecho, bronquítico del tabaco, los largos relentes y la marécía. Cantó:

Anoche, a la media noche,  
la media noche sería,  
te estaba abrochando un broche,  
hermosa paloma mía.

Acabó de llenar la cachimba uno de los escachados de la farra, que estribilleó vibrante:

Amontá en bicicleta  
quisiera verte,  
que me han dicho que amontas  
devinamente...

Aquello fué entonces «Tenoya», como, en lugar de Troya, decía en el Casino nuestro amigo el cosechero de Los Barrancos, que se había comprado los seis gran-

des y gordos tomos de una Historia Universal para hacerse en el lomo lo que Mariquita Alifonsa—«Señá Mariquita—de Tamaraseite...»—le hacía a sus pinchudos y famosos bizcochos: lustrarse. Porque es que ocurría que en la casa ante la que la tropa se había congregado vivía Juan Santana, un mampostero trepado a maestro de obras, de unas porque el hombre era trabajador y comechoso, y de otras porque lo protegió «el partido»—don Juan de León y su gente—, al que fué fiel como un perro, lo mismo cuando el jefe navegaba de altura y con todo el trapo hinchado por una brisa gloriosa, que cuando, por aquello de que «cada cien años caen los muros y crecen los bardos», entró de mala manera con la quilla en el marisco. (Que hasta el saludo en el teatro se lo negaban—¡dígame usted!—los mismos que le lamieron... aquello, cuando en Canaria era él, después de Dios. ¡Chico ejemplo de ingraticudes y espejo de mudanzas, amigo mío...!)

Pues maestro Juan Santana tenía una niña criticada. La verdad que por boberías. Como era única y sacaba la vena inquieta y trepadora de su padre, la chiquita cogió vuelo en su inclinación pajarera. No era fea y tenía hasta su reburujón. Le tiraban los militares y se dejó querer de uno que, porque en su tierra de más allá del mar se estilara, o porque fuera sobajiento de por sí, cuando la despedía en la puerta, arrente de Oraciones, le cogía la mano y se la masajeaba así como dos minutos y medio—nunca llegó a los tres, porque hubo quien, desde una ventana de enfrente, cronometró la soba al segundo—. Luego, en dos o tres ocasiones, la vieron entrar en casa después de las ocho dadas por la Catedral... La cogieron en lenguas y hasta le dieron su dones, todo de boquilla y soplando la rana, porque ya sabe usted que aquí la gente de una escama hace una sama.

Fué por esto que al cantar de Roque Morera le encontró maestro Juan Santana «idea torina», según se

dejó decir en la carpintería de maestro Ventura Quintana, una tarde que lo pulpearon, hasta sacarlo «de marisco», con la maña habitual que ya sabe tiene el isleño para meter el gancho....

Casi al pie de la copla abrió el hombre la ventana de un empujón violento, apareciendo en lo alto en camiseta y despeluzado. Caliente como un chino, se dilblusó sobre la calle, salido hasta casi las rodillas.

—¡Bandíos, hijos de mala madre, berringallos de los infiesnos!—gritó tremendamente encochinado—. ¡A mi hija no le abrocha un broche ningún comemierda de los que están áhi debajo...! ¡Tenía que ber tenío una escopeta y fajar a tiros con toos ustedes, maná sorrollos, pa que fueran a cantasles a sus madres di ustedes...! ¿Y el monisipal, qué...? ¡De monifato está, por los modos! ¿Pa qué quiere la autoriá y la macana que le han dao...? ¿Pa caldo? ¡Se conose...! Pero mañana van a saber ustedes quien es Juan Santana! ¡Todos, la inclusive el papagüevos—porque no es más que eso: un desgrasiao papagüevos—que tienen aquí de monisipal!

Mi viejo sintió en los costados la misma comezón de un caballo que aboca de pronto una llanada y siente hurgando el hierro... Se le vino la sangre al tino. Tenía delante a don Juancito. De pronto alzó por el palo y ¡rián!, le tiró una mandarriazo de lujo, tumbándolo como un cortacapote. Después distribuyó algunos toletazos más. Pocos, porque cayeron arriba de él como cigarra en sembrado. Desapareció bajo una montaña de galiones. De allí lo sacaron al cabo algún otro guardia y gente pasajera, que acudieron a la bulla del potaje...

Tenía una achocadura grande desde arrente del pelo a una ceja, una chabascada en una oreja, un diente de menos y algunos padecidos magullones en el costillaje. Los de la parranda salieron a espetaperros, pero quedó un tumbito de goledores. Y hablando, hablando de la ocurrencia, cuando mi padre explicaba cómo llegó la pita a orillas suyas y cómo se fué luego enredando, así

como la liña que él largó para evitar la trapatiesta, uno de los belingueadores—cierto jediondo de La Placeti-lla, que sabe Dios si dió leña cuando la hubo—dijo:

—Es que Canseco fué con el cuento de que usted bia dicho como de que en su jurisión no se cantaba más que la hora, y que esa la cantaba usted, y nadie más que usted. Los niños se pusieron entonses salpicones, ¿sabe?, y en lugar de tumbar p'al Terrero, que es a donde iban, pa cantarle a una chiquita del Ingenio, de estas de la caña dulce, que está allí ca unos tíos, pues tiraron p'aquí, arriba de usted, más bien...

—¿Ah, sí...? ¡De modo que Canseco!, ¿eh...?—dijo mi padre, sintiendo que ni la brecha en la frente, ni el diente, ni la presa, ni nada le dolía ya.

Vió desprenderse del fondo del grupo, como un perro ladrón, al falso alcabuate. El indino se había querido gozar la montada hasta las mismas raspas. Agazapado entre los sombrajos de la noche sin luces, sin sospechar que iban a destaparle el juego, se estuvo allí, apurando «el deleite», que diría maestro Pepe Quintana, el grande, inolvidable carpintero de la esquina de los Reyes con Juan E. Doreste.

Mi padre abrió carrera tras él. Canseco se metió por detrás de la Catedral. Y delante de la Rambla desapareció como por mano de brujas. ¿Había tirado por la Herrería...? ¿O tumbó por Colón para alcanzar la marea, atorrando allí el bulto hasta que se hiciera un jacio...? «Lo mismo ha salido al puente»—pensó mi padre un momento perplejo, acordándose de que tenía el cubil a la subida del Risco. De todas manera acabaría por recalar allí. Apretó sobre La Alameda. Y pasada un poquito la botica de Las Cadenas, vió un bulto fugitivo. Eslapó el viejo de nuevo. Cuando pusieron las zancadas en el repecho que acaba ante la ermita de San Nicolás, Canseco iba tan entregado que la lengua le llegaba al tercer botón del chaleco. Lo trincó el guardia ante las escalinatas de San Justo.



—¡Chanito, no me pegue!—suplicó hecho un renque—. ¡Mire que no tengo más que güesos, y si va y me rompe arguno, se compromete! ¡Mire que tengo muy buenos amigos curiales...!

—¡Yo también!—le replicó mi viejo, al tiempo que le quitaba los gordos espejuelos y se los guardaba muy cuidadosamente.

Le dió una entrada de cachetadas que se sucedieron hasta que su mano y los besos de Canseco estuvieron, la una, como manilla de plátanos mayeros, y los otros como papas de riñón. Pegando al escenario de la gentina vivía una tal Petrita la Regañada, a la que así llamaban por tener un remango de conejo en el labio de arriba, cosa de nacimiento, y no de mordida, que, decían las lengüillas de la tierra, le tiró un cierto bardago cuando era nuevita. El viejo le tocó a la Regañada.

—Dispense, Petrita, que la alevante a estas horas, pero es que quiero servir un antojo de unos que están aquí en La Lamea, y que van de caldo de pescao pa La Laja. Resurta de ser que necesitan una pimientita de esas de la mala palabra, ¿sabe?, y la llamo a ver si usted me la suelta, que mañana, sin falta, se la devuelvo yo.

—¡Esús, usted Chanito! Más a usted que lo conosco. Pida por boca, cristiano. Aguántese un pisco, que a tiritito se la traigo.

Mientras la vieja fué por la pimienta, mi padre arrastró, retirándolo algo, a Canseco, que estaba en el suelo como una chopa de vivero. Una vez con la «prevención» en su poder, el viejo tiró del estropeado agujilla hasta los quiciales de la ermita de San Justo. Allí le sacó la lengua y le dió tal restreguina, que la pimienta de la Regañada acabó como un papel de fumar. A Canseco se le paró después la taramela tanto tiempo, que le crió berros.

Y a las claras, como le dije algo más atrás, mi padre recaló en casa, entrapado, ojeroso, caídas las alas del corazón...



A aquellas horas—poquito después de estar en planta nos llegaron los primoreados sonos del alba en la Catedral—celebramos «consejo de familia», en el que yo también tomé café y la palabra. Mi madre, con su genio templado y vivo, tan oportuno y feliz para cuando los chochos se viraban amargos, preparó en tres patadas unas tacitas de un caraqueño que ella tostaba mejor que nadie y que, hecho a la cubana, lamía las escudillas y se «quedaba», igual que se quedaría una meloja. El padre hizo boca con un golpito de ginebra, que fué mano de santo sobre el natural desconchabo de su pomo, y sobre el frío que la pendencia, la carrera, los golpes y la amanecida le fueron metiendo en los quebrantados huesos y en la poca—y abajada—sangre que le quedaba. Después hablamos.

—¡Pues esto se acabó!—dijo mi madre de repente.

—¿Cuál es lo que se acabó?—preguntó el viejo todavía traspuesto.

—¿Que cuál se acabó? Pues lo de ser tú monisipal. Hoy mismo te quitas de eso. Ahora, en cuantito largues el informe y te repares, tiro yo a ver al sagento, o al señor alcalde, o a quien sea, ¿entiendes?, y les digo que se busquen otro, y que lo vistan de machango, y que lo larguen por ahí pa que lo maten de noche. ¡Lo que es a ti no te avasallan más ni los niños de las Casas, ni los cochinilleros, ni los laméculos que van tras de ellos al lambuseo! ¡Fartaría más...!

—Bueno, mujer, piensa que...

—¡Ni piensa, ni pienso! ¡Tú no te vistes más de atcagüete del Ayuntamiento, como Epifania Cabrera que me llamo!

—Sí, padre—tercié yo, algo asorimbado, porque la verdad es que nunca me atreví a meter la cucharada en las cosas de ellos, aunque me afectaran a mí, ni siquiera cuando él se encochinaba y la pobre madre se entregaba amargamente a una llantina, hasta ponerme el corazón como una almendrita mollar—. Largue eso ya, usté, padre, que no le da más que requilorios y poco dinero.

—¡Poco dinero...!—suspiró él—. Pues si me voy de la guardia, ¡mira...!: amárrame ese cangrejo...

—¿Pero es que tú sos un hombre, o un sarasa...? —saltó mi madre, de verdad corajienta—. ¿No has podido haserle frente esta noche a una manada de bardinos sueltos...? ¿Y con ese bitoque en la cabeza y molido de patadas no le diste una corrida en pelo al agujilla del Canseco, y le pusistes los besos como un lebrillo entre los cachetones y la pimienta...? ¿Tonses, qué...? Esos bríos son mal empleaditos en un trabajo guerrero de estos. Hay que emplearlos en otra cosa.

—¿Pero en qué cosa, muchacha...?

—¡En el turrón, padre!—exclamé iluminado, con la alegría de un descubrimiento—. Haremos turrón, usté, madre y yo. Y haremos el mejor turrón de las siete islas. ¿Asunto de qué tenemos que vender el de Dominguito Candelilla y no el nuestro...?

Mi viejo me miró despestañándose, con unos ojos grandes y estupefactos... Le estaba entrando despacio la idea de que yo, tan pendejo, había alumbrado un camino nuevo en nuestras vidas. Mi madre nos miraba a mí y a él, alternativamente, refrenando su gozo, tragando saliva para no dejar que rompieran las lágrimas de orgullo y esperanza que le bullían calientes a flor de sus ojos pardos, todavía hermosos. Salió de la dulce

congoja con un detalle para mí, un pequeño y grande homenaje al hijo desvelado y hombrito, que de pronto le tiraba un cabo certero y firme al bote familiar, enmarejado y revuelto en un mal jafío. Dijo, sirviendo con la mano alterada por un temblorcito:

—Bébetelo otro pisquito de café, Pepe, que entodavía está calentito...



Tenía que haber habido un besuqueo, algún mojito—disimuladas las lágrimas, porque era gente fina—, los consabidos apretones de mano del personal al que por tener bigote y demás le estaban vedados aquellos melindrosos extremos... Y por último, una despaciosa dispersión de los convidados y goledores, los unos y primeros para volver a juntarse en un buen pizqueo de boda, y los del belingo para retornar a sus humildes gazaperas. Tenía que haber habido una carita dulce y transpuesta, de Virgen de Luján—la de la novia—, y una cara larga y grave, de hombre que cogía un bergantín para La Habana y no sabía lo que lo agüaitaba tras las esquinas de los treinta días de marea—la del novio.

Pues no hubo nada de eso. Hubo otra cosa que yo creo que no se plantea ni en los romances, ni en las novelas.

Nos quedamos asmados cuando vimos que de repente, y según rebasó el umbral de la iglesia, la novia abrió carrera, lo mismo que una potrilla espantada, y se perdió bajo los manchones oscuros de los árboles de La Alameda...

Estaba acabadita de dejar las gradas de Nuestra Señora de la Portería, donde don Casimiro, el viejo párroco, había declarado, después de cantarle a los dos las cuarenta del caso, que ella y el tieso mozo que estaba a su banda eran ya marido y mujer. El padrino era

don Benito Arocena, un caballero del Casino, de blanca y acicalada barbita, pantalón acañado sin vuelto, zapatos color avellana altitos de talón y finitos de puntera, bastón repulido de leña buena y un callo de los que esta gente medio muerta de las fuerzas vivas administra como si fuera un don, hasta el punto de que no sólo no les descompone el tipo, sino que les arrima prestigio, por meterles el andar en un respetable compás de trono. (¡Tenía usted que haberlos visto pasar Vegueta transformando el juanete en señorío!) El señor de Arocena, que estaba siempre compuesto como los tollos, pero que iba en la ocasión así como de «mírame y no me toques», andaba por dentro igual de esmerilado. No le extrañará, pues, que se quedara más tieso que un difunto ante el sorprendente espantón de su ahijada.

—¡Pero, bueno!, ¿y esto qué es...?—logró exclamar cuando le volvió la sangre al cuerpo.

—¡La fin del mundo, Benitillo!—pudo responder doña Chona, la madre de la fugada novia, antes de derrumbarse en un fatuto que le aguantó, a ratos echadito y a ratos salpeando como pescado en orilla, desde las nueve hasta las once dadas por la Catedral.

Por cierto que en el curso de esa privazón fué tanta la tila y tanta el agüita de azahar que le achicaron, forzándole los dientes trincados con una cuchara de cabo gordo, que hubo que quitarle a escape la faja de ballenas con que aliviaba el rebose de baña y morcillones a que la trajeron los años, los pucheros y los cestos de brevas. También tuvieron que hacerle la respiración artificial, que entonces se practicaba afianzando las rodillas contra el bandullo, porque fué como si se hubiera caído a la marea y hubiera tragado buches en demasía.

Pero vamos a cogerle la punta a este ovillo. Por Vegueta tenían su casona de toda la vida los Matos, gente de lustre en la ciudad. El cabeza del viejo tronco era en este tiempo don Nicolás, segundón de la amayoraz-



gada casa, que por desaparición del primogénito a manos de piratillas moros, cuando volvía de un viaje a España, acabó heredero de mansiones y tierras: cortijos en muchos puntos cumbreños, suertes grandes de millo y papas por pueblos de cerca y lejos, campos de parras sobre buena tierra piconera de las medianías... Todo se lo halló al recalar de la América, adonde lo había tirado una de sus ventoleras.

Don Nicolasito, como lo llamaron de nuevo y siguieron llamándolo de cotorrón, fué un pollo raro, con repentes y virazones que yo creo que ni él mismo entendía. Alto, trigüeño, de pelo abundante y revuelto que se le venía a la frente, el rostro despejado y los ojos graves y como ardiendo en el fondo de un cerco particularmente umbrío, fué mozo de dominio y raro atractivo, sobre todo para ciertas mujeres. Pero el casacón producía al tiempo malestar, un malestar en el que entraban desconcierto y miedo por partes más o menos iguales. Como tenía días, la gente de su casa, sus amigos del Casino y las niñas de su círculo lo hallaban en ocasiones «amoroso y simpático, que daba gusto». Llegaban entonces a olvidarse de aquella vena que cuando menos se esperaba le tiraba como golpes de brisón a la cabeza, sacándole remangos y acciones de potro nuevo y vicioso, o lo metía en calmas plenas, empanañándolo entonces en la galbana de un barco sin viento.

Por tiempos se enzurrónaba, no abriendo la boca sino para beber como un fonil. Y las mamadas eran tan espesas, que los mozos del Gabinete, o las niñas ruines—si lo agarraba la demasía Fuera de la Portada—lo enrollaban en una alfombra medianita, dándole vueltas hasta dejarlo así como un huacal, lo metían en el fondo de una tartana, que solía ser la de Angelito Pata Loro, ya traqueado en tal flete, y lo mandaban para su casa. El tartanero metía tranquilito la retranca delante de la puerta de don Nicolasito, daba en ella unos lambriazos

con el rebenque, y cuando asomaba por la azotea la retundida y eterna criada de la casona, gritaba invariablemente: «Abaje, que aquí traigo esto.» Aparecía la sirvienta, bamboleante del reuma, tartaja y legañosa del sueño, y también decía siempre lo mismo: «¡Bendito sea Dios...!»

Entre Pata Loro y la mujer sacaban al pollo, que quedaba depositado en la acera. Luego el del acarreto decía: «Desenróllelo, que tengo que cobrar y devolver la alfombra.» Halaba de un lado la criada y don Nicolás rodaba tieso como un rolo. Entonces Angelito rebuscaba en su chaleco, sacaba unas monedas, que religiosamente mostraba a la sirvienta; volvía la alfombra al fondo del carruaje y se alejaba al golpito, dejando el mandado sin el más ligero aspaviento, y despidiéndose: «Hasta más ver, que son señas de volver.»

Otras veces le daba al caballero por ir a la iglesia, dejándose en estas ocasiones la barba. Entonces no había novena, quinario, ni triduo que él no se gozara, transfigurada la expresión, calientes de una calentura que nada tenía que ver con médicos los oídos, todo él respirando la compuesta y gozosa humildad de uno de esos padritos franciscanos que misionan por tierra de jarandinos y que parecen arcángeles vestidos de estameña. En otras ocasiones lo atraía el campo. Se enterraba en las fincas y las labraba como cualquier mauro, levantándose a las claras y tumbándose, al pie del humilde potaje, sobre un colchón de avena tan merchado y desigual, que agarra, no ya a un cristiano, sino a un tenique, y lo levanta vuelto un puro pugido. Cuando tenía la vena campurria, no se le veía el pelo en dos o tres meses.

Tuvo desapariciones bastante más sonadas, algunas a Madrid, donde dicen que se echaba la tierra por encima, y otras a Cuba, desde cuya orilla saltó a Venezuela, y también en Caracas dió que hacer y que hablar.

Contaban que en Madrid, y durante uno de esos inviernos de tembleque y gota que se dan ahí—de los que Dios nos libre y guarde—, pasaba él de amanecida por la Puerta del Sol cuando se le acercaron dos desgraciados y le pidieron limosna. Don Nicolasito, que se había quedado lambiando después de una noche emborrascada, le dió al uno el abrigo y al otro el saco. En mangas de camisa llegó al hotel, y a poco de acostarse pegó con un jalío de muerte: al doblar de alguna esquina, la pulmonía le tiró un heridor revuelo, clavándolo tan malamente, que si no lo rindió fué porque nadie se muere la víspera, sino el día, y éste no estaba en el taco de aquel «candelario», como llamaba al almanaque nuestro amigo el cosechero de Los Barrancos.

Pues igual le hacía a usted esto, que se entraba por entre los chulos de ese barrio que allá llaman Lavapiés, y que tenían fama sonada lo mismo de castizos que de escupir por el colmillo.

En una ocasión se metió a lo peor: a seguirle el rastro a una cierta machorrita, de nombre Paloma, como una Virgen muy milagrera y querida de aquella parte, y que era de oficio modistilla o cigarrera, empleos en que parece se ocupaban entonces las pollitas de los barrios cortesanos, y con los cuales, al tiempo que empezaron a hacerle la mismísima... competencia al hombre, llenaron la calle y hasta el teatro del buen aire que dicen corre en Madrid, un aire que le trajo alegría, pimientilla y garbo. Esto representaba, más que otra cosa cualquiera, «jugarse el tipo», como, según le he oído a Curro el Peninsular, dicen allí. Así se lo advirtieron a don Nicolasito no sólo sus amigos, sino también unos guapos del coto, y hasta la mismísima chulapa a la que dió en arrullar. Dijeron los isleños: «¡Abre el ojo, no sea que vayan y te cojan el lomo!» Le dió un toque algún majo, en nombre y representación del vedado, y al tiempo que se limpiaba despaciosamente las uñas con un naife de Albacete de cinco golpetillos: «Ahueca,

que es que vamos comprimidos... Amos, que sobra uno. Y da el casual que es el de enfrente...» Lo avisó la misma Paloma, entre temosa y consentida: «¡Que no te metas, Nico; que la metes!»

El paisano le dió cara a la amenaza, serenito y templado. Una noche se asomó a la taberna de un gallego donde paraba el valentón de la larga y saltona navaja, en ocasión en que estaba la vinatería completa de jaquetones y medias mamadas...

No le había dicho a usted, y quiero señalárselo antes de seguir adelante, que en alguna de las rebelinas de su genio, don Nicolásito aprendió a luchar acá en su isla. Llegó hasta a tirarse, en salidas por caída, a los terreros del barranco, cuando el cauce del Guinigüada fué campo de espontáneas, limpias y apasionantes pechas, costándole por cierto estos arranques disgustos familiares. Su padre, que dicen recitaba muy bien a Zorrilla cuando se bebía unas copas, lo llamaba entonces «plebeyo» y «villano». Aparte trastear con geito toda suerte de luchas, el hombre tenía tres especiales: una airosa levantada, una peligrosa burra de garabutillo y una media cadera digna de aquellos dos machos que fueron los Sosas, Laureano y Pepe, de la pila de Telde. Naturalmente, los de los madriles ni barruntarse estas artes del intruso y bravo isleño.

Arrimó el paisano el temerario tipo al cinc del mostadorcillo, lamido de agua quieta y fondajos de tintorro. Gruñeron en torno y él no se enteró.

—Pon Ribeiro—pidió—. Dos vasos: uno para ése—y señaló con un gesto sonriente al jaque—y otro para mí. Los demás mierdas de la concurrencia, si quieren beber, que lo paguen.

La parroquia de perdularios se quedó asmada ante la audacia y la firmeza del desplante. Se agacharon todos, por lo pronto, y se aliviaron plantando la atención en el convidado. Saltó éste al cabo.

—Yo no chateo con señoritas vestidas de señoritos...

—y se cogió las solapas, esponjándose el pecho dentro de la chaquetilla—. Además, aquí no hay na que beber. ¿No es verdad que te s'acabó el vino, Mariño...?—dijo con intención al tabernero.

—Pues...—suspiró el gallego, que era un hombre pacífico y alegre, al verse como de relleno de aquel games de pan bronco.

—¡Pon los dos vasos que he pedido!—le ordenó sombrío, con fuerza y sin gritos, el isleño.

Cayó derramándose el espeso tintorro. El buchínche estaba todo alerta y en vilo.

—Bueno, todo para ti—dijo don Nicolasito, al tiempo que cogiendo un vaso en cada mano lanzó como un rayo a los besos del castizo los dos golpes del morapio.

Tiró el guapo de navaja. Mientras la abría, despacio, el paisano voceó a la comparsa de bebedores:

—¡Nadie se meta en esto, que es cosa de los dos!

Y le buscó al otro pelea a manos limpias. Tiró el de allá un viaje en vano, hurtado el cuerpo que buscaba por un limpio quiebro. Voltearon despacio, como dos gallos en tanteo, en medio de un corro en tensión, pero callado. Saltó de pronto el chulo, con el brazo armado en alto. Y se perdió. Metiéndosele debajo y saltando a su vez, don Nicolasito logró trincarle la muñeca. Luego, de dos sacudidas le hizo largar el naife. Entonces se le fechó y como quien juega le dijo: «Te voy a enseñar a luchar como se lucha en mi tierra.» Lo trajo al centro y lo obligó, primero, a agarrar como Dios manda, y después a bajarse.

Le metió una levantada alta y hermosa como un pino, entalegándolo sobre el cemento del piso, que debió haber tenido su golpe de sudor. Tiró de él y lo puso en planta en menos que se dice, trabándole ahora su burra de garabaillo. Se oyó un penoso pugido arrente del tremendo y segundo talegazo.

El chulo quedó pidiendo agua por señas. Y el pollo

canario reclamó para el vencido aguardiente, un vaso grande de aguardiente.

—¡Ahora te viene un golpito de perilla, porque ahora tienes ganas de beber! ¿A qué sí...?—y le lanzó a la cara lo servido.

Se oyó zingar un vaso por entre el aire cuajado del tabernucho. Don Nicolasito lo sintió estallar en su cabeza. Medio tuntuneando vió después cómo los de la camada, hasta entonces quietos, le caían arriba todos a una. Pudo abrirse paso a empujones y logró refugiarse un instante tras el mostrador. Desde allí lanzó unas botellas, que hicieron blanco y abrieron brechas. Se acordó de algo que había hecho más de una vez en los bailes de taifa de los riscos de su tierra, cuando era moda que los segundones y sus cuadrillas fueran a valsear y a rebumbar en ellos hasta rematarlos como el rosario de la aurora: quitóse rápido la chaqueta y le soltó un certero viaje al candil desmayado que desde un alto tiraba más visajes que luz sobre la pelótera.

Se amasó un oscuro pinchudo. Por entre él, y a patadas y cabeas, a piñas y a chabascañas, se escurrió el pollo hasta ganar la puerta. A poco dejaba atrás dos laberintos: el de la tabernilla del gallego Mariño y el de las callejuelas del viejo barrio. Se subió las solapas, como si viniera en un entierro del Puerto; se metió las manos en los bolsillos, y silbando una habanera que estaba de moda ganó el centro de la ciudad, caminó de su hotel.

También por tierra venezolana le pasaron cosas de cierto mérito.

Cuando don Nicolasito recaló por Caracas, funcionaba allí una especie de casinillo, fundado por nuestros isleños emigrantes. Estaba en la esquina de la calle del Padre Sierra, pegadito a una confitería que llamaban

La Colonial. En él se reunían los paisanos a jugar, mayormente al tresillo, el envite, la sanga y etc., mezclados canarios y chicharreños, conejeros y gomeros, palmeros y majoreros... Como es natural, se bebía recio y se jugaba fuerte. Estaba a punto de lamedor el pleito grande de la División de la Provincia, que «El Diario de Las Palmas» escribía con mayúsculas, cosa que creo debería hacer usted también, en respetuosa memoria de nuestros ardidos y ardientes abuelos, lo mismo de los que se fueron a la tierra con las ganas, que de los que la alcanzaron a fuerza de ronqueras, telegramas y voladores. Pues cuando los del «suero aseo», el mucho beberío y el mal perder se soliviantaban debajo de cualquiera de estas espuelas, el pleito de la capitalidad—la Interina y «la enrala», los chicharros y «lan don», la Candelaria y el Pino, enfrentadas también como patronas—salía a flor de los ánimos, vueltos cerros, como los vidrios que en éstos se espichan.

Los tales rebosos solían encalmarse a su tiempo, igual que los de la mar, desahogada la gente las más de las veces al modo de las mujeres: por la lengua, y las menos a la piña limpia. Pero estando una noche don Nicolasito enfrascado en una partida de tresillo que se le venía dando con el viento de proa, mientras unos tinerfeños se empajaban a ganar, al pollo no se le ocurrió otra cosa que decir:

—Las fichas con que jugamos en el Gabinete Literario de la Muy Noble y Muy Leal Ciudad del Real de Las Palmas, la antigua, única y verdadera capital del archipiélago, son mejores, o séase, más finas que las que usan en Santa Cruz. Quiero desir, en la «Interina»...

Fué más que un espicho: fué el remate de una pita, largo, negro y acerado... A las pocas palabras de réplica y contrarréplica, pronunciadas en tal diapasón que en cinco minutos había en la esquina del Padre Sierra un genterío como el del paseo con fueguillos de San Pedro Mártir, los isleños se fajaron al moquete.

De las trompadas pasaron a los silletazos. Se dió cuero como quien lava.

Y una vez que el número de combatientes disminuyó, porque fueron cayendo derrengados o achocados, los supervivientes de ambos bandos dirigieron los restos de la marimorena sobre los muebles y adornos, a sabiendas de que los habían regalado ricachos de unas u otras islas. Al modo creían que una repisa o un cuadro eran tan divisionistas como don Pedro Bonello, que en paz descansa, y al que pongo como ejemplo de joven paladín del pleito. Empezaron a salir por las ventanas cortinas, sillas, cuadros, mesas, barajas... Por último, trabajándole la embocadura, como quien saca un muerto por una escalera angosta, los de Gran Canaria encajaron a través de una ventana, haciéndolo cabacos contra los adoquines, el piano de cola del casinillo, donación de una doña Teodofina, de La Palma, casada con un tal don Eustaquio, de Realejo Bajo él, poeta de renombre en su isla y entre la colonia venezolana, que tenía versos muy nombrados a las Cañadas del Teide, a Nuestra Señora de Candelaria y a las calles con lluvia y canónigos de la ciudad de La Laguna. Luego arrimó la lira y le entró al comercio, ganando con el cambio lo mismo aquella que él, según decía uno de Arrecife al que don Eustaquio «le caía gordo». Todavía decía más el aguzado conejero: que doña Teodofina sí que regaló el piano, pero fué porque le cogió repugnancia a la música durante el embarazo de uno de sus catorce hijos. Tampoco se puede hacer mucho caso de esto, porque el pique divisionista lo apasionaba todo.

Don Nicolás dió leña como quien tuesta y lleva al molino, pero fué también alcanzado por el componte a manos de un tal Zurita, del peñón de enfrente él, que se le arrimó «de secante», como ahora dicen en el fútbol, trabajándolo con tal suerte que lo dejó para caldo y paños calientes.



Ni que decir que el choteo rebasó Caracas, ganó La Güaira y se entró, como la manta caliente de aquella tierra, hasta el mismo Llano. Comentando el batifondo, según dicen los «ches» por El Plata y La Pampa, un venezolano que fué en su país medio personaje, decía: «Sepa, catire, que los isleños son piores que los venesolanos pa armar güachafitas.»



Estos escorrozos y ciertas costumbres insulares dieron pie para que algunos periódicos caraqueños se tomaran a coña la colonia canaria. Sabra usted que muchos de nuestros maúros emigrantes, pusiéronse a plantar millo, que dejaban medrar sólo hasta vísperas de la piña. Entonces segaban, cargaban un burrito del palote con la hoja—que por allá llaman «malojo», y a su vendedor «malojero»—y salían a vender por pótreros y ranche-rías su jugoso forraje.

Pues un día, un periódico de allí, que me parece recordar lo llamaban «Diario de Avisos», soltó en sus columnas una especie de abejón del culo blanco a cuento de este humilde, pero honrado oficio. Dijo así como que el mojino, el isleño y el gajo que en función de rebenque llevaba este entre manos, eran tres cosas diferentes, pero una sola en esencia, añadiendo que esa «trinidad» ofrecía a la tierra llanera «una caricaturesca estampa rural». Los paisanos se calentaron ante aquella insinuación de que el isleño, el burro y el tolete eran una misma cosa, respondiendo con una andanada literaria, que redactó y sacó en papeles Salvador Machado, un tinerfeño de buena cabeza y fosforito, a quien por esto los de islas le regalaron una muy aseada pluma de oro.

Pero don Nicolasito creyó que el director del periódico, quien personalmente escribió la sátira—dijeron que porque cierta niña de La Gomera, buena macho-

rrita y con sus perras, lo había calabaceado sin rodeos—, merecía algo más que el suelto de réplica.

—No es bastante—dijo en el casinillo de al lado de La Colonial, según leyó la contesta—. A ése hay que cogerle, además, el lomo...

Una tarde se entró por la redacción del «Diario de Avisos», con un guante de piel y viejo que le prestaron, pasando, sin que nadie lo pudiera atajar, hasta el despacho del plumífero enemigo de su tierra. Sin decirle una palabra, le metió el simbólico guantazo, punto de arranque de los estilados desafíos. Por cierto que le alcanzó un ojo con uno de los dediles, entiesado por la raña y el uso, detalle que le señaló porque es que para el consiguiente duelo hubo que esperar a que el periodista caraqueño se pusiera bastante colirio y bastantes pañitos de agua caliente, hasta ver claro de nuevo.

Se reunieron los del enojo a las claras del día, en medio de unos matos de las afueras, dispuestos a partirse el corazón con unos pistolones largos como palillos de plantar, y cuya sola vista podía encenderle unos fríos y calenturas a una persona tranquila y de bien. Había corrido como un airote la volada del encuentro. Fue por eso que los isleños madrugaron en peso, y tirados por el dramático belingo, en peso acudieron a las intermediaciones del campo del honor, atorrándose por allí para gozarse el lance...

A la hora solemne de subirse las solapas y ponerse de espaldas, don Nicolasito tuvo un antojo raro, que expresó tan tranquilo a los padrinos: dijo que él tenía ganas de luchar con aquel periodistejo antes de dejarlo tieso. Los comparsas del trance de armas, que tenían recién tragado y sin digerir ese sable que se entran hasta el mismísimo pomo para mantenerse debidamente finchados en el curso de la seria ceremonia, se insultaron con la absurda pretensión.

—¡No me diga usted, señor mío, que esto no está

fuera de tono!—dijo entre estupefacto e indignado uno de los padrinos del de Caracas.

—En este asunto no ha habido nada afinado—respondió don Nicolás—. Un desentonó más, ¿qué importa al mundo...?

El pollo se mantuvo emperrado en luchar previamente, y le picó el ojo a uno de sus representantes, un palmero más sabroso que las salinas de Jandía. El isleño trincó la seña por el aire y se tragó el «sable» como si fuera una rapadura de su tierra.

—Yo considero que aquí, mi paisano, tiene razón—dijo tan serio—. Puede morir en el transe. ¿quién quita...? Y a ningún condenado a muerte se le niega un antojo. Lo digo y me planto.

Se enredó una discusión, en el curso de la cual fueron saliendo de sus echaderos los goledores canarios... Aquello pegó a desinflarse, finchoneado por el raro humor del aventurero casacón. «Yo quiero, antes que nada, meterle dos talegasas a este jediondo», insistía terco, pero con una naturalidad impresionante, apopado ahora por el corro grande de sus paisanos, que se habían entusiasmado con la idea. De tal manera que un tal Juan el Herreño, que había sido luchadorcito de medio valer cuando pollo, metió su cucharada en la diferencia. «En caso—dijo también muy serio—, yo salgo por caída».

—¿No estás así como abatado. Nicolás?—preguntó a nuestro hombre un muchachito de Arrecife, a cuyos padres les iba muy bien allá un negocio de batatas y jareas de importación.

—Pues estoy—respondió el paisano remedando el decir y el tinete criollos—entre fuerte y dulce, como el guarapo.

Le hizo el juego uno del Puerto de la Luz, de la parte de la Manigua :

—¡Pues acá hay que andarse con ojo de garsa, don, porque pescueso no retoña...!

—¡Señores, esto es una verguensa!—rugió un poeta venezolano, flor natural en La Guaira, que iba de padrino del periodista del insulto.

—Esto no es ninguna verguensa—respondió don Nicolásito—. Lo que pasa es que aquí tiene chirgo y no quiere luchar.

—¡Natural que sí!—dijeron los isleños.

Y harto ya de palabras, el pollo se tiró a las pistolas y las botó lejos. Con la misma fecho a su enemigo y de una de sus burras de tirafondo lo metió un jeme debajo de la tierra caraqueña.

El desconchabado desafío no lo arreglaba ya ni el médico chino.

—¡La prensa dará cuenta de su cobardía!—vociferó el poeta criollo.

—También saldrá un sueltito sobre este talegaso, no se apure—le contestó el padrino palmero de don Nicolás.

Como por geito de brujas surgió un timple, apareció una guitarra, se destaparon unas botellas de ron... La misma mandinga alzó sobre el campo unos teniques, sobre los teniques unos cacharros de belmontina... Dentro de los cacharros cayeron unas papas que arrugar y un cherne de carne blanquita y cebada...

El desafío acabó con un sancocho de los más sonados con que el isleño ausente le haya puesto alivios a la magüa de su tierra chiquita y lejana.

Y este era nuestro don Nicolasito. Cuando recaló de sus extravagantes andanzas por América se encontró, conforme le dije algo más atrás, con que al mayorazgo de su casa lo había escabechado la morisma. Desaparecidas quizá por esta nueva situación las venadas que lo sacaban de madre, sentó la cabeza y se dispuso hasta a casarse. Aprovechó la mudanza de fortuna para cobrarse ciertos desdenes, dándole por los besos a muchas niñas que le hicieron «fos» por no ser el primogénito, y por desprestigiarse después de mala manera, resistiéndose al destino de los segundones: ordenarse, luego de darle un vistazo al latín, para medrar a la sombra de las capellanías y de los patronatos. Muchas de las pollitas principales llegaron a regatearle incluso la amistad, unas de por sí, otras por miedo a que las criticaran, las de más allá prevenidas en el Casino y La Alameda por sus prudentes y gordas madres: «Niñas, con semejante perulario no las quiero ver».

Todas hicieron caso del consejo de las cluecas, menos una: Chonita Marrero, muchacha morenita y nerviosa, con los ojos grandes y vivos, que perdía el hilo de la conversación cuando pasaba un militar. A Chonita Marrero la impresionó el segundón de los Matos, su mirar grave y profundo, su aire transpuesto, las sortijas sin domar de su pelo, lo que presentía, en fin, de resuelto en el parecer todo del mozo. También a él le gustaba la inclinada niña, pero la... barloventeó, tirado de su rareza: como no se le resistía, le perdió la afición.

Y al cabo de los años, cuando la vida volvió a repartir naipes y le dió a don Nicolasito esta mano con triunfos, el heredero recordó con simpatía y hasta con emoción aquel amor valiente de Chonita, que ella afrontó desafiante, y que hasta tal vez le costara alguna calda en el fondo de su casa, a manos del padre, que era un caballero, pero que era también un cerrojo. Se casó con ella. Y de este matrimonio nació la niña que espantó del atrio de San Francisco cuando todavía estaban vivitas, como pesca de San Cristóbal, las bendiciones de boda.

La gente no entenderá, pero se barrunta las cosas. De ahí que dijera, para mi gusto con cierto fundamento: «Tiene a quien salir...»

Yo había ido con mi madre al casorio. Mi madre era mucho de los Matos. La llamaban a servir por tiempo de salpeo de colchones, con ocasión de comilonas—cuando había fiestas grandes, como San Pedro Mártir, la Pascua y los Carnavales—que metían en trote aparte la cocina. También cuando un parto o alguna enfermedad ponía la casa en vela y en vilo.

—Esta noche—me dijo la vieja—, te vienes conmigo a San Francisco, pues se casa sita Isabé Matos con don Felo Alvarado. Y como la boda es después de Oraciones, no quiero ir sola.

Esto hizo que yo me gozara la sonada fuga de aquella novia y el rebumbio que se armó delante de la Portería.

El plantado galán se quedó como cirio de velorio, de puro penoso, tieso y amarillo. Dos o tres veces quiso decir algo y se tupió. La cosa no era para menos, dígame usted... Todo se le fué en pasarse un grande y fino pañuelo por la frente y el cogote.

Era don Felo un jovencito delicado y suave, que sonreía incluso cuando se entraba, zumbando y roja, la cigarra, o el barranco venía grande hasta pasar los ojos del puente y llenar de susto y horrura El Terrero y los bajos de la Herrería. Se lo señaló para que se dé



cuenta del genio serenito que había sacado. Pero estas de ahora eran «palabras mayores», mi amigo. Se mantuvo lelo, con el alma hecha un trapo. Y como él ni rechistaba, ni se resolvía por nada, fué su madre, sita Trini Padrón, la que dió la cara a lo que luego llamaron en el Gabinete «extraña contingencia». Sita Trini buscó entre los sombrajos y el desate que naturalmente movió el concurso de convidados, a don Nicolasito, que se mantenía con una rara flema, como si aquel reparo de su hija fuese cosa corriente, o prevista.

—¡Nos dará usted una cumplida esplicación de este incalificable ludibrio, señor mío!—increpó a don Nicolás la enllamarada señora con un acento de tablas, porque había trabajado mucho en el cuadro artístico del Casino y tiraba a remedar el acento y las parrafadas de los dramas.

—¿Y cómo se la voy a dar, señora mía, si no la tengo?—contestó sin alterarse el padre de sita Isabel, la novia espantada—. Deje que me entere, a ver... ¡Esta niña, esta niña...! Tiene que haberle entrado algún miedo raro... ¡Qué sé yo...! Mire, voy a hablar con ella...

—¿Dónde va usted a encontrarla...?

—¿Dónde...? Pues en casa. Esta noche no hay barco para La Habana, señora mía...

—¡No lo tome usted a chacota, caballero!

—Bueno, no se ponga nerviosa, que todo se arreglará. Se habrá ido a casa y...

—¡Ella debería estar en su alcoba nusal!

—Todavía no, aunque las cosas hubieran ido bien. Todavía tenía que estar aquí, dejándose besar de ustedes y ayudándolas a llorar; luego, en mi casa, tomando una copita, y más tarde...—ahora son las nueve...—, allá para las diez menos cuarto, en la alcoba nupsial, y no nusal, como usted dice. ¡No hay que presipitar los acontecimientos, señora mía!

Al pie de este último «señora mía», sita Trini se despeñó en un fuerte soponcio.

Pasó luego algo todavía más singular. La joven esposa, que se había rebellado en el fondo de su cuarto, dijo algo así como que a ella no la alcanzaba su marido ni con tres liñas, sin que valieran para enmendar a la asombrosa resistida ni aun las palabras serenitas y graves de don Casimiro, que aquella misma noche anduvo alrededor de ella, hablándole de su «sacrosanto deber», del vínculo, de San Pablo y de etcétera. El párroco volvió en días sucesivos y siempre sacó lo que dicen que el negro del sermón: los pies fríos y la cabeza caliente.

Como nunca se había visto suceso semejante—«¡Cosa con ésa, usté...!», murmuraban las mujeres con las asomadas cabezas descansando en una mano—, lo comentaron desde los Llanos de Aridane a la Punta de Jandía, pasando por la de Anaga: las siete islas en peso. El hombre más viejo del Archipiélago, uno del Amatriche, que estaba como un higo del Hierro, pero todavía con sus luces, dijo una cosa que estremeció toda la Gran Canaria: «Matrimonios despartos yo ha visto muchos, porque el hombre se jarte y coja jilo, o las mujeres tiren pa ca su madre, que también se empalagan, si a mano viene. ¡Pero...!, una cosa así, caballeros, de no ponerle ni una mano arriba y pegar a corcoviar y acabar eslapando... ¡estu no lo ha visto yo en mis sientu cuatro años, entrando en sientu sinco...!»

La boda fué por la Primavera, con un cielo lindo, la mar echadita y el campo enramado y lleno de capirottes... Aunque para don Felo, el pobre, como si no.

Pegaron a pasar los días, las semanas, los meses... Y como todo en esta vida, aquello se fué quedando atrás en el camino del olvido. Entramos en las vísperas de Pascua y comenzaron las misas de la Luz. Ya sabe usted que se estilaban en tiempos de antes estas misas del alba, con coro de panderetas y espadas, bandurrias y guitarras, ralladores y hueseras, para amenizar los cantos al Niño en puerta, y con los que se llenaban las viejas iglesias de una jarana singular y graciosa. «Santo Domingo —de la Calzada, —llévame a misa —de madrugada...»

Desde que yo era un monifatillo, ya le tuve afición a estas misitas del filo de la aurora... Bastantes mantillas que trabé con imperdibles, y bastante torondones que levanté, con las caporras de cera pendientes de un pedazo de liña, en algunas melonas que por grandes o por calvas ponían a uno en tentación... Aparte esto, que era lo de menos, me embullaban la tibia alegría del templo, el devoto jolgorio del rancho pascual. Me duró luego el gusto por estos garabatos del alba isleña hasta bien pasado de galletón. Y alguna vez, cotorrón ya, como estuviera de gusto, en más de una ocasión me tiré del catre al amanecer, entre los rezongos de Soledad la mía—que también por esto me llamaba «enrulado»—, para recordar mis tiempos....

Me emocionaba entonces tocarle a alguna vecina al paso, como antes se hacía, y gritarle: «¡Alevántese, cristiana, que ya tocaron a dejar!» Y me sentía dichoso y chiquito de nuevo cuando al ir o al volver, calentaba la refrescada del amanecer con unos golpitos de aguardiente, o ginebra, su pizquito de asadura acarajacada; o con su tacita de chocolate y bizcochos lustrados... ¡Ah, qué razón tiene nuestro amigo el cosechero de Los Barrancos cuando dice: «¡Como cambian los tiempos, caballeros...!»

Pues sabrá usted que esta afición me puso en conocimiento de un hecho que dió origen a la segunda parte del «romance de la novia espantada». Una de aquellas madrugadas me agarró el oficio al pie de la pila del agua bendita. Antes que el señor cura de Santo Domingo nos dijera que nos fuéramos, que aquella misa se había dicho, vi venir desde un rincón oscuro de la nave izquierda una mujer que me chocó, porque, vistiendo como una vieja, andaba con el pasito firme y garboso de una moza nueva, disimulado, pero sin malicia bastante. Traía unas enaguas grandes y bajas de beatilla canela o negra, que de esto no me percaté bien, y se cubría con un manto rucio, que la reblujaba toda. El mentido andar y el atorrado aire de la tapada hicieron que reparara en ella con particular interés. De entrada, me olió a güiro... Arrimó a la pila y pude ver, primero y al tomar el agua bendita, una mano fresca y fina, y después, cuando medio se destapó para signarse, su cara grave y hermosa... «¡Santiago bendito—exclamé para mí—, si es sita Isabel, la mujer de don Felo! ¡La espantada en persona...! Que está viniendo aquí, así como disfrasada, y nadie se ha dao cuenta...»

Yo no tenía amistad con don Felo, ni lo vi más en un largo tiempo, porque para ocultar su bochorno

traspuso de la ciudad y se enterró en una finca de Moya. Pasados unos cuatro o cinco meses, bajó, y hasta se daba al atardecer sus vueltas por el Casino, donde buscaba el vacío rincón de la biblioteca. No tenía, le repito, amistad con este hombre bueno y desgraciado, pero le cogí una simpatía grande. La noche del percance estuve bien cerca de él. Y nunca olvidaré aquellos ojos suyos, ojos de gran señor, entonces muy abiertos, desencajados, rebosando silencioso sufrimiento. Recuerdo como si fuera ahora que le dije a mi madre: «Madre, fijese en la cara... ¿Verdad que se parece al Cristo del Graniso, de Santo Domingo...? Está pasando las brevas de Tirajana, madre, pero a modo... ¡Si pudiera haser algo por este hombre, lo haría!»

—¡Tú no te metas!—me fechó mi vieja por un brazo, temiéndose cosas bravas, cosas de gritos y cuchillos, las que hubieran pasado entre nosotros, la gente del pueblo, si se da una andanza de este empuje.

Y no me metí entonces. Pero iba a meterme ahora, al cabo de unos meses, otra vez viva la simpatía que sin saber por qué le tuvo mi corazón al burlado novio del atrio de la Portería.

Al día siguiente por la tarde, mientras pescábamos sentados en el espigón del Parque, le conté a Rafaelillo el Canabuey la historia de mi encuentro en la embullada y mañanera misa de Santo Domingo. También le hablé de mi espontánea simpatía por don Felo.

—Oye, Rafaelillo, el hombre debe estar que le dan caña dulce y le sabe a vinagrera. Y no hay derecho, tú, ¡qué carajo!, a que ella se embujere en su casa: ¿No se casó con él...? Pues ahora tiene que aguantar la vela.

—¿Cuala vela?—me preguntó Rafaël, que a veces se ponía taía, o se le iba el tino a otra cosa.

—¿Cómo que cuala vela? ¡Pues la vela esa de que se casó y ya está! Tiempo tuvo de pensarlo y demás, ¿no? Pero esperarse a mover un salpeo de esos en las mismas puertas de la iglesia..., ¡hombre!

—Oye, Pepe, si me lo hace a mí, ¿oístes?, le pego una cachetada, tú, que no le quea cara ni pa formillas. Te lo digo, ¿eh?

Nos callamos un rato.

—Escucha, Pepe—preguntó al cabo Rafaelillo—, ¿tú no crees que ese coco de ella no anda muy católico...?

—¡Qué se yo...! Ahora, en mi casa oí una historia, de que dicen que hay tiempo, nuevita ella entodavía, estaba veraneando en una finca del Barranco de la Angostura cuando dió un disgusto que nunca se aclaró..

—¿Pero un disgusto de qué?

—De que parece que ella había hecho algunas migas con un medio bardago, hijo del medianero, y resulta que un día que ella se estaba bañando en un charco, pegó a dar unos gritos tremendos, y metida en un esperrido llegó a la casa. Le preguntaron que qué había pasado y dijo que nada. Ahora sí, se le ponía la cara que se le podía freir un huevo...

—Ah... Que al modo el otro...

—Yo no sé. Creo que fueron al charco y se encontraron al maúro. Le dijeron: «¿Qué fué lo que le pasó a la niña. ?». Y contestó: «Maldito si sé». Como los dos se empantanaron en lo mismo, a aquello se le echó tierra.

—¿Pero a la madre tampoco le...?

—¡Nada! La gente dise que estuvo a verla don Ventura Ruano, que era médico de mucho entendimiento, y que ni le encontró calentura, ni nada bichado en cuestión del entullo interior. Aunque dijo: «A esta cría le ha tenido que pasar algo raro, así como un insulto.» En total, que tenía los nervios requintados, o no sé qué. Se pusieron a recordar y salió la historia

del serrero de La Angostura. De allí p'acá, creo que tenía repentines y mal dormir.

Rafaelillo el Canabuey se me quedó mirando con la cabeza cambada y los ojos achicados. Siempre que cargaba así la atención, era porque me adivinaba dándole vueltas a una cosa en la que me había emperrado por algo. Y él se calaba en seguida que yo tenía un interés...

—Bueno, ¿y qué es lo que tenemos que haser...?

Le expliqué mi plan. Por engodarlo un pizco más, aunque no lo necesitaba, le alumbré que casi seguro caerían unas pesetitas. Cuando yo le avisara, tendría que madrugar y tirar conmigo para una misa de la Luz.

—Se dijo. ¿Qué más?

—No te botes, que ya te enseñaré la cartilla bien.

Le di mis vueltas a don Felo hasta saber de sus idas y venidas. Sobre el toque de Oraciones, entre dos luces, solía coger la Marina adelante y llegarse al Muelle, al golpito, triste y solitario. Se paraba un rato si había chinchorro a la vista, o se abría un bergantín, siguiendo después su lento y desamparado paseo. Con cierto cerote resolví hablarle «del asunto».

—Don Felo—le dije parándolo una tarde—, usted quisá que no me conose. Yo soy Pepe Monagas, el de mastro Chano el turroneo, que fué guardia él, también, y de Epifanita Cabrera, que ella es mucho de los Matos... Yo...—y me tupí viendo cómo se demudaba a la cita de aquel apellido.

—Bueno, ¿y tú querías algo de mí?—me preguntó después de un silencio, recuperándose y hasta sonriendo un poco.

Le conté algo atrabancado mi descubrimiento. Se le puso la boca fina, temblorosa y descolorida. Me dijo con pocas y rehuídas palabras que no quería saber

nada del asunto, pero yo noté que le emocionó la noticia.

—¡Usté tiene que llevársela, señor don Felo! Ahora es la ocasión de quedar como un hombre.

—¿Llevármela...? ¿Cómo me la voy a llevar?

—¿Que cómo? Pues, aprovechando que va sola y que hase oscuro, usté agarra y se la echa al hombro y sale con ella a cuestras. ¡Y listón!

—Te parese fásil, ¿no...?

—Si usté la quiere y desea liquidar con una campañada buena el rún-rún que anda en la calle—dispensando—, pues sí, señor.

—¡Tú te has vuelto loco! Eso no se puede haser.

Se echó a andar y me dejó plantado y seco. Pero antes de los veinte pasos, me llamó.

—Mira, de cualquier manera, quiero agradeserte tu interés. Toma...—y me alargó un duro, al que, la verdad sea dicha, yo le amagué un no y dos sí, hasta acabar embolsillándomelo por mor de las mayorías, que para eso vivíamos en tiempos de elecciones.

Noté que no se arrancaba, que se quedaba un rato pensativo, mirando para la marea. Los marinos aguantan las calmas, sin agoniarse. Como siempre he pensado que lo de tierra también es navegar, me mantuve al paio, hasta ver...

—¿Tú sabes si va todos las mañanas?—dijo de pronto, algo inquieto.

—Pues si le digo, lo engaño, usté don Felo. Ahora, si hay que averiguarlo, Pepe Monagas lo averigua. ¡Cuenta usté con ello!

—Pues sí, entérate, y vente mañana por la tardesita aquí, ¿estamos...?

—¡Se dijo, señor don Felo!

Volví a la iglesia, ahora pura y exclusivamente para cogerle a sita Isabel los güiros. Lo mismo que en la ocasión anterior, se echaba fuera un poquito antes del



golpe de la gente. Esto le venía de perilla a mi proyecto: el rapto ni sería advertido, ni se embarullaría. Había costumbre, lo mismo entre la gente de teneres, que entre la pobredad, de darse su paseíto luego del «ite misa». Los fulanillos a la vela nos metíamos en los timbeques al paso. Y unos sus raleritas de agua de manzanilla con gofio, otros su tacita de pasote, y otros su golpito de anisado, cada cual calentaba a su modo el mondongo. Por su parte, la pollería de la gente rica apopaba a sus novias o pretendientas, y a las madres que yendo guardándolas resultaban peanas que besar, con cobuchos de castañas restrallando, o de almendras garrapiñadas. Los más generosos, o pudientes, las convidaban con turrone, truchas de batata y bizcochitos lustrados, golosinas que las suegras en potencia, mayormente si estaban «tirando la tarraya», trasladaban en ocasiones a sus casas, donde eran gentilmente ayudadas con vasos de un moscatel que levantaba los muertos, o empurradas en sus jicaritas de chocolate, o en sus pocillos de café.

Quiere decir todo esto que la salida de las misas de la Luz animaba la mañana insular inconvenientemente para mi proyecto de «robar» la esposa de don Felo...

Antes de volver por la tarde al acañado y suspirante marido de secano, tuve unas palabras con el Canabuey.

—Puede pasar, tú, Rafaelillo—lo advertí—, que cuando llegue la ocasión, porque el diablo vaya y enrede la pita, o por lo que sea, ella se eche fuera más tarde, o sea, metida en el rebumbio de las biatas. Tú tienes entonses que ayudarme a empotajar la salida, ¿entiendes?, pa que don Felo pueda trasponer tranquilo, en lo que cabe.

—¿Cómo la tengo que empotajar...? ¡Oye, tiramos un par de voladores desrabanados en la puerta, y así, el personal recula...!

—Se te ocurren cosas de cabo interino, Rafaé. ¡No digas machangadas, hombre! Mira, ya pensaremos lo que se hace, ¿oístes?

Lo primero que el triste caballero me dijo fué lo siguiente:

—¿Pero tú no ves que estoy en la tea, criatura, no sólo de por sí, sino de este atracón? ¿De donde voy yo a cargar con ella y a sacarla a cuestras desde Santo Domingo a mi casa de la calle de los Balcones...?

—Pues tómese un tónico y pegue a comer, y a hacer ginasia. Tampoco ella es muy allá, usté don Felo. Con todos los respetos, y dispensando el modo de señalar: tira más a caña leja, que a rolo. Yo, si usté no lo toma a mal, también le puedo echar una mano. ¡Oiga, don Felo, pa mí—¡en buena fe!—como si llevara un sereto de higos del Hierro, ¿oyó?

—Bueno, pensaré en lo del reconstituyente, y eso.

—Nada, usté mañana mismo pega con las cucharadas del tónico ferrugiento. Luego, como creo que no la debe mantener aquí abajo, se prepara un coche con sus caballos, que lo espere a la mano. Se la lleva, la tranca en el campo con siete candados, hasta que amanse, y listón.

Tenía mucha fama en la capital un fortaleciente que inventaron las niñas de Falcón, y que, vea usted las cosas, a todo el mundo le sentaba menos a ellas. De tal manera era así, que las ditaron «las Plumas», de puro entecas y livianitas. Una de las hermanas, que la llamaban Lola, salió una mañana de una misita en la Catedral al tiempo que se había levantado un airote tirando a vendabal, y que soplabá del puente. Dígame usted cómo sería, que, según rebasó los atrios, la trincó una ráfaga, levantó por ella y la soltó, despatarrada, que daba pena verla, delante mismo de donde hoy está la tabaquería de Manolito Flores. Se lo digo nov-

que fué cosa que se comentó mucho, inclusive en el Casino. El beberaje de las niñas de Falcón fué llamado «tónico del cerrojo» y «tónico del cadena», según le metieran dentro aquella o esta tranca. Se hacía con vino del Monte, al que se le echaban sus lascas de bichillo y carajacas, su manojito de manrubio y un pedazo de cerrojo, o un candado del año del siniquitate. Aquello se mantenía tres noches a la relentada, con la luna en creciente, y después se guardaba todo lo que se pudiera para que lo mismo la carne que el hierro, largaran el zúmeque total. Era fama que empelechaba a los mismos difuntos, pero sé decirle que uno que recaló de Trasmarino medio en las verguillas y con una tos de sótano, lo tomó, recomendado como mano de santo. El indiano corrompió de tal manera, que si no es la Virgen del Pino, a la que bien pertrechada de velas y cirios se arrimó su gente cuando falló don Cristóbal Quevedo, no la cuenta. En cambio, a otros les fué muy bien.

Don Felo pegó a tomarlo. Y entre el ferruge y la fe con que se mandaba a la hora en punto las cucharadas, le sentó como cosa de milagro. También se api-pó, al tiempo, de caldos de sustancia, pollos tomateros, raleritas de gofio y vino... En cosa de tres días se le alivió la cargazón de costillas, cogió colores y le relumbraron los ojos, que le lucían antes con la melancolía y el brumero de los perros viejos.



Y llegó la madrugada del golpe... Bien pasado el jacio de la entrada, nuestro hombre recaló por Santo Domingo y se arrimó a los salientes del pórtico. Se puso a esperar, mientras Rafaelillo el Canabuey y yo pasamos a la misa, manteniéndonos cerca de la pila del agua bendita. A la banda del Canabuey había una vieja, que mascaba rezos como pan bizcochado, al tiempo que se trasteaba en rebusca de pulgas. Rafael no se podía estar quieto. Se tiró de un pelo—tenía una moña crespa, de crin de caballo—y empezó a hurgarle con él la oreja a la beata. «¡Esús, quería, tal casta de bicho pesao, usté!», rezongaba la rezandera, tirándose manotazos.

—¿Por qué no te estás quieto, totorota...? La vas a encharcar.

Lo mandé, antes de tiempo, para la capillita de la entrada, donde él habría de actuar.

Retumbaba alegre la iglesia y parecía colmada de luz con los aires del rancho músico, que le sacaba unos limpios y largos sonidos de cristal a las espadas y a los triángulos, por sobre el son mate de los ralladores, las hueseras y los panderos. Desafinadillo y espeso en las voces, tenía, sin embargo, uno no se qué que embelataba.

Aquella mañanita, sita Isabel debió haberse encantado con la parranda pascual, porque ya la bendición encima, no acababa de salir... Pegué a ponerme ner-

viosillo. Miré para atrás, para la capillita de la entrada, donde Rafaelillo el Canabuey se agazapaba, haciéndose el sonso, esperando su turno... Allí estaba el hombre con los ojos fijos en mí, mansurrones, pero alerta, como los de un gato en el acecho. Señor cura se volvió y nos bendijo a todos. Y fué en este momento cuando de su rincón habitual se desprendió la sombra, con manto y saya, de Isabelita Matos. Al tiempo que ella, se santiguaron y buscaron la salida otras vecinas. «Esto no me gusta nada», me dije. Pero no era cosa de arrepentirse. Corrí fuera un instante.

—¡Don Felo, que áhi viene! Es la vestía de oscuro, con un manto largo.

—¡Espera!—me atajó el retorno—. ¡A ver si sale otra antes que ella y cargo con una ajena...!

—¡No se ocupe! La primera que asome, ésa es.

Volví a tiempo de dejarle a ella paso y atrabancar a dos o tres mujeres que casi se le juntaron en la salida. Y en este instante preciso, funcionó el Canabuey...

Desenvolvió el papel en que la llevaba envuelta y sacó una pescadilla de así como cuarta y media, con las carnes bobitas de que no andaba ya muy católica. Yo la había preparado la noche antes con la cola entre los dientes, y muy bien empaquetadita se la entregué en los últimos momentos a Rafaelillo. El la sacó a su debido tiempo. Y en el fondo de la oscura capillita se vió flotar de repente un anillo de luz pálida, algo que lucía en el aire con el resplandor lejano y al tiempo brillante de los luceros. El fosforescente viso iba y venía en la media tiniebla del rincón, unas veces trazando un dibujo lento, agitándose otras con la jiribilla de una rueda de fuegos... A mí mismo se me erizó la pelambarrera, mayormente cuando Rafael la bajaba y la subía casi tan despacio como una estrella... Trabé a las comadres.

—¡Fíjense, cristianas...! ¡Una lus, allí...! Pa mí que es alma en pena...

Iba saliendo el golpe de la gente. Rafael seguía meneando con mano maestra la molida y reluciente pescadilla. Yo insistía como con el ombligo encogido: «¡Una lus allí! ¡Tal cosa, usté! ¡Alma en pena, alma en pena...!»

Reviraron las muchas biatas, lo mismo que la media docena de hombres, encandilados todos y con un salto de tolva en los mismos centros de madres y pomos.

—¡Ay, ánimas benditas, que es verdá!—exclamó una vieja antes de caer con un fatuto.

—¡Piedad para tu siervo, Señor!—dijo con un tono de guineo de Viernes Santo maestro Benigno el del Callejón de los Majoreros.

Una de las niñas de Angustias, bien tupida de las dos orejas por los años y la sequía—allí no caía agua desde que hizo la primera comunión—, no cazó la alarma y se me iba como bígaro de chinchorro. La metí el pecho como un rompeolas.

—¡Qué digo, sita Pino, que hay una lus misteriosa allí!—le grité metiéndole las narices en el cogote.

—¡Esús, tal desgrasia...!

La gente se iba aglomerando asmada, con el corazón como almendrillas, y unos caían arrodillados y otros con fatigas. Se empezó a elevar un murmullo de voces y rezos. Don Pablo Calcines, que tenía una voz de contrabajo de banda, gritó de pronto, pegándose, al tiempo de la imploración, el farol de un latinajo: «¡Misereme mei, siniquitatem tuam, aplacatem meam!», «¡Miserere!»), gritaron muchas viejas, y otras: «¡Ora por nobis!»

Corrió a la bulla, desde el altar mayor, maestro Pepe, el sacristán.

—¿Qué es lo que pasa pa este rebumbio en dentro de la iglesia...?

—¡Una lus, usté mastro Pepe! Mírela allí...—respondióle con una voz de gata parida sita Encarnación, la mayor de las Plumas.

El gznatazo que maestro Pepe le metió al Canabuey, cogido en las mallas de nuestra propia trampa, sonó como la caída de la loza. Cayó el muchacho de varetas, dando con las narices en el filo de un escalón, al tiempo que la pescadilla aterrizaba sobre el pecho abundante de una del Pinillo que estaba criando, y que se la sacudió con tal alarido, que tuvieron que haberlo oído en su casa. Luego perdió la leche.

Rafaelillo era más bien flojo de chopa y pegó a saugrar. Pero como estaba de lleno en el encargo—quizá engodado también por el posible acrecentamiento de la propina, que luego, y a su tiempo, nos soltaron a los dos—cogió la baladera del imprevisto incidente e improvisó con un talento que no le cabía en la cabeza algo que ayudó a sostener el embalse del personal a la salida: se fechó de las canillas de señora doña María Pepa Manrique y tiró para sí... Señora doña María Pepa, que era alta como un pino y ancha como un molino, según se sintió en vilo dió un alto grito:

—¡Ay, que me tumban...!—y abrió los brazos, buscando agarradero.

Las cosas están escritas desde el principio de los tiempos y tienen que pasar, no me diga usted a mí, porque si no, doña Candidita Benítez, que según fama usaba bisoñé, traído expresamente de Madrid por encargo a don Fernando, hubiera estado, pues dos cuartas más allá. Y estaba a mano, lo mismo que una mujer de La Portadilla... Con la suya derecha, poderosa y desesperada, doña María Pepa trincó a Candidita de la postiza pelambre y se trajo en la garra el disimulo. Al tiempo tiró la izquierda, fechándose del escote de una tal Mariquita Martín, la de La Portadilla que le dije, mujer de por sí con la lantrera cargada, serones llenos de los que dicen que ella presumía. Quedó en pie sita Candida con la cabeza como un durazno birollo, y vino a tierra la de La Portadilla con el frontis sin más decencia que unos rengues, y suelta con tal volumen y empuje,



que yo me acordé de ella al cabo de los años cuando se soltó la presa de los Betancores.

La que se armó no pasó a los romances por causa de la censura.

Ni que decir que a don Felo le sobró tiempo para llevarse a la arisca esposa, que algo le reviró en el camino, y hasta se le zafó en dos ocasiones. Tuvo el hombre, entonces, que castigarla, soltándole un moquetillo por ponerla algo tarumba, y sólo por esto. Así se le allanó el «acarreto». En la Placetilla del Espíritu Santo esperaba un coche con dos buenos caballos. La encerrona sería en El Reventón.

A la niña, hinchada de llorar, y a don Felo, vuelto un macho, les dió el primer sol en la cara remontando los cerrillos de Pico de Viento. Por el susto, por cansada, o sabe Dios porqué raras trapisondas de la sangre—que a las mujeres se les embalsa o les relincha sin saber uno nunca claramente por qué—, a esa altura, la esposa de seis o siete meses y sin estrenar, iba ya amorosita como un vellón de lana... Ahora jirimiqueaba apenas. Y hasta levantó alguna vez los ojos para observar el rostro grave de don Felo. Este estuvo oportuno y fino, como agua de cazadores en la montaña: le cogió una mano y se la acarició como si fuera la de un niño.

—¿Estás más tranquilita?—le preguntó con una voz que era una meloja.

Sita Isabel, la «novia medrosa», como la llamaron, tuvo después catorce hijos. Don Felo no levantó cabeza más, al extremo de que siguió tomando el «tónico del ferruge» hasta que se murió...



Conocí a Soledad, la que andando el tiempo habría de ser, más que esposa, secretaria de mis penas, perra de mis pulgas, tunera de mis espichos y piano de mis teclas; en resumen, almohada de mis quebrantos y mártir de mis desvergüenzas, desde que su madre la botó, sedita, sobre la tosa de un colchón de paja y el bronco sorroballo de una sábana de lienzo casero. Suegra Catalina, como yo acabaría llamándola—¡quién lo habría de decir!—, era desarbolada y caderuda como una vaca antigua y de alta cuerna. Y sería por esto que botaba sus machangos en el mundo—diecisiete, de los que rebasaron cinco—como quien escupe pipas de aceitunas. No se enteraba nadie, tales eran los puertos francos para aquellos fletes de París. Por cierto que si por belinguiar le preguntaban en la plaza o en el lavadero: «¿Pa cuando está cumplía, usté, Catalinita?», ella respondía, fijo: «¡Qué fecha lleva esa carta, quería? Lo tuve ende antier». Decían los coñones del barrio que maestro Juan Amaro, su marido, de oficio turroneo y los cáidos, propietario de una red de molinillos con figuras de yeso y de los de «a real la más serca», la engrasaba a ella con la misma alcuza con que ponía livianos los ejes de sus volteantes artilugios festeros.

Tal vez aquel desahogado arranque influyó en que Soledad fuera tan parejita o de buenas proporciones en lo físico, y tan entera y animosa para cuanto viniera presentándose, lo mismo si se trataba de la granada

libreta de los fiados, a la que, para que le entrara un chocho o un palote más había que meterle un barreno, que de mis faltas al «debido respeto». (En este aspecto tengo que decirle que cualquiera fuera la clase o calidad del pizqueo, nunca olvidé que era ella la madre de mis hijos, aunque no los tuve... de su sangre. Ya sabe usted que lo mismo en el país que en la España toda, la «madre de mis hijos» es harina de otro costal, con la que usted sale los domingos y los jueves sin mirar para atrás y sin atorrarse, aunque apenas le hable, y cuando lo hace, le suelte una patujada. Lo cual que tampoco debe extrañarle a su emperrada soltería, porque ello es propio de la transpuesta matrimonial. En resumen, la repetida «madre de mis hijos» es cosa aparte y por encima siempre de esa tendencia de abejón fresco que lleva al hombre del romero a la amarilla retama, pasando, ¡ay!, por la rosa en orillas de capullo y atarozada, que cantaban en las habaneras...)

Vivían maestro Juan Amaro y suegra Catalina en una casita risquera a mano de la nuestra. Por esto los míos supieron, y además temprano, del atraque de la chiquilla. Vino Pablo, un hermanillo como de mi edad, con el consabido recado: «Usté, Pifanita, y usté, mastro Chano, que dise mi padre y mi madre que esto que..., que ya tiene un críado más que les sirva.» Cuando Pablillo dobló, mi viejo tuvo un rezongo: «Pues no es poco. ¡Chica curiela!»

Como todos los hijos de los pobres, Soledadilla trabajó desde bien chiquita. Estas crías son, así, más tempranas en el despertar, tienen más prontas y vivas las malicias, anticipándoseles también la dureza de los huesos y la granazón de las carnes. No es por despreciar, que nunca me ha gustado, pero pienso que esas niñas que empelechan con leche de burra, huevitos moles, friegas de trementina a los tres golpes de tos y clases de adorno, inclusive muchas de las de las biatas y de la misma doña Salomé, tiran a escobones y pan de millo

en el parecer, y en el paladar a tollos pajudos. Esto no quita, naturalmente, para que haya pollitas de las Dominicas que estén macanudas.

Soledad creció alegre, pero arisca como los capirotes. Desde nuevita apreció lo mismo su despeje, que su alrededor de erizo cachero. Siempre le tuve recelo a las mujeres de aire manso, de rostro confuso, con ojos de pájara echada, esos ojos umbríos y medio dormilones de algunas hembras. Las que así los saquen, sino salen ruinitas y lo entarran a usted, al menos lo ponen en el brete de dar de sí—y en cosa fija—, más de lo que buenamente se puede, contra lo que rezan un dicho y una copla, que, por si usted no conoce, le copio: «Bienesabe arreo, relaja», dice el dicho; y avisa el cantar-cillo: «Si quieres que aguante largo—tu compás y el sí bemol—, deja queso en el cañiso, —guarda suero en el surrón». No quiero decir con esto que no jairéen también algunas de mirar abierto, pero puede usted estar casi seguro que éstas, de no ser gallos tapados, no tienen mano izquierda para meter la garepa, como suele decirse.

La chiquilla de maestro Juan Amaro tenía los ojos grandes y vivos, francos y leales, y mientras no se demostrara otra cosa, se avisaban más seguros que un preso.

De todos los hermanos de Soledad, ella era la más chica. El mayor, Agustín, que fué siempre algo totorota, estaba de mecánico en Fuera de la Portada; el que le secundaba y el otro eran monigotes en San Francisco y en San Nicolás. El cuarto, Pablo, a quien llamaron el Gatillo, por la jiriguilla mala, pero con reburujón, que tenía en el cuerpo, era de mi quinta y fué mi amigo, bastante apreciado.

Tanto porque esa familia vivía, como le he dicho, a orillas de mi casa, como por la liga y el compadreo con Pablillo, casi ningún día perdí de vista a Soledad, a la que ví crecer al golpito, pero cierta. Y aquí le pongo una cosa curiosa: por entonces apenas la reparé, ni si-

quiera cuando, temprana, pegó en ella a retoñar la mujer por los pechitos, las cachas y las piernas. Estaba yo demasiado entregado a las juyonas y las cometas, el pajareo y la morería; ganado del todo por la libertad alta y luminosa de las Lomas y, principalmente, por el embrujo oliendo a marea de la playa, donde refrescaba, pulpeaba, tiraba unos lances a bogas y brecas, e levantaba esos mundos para los que no hay más arquitecto que la cabeza de un niño. Fué tanto mi apego a la orilla, a sus arenas y largos pedregales, a sus aguas grandes y azules, que yo hubiera podido decir a boca llena como cosa mía aquello de aquel gran señor de la vida y de los versos que fué don Tomás, como yo lo llamaba: nuestro divino Tomás Morales:

El mar es como un viejo camarada de infancia  
a quien estoy unido por un salvaje amor;  
yo respiré de niño su salobre fragancia  
y aún llevo en mis oídos su bárbaro fragor...

Pero estando en tal habia ocurrió que al recalar un mediodía para mi casa me hallé a la chiquilla llorando como una descosida.

—¿Qué es lo que te pasa a ti?—le pregunté:

—¡Los perreros, Pepe...! Vinieron y se llevaron a tu perro, el «Lusero», y a mi perra, la «Linda».

—¿Ah, sí...? ¿Y cuándo?

—Hay rato. ¡Bandíos, por más que les lloré...!

—Bueno, mujer, tranquilízate, que ya verás cómo la «Linda» vuelve a japiar en tu patio. Y el «Lusero» a haserle la rosca...

El mío era un perrillo inglés, desrabanado, escopeteado y lince, que lo mismo se jilvanaba medio kilo de longorones mal puestos, que se tiraba al agua, o corría un conejo en Las Rehoyas, su más larga salida. La «Linda» era una perrilla garrapatiente y lanuda, con su golpe de cáscarrias, sin lavar desde los tiempos del Pendón, por lo cual tenía la pelambreira en tal sorroballada

embrujina, que de perderséle en ella un piojo hubiera habido que soltarle hurón para encontrarlo.

—¡Cállate la boca!—le insistí a la llorona, que no paraba en la pena, al tiempo que me fijé por primera vez en ella, encontrándola graciosa, con garabato en los enlagramados ojos, y bonita la boca, contraída ahora por un bico mimoso—. No te ocupes qué yo te traigo la «Linda».

La perrera estaba allá por los Poyos del Obispo. Era un teso cercado por unos muretes, con un ancho portallón, en cuya municipal candonga iban cayendo los perros sin ley y sin sombra de amo, los perros granujientos de la ciudad, cosecheros mayores de garrapatas, patadas, pulgas y mataduras, que encontraban un hueso como uno puede encontrarse un gordo de lotería, agarrando entonces una indigestión. Así andaban de poco arregostados a cualquier entullo. Cuidaba de los prisioneros un guardia jubilado, maestro Antonio el «Garabato», hombre de espaldaraje con cargazón, cuello largo y tumbado como el millo de Agüimes y piernas de esas en paréntesis, que tiran la zancada al rumbo.

Después de comer pasé el Risco, me tumbé por Pambaso, remonté San Juan, hasta casi por debajito de Las Cruces, y costeeé San José, donde compré al paso un volador, que, como verá, otra vez vuelve a aparecer en mi vida no como «átomo para la alegría», pudiéramos decir, remedando al general «Senguaja», como llama al presidente gringo nuestro amigo el cosechero de Los Barrancos, sino como arma de combate. Caí alto sobre el depósito. Tenía que atalayar antes el «campo de operaciones...»

Era un mediodía echadito y luminoso, que hacía lucir más jugosa y verde la vega de San José y más azul el mar, en aquella hora sin ni siquiera la mancha chiquita y oscura de un bote barquero. «¡Qué tiempo para darse un paseo, «Lusero» y «Linda», y demás compañeros enchiquerados!», dije, con el pensamiento, a los perros,

que bullían allá abajo a tono con su escaso valimiento, pues los pobres no podían con las tablas del hambre vieja, y de la nueva que el Garabato, o quien fuera, les hacía pasar mamándose el presupuesto de manutención señalada, hasta tanto los pasaportaban.

Conforme me barrunté, una vez que maestro Antonio se comió el consabido caldito de papas «jalado» con gofio, la lasca de queso y el plátano que su mujer le llevaba en un cestillo, lió un virginio, se arrimó a una banda de la puerta y cogió un apoyito, apoyito que cuando yo llegué cerca de él con pasos de gato, había entrado en dulce, a la par que resoplante embeleso. La ancha puerta de tablas en bruto estaba cerrada por un listón, cuyo juego, por viejo o por la marisma, rechinaba como el fotingo de Molina. Pensé que, como el Garabato tuviera el sueño liviano, el cierre me iba a jeringar aquella especie de «comando libertador». Debí haber estado levantando el quejoso listón unos minutos largos como siglos... Por fin lo desprendí, con el durmiente quieto y metido en un zinguido que la respiración del sueño le sacaba entre dos paletas supervivientes, ensarradas y ya tan sueltas, que cuando hablaba de prisa le bailaban por seguidillas y saltonas.

La puerta quedó lista para el empujón final. Antes de metérselo, le dí un vistazo a maestro Antonio el Garabato. «¡Siento, viejo, que te vayas a llevar este atracón, pero la guerra, es la guerra!» Le quité el rabo al volador, le dí candela y lo tiré hacia el centro de la cerca. Sentí su ráfaga encabritada. Al tiempo empujé con toda mi fuerza el ancho tablero. En esto, ¡poum!, el volador que da su macanazo, cuando la perrera había sido puesta ya en piedras de ocho por el chorro del «gatillo de la libertad».

Maestro Antonio el Garabato, excombatiente de Ultramar, se debió haber creído que estaba todavía en la guerra de Cuba, porque gritó, aun turbio de la parde-la: «¡Mi sagento, los insurretos otra vuelta! ¿Los afusilemos...?»



Yo he estado en más de una ocasión en corridas de toros, en Santa Cruz. Ya sabe usted cómo se botan esos animales cuando les abren de par en par el toril... Pues con parecido repente, hervor y arrebató se tiraron a la libertad los cincuenta o sesenta perros lazados y prisioneros, puestos en susto por el volador y desagallados luego por el hambre rigurosamente canina y la comezón vagabunda de sus patas. De dónde sacaron las fuerzas para brincar con aquel empuje al campo sin cercas, yo no lo sé, pero sí que por sobre el Garabato pasó una ola de perros desperecidos, ladrando como demonios. Cuando el viejo volvió en sí y se dió cuenta de que no estaba en las maniguas cubanas, sino en un terreguero de los Poyos del Obispo, avasallado y estropeado por aquel inexplicable tropel, por lo menos debió pensar en «la fin del mundo».

Corrí todo lo que me dieron las piernas. Bajando un repechillo se me enredó un cazador mestizo, huesudo y largo. Me tiró de varetas y hasta se me regañó en la pasada. Salí cojeando, con un golpe en una rodilla. Sangraba también por una achocadura, aunque chiquita, en la cabeza. ¡Eran mis heridas de libertador y las llevaba ufano!

Los perros se regaron sin darme las gracias, perdiéndose en menos de lo que el diablo se arranca un pelo. Ya fuera de zona peligrosa, y ahí por el pilar de Fleitas, me lavé un pizco las heridas. Y ancho como un balayo, de satisfacción, empecé a caminar tranquilo. Algo antes de llegar a la ermita sentí que me seguían. Miré de raspafilón, dispuesto a correr... ¡y sonreí admirado! Con un pasillo alegre y resuelto me andaban detrás el «Lucero» y la «Linda». Les dí unas voces cariñosas y me jalagaron con vivo contento, armándome un zalamero remolino de carreras, saltos y ladridos. A los animalitos se les alegraban las pajarillas más que a mí. «Bueno—pensé, acordándome de los otros perros libertados—, de mal agradecidos está empedrado el infierno, ¡pero le faltan dos adoquines!»

Cuando me presenté con los chimbos en el patio de Soledad, que el «Lucero» y la «Linda» llenaron a rebozar del más zaragatero regocijo, debí tener para la muchacha un aire de personaje de romance o de historia de conquista, porque se me quedó mirando lelita, en punto de baba... Abacorradillo el ánimo por aquella embelesada adoración, y con ese cerrerismo de los catorce años, le solté de pronto: «¿Tú estás boba, o qué...?»

—Lava la perra, ¿oistes?—le dije al pie, y por si fuera poco—. O quítale el nombre. Con esas greñas emperradas y con esas cascarrias, lo de Linda no le pega ni con engrudo de la tierra.

Ella cogió una vieja tremenda. Y entre llorosa y enroñada, se metió para dentro.

Algún tiempo después pasaba yo una mañana cerca del pilar cuando la escuché y la vi elementada frente a un medio galletón que estaba moliéndola a su modo. Sentado cerca del chorro y con una caña larga, andaba finchoneándola, majadero, tal vez enclado. De nada valían las reclamaciones y amenazas de la chiquilla. «¡Estate quieto, mira que se lo digo a tu padre...! ¡Mueño!»

—¿Por qué no vas a finchoniarse a tu madre?—le planté cara al de la caña, fachento y enroscado, aunque abatatadillo en el fondo, ya que el otro era un medio galibardo, más doblado que yo y sacándome su jeme.

—¿Y a ti quién te ha dado farol en este intierro?—dijo muy seguro, al tiempo que me empujó.

—¡Ni farol, ni intierro, ni na! Lo que pasa es que me jeringan los abusos...

Se me había encimado, rufo, hasta dejarme respirando el sofocón batumerio de sus sobacos. Lo mismo por aliviar el tufo, que por ponerlo a tiro, reculé un pizco.

Creyó el gandul que me rizaba y sonrió por unas paletas como duelas de barrilillo. Tenía la chopa aporriñada como los negros... «Como seas flojo de mocos, te jodites», pensé, al tiempo que sin más discursos le apulse allí una primera e inesperada piña... Se quedó tuntuaneando y le rompieron unas hebritas de sangre sobre las bombas. De segundas y arreo, le solté un revés que sonó como el lambriazo de una gamona caliente. En medio del brumero que tan de repente le metí en el sentido, debió pensar que no le cuadraba fajarse suelto. Me abrazó, como para luchar. Pero con la ventaja de ser más chico y estar fresco, cuando él ya andaba tocado de oído y medio ciego en pelea, me le metí debajo, lo monté en la cadera, lo toqué de corva, al tiempo que hacía el destuercito demandado por esta lucha, y le di un talegazo de los de punto y aparte. Perdió el tino, porque dió con el hueso palomo en el cerro de una piedrilla a flor de la terrera.

—Dame un cacharro con agua—le dije a Soledad, que me lo alongó mansita, pero metida por la admiración en el temblor de un álamo.

Le dí de beber a aquel totorota y despabiló, aunque se mantuvo en el suelo todo empenado. Con el cacharro de nuevo lleno, y a cuento de refrescarle la chopa y los besos, lo entripé hasta la mismísima barriga. Aunque sólo fué medio baño, no le vino mal, porque en las carnes de aquel jandorro no caía agua desde que lo fregotearon acabadito de nacer. Me puse luego serio.

—Coge el tole y vete pa tu casa—dije a Soledad como si ya tuviera bigote bajo mis narices y sobre mí responsabilidad—. Y acostúmbrate a no ser comprometedora, ¿oístes?, que por una machangada se puede desgrasiar un hombre.

—Ta bién...—dijo, y se tupió, quedándose anhelante, mirándome con unos ojos que por el brillo parecía como si de repente les hubiera entrado cargazón de calentura.

Eché a andar. Ella se quedó boba viendo como me alejaba «del terrero» con el aire con que, sin arena en sus vestidos de lienzo ni para llenar un dedal, se retiraban del de luchas Matías Jiménez, el Rubio o Justo Mesa...

Aprendí temprano que estos arranques romanceros tienen en amoríos más tea y más miluque que un buen parecer. Pero también dí en pensar que si en el caso, el de los finchoneos en la fuente me llega a coger el lomo, otros muy distintos hubieran sido la idea y el aprecio de Soledad, la cual no se hubiera parado a considerar que yo era más chico. A las mujeres les llega pronto y bien el relumbre. Por eso, el que tire a seguir-las y perseguirlas, cuente con la mangrina, que si no, no «embarca». O cuando más, alcanza una chalana...

Así pegó ella a quererme, callada, emperrándose más cuanto mayores eran mi ignorancia de que existía, o mis desdenes, si acaso se me plantaba delante a decirme algo, que siempre era una bobada. Y esta me parece otra particularidad muy curiosa de las hembras. La vida me ha enseñado que ellas tienen, en general, una condición como canina, que no traigo a cuento por despreciarlas, pues siempre me han gustado más que adobo. Se trata, pues, solamente, de acusar una personal manera de ser. Si usted se les muestra muy mollar, se le viran un puro hocicón, o por lo menos lo barloventean, largándolo en banda. Ahora, si las maneja con una de «ven acá» y dos de «tente allá», entonces se le echan al pie como una zalea.

Pasados aquellos entre bizarros y sentimentales lances, con que me empenicaba sobre su corazón y mis años, yo tornaba emperrada y alegremente a lo que entonces tiraba de mí con un oscuro y salvaje poder, como tira la vida de la tierra y de los árboles y de los pájaros cuando abril rebasa y deja atrás los gachos y foscos brumeros y entra y se engolfa en la pleamar del buen tiempo. Volví a la bronca libertad de mi cuadrilla, con un no sé qué de potro corriéndome los lomos, sacándome los pasos y alzaprímándome la sangre. Me sentía como borracho de la generosa libertad de los pobres, borracho de camaradería y ensueños, de gusto por nuestra bravía libertad, por la aventura y el peligro. Ni una sombra de mujer y su misterio, todavía, encima del resuelto resplandor de la frente...

¡Mi cuadrilla...!

Rafaelillo el Canabuey, a quien ya conoce; Pablo, el hermano de Soledad, del que también le he hablado; Andrés el Bisojo, tan vivo que sentía crecer la hierba; Frascorro el de la Plataforma, que se ahogó nuevito por el espigoncillo del parque, y que era el más sanana de la cuadrilla, y uno de Las Cruces que se corría a San Nicolás, y al que me parece que lo llamaban Tontón el Pírgano, lo mismo por la menudo que por lo golpeador—le gustaba pelear como comer—, formábamos una banda dedicada «al pastoreo y el pillaje», según nos dijo un día, creo que copiando de la Historia, don Carmelo

Cabeza de Sebo, maestro del barrio. Al Pírgamo me parece que lo mataron después en Venezuela, o por allá.

Desde las lomas del Capón hasta las orillas del Confital, pasando por aquellos parajes de ilusionada aventura que fueron las colinas rubias de Los Arenales; desde La Apolinaria hasta el Cercado de Avellaneda, con tránsito por bocabarranco y sus orillas, todo era tierra libre y nuestra, ancho campo de merodeo y pira-tería... No hubo perro descuidado que no recibiera su ración de belmontina justo donde se le acaba el rabo, y que no saliera después con su gangarro a rastras; no quedaron portadas anchas donde no le hubiéramos dado suelta a cuatro voladores sin vara, para divertirnos con su alocado garabateo y su estampido de golpe de mar en la muralla; solimpiábamos baifos, pollos, quesos, huevos, fruta... por pura aventura, y por jilvanárnoslos también, la verdad sea dicha; nos entrábamos de noche en los terrenos, arrastrándonos como lagartijas, hasta tocar las puntas de cabras estacadas, despatarrándonos bajo ellas y pegándonos a chupetear de sus ubres hasta dejarlas escurridas como zurrón de pobre; cazábamos moscas de caballo cuando los tartaneros despuntaban un apóyito y los pencos se adormecían también, empurrados en la cebadera, moscas que después pasaban al cogote de algún mago tardío y de ojos lelos, lo mismo que los borlones de pica-pica que largaban los plátanos jarandinos de La Alameda; reuníamos seis u ocho gatos, los amarrábamos medio cortos por la cintura y los largábamos en medio de un entierro nocturno, o de una procesión; en vísperas de baile anunciado, montábamos en bocabarranco, al pie de la plaza, la red que para pajarear tenía Tontón el de Las Cruces, agarrábamos con ella unas cuantas ratas, las entrampillábamos en una jaula y cuando más alegrita estaba la taifa, las largábamos desde una orilla... ¡Imagínese los be-  
—sin que nosotros lo entendiéramos—que los convida-

dos, luego de nombrarse toda la parentela, se fajaran al móquete, medio arruinando la casa del jolgorio, pues se cargaban, fijo, el espejo de visajes con su tarlatana, el cuadro de ánimas, las sillas, los esquineros y los teleques de encima de la cómoda. Todo lo que le digo, aparte de las guirreas, en las que nos descalabraban y descalabrábamos que era un gusto, llenaba lo más de nuestras vidas.

Se nos llegó a tener más miedo que a un dolor a media noche con la botica cerrada.

Las carreras de los guardias, el cemento, las tollinas caseras... encalmaban un tiempo el estado de guerra en que vivíamos. Pero tornábamos a las andadas más pronto que volando. Y hasta quizá más enconados. Pienso hoy que hay chicos que sacan una vena de sangre negra y que hasta que ésta no se gasta, como la pólvora de un volador, está tirando de ellos hacia el sorrobollo y la cancaburrada.

Todo esto duró el tiempo de un entresueño. Algo de repente, y al modo como la noche se vira en el día, pasando el chiquito y misterioso puentecillo del alba con indecisa y parda claridad primero, pero después con un retumbante resplandor, empecé a notar que me emborregaba menos en el juego y las mataperre-rías... Se me paró y se me viró caviloso el pensamiento, lo mismo que el mirar, ahora trabado por el revuelo de unas enaguas, el jeribeque de una pollona en el tendedero, o sacando a pulso una talla... Me parece que ya por entonces, a casi todos se nos habían soplado las narices, nuestras voces rompían en cloquidos de gallina con gogo y negreaba suavcito el labio de arriba con la pelusa temprana de un bigote...

Por cierto que le recomendamos a Frascorro el de la Plataforma, antojado en adelantarlo, el abono infantil de entonces: caca de gallina. Y se la puso, el muy taía.





Ya le conté que la noche que castigaron a mi padre, siendo guardia, como remate de una sonada serenata y por culpa del chimbo de Canseco, mi madre, que era la que mandaba el barco—aunque él se creyó siempre que no—, dispuso que «largara el informe» y rumbeara por otra marea. Un hombre podía ganarse de muchos modos el caldo de papas y el pan moreno, más un puchero los domingos. Yo propuse aquella amarga, pero decisiva madrugada—también se lo he dejado dicho—que en lugar de salir a venderle su mercancía a Domico Candelilla, montáramos nuestra propia industria y comerciáramos con nuestro propio turrón.

Agarró la idea. Las perras que vino a dejarnos la liquidación del chinchalillo fueron incrementadas por otras que el viejo pidió «al rédito», por cierto a un usurero a quien Dios tenga... en su lugar descanso, pero abajo, donde reinan las eternas candelas. Compró mi viejo sus calderas de cobre, unas usadas y otras nuevas, y sus materias «primeras», como él las llamaba. Esto ocurría entregando un verano. Pues con vistas al Pino pegamos a trabajar ya como «industriales turroneiros». Mi madre, que siempre fué una mujer dispuesta y con destello, se empeñó en que había que hacer la mejor golosina de toda Canaria.

—Conviene—decía—que la gente, cuando tire a mercar turrón, diga: «Hay que comprárselo a Epifanita, la de mastro Chano, que lo tiene cosa asiada». El todo es que agarre fama.

Por esto puedo decirle a boca llena que, por lo menos al principio, lo mismo el especial—barra—, que el de gofio, pasando por los de azúcar y Alicante, eran lo que se dice decentes, hasta dejarlo de sobra.

Para el primero metían los viejos, sin robar pizco, sus veinte kilos de almendra, veinte de azúcar, uno y medio de miel de abeja y cinco litros de agua. Cuando esta masa cogía punto, recibía, sin faltarle una, las veinte claras de huevo que demandaba. El de Alicante, o «corriente», llevaba para una producción grande—por ejemplo para los golpes de San Roque, que es santo muy fiestero y de mucha salida—veinte kilos de azúcar, cuarenta de bizcocho molido de pan del bueno, veinte claritas de huevo, cuarto kilo de almendras y sus golpitos de miel de abeja, limón rallado y matalauva. ¡Usted dígame lo que saldría de semejantes mezclas, cuidadas por mi madre con el celo con que velaba un ama-sijo casero!

Por lo que hace al de gofio—el más ruinito, tirando a indigesto—, llevaba sus diez kilos de miel negra de Guinea, diez de la de abeja, diez de gofio—«mitán por mitán, todo», dicen los turroneiros—y también sus golpitos de matalauva y limón.

Hoy, que yo sepa, ya no viene miel de Guinea, y hay que meterle el consabido sucedáneo: melada, de unas latas que llevan el nombre de una Virgen.

¡Lo que ha virado el viento, hermano, con «ojos que te vieron dir, puertos francos!», las guerras, el átomo y el chorro, que lo mismo propulsa aeroplanos, que poca vergüenza.

Pagáronse las drogas. Y la casa, que no salía de buchadas, achicó bien pronto y bien pronto pegó a navegar con el más alegre golpe marineró. Ibamos ahora a donde quiera que repicaran gordo y estallaran voladores por mano de romeros. Flotando sobre el moli-

miento, los viejos recalaban luego resplandecientes, sintiendo sobre una cadera el peso fuerte, pleno de poderío, de un taleguillo con duros de plata. Se hizo mi padre con dos molinillos, uno de los cuales llegué yo a patronear cuando fui más grandito. Con los años, las tachas acabaron garabateando, se empenaron los tableros, despintándose también, y el arco de hierro crió ferruge, girando quejoso y tardío. Pero al principio, los molinillos más vistosos de cualquier tenderete eran los de Chanito Monagas. Lo mismo con las tiradas «de a sinco», que con las de «a real la más serca», entraban por ellos las perras como sardinas en chinchorro.

Pasáronme cosas muy sabrositas en este tiempo y en tales traquínas, pero sería un engorro contárselas por lo menudo, aparte que esta historia se estiraría, me creo, más de lo adecuado.

Volviendo a Soledad. Repentinamente, ella se antojó de ir a las fiestas. Aparte que todavía estaba más bien chiquita, no le tiraba el trabajo del turrón. Quería ser costurera de ropa de hombres. Pero como venía suspirante y no se amañaba a estar sin verme, acabó embullada con las cajas y el trajín viajero. Resuelta a salir, ya no paró de llorar, o amularse, hasta que repugnada la madre ante tanto mojo y tanto morro, le dijo un día: «¡Quítateme delante, cabesuda! Has lo que quieras».

Esto me empezó a enojar, porque es que se ponía pesada como una potala. Cuando menos lo esperaba, la tenía a la banda, mirándome entre tímida y despeñada... Llegué a enroñarme y a soltarle destemplanzas. Ella se iba entonces con los ojos desolados y la boquita en un bico, lo cual que me dejaba desagallado, porque, sin explicármelo bien, me ponía inquieto y con mal sabor verla irse triste...

A los cuantos años de matrimonio, y arregostado ya

a sentirla lloriquear y amularse, este sentimiento se me quitó, lo que fué un descanso.

Pero lo de menos era aquella sobeja presencia de la muchacha a mi alrededor. Lo peor fué que estando en Telde, por fiestas grandes de San Juan, me mandaron los míos la noche de la víspera a lavar unos cacharrillos. Fuí a una acequia que estaba algo apartada. Y me hallaba dibluzado sobre el agua y en el fregoteo, cuando presentí a Soledadilla detrás de mí... Me levanté de un salto. Y allí estaba.

—No te enroñes—dijo como una tortolita—. Me mandaron por agua...

—¡Qué casualidad...! Tú sabías que yo estaba aquí, Soledad—le dije por lo bajo, pero corajiento.

—¡Caracho!, ¿no pueo vení yo por agua...?

Nos quedamos callados. Ella estaba tan cerca de mí, que yo sentía su respiración en la cara. Era casi una chilguetilla, pero ya tenía el aliento maduro, dulce y cálido. Me acordé del aroma nocturno de los albaricqueros cargados y en punto de cosecha. Sentí que todo se ponía más negro alrededor y que ella lucía dentro de aquel oscuro como un pan en el fondo de un horno... Entonces corrí, cogido por un trusco como el que pasé alguna vez, de muy niño, en los callejones, si estando todo dormido y yo solo, soplaba el viento o aullaba un perro.

Aquella noche dormí malamente y cavilé mucho. Dí en preguntarme: «Si en ves de ser Soledad es el pillo de las Cuevas del Provecho que tropestaste en el Barranquillo de don Soilo áhi más allá —ya le hablaré después del velillo éste—, ¿tú que hubieras hecho, Pepe Monagas...?» Como me aseguré que en ese caso no hubiera corrido, caí en la cuenta de una cosa grave, o por lo menos importante: «Pues entonses, Pepe Monagas, es que tú la quieres, ¿te enteras?, y estás echándotela con

ella como si te importara un pito... Y pasa, además, mano Pepe, que ella te quiere también, y de tal modo, que por ti es capas de brincar sobre la fogalera... Si no, no te buscaba con tal emperramiento. Ni te pone esta noche en el brete en que te ha puesto...» Con el tiempo comprobé que había ido muy lejos en la mala idea. Soledad no se hubiera propasado ni conmigo, pese a estar muerta y asada de amor. El encuentro no fué todo casualidad, pero de ésto... a lo otro, había, gracias a Dios, muchas liñas.

Pero como entonces le cogí miedo al asunto, resolví no ir más a las fiestas. El camino de vuelta a la ciudad lo recorrí trancado y gacho.

—Pepe, ¿a ti te pasa algo?—me preguntó mi madre, buscándome en la frente con su mano buena la posible calentura.

—¿Qué me va a pasar, señora? Un pisco cansao, que voy.

Ya en vistas de casa, el viejo, que desde largo venía percatado de aquella especia de zorrera, pero que no era amigo de ternezas, se decidió a intervenir.

—O estas malo, o tienes algún barrenillo metió... ¿Por qué no lo dises de una ves, totorota?

—No... Es que ha estao pensando como de trabajar en un ofisio y dejar el turrón...

—¡Mía p'allá—comentó mi madre, entre guasona y sorprendida.

—¿En un ofisio de acualo...?—preguntó el viejo con su tardío entendimiento para lo imprevisto.

—¿Cómo que de acualo...? ¡Pues en un ofisio de los que hay, y eso...!

—¿Se quieren callar, y dejar el tema ahora?—saltó mi madre, algo imperante, tupiéndonos a los dos—. Luego hablemos en casa, yo y tú.

Estaba resuelto: no quería líos con Soledad. Con esa cabezuda firmeza de los chicos, pensé que cortaría, re-

tirándome, dos peligros; la posible repetición de situaciones como la de aquella noche sanjuanera, y la pérdida de la salvaje alegría de mi independencia, a la que le estaba tirando cabos y plantando estacas aquel monifato morenillo y bonito.

Lo que pasó con la jediondilla de las Cuevas del Provecho, de que antes le hice mención, fué lo siguiente.

Algunas veces que mi padre no podía, sacaba yo a ramonear por las orillas de la ciudad una rucia muy buena que teníamos en casa, hija del abuelo del macho de Perera y de una jaira de los Sarmientos, de la Vega de San José. Una tarde pasé Matas y me dejé ir costeano las lomitas de San Antonio y Chil, hasta la altura de Lugo. La cabra despuntaba lo que iba trincando y yo iba quemando los primeros y escondidos cigarros, mientras me embelesaba viendo las aguas, como un plato, del puerto, los grandes barcos de las largas mares, ferrugientos y al parecer olvidados allí como juguetes viejos, la luz lechosa del horizonte, que iba virando a colorada, morada y negra, según tumbaba el sol sobre el Castillo del Rey... No me gustaba ser cabrero «de plantilla», como quien dice, pero sacar el animalito casero de vez en cuando sí que me embullaba.

Pues, en una de estas ocasiones, ya vencida la tarde, cuando yo atocaba la rucia para sacarla del Barranquillo de don Zoilo al camino de vuelta, se me apareció delante la consumida niña de las Cuevas. Arrimó zorrongiándose, con pasos y aire de gata. Era una pollucita que quizá no llegara a los dieciocho años. Iba descalza y estaba algo rañocilla, pero tenía unas piernas primorosas, lo mismo que la cinturita y el pecho. Por la cara, tirando a rojilla y con pecas, se le paseaba una picante mezcla de ingenuidad de angelote gordo, de

estos que se ven en algunos viejos retablos, y de esca-  
chada malicia. Se plantó con las piernas algo abiertas,  
las manos enlazadas sobre las nalgas y la barbilla caída  
sobre el pecho, mirándome así como desde abajo. Me  
puse algo desinquieto.

—¿Tú querías algo, o que...?—le dije, buscando  
echarme fuera de la situación.

—¿Tienes pan?—preguntó.

—No, pero tengo una rapadura.

Estalló en una risa sofocada, sin que yo supiera en-  
tonces por qué. De las dos o tres golosinas de éstas que  
mi madre me ponía con el cacho de pan de la merienda,  
alternándolas con tamaras o conserva, me quedaba una.  
Se la alargué generosamente. Cuando vió la dichosa ra-  
padura, dejó de reír... Más tarde entendería que ella  
pensó en que había dicho una gracia desvergonzada.

Empecé a subir callado, tirándole golpitos a las pie-  
dras con una vara verde que llevaba. Anduvo un trecho  
trasera, pero pronto se me puso al lado.

—¿Tú siempre vienes por aquí?

—Veses sí, veses no...

—Yo también.

—¿Tú también, qué?

—Que yo también vengo veses sí, veses no.

—¿Y a qué?

—Pues... A nada.

Callamos un largo rato. Estaba empezando a anoche-  
cer. En la bahía brillaba ya alguna luz chiquita y pa-  
saba también la ráfaga del faro, recién encendido.

Cuando la vereda por donde íbamos subiendo pre-  
sentaba un paso angosto, ella se salía delante y me  
atrabancaba el andar. Yo la tropezaba sin más remedio.  
Venía estirando la rapadura, haciendo estallar la len-  
gua en un chupeteo goloso de cada cachito. Me empezó  
a caracolear la cabeza y a cerrármeme toda la luz de al-  
rededor. Siempre me pasaba igual.



Entrevimos en el medio oscuro las primeras casas. Entonces a ella le empezó a entrar como una jiriguilla.

—Estoy cansada—dijo, y se sentó a orillas de una sorriba—. Espérate un pisco, que ya tengo miedo a seguir sola.

La jaira llegó a mi casa bastante antes que yo, naturalmente sin mi cuidado, porque no la tropee a pesar de mi agoniada carrera por emparejarla a tiempo, que hasta candelillas me brincaban en los ojos. También podían haber sido de miedo... Mi madre estaba que cogía las vigas del techo. Desde que se abrió sobre la ciudad, en aquellos instantes tan rumorosa, el toque grave y al tiempo dulce de la Oración en la Catedral, como yo no estuviera, ella se movía enjaulada igual que una calandria.

—¿Qué horas son éstas, peaso de perdulario...? ¿Y aonde has estao, que vienes con esa ropa emperrada, hecha un terreguero...? ¡Dime la verdá, Pepe... Pepe, dime la verdá...!

Había venido tan vacío y con tal tarugo, que no traía una mala trola que soltar. De pronto me relampaguó la mentira, más repentina y luminosa que nunca, por lo que luego pensé: «¡Ya te caiste! Ya eres amigo del diablo y sus amigos. El te ha echado esta mano...» Dije a mi madre con tal desparpajo que yo mismo me quedé tieso:

—¡No me diga na, señora...! Se me fué una pata en un barranquillo ¡y me metí un leñaso que pa qué...! Bueno, pero no tengo sangre... Me quedé algo tuntuñando y tuve que esperar. No ha pasao más nada.

La primera que se percató de mi repentino y extraño antojo de sacar la cabra arreo, fué Soledad. Esto le permitirá calibrar su «nariz», que desde chiquita rastrea desde el Risco perros muertos en la Hoya de la Plata...

Cierta tardecita, ya casi noche, andaba yo de jairas por los altos de Fuera de la Portada cuando, de repente, sonó su voz entre encochinada y llorosa sobre el despoblado y el silencio de la ladera.

—¡Asquerosa! ¡Sinvergüensa! Velillo, más que velillo...!

Había asomado como por encantamiento en lo alto de un repecho... También a mí me salpicó la estupidez:

—¡Y tú, tiesto, que eres un tiesto...!—y sin más palabras rompió a llorar y luego a correr.

Le dije a Matildilla, el veneno de Las Cuevas: «¡Traspón pa abajo!», mientras abría carrera atrás de Soledad. Tenía que atajarla antes que llegara con la alcahueteadura... «Me vino a asechar, ¡la muy...!», pensé rabioso y asustado mientras me daba la corrida. «Y como llegue y lo suelte en mi casa... ¡adiós te digo y no llores...!»

Pude echarle manos a revienta cinchas, porque entre su genio y la perra iba dejando los vientos atrás. La enfrenté, halándola de un hombro: estaba bien amulada.

—¿A qué has venido tú aquí...?

—¿Y tú, cochino, a qué has venido?

Le brillaban fríos como luceros los ojos y le temblaba de rabia y de pena la boca. De repente me soltó una galleta con todas las veras de su alma, y con la misma se dobló sobre el suelo, llorando desconsoladamente... Me senté en la tierra, a su lado, y la dejé desahogar. «A las mujeres hay que dejarlas que resuelen, porque casi siempre lo que tienen es aire», decía mi abuelo Lucas, que las entendía bastante bien a fuerza de tocar lo mismo las duras que las mollares. Soledad acabó calmándose un poco. Entonces le dije torpemente lo que pude, sentido en gran parte por aquel disgusto que le daba, pero agachándome también como un perro gol-

peado por miedo a que se despechara y contara en mitad de mi patio la ocurrencia.

—Mira, Soledad, yo no vuelvo más, ¡en buena fe! ¡Si es que...!—y no me salía nada que tuviera fuerza para acallarle los gemidos y convencerla de que no rechistara.

Decidí atorrarme, no abrir más la boca y meter la cabeza entre las piernas, como vencido por una tremenda pesadumbre... Fué la gran medicina. Despertó en ella la ternura. Debió creermme sinceramente dolorido por la desvergüenza, aplastado por el remordimiento, porque al cabo de un ratito habló algo amorosa.

—Bueno, está bien...

Pero yo no estaba cierto de que enterrara entre pecho y espalda la espina de aquellos primeros cuernitos que le puse. La amenacé.

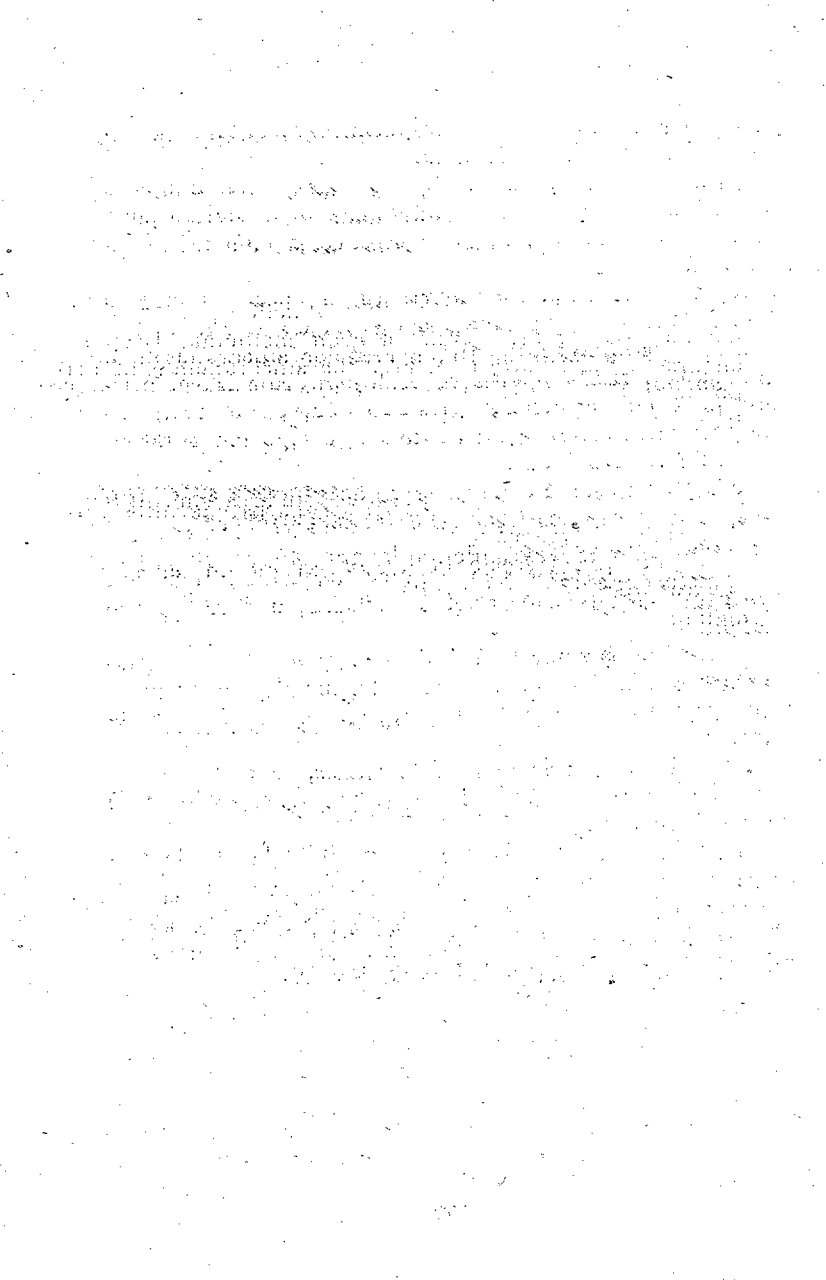
—Como te vayas de la lengua, tú pa mí, suculúm, ¿oístes? Es que no te vuelvo a mirar la cara así me maten...

—Yo no tengo por qué desirle nada a nadie—contestó con un lejano rencor, como el trueno de una tormenta pasajera—. ¡Pero tú no tienes que venir con la cabra!

—¿Y si me manda mi padre, tenses, qué...?

—¡Ni padre, ni madre! Dises que estás malo. ¡Tú no tienes que venir más!

Tenía imperio aquella vocecita empañada por la primera pena grande de nuestro amor. A mí me encorajinó este dominio, pero me hizo gracia y hasta me alegró de tal manera, que sentí como si en lo alto de mi corazón se hubiera puesto a cantar un pájaro.



—¿Qué fué lo que me dijites tú, muchacho, de dejar el turrón y meterte en un ofisio...?—me preguntó mi madre con un interés que me dejó sorprendido, pues ya casi ni me acordaba.

—Pues... Mire, yo no sé bien, ¿oyó?, pero ha pensao entrar en un sitio donde aprendiera así como de carpintero.

Se dió la vieja sus vueltas y a los dos días estaba admitido en el taller de maestro Juan Garepa, ditado que le pusieron porque algunas cosas—el ron, el virginio, del que siempre le colgaba una mariposa churreada de sarro, y su mujer—¡decían...!—lo fueron virando así como socate y quebrándole la color hasta dejarlo semejante al livianito y descolorido elemento que él iba sacándole al pinzapó a golpes tranquilitos de garlopa.

Lo de que a su señora le daban sus dones, lo supe de casualidad. La víspera de empezar mi trabajo en la carpintería, y estando ya en la cama, aunque todavía embelesado, oí a mis padres que conversaban a cuento de mi ingreso como aprendiz.

—Pues como quiera que sea, a mí no me hase mucha gracia que entre ca mastro Juan—estaba diciendo el viejo cuando agarré onda—. La mujer tiene fama de enralada. Y él... él es un escachado, por no decir otra cosa...

—¿Bueno, y qué...?—replicó mi madre, que se había ilusionado por lo que creía una buena solución para el

futuro gofio mío de cada día—. El chiquito no tiene nada que ver con eso.

—¡Ya lo sé, señora...! Pero lo que quiero desirle a usted, pa que entienda, es que va a trabajar en un ambiente de poco respeto, y eso...

—¿Por qué son de poco respeto la riga, el angrudo y las tachas...?

—¡Ya santísima, tales entendederas...! ¿Me quieres escuchar y haserte cargo de una ves...? Esa carpintería está a medias con mastro Benino, el de la calle del Agua, que ahora es «Don Benino», porque las cosas le han pegao bien. Resulta que ha puesto los cuartos p'al taller. ¿Te vas enterando ahora...? Bueno, pues han pegao a desir que él y la mujer del Garepa... ¡mira, eso...!

—Pues vuelvo y te digo que y qué—se emperraba mi madre.

—¡Oh, padrito...!

—Ni padrito, ni madrita. ¡Ellos allá! ¿La mujer de mastro Juan vive acaso en la carpintería...? ¡Pues entonses, bobo!

—Pero es que hay sus jaranas allí, no por «don» Benino, sino por el otro. Creo que unos que van a la carpintería a conversar se dedican a tirarle puntitas al mastro Juan sobre que si está tan acañado por mor de ella, y sobre que si ella tiene fuego interino de ese...

—¿Fuego de qué...? Mira, niño, tú estás tomao. ¿Y sabes lo que vas a haser? Pues no meterte.

El viejo se calló, como siempre. Y al rato roncaba, aliviado el barrenillo, como tantas otras veces, por la resolución de su gran compañera.

Duré bien poco en casa de maestro Juan Garepa, pero despabilé mucho, aunque no en las cosas del oficio... Para horas del mediodía, y más a la tardecita, iba cayendo en el taller un curiosa serie de tipos de la ciudad,

desde caballeros del Casino, hasta artesanos humildes, todos con guasa e imaginación de sobra y el pico siempre a punto para unos cáidos de ron con pejines y panito bizcochado. Recalaban otros sujetos de los que ahora le diré. Se hablaba de todo, lo mismo en coña, que en serio, pero predominaba lo primero.

El Garepa tenía un arte especial para engodar los numerosos totorotas, taías y medios locos que por entonces llenaban la ciudad. Debajo de aquel hombre entecado y gualdo, había un sorprendente e invariable humor. De tal temple le dará la mejor idea el que no se le fuera por el gallillo viejo su degüello conyugal—¡si era verdad, que yo no lo juro!— Ese humor se manifestaba los días laborables al tiempo que daba al mazo—nunca fué trabajador que cargara trasero—y los festivos «con embocadura», como él decía, medio oscilante tras un requinto, en el que con dedos tardíos, pero limpios, y compás y acento bastante aseaditos, punteaba una isa muy aseñorada, o acompañaba con un golpe apulsado de bordones una habanera del tiempo. Viejo ya, todavía sacaba bordada aquella tan primorosa del Cachito: «¿No ves la nube—que en occidente—alumbra el último—rayo del sol...?»

Y «vamos a formar la lista de todos los culuchiches», como decía uno de los injertadores de versillos que animaron mis tiempos.

Allí se le sacaba lasca a maestro Pancho Sambumbéatela, luchador regularcillo en su lejana época, que a los setenta años hablaba en serio de meterle dos talegazos al Rubio, cuando el gran pollo estaba en la picota de su poder y de su geito. Maestro Juan Garepa, divinamente secundado por los cotorrones de la tertulia, le hacía creer que había «una manada de sapos rabudos y de arpas viejas», adulones del famoso luchador, que estaban poniéndole atrabancos a un desafío para que él no pudiera desbancarlo. El viejo, que ya todo retundido usaba un bastón de un palo ruín, acababa siempre

calentándose y enarbolando siempre su gajo, al tiempo que daba desaforados gritos: «¡Bandíos, rabos de vaca!» Le corregía Garepa, empajándose de regocijo: «¡No, mastro Pancho: ¡sapos rabudos!» Y rectificaba Sambumbéatela en «do sostenido mayor»: «¡Eso: sapos rabuuudoos!» Acababan haciéndolo luchar, «para entrenarse», con uno de los bergantes del corrillo, el cual se dejaba caer, pero arrastrando a su «vencedor» hasta un manojo de listones, que «casualmente» se desequilibraban, viniéndose encima del héroe...

Allí acababa pegando brincos, como una mona de pruebista, en un intento de danzar aires sueltos y antiguos, señor Alonso el de la Placetilla, al que le daba por echar pestes de los bailes modernos, «esos báiles de angruo—decía—que no hay quien entremeta entre las niñas y los matalotes relajaos que las varsean ni un papelillo de fumar, siquiera»...

Por allí acababa atracando Bartolomé, el del macho, que en tiempos, y cuando todavía estaba católico, tuvo uno de estos cementales, «último ejemplar en el mundo»—le decía el carpintero más serio que un cuadro de ánimas—de una raza salvaje que hubo, por tiempos del Pendón, en las montañas de La Gomera—«machus canariensis»—, ya extinguida por los abusos. Una noche, hacía porción de años, se lo robaron. Y maestro Juan Garepa y los otros le hacían tragar a Bartolomé que «el rapto» fué cosa de los alemanes, enterados por un alcahuete—concretamente un tal Marrerito, empleado él de Puertos Francos, tertuliente también y al que la broma le costó sus buenos palos—de que su animal era «el único de las siete islas y del globo terráqueo en peso que podía lograr algo que valía, no miles... ¡millones!» Añadía maestro Juan, serio, serio: «Los mismos rubios de pa fuera, usté Bartolomé, que le alevantaron su fenomenal jardudo, han llevao a su tierra unas cabras espiales, de pa abajo del Congo, o de áhi de la Guinea. ¿Y sabe pa qué...? A esas jairas las alimentan en Ale-



mania con cacao. Luego las crusan con el macho suyo, ¡y dan un chocolate, usté... qué vaya al carajo el del café Madrid...!» «¡Oiga, Bartolomé—remataba uno echándole candela a la ponderación—, sin más requirios de estar rallando las jícaras, poniendo al fuego y sétera, que hay que ver...!» En cada recalada, Bartolomé acababa saliendo a comprar un papel de barba, una «impólisa», o un par de sellos «inmóviles» para redactar «una querrela criminal que iba a estremecer la Europa», y que siempre era misteriosamente robada por los espías de los alemanes...

Podría estirar la lista de los chiflados que yo ví desfilar por el animado taller, pero no quiero ser engorroso. Se la cerraré, pues, con el caso de un tal Carmelo, de San Juan, que tenía una hermosa voz para cantar barreno, y al que en la carpintería le hicieron creer que si la aprovechaba «debidamente», acabaría en Milán «dándole por los besos a Caruso». Carmelo se lo creyó y le pegó al canto con tal empuje, que los vecinos de la Ladera tuvieron que amenazarlo de muerte si no se iba a ensayar al barranco. Las noches de rebose, maestro Juan y su comparsa lo llevaban a la marea y lo metían en berrido musical «para que dominara el fragor del oleaje». Entre la marisma, las salpicaduras y los espedidos, Carmelo salía de la orilla hablando por señas. Luego, para que se le quitara la ronquera, le recetaban raleras de ron, pólvora y azufre. Cuando le preguntaban al día siguiente si estaba mejor de la afonía, Carmelo contestaba: «Me sentó la toma como con la mano. ¡Pero oiga, mastro Juan, mi casa anoche era la fiesta del Pino!» Una vez que lo consideraron a punto de cantar «La Traviata»—«do mejor que te va a ti, Carmelillo, es «La Traviata», le decía maestro Juan— convidaron a un sochantre finchado que había en la Catedral, «para que le diera el visto bueno». Advirtieron a Carmelo: «Es un envidioso, ¿sabes? Si se pone con boberías, tú le sueltas su galleta y se acabó». El

técnico no aguantó los jasnidos más de medio minuto. Se puso en pie y dijo: «Esto no es canto. Esto es piedra viva.» El de San Juan le dió sobre la marcha tal cachetada, que lo dejó sin conocimiento.

A mí me gustaba aquel oficio, que me resultaba de cierta nobleza, dentro del concepto de vaina que siempre tuve del trabajo, si algo no le aliviaba—¡entiéndame!—lo que tiene da galera antigua, con los hombres condenados al remo bajo el rebenque de un tarajallo. Me creía y me creo cargado de razón al decir que el hombre que trabaja, es porque no sirve para otra cosa. También me embullaba el ambiente.

Pero un mal día, en el que hubo un jacio de elementos de éstos con las «razones cambadas», los tertuliantes se fijaron en mí. Pegaron a soltarme bromitas y a decirme cosas... De pronto uno de ellos—me parece que fué don Cirilo Doreste—se encaró con maestro Juan Garepa.

—Eres un abusador, desde luego, Juan. No hay derecho a tener un chiquito, tierno todavía, de pie todo el tiempo...

El patrón le cogió el guelde al asunto que daba gusto.

—Ta bien, hombre, ta bien—dijo como con pesar, al tiempo que poniéndome las manos huesudas y amarillentas sobre los hombros, me hizo recular y sentarme en una banquetilla, sin más remedio—. Estate áhi, hasta que yo te diga que te alevantes, ¿oiste?

Siguió el manso conversar de la tertulia, todo el mundo indiferente, dejando correr como en un entresueño las horas tardías de la ciudad... Ya sabe usted que el humor de la tierra tiene flema y liña como ningún otro.

—Alóngame aquel listón, Pepillo—dijo de pronto el Garepa, bien pasado su cuarto de hora.

Y cuando me levanté, se me vino el banco tras los fondillos, fechado como una lapa al marisco... Yo había sentido algo raro en las posaderas, pero «la cosa»

me cogió recién entrado, y además me aturdí con el imperante sistema de mandarme a descansar que empleó el zorrocloco del patrón. El Marrerito, maestro Lino, o don Ruperto, le habían dado al tablerillo del asiento su mano de engrudo...

Como me negué a bajarme los calzones, conforme ellos querían para que el choteo fuera aún más sabroso, el despegue, a base de agua casi hirviendo, hubo que hacerlo con los traseros arrente. Y así fué que encima salí escaldado.

Llegué a mi casa con el natural encochinamiento y dije que no volvía más. Mi madre me conformó, hasta que dejé de resistirme. Pero no habían pasado tres días, cuando maestro Juan me envió con un mandado a otra carpintería de la calle de la Cárcel, larguita de la nuestra, que estaba a orillas de la Marina.

—Mira, tírate un saltito ca mastro Lorenzo, ¿oistes?, y le dises a ée que te suelte la piedra de la serda, que después se la devuelvo. Anda, y no te estés.

Fuí. Y más serio que si ocupara una cabecera de entierro, maestro Lorenzo me cargó con un tenique que tenía sus veinte kilos corridos. Tiré con él, inocente de mí, tan requintado que el resuello ni me entraba, ni me salía. Y apenas lo largué, cuando todavía estaba retundido y empenado de la rigurosa carga, el Garepa que va y se me revira.

—¿Pero muchacho, pa que trajistes esta, muchacho, si esta no es...? ¡Juy, mi madre, que trajo la chica...!

—Pues usté no me dijo na, ni de la chica, ni de la grande...

—¿Que no te lo dije...? Pa mí que sí...

—Claro que te lo dijo—saltó el Marrerito.

—Bueno, mira, no vamos a pegar a discutir... Vete y disle que te la cambée, ¿tiendes?, que te de la grande... Estas criaturas, hasta que no se traquean...—se quedó en un rezongo.

Sin saber bien porqué, todo aquello me dejó orejean-

do... Pero cómo no se torció una cara, ni nadie alumbró una sonrisa, o un camango sospechoso de montada—que así es de zorra la guasa del país—, volví a cargar con aquella tosca viva y desandé el camino, Vegueta adentro, metido en un pugido.

—Mastro Lorenzo, que dise mastro Juan que ésta no es.

—¿Cómo que no es...?

—¡Que no, cristiano, que es la grande la que quiere!

—Ta bien, no te pongas así. ¿También tengo que adivinarlo, arriba que la empresto...? ¡Pa sajorín, cho Plomo! Toma...

Me metió sobre el otro hombro un nuevo y acrecentado risco, con sus cincuenta libras honradas, como el peso de antes. Cuando bajaba San Marcos, tumbando al Colegio, con el cuerpo metido en un entero sudor y sin aire con que soplar ni una plumilla del pecho de un pájaro, sentí a las espaldas unas carcajadas que tenían el retintín de una risa de loro escopeteado. Hacían la burla maestro Lorenzo y su gente, salidos a la esquina para gozarse la quintada...

Largué la «piedra de la serda», me senté en el bordillo de la acera y lloré de rabia. Según alivié la rasquera, me fuí derecho al taller. Entre los ojos me brillaba una idea torina: la de cobrarle a maestro Juan Garepa la montada con lo que más podía dolerle, aunque, dada la franqueza de su manga, dudaba de que aquella especie de tiro de sal y azufre que iba a soltarle escaldara lo que apetecía.

Recompuse la cara para que no se dieran el gustazo de verme dolido. Llegué, aparentemente, tan fresco y tan ancho como la hoja de una ñamera. Asomé a la puerta y me planté en el umbral.

—Mastro Juan Garepa—dije al patrón, que me miró cambado y suspenso ante la descarada cita de su nombre, en cuya entonación cargué la mano—, que dise mastro Lorenzo que en lugar de estar dando el requi-

lorio con la piedra de la serda, que pa que no agarra usted uno de los dos tarros que tiene—de su mujer, ¿sabe?—, que seguro que le hasen mejor ofisio...

La carcajada del corrillo de cotorrones se oyó en el barranco de Arguineguín. Atrás me zingó en el oído un tarugo de tea, que todo lo que anduve liviano para destorcérme, no me trincó, abriéndome un túnel como el de Telde. Corrí. Y desde la esquina, haciendo bocina a la voz con las manos, le solté el más envenenado güapido de toda mi vida, combinando en él el dichete con esa voz que dan los labradores para revolver en la aradá la yunta, cuando se remata un surco:

—¡Tersia, Gareeepa...!

Subí para el Risco silbando a todo gusto, con mis manos en el bolsillo, esponjado igual que un pájaro en la orilla del agua.



Pasado tiempo, don Enrique, el cura de San Nicolás, un hombre «al golpito», que siempre empezaba su misa tarde y la terminaba cuando ya no quedaba nadie dentro de la iglesia —todavía no se había metido el jeridero de devotos de ahora—, se encontró con mi madre a orillas de San Justo. Conversaron. Y de este tropiezo salí monigote de la ermita.

No me pasó aquí nada notable, aparte una chispa que agarré con el vino, el que regularmente nos bebíamos, colaborando, el sacristán y yo, aunque cada uno por su lado. Don Enrique, que era bastante transpuesto, acabó notándolo un día.

—Oye, tú, Pepillo, que veo que el vinito se va en bruma. Y yo no soy, me creo...

—Seguro que no—le respondí—. Debe ser que usted lo deja mal tapao, y al modo se evapora...

—Pues tápalo tú, hombre—me recomendó, tan sano.

—Sí, don Enrique, no se ocupe.

Desde entonces le cogí la vez al sacristán. Y después de mi aperitivo, le metía agüita, que es sana.

Tampoco merita la pena contarle, me creo, alguna que otra broma, tirando a cancaburrada, que dimos a las biatas y a unos viejos que se entraban cuando había frío, entre yo y otro zarandajo que compartía conmigo la ayudantía.

El empalme con el clero me puso en camino del Seminario, donde entré como criado, enchufadillo también por la hormiguita de mi madre, que se destapó como persona de mucho garabato político y social, lo mismo para colocar la parentela del pueblo que se arrancaba, que para librar del cuartel a alguno de sus miembros, inventando una sordera, una «puntada fija de redoma» o alguna otra fullera por el estilo.

La vieja se privó de repente con la idea de hacerme cura—este era entonces el sueño más hermoso de todas las madres insulares, lo mismo las de mantillas rucias que las de sombreros con pájaros y frutas—. Se apalabró mi madre con don Graciliano, aquel canónigo al que le levanté un loro —cosa que usted ya sacó en papeles en alguna de sus exageradas historias sueltas—, a fin de embullarme, ascendiéndome, una vez la breva estuviera madura, desde criado a secas hasta fámulo. A cambio de mis servicios, yo estudiaría latín a todo pasto. Y con los años, mi madre se sentaría en la Catedral, en una sillita especial para ella, a oirme, toda rizada como una lechuga, el sermón privilegiado de San Pedro Mártir. Vuelta un palomo en arrullo, podría cúcar a una devota y decirle: «Ese que usted ve ahí, pedricando, es mi hijo don Osé, ¿sabe...?»

¡Pobre madre Epifania, que se quedó con las ganas, consuéllese pensando, ahí arriba, en su bien ganado cachito de cielo, que lo que usted perdió, la Iglesia lo ganó!

En la Pontificia Universidad sí ocurrió una cosa cuyo recuerdo conservo algo vivo.

Habían entrado en ella, «cogidos a lazo y cazados al pincho», como suele decirse, o séase viciosos como potros nuevitos y de mucha sangre, dos hermanos, los Morales, hijos de una familia buena de la ciudad, pero que eran el mismísimo Barrabás. Allí los metieron por ver



de amansarlos. Negados para la letra y cualquier otra cosa de fundamento, eran, en cambio, rayos para toda clase de picardías, borbollones, desborrifamientos y et-  
cétera.

En el «amansadero» les cogió ojeriza especial—ellos se la devolvían acrecentada—cierto distributario, el señor Cazorla, de para abajo del Sur, que como encargado de estudios los traía tiesos con castigos arreo. Ellos le mantuvieron la vareada como Dios les dió a entender, pero se pusieron a agüaitarlo, esperando cobrárselas todas juntas con réditos usurarios. Un día supieron que aquel hombre de piernas zambas, figura y andar desmangallados, barba cerrada y carbonera, empalmada con las colas de mulo del mismo tinte que le servían de cejas, y cresta negra y dura como lomo de cochino, padecía de angurria...

Tan recio era su mal, que se pasaba el día de visiteo. De noche, como tenía el dormir tan atroncado, quitábase el agua a los chochos, como por aquí decimos, en medio del sueño y en pleno colchón. Ni que decir que pasó el jergoncillo, al tiempo que lo viró un imposible batumerio. Lo llamaban en vano y en vano lo amonestaban. El hombre seguía saliéndose todo. Un día recibió una orden terminante.

—En adelante, señor Casorla, se le suprimirá a usted la basinilla—y disimule—. Así, pues, practicará sus alivios fuera del dormitorio, y, naturalmente, donde es debido. A ver si la idea de que no tiene usted remedios a mano le solivianta la sorrera de su sueño, mejorándose así su mal. Porque reconocemos que es un mal, pero reconocerá usted, señor mío, que también lo es entripar el colchón con tan funestás consecuencias, trassendentes lo mismo en el orden económico que en el orden aromático.

La receta surtió efecto. El señor Cazorla seguía yéndose de vez en vez, pero, en general, en cuanto se sentía represado brincaba de la cama y salía a espetaperros por los silenciosos y oscuros pasillos hacia los excusados.

También sabían los potritos de los Morales que el distributario era miedoso, con un chirgo especial para ánimas y aparecidos. Había quien afirmaba que la angurria no tenía otra causa que el tal cerote. Con tales circunstancias a la vista y a la mano, los dos... muchachitos prepararon su «factura»...

En un patio de allá atrás había una bola grande de hierro, destinada a tapar el sumidero central, en un intento de quitarle «virulencia», como decía don Graciliano, al olor a bajurria que subía desde el pozo negro. Pusiéronse los dos indinos de acuerdo conmigo, tirándome el engodo de dos pesetas cada uno. Resistí, hablando de mi «responsabilidad», y de mi «dignidad», que aunque las tuviera, me importaban en la ocasión un bledo, porque la valadronada me había embullado tanto como a ellos. Yo andaba a forzar la tanza porque largaran plata. Y la largaron: saqué medio duro de cada cual.

Había de colaborar, mediante aquel estipendio, en un susto al señor Cazorla, un susto de los que no tuvieran más endengue que algo así como las manos únicas de maestro Hilario, el sabio componedor de pomos de Las Rehoyas. Mi misión consistía en subir la bola hasta el último descánsillo de la escalera y estar allí al pie de ella, pendiente de una señal, que sería un esperrido de cabra alumbrando, pero primeriza, o sea en «do de pecho». Entonces yo...

Ellos se agazaparon en distintos sitios del paso para los servicios, envueltos en blancas sábanas, con la cara y las manos untadas de fósforo, descalzos... Tenían un compinche en el dormitorio, que cuando el otro salió, todo trincado y con el «barranco de banda a banda», les dió el aviso: un silbido suavito...

A señor Cazorla no lo dejaron ni vaciar. Ya en puertas de los retretes, le salió al paso una de las impresionantes «pantasma». Señor Cazorla dijo: «¡Ay, mi madre...!», y se fué todo, o sea dando el completo, lo que

quiere decir que añadió a la tasa la reserva. Salió escafiando, rumbo a los dormitorios, pero le atrabancó el camino la segunda visión... No le quedaba otro escape que la escalera, al final de la cual estaba yo con mi gorda bola de hierro... Subía como un conejo, cuando sonó un desgarrado balido. Le di entonces su empujoncito a la pesada pelota, que comenzó a bajar sobre el señor Cazorla dando unos tremendos tamborazos, cuya resonancia aumentaban el viejo caserón y el silencio pleno de la noche.

Entonces, cada uno de los tres mochuelos voló a su olivo. Nos metimos entre sábanas como rehiletos, fajándonos a roncar como en el más ancho y profundo de los sueños.

Señor Cazorla se volvió como loco y recorrió disparado, sin que nada ni nadie pudiera atajarlo, los largos pasillos, las viejas escaleras y los anchos patios de la casa, gritando solamente: «¡Madre, la muerte pelona! ¡La muerte pelona, madre!» Puesto todo el mundo en planta —nosotros también, «sorprendidos» de semejante barullo a aquellas horas—, entre algunos lograron agarrarlo, achicándole luego tila por baldes. Que como no fué bastante, obligó a levantarse a don Luis Gil, el médico del Centro, un hombre al que, según las malas lenguas, debía la población isleña más difuntos—estuvo unos cuarenta años matando cristianos— que aquel terrible andancio del cólera encendido en la Gran Canaria años antes de nacer yo, allá por el 51.

Don Luis se sentó a la banda del estremecido señor Cazorla y le dió un vistazo.

—Si tiene fiebre, no me lo niegue—le advirtió de entrada.

El señor Cazorla le juró que no se sentía ni una décima.

—Es más bien así como un insulto, don Luis—aseguró entrecortado, sonándole los dientes como una huesera.

El médico pidió un cacho de libreta y le garabateó

una toma. Que resultó agüita de borrajas, porque el asustado tuvo que coger el camino e irse un tiempo a su pueblo —creo que El Carrizal—, a comer lasquitas de cochino y a tumbarse.

Pusieron en averiguación el sofoco y, al cabo, caímos en la pelaza los dos Morales y el que suscribe... Ni que decir que nos dieron el canuto sobre la marcha.

Mi pobre vieja se llevó un tremendo disgusto, que yo intenté aliviarle diciéndole, una vez le hablé de trabajar el puerto:

—Mire, madre, más vale un buen cambullonero que un mal cura.

Pensando en el atraconcillo que me dió Soledad cuando me acechó y trincó en las laderas de Chil con el pilfo de Matildilla la de Las Cuevas, me sentía halagado por aquel arranque de sus celos y por la llantina caliente que colmó sus ojos castaños, tan vivos, tan alegres y tan queridos... a pesar de mis ambulantes trasteos. Pero me suspendía otro pensamiento: «Nunca le has dicho nada, Pepe Monagás: ni que la quieres, ni que no la quieres... Nada. Tú vas y vienes y ella está a lo suyo. De otra parte, lo mismo ella que tú, son poco más que unos vagañetes. ¿Y entonses, mano Pepe, qué...?»

Pero forzados por la cercanía de nuestras casas, nos veíamos cada día. Yo le daba alguna que otra broma; ella se me quedaba mirando con su carilla entre ingenua y pícara... Así pasaban los días, las semanas, los meses...

Con este correr del tiempo crecíamos, claro, estirándonos los dos y agravándonos. A mí se me empezó a afianzar el habla y volviómela nariz a su ser, al tiempo que, bajo ella, el bigote iba negreando en creciente. A Soledad se le afirmaban, de popa a proa y de babor a estribor, todos los sabrosos salientes de su condición y de su edad pintona. Notaba en aquel instante incierto que si por echarme yo fuera, a cazar o de pesca, o por estar ella malucha, no la veía, me entraba como un desagallo. aliviándoseme aquel desconsuelito del ánimo en cuanto le echaba la vista encima.

Quando nuestros respectivos cascarones se quedaron en el camino, definitivamente desprendidos, con lo cual

ya podíamos mirar para el cañizo sin aguantar bromitas y sin andar tapujados, seguimos aparentemente igual. Pero en el fondo surgió una situación nueva. Soledad se desandó porque yo acudiera al engodo con que a dos manos, aunque sin malas mañas, ni relajos, eso sí, llenaba cada día el trocito de marea de su pulido y azulado patio. Yo seguía emperrado en la cómoda y ancha libertad de mi primer tiempo, dispuesto a defenderla con uñas y dientes de toda tarraya, aunque la lanzara su linda y geitosa figurilla. ¡Infeliz de mí, que ignorante del poderoso jalío del amor, quería navegar como en los tiempos de La Loma y Las Arenas...!

«¡Compadre Pancho del alma,  
mi barca no puede andar,  
ni con velas, ni con remos,  
ni con las olas del mar...!»

Llegó por entonces de la Cumbre una prima segunda mía. Venía a aprender de costurera y se nos metió en casa, sin que maldito agradeciera el catre y la manducatoria —para la cual, por cierto, no era floja— ni con un mal cestito de piñas tiernas. No me crea por esto un alegantín. Yo me he propuesto decirle la verdad en todo y la voy soltando a jecho, lo mismo si en las memorias se cruzan parientes que particulares.

Era una tora la muchacha, pero con unas carnes más bien flojonas, que en el andar se le estremecían como un flan. Tiraba en la color a manzana de las que llaman sangre de doncella. Se la voy a detallar algo más, porque vea que yo estaba cargado de razón al hacerle fos. Denía una mata rubianca de pelo, que le bajaba de las corvas, hasta el extremo de que para peinarse las puntas le era preciso tirar de ella como quien arrima chinchorro; la cara era buchuda y le alumbraba los carrillos un rosicler que mal empleadito para una habanera; los ojos tiraban a trasconejarse bajo el cerro de la aguda naricilla, y lo que tenían de juntos y de saltones procu-

raban a su mirar un visaje ratonero. De tal rostro, por no llamarlo de otra manera, lo único bonito era la boca, pero se lo encharcaban las clareas de sus dientes, los dos lantereros cayendo paletudos, y los de abajo tan encaramillados que parecían ajos plantados a voleo. Desde el cogote, alcanzado por el cercano reboso, pegaba a ensanchar. Y ya no paraba hasta el nano y pantorrilludo basamento. Todo este continente, sin pizca de rebujón, dígame usted... Tan suspensa tenía la figura entera, que para resultar una ampliación, de las que usted habrá visto colgadas sobre las cómodas isleñas, no le faltaba más que una barra con purpurina y metro y medio de tarlatana verde. Ahora envuelva el total en un aroma entre de salpreso y flores revenidas, porque también olía lo suyo, y tendrá usted el retrato completo de la parienta cumbreira.

Los padres de tal prenda habían hecho algunas perras con la consabida cochinilla. Luego compraron algunas cadenillas de tierra, que acrecentaron metiéndoles el hombro y dos burros, así como unos arrifes que plantaron de almendreros. Añádales que eran Alejandro en puño y tendrá usted la razón de que Iluminada, como se les ocurrió bautizar a esta exclusiva hija, fuera un partido, en lo que cabe, o sea sin pasar la raya del pueblo. A esta utilidad añadía ser buenísima hasta caerse de culo.

Dió mi madre en calibrar estas últimas condiciones, olvidando, la pobre, en su cariño, todo el restante y tremendo matalotaje. y así fué que empezó a metérmela por los ojos, sedita, sedita... Yo no le podía decir que frente a su plan casamentero se levantaba como el muro de un castillo un consejo del abuelo Lucas.

—Cásate —decía el viejo—, que es cosa natural, y a veces hasta buena, ¡pero...! con mujer flaca y asiada, porque con baña y jedionda, ya se te virará.

Me dejé ir para el pie, cierto de que todo aquello se disiparía como los flecos de una brumilla. Pero un tiem-

po tuve que cargar con Iluminada, dedicándole los domingos. La llevé al puerto para que viera los barcos y le compré mis cobuchos de golosinas. Ella se consintió... Las muchachas pegaron a mirarme con ese aire distinto con que clavan los ojos cuando un pollo se estaca, más o menos, al pie de una persiana, o acompaña más de una vez a una niña y lo consideran «al caer».

La presencia de la campurria en mi casa, y sobre todo mis salidas con ella, le cayeron a Soledad como unos zapatos nuevos. Incapaz de dominar su genio vivo, estaba de la mañana a la noche que cogía las vigas del techo. En el patio, si yo cruzaba, me hacía tales jocicones, que se meneaban hasta los geranios. Comentaba suegra Catalina, viéndola sordamente elementada: «¡Qué bicho te habrá picaó...! Yo no sé que le ha entrao a esta niña, usté, que de ahora pa después, ha virao como si tuviera fuego salvaje. ¡Tal repunansia...!»

La muchacha se dispuso a darme por los besos. De tiempo venía «inclinando», como entonces se decía de los enamorados que amagaban y no daban, por lo que fuera, un tal Florencio, hijo de un tendero de Tenoya, que casualmente fué el que nos compró el chinchalillo, sacándolo, por cierto, a navegar, porque rebelló a los fiados y entendía el peso. El tal Florencio estaba temporadas al garete, temporadas al paio, según «soplará» Soledad, que a veces le abría unas inciertas calmas chichas, tupiéndolo otras de desplantes, hasta hacerle caer las alas del corazón. Vernos salir para abajo, a mi prima vestida de fulgurante rosa y toda llena de lazos, con una mata de pelo como el manto de la Virgen del Rosario de Santo Domingo, y a mí a su orilla, llevando también el flus de los festivos, y virársele a Florencio como un girasol, fué todo uno. El tenderillo se puso que no le cabía una paja, ya que la quería hasta tenerse que tirar del catre y salir para la Plaza a beber café, porque no pegaba un ojo en toda la santa noche.



En cierta ocasión, todavía sin tomarme en serio aquellas relaciones, la paré en la calle.

—¿Qué machangadas son esas con el rebenque del Floren시오, Soledad...?—le pregunté, sonriendo algo trincado.

—¡Las que quiero y me da la gana! ¿Te importa...?

—¿A mí, de qué, boba...? ¡Venga...! Lo que pasa es que me da pena de ti.

—¿Ah, sí...? ¿Y por qué, generoso?

—Porque el día que bailes con él y vaya y te pise con las chalanas que tiene, te queas coja pa toa la vida...

—¡Mia p'allá...! Como si tú pudieras echártela, mi niño. ¡Mira que la paloma de piso de tu prima...! ¡Guárdame un güevo de la echadura!

Me dejé plantado, luego de rematar el descaro con una risa provocativa. Y me pareció tan segura de sí, que me entró como miedo. Fué entonces, y por primera vez, cuando me di plena cuenta de que la quería, y de que perderla podría ser una desgracia de las que si no arruinan a uno para los restos, por lo menos le amalezan las carnes y la alegría.

—Me alegro, Soledad, de que todo vaya tan arrejundido—la trabé de pico en otra ocasión, más quemado, pero todavía aparentando echarlo todo a choteo.

—¡Vaya, hombre...! ¿Y eso, por qué, si pue saberse?

—Mira, porque siendo tiendera, cuándo haya que meter un fiao, quisá que cuente contigo...

Devolvía los revuelos la condenada como un gallo de siete peleas.

—¿Qué...? Si tu no tendrás que fiar, niño. ¿De aonde...? ¿No ves que el... guayabo está en perras? Lo único es que se las tendrás que pedir —añadió, tirándome ahora a degüello—. Y cuando te vean gastando y te pregunten que qué eres, tendrás que desir que «¡verno!» ¡Malillo ofisio, teniendo cara!—remató, volviéndome tan campante la espalda.

En mi vida he sentido ganas mayores de darle a una persona una entrada de cachetadas.

Yo no podía con ella por una sencillísima razón: porque estaba enamorado. El que se enamora pierde espuelas, amigo mío. Este «handicap», que dicen los chones, y que por acá podríamos llamar «abatamiento», ella lo padecería —luego supe que sí—, pero he comprobado a lo largo de mi vida que las hembras sobrenadan mejor en lo que nuestro vate don Amaranto llamaría «proceloso mar de los sentimientos».

De repente se me quitaron las ganas de comer y espantó mi sueño, hasta entonces tan colmado y amoroso. Me aburría con los amigos. Y a mi prima Iluminada le cogí tal tirria, que en más de una ocasión tuve que abacorar con agonía las ganas de darle un puñete y mandarla al carajo. Ya no podía más y se lo dije a mi madre.

—¡Quítemela delante, ¿oyó?, porque no respondo!

Después, encochinado un día, atabiqué a Soledad a orillas del pilar.

—¿Bueno, qué puñeta pasa aquí?

—¡Hable bien, deslenguado! ¿Qué te has creído tu, ligero?

—No pegues a destorserte. ¿Qué es lo que pasa?

—¿Qué pasa de qué?

—¡Del Florensio ese, no te hagas la sonsa!

—¿Te importa algo a ti?

—Se conose que sí. Si no, no te preguntaba, ¿tamos?

—¡Se-se-se...! Despasito y con cuidao, dise el pastor en la fuente... De primeras, yo pueo querer a quien me dé la gana, ¿te enteras?, y de segundas, moseo igualmente con quien me da la realísima. ¿De cuando aonde tengo que pedirte permiso a ti, totorota...? ¡Faltaría más!

—¿Ah, si...? Pues mira, te voy a desir una cosa:

como te vea otra vez con él a la banda, lo mismo a ti que a él, les voy a meter una entrada de cachetadas...

—¿Ah, sí...? ¡Mira qué valiente! ¡Me parece que te veo, burro blanco en el terrero...!

—¡Soledad, Soledad, no pegues a provocarme, ¿oíste?, mira que te doy una galleta aquí mismo!, ¿eh?

—¡Sss...! Para la jaca, quiquirito. ¿Galletas de qué, tú a mí...? ¡Mía que josico...! ¡Quíteseme elante, bobo!

—¡Soledad, Soledad...!

—Mira, lo único que pueo haser es convidarte a mi boda. Y a la maúra también, pa que coma, porque la pobre, ¡está tan raquítica...! Pero no la llesves sin lavarla, ¿oístes...?—y volvió a dar media vuelta y a dejarme con la palabra en la boca y la rabia quemándome la sangre, como si ésta se me hubiera virado un mojo rabioso.

«¡Se va, Dios mío, se va!», me vino a la flor de la pena el canto cuando la ví cargar, tan geitosa y tan fresca, la talla, que yendo casi llena, no sangoloteó, ni derramó una gota...

Se me metió el barrenillo de otra solución: «Tengo que quitarlo de en medio a él, ya que no pueo con ella...» Pero Florencio era un templerero de muchacho, grave, fuerte y empelechado como un mulo de labranza rica. Quería a Soledad de antiguo y, estaba seguro, sería capaz de cualquier cosa por no perderla. Tendría que partirme los besos con él, y si llegaba a cogermel lomo... ¡adios últimas esperanzas...!

Meditando hoy en todo esto pienso cuánto entorpece el cariño. Desde que empecé a hacer peninos, era cuico como un gato, madurando con el tiempo las malicias, claro. Pues de nada me sirvió entonces ser avisado: no advertí que toda aquella trapisonda era un juego de la indina amada para que el peje se emperra-

ra en su orilla y entrara de pleno en el caletón de su cariño y sus ideas. Sigo creyendo en la sabiduría de nuestro amigo el cosechero de Los Barrancos, que en su cátedra de la Plazuela decía con hondo sentido de las hembras y del amor: «Las mujeres son el diablo, usted».

¿Jugué sucio...? Yo me he consolado luego del lío que desencadené—bien sabe Dios que sin querer enredar tan trágicamente la pita—, amparándome en aquel principio antiguo que habla de que en la guerra y en el amor, valen lo mismo los naipes nuevos que las cartas marcadas. Pero aun llevo la ocurrencia dentro, como un espicho mal sacado.

Pasaba yo estos quebrantos de amor cuando coincidí una tarde en cierto timbeque del Camino Nuevo con Martín el Brusco, un matón de fama, al que también se conocía por los ditados de Martinete y el Sangrador, porque tenía una piña como la patada de un mulo, que si le fallaba sustituía veloz por una navaja cuyo acero picaba la cuarta y media. El Brusco entraba en las taifas y las desbarataba como quien coge un quesito tierno y lo desborrifa. De cada intrusión de estas quedaba una cómoda con las gavetas empenadas, todas las sillas cojas y tres o cuatro convidados en el hospital.

Martín vivía por encima de mi casa, en un cuarto encampanado como un nido de guirres, al que se llegaba por una escalera de peldaños de laja. El corredor estaba sobre el vacío, sin una mala barandilla. Siendo mi padre guardia, cierta noche de sábado él se buscó el tropiezo de una serenata. Se empeñó en cantar y no se lo consintieron. Le sacó a uno la guitarra de entre los brazos como quien saca un burgado y se la puso de corbata. Le cayeron arriba los otros, unos quince hombres nuevos, algunos con cuchillos. Arri-

mado a la pared, el Brusco los mantuvo a raya soltando como aspas de molino embrisado el tremendo juego de sus manotazos y patadas.

Pero empezó a entregarse y los otros a apretarle el cerco... En esto llegó mi padre. Se interpuso blandiendo el tolete. Y en nombre de la Justicia, que nadie podría tomarse por su mano, dominó al cabo a los de la parranda, que lo querían abrir en canal. Hasta que se murió, Martín el Brusco guardó el recuerdo de este quite. Todos los años por San Sebastián recalaba en mi casa con un puro grande, que tenía un ancho y vistoso anillo.

—Mastro Chano—decía, forzando, que daba risa, su natural trancado y cerrero—, aquí tiene. Que se lo fume con salú. Y yo que lo vea. Me alegro de verlos buenos, a usted y a su rancho.

Y sin más palabras cogía la puerta, no volviendo ya hasta el año siguiente.

El diablo endereza las cosas, si no, yo no llego antes de tiempo al timbeque, donde nos reuníamos los de mi cuadrilla para un golpito de antes de cena. Estuve, pues, un rato solo con Martín el Brusco.

—Espache allí lo que él sea gustante en tomar—le oí que le decía al amo del bebedero desde una orilla del mostrador.

Acabamos tomando copas juntos, una y otra vez. «Su padre es un caballero aquí y en toa tierra canaria», decía de vez en cuando, interrumpiendo una conversación rota, sin pies ni cabeza... Yo tenía el alma tan envenenada, que con dos golpes me ponía en piedras de ocho. Acabé contándole por encima lo que me pasaba, porque se me ocurrió algo siniestro.

—Usted tiene que ayudarme, Martín—acabé diciéndole.

—¿Cómo...? Eche por eso boca, puñema, que aquí está Martín pa lo que guste! ¡Pache copas aquí!

Le dije que no quería cosas así como... irreparables,

ni brutales. Más claro: de sangre, o de dejar al otro como un costal de molienda, de eso nada.

—¿Toneses...?—preguntó inquieto.

—Usted no tiene más que espantarme al Floren시오 de la persiana de Soledad. ¿Qué cómo...? Pues los jueves y domingos, que son los días de moseo, se deja caer por allí, se le pone detrás y le apulsa una buena nalgada. Luego coge su camino y se acabó.

—¿Y si va y me revira, mano Pepe...? Usted me estaca muy corto...

—El no le revira, pierda cuidao. Ya sabe que a usted no le revira nadie.

Le recorrió sus ojos de bestia un relumbre de orgullo.

Yo estaba seguro de que el de Tenoya acabaría aburríéndose y llenándose de cerote cuando viera que la nalgada era tan fija como el sol al pie de cada aurora. Sin agallas para atajar el abuso, acabaría rizándose y metiéndose en su casa.

Martín empezó un jueves. Le tiró su mano grande y callosa con toda el alma. Desde mi «cazadero», yo ví a Florencio rascarse, dolorido, y coger pronto el camino de su cama, sin atreverse a enfrentar la peligrosa aventura de una pelea con el Brusco. Soltó el matón la segunda torta al domingo siguiente y en la otra nalgada. Sin desprenderse mucho de la persiana, al modo esperando que ella lo agarrara, prudente—«¡Que te desgrasias, Florencio!»— él amagó una réplica, que, naturalmente, se quedó en «veremos». Soledad no hizo el menor intento de sujetarlo. «De mí se hubiera colgado como una gata», pensé, vanidosillo.

En esta ocasión, Florencio se mantuvo algo más junto a la amada, y entonces se la vió a ella manotear en el ventano, vehemente y airada. Luego supe que le había echado en cara el cobarde aguante frente al abuso del matón.

Y vino el segundo jueves. Y con él la tercera naigada. Martín el Brusco hizo ahora algo preliminar y de su cosecha: le enterró a Florencio la cachorra hasta el mismísimo cogote. Después le tiró la torta del encargo, ahora rencorosa, porque la vuelta del galán aparentaba un desafío a su prestigio de crudo. El muchacho estuvo a punto de irse de varetas, arrastrando dentro del cuarto la hoja entera de la persiana...

Desde mi acechadero lo ví sacar el cuerpo, arrancarse y estirar el sombrero, al que, después de arrimarse a la pared, le estuvo pasando calmoso la bocamanga, como si lo planchara. Luego se lo caló y encendió un virginio, todo tranquilo, sin un aspaviento, sin una palabra con la muchacha. A Soledadilla yo no la veía, aunque estaba, porque el ventanillo seguía abierto. Ahora ya no lo increpó, tal vez impresionada por la tremenda calma de él, una calma de marea hinchada y negra, de esas mareas de mal barrunto que cuando rompen, lanzan sobre la orilla su mugiente y asolador tropel de toros.

Sin decir esta boca es mía, comido de la vergüenza y la rabia, el galán se fué despacio.

Se supo después lo que pasó entre este instante y el otro tremendo de su encuentro con el Brusco. Bajó a Fuera de la Portada, donde vivía una familia de gente de su pueblo, amigos suyos, labradores que atendían unas tierras de allí detrás. A pretexto de tenerlo en reserva, «por si acaso lo avasallaba algún bobo» —ya le contaría en otra ocasión—, logró sacarle a uno de los muchachones de la casa un cuchillo del país, de mango primorosamente taraceado y de hoja ancha y bruñida como la plata nueva. Estuvo tomando unas copas a orillas de Mata y subió de nuevo al Risco al filo de las doce. Cuando el barrio dormía en pleno, que apenas si se escuchaba ladrar un perrejo, subió los empenicados escalones de la casa de Martín el Brusco. Al poner el pie en el corredor, cantó un gallo desvelado y cercano.



Se estuvo quieto, esperando, a sabiendas de que el largo grito del animal se encadenaría, como un oleaje, a través de toda la ciudad dormida, perdiéndose por fin en las casuchas lejanas de San José y Alcaravaneras. Cuando todo volvió al rumor sordo del sueño, llamó a la puerta de Martín.

—¡Quién!—sonó allá dentro la voz turbia del jaquetón.

—Abra.

El Brusco asomó desnudo y tranquilo. De pronto vió fulgurar la luz alta de la noche en la hoja hermosa que le buscaba la vida. Todo tuvo un aire de relámpago, lo mismo el resplandor de la plata, que el puño que lo envainó en el costado izquierdo de Martín.

El matador debió haber ido encarnizado, hambriento de aquellas entrañas, porque revolvió el cuchillo dentro, cebándose en la clavada, y lo hincó una vez y otra, hasta que su enemigo se le quedó en los pies lleno de bocas coloradas y flojo como un baifillo degollado.

Ni Soledad, ni yo, ni nadie en el Risco supo nada hasta la mañana siguiente. Florencio se perdió, dijeron que en los montes. Conocía bien el terreno bravo de la isla. Nunca en mucho tiempo se supo claramente de él. Al cabo de unos quince años, un indiano que volvía de Venezuela dijo que era amo de haciendas y potreros en las tierras calientes del Llano, que había casado por allá con una medio india y que tenía diez guayetes morenillos y gordos llenándole la casa de llantinas y monerías.

Luego, a los muchos años de estar yo casado con Soledad, ella me dijo que el indiano había ido a verla medio de tapujo para llevarle un saludo de Florencio. «Que no se entere nadie de esto, mano, —había pedido el fugitivo al emigrante de vuelta—. Usté la ve y le da un saludo mío. Después, entierra la cosa. Ella es buena y no quiero enterpretaciones.»

Una vez más te digo, San Nicolás bendito, a ti que me conociste de cerca, cuando yo era monigote en tu ermita del barrio: sabes que hice allí alguna matapertería: sabes que me mandé mis buenos tragos del vino que tenía don Enrique para su misita tardía; sabes todo de mí, porque para eso eres santo y estás en un alto desde donde se puede vigiar todo, lo mismo lo que se hace derecho y a la luz del sol, que lo que se hace cambado y buscando el oscuro... A ti te consta, patrón de mi barrio, y de los enamorados, que mi corazón era bueno. Y si no tan grande que no me cupiera en el pecho, sí arrejundido. Lo suficiente, al menos, para no desencadenar tan tremenda peripecia. Yo no quería lo que pasó. Y aún me duele como un mal racanjo en lo más metido y penoso de mi viejo pecho.

«Mañana me voy de aquí—y a nadie le dejo ma-  
güa...», dice una desencantada copla isleña. Pues esto,  
sin un ahogo ni un suspiro, fué lo que quedó de aquella  
muerte de Martín el Brusco. Quizá la padecí yo solo,  
aunque no pasó de meterme el clavo de una incierta  
culpa. Pero aquello y la desaparición de Florencio aca-  
baron tirando entre Soledad y yo un sombrero grande.  
Me sentí lejos de ella, como al que la marea arrastra  
de la orilla, por una muerte que a la muchacha ni le  
iba ni le venía y que yo no podía llorar. Le repito que  
pena, lo que se dice pena, maldito si la tuve. Ahora,  
me pesaron tanto los engodos y falsetes con que fui  
trayendo y metiendo en su remate la sangrienta ocu-  
rrencia, que igual que cuando siendo chiquito me aga-  
rraba un desconsuelo grande, apetéci entonces un re-  
gazo como el de mi madre, en el que descansar la ca-  
beza atosigada, y aliviar, contándolo todo, el requin-  
tado peso que la memoria de aquellos dos nombres  
—Martín y Florencio—ponía sobre mi corazón.

Pero a la vieja no se lo podía decir, aunque quizá  
lo hubiera entendido. Por ser yo hijo único, o porque  
ella era una madraza, siempre estuve sobre su pecho  
como un palmito del Domingo de Ramos. Por nada de  
este mundo hubiera jugado a perder su esponjado ca-  
lor de clueca, ni a aventurar un desengaño... Otra al-  
mohada de aquel tirante velorio pudo haber sido So-  
ledad, pero se enzurronó y se me puso tan fuera de al-

cance, que llegar a ella y que me oyera, lo entendí imposible... La verdad es que aunque hubiera estado a mano y mollar, tampoco se lo hubiera dicho. Le cogí miedo a su juicio, y hasta a que me pudiera perdonar entonces, pero guardándome dentro y para los restos el mal recuerdo.

Estuve unos días beberreteando recio, buscando empujrar entre las cuajadas chispas la idea encabritada de mi culpa. Pero durante uno de aquellos «beletenes de olvido» me dije si no estaría haciendo alguna bobada ajena a mí, algo que no respondía ni a mi genio, ni a mi figura. «¿De dónde te viene a ti esta veta de pinsapo, Pepe...?», me pregunté una noche, solo, en alta voz y en medio del callejón de la Vica, cuando lo pasaba metido en el rebozo de sus veinte rones corridos. Me acordé del abuelo, cho Regorio el Sanana, y de la Cordera, su mujer. «Pepe —volví a hablarme desde el rincón con tino que según el dicho siempre les queda a los cochinos y a los borrachos—, está imperando en ti la sangre de estos parientes taías. Eres un sanana, un temoso y un totorota. ¡Esto es lo que eres...! ¿Que mataron a Martín el Brusco...? ¡Bueno!, ¿y qué...? Seis mil isleños abicaron cuando se ensendió aquí el cólera —del que Dios libre y guarde—. Y entre ellos jilaron para las Plataneras algunas personas del señorío, y gente de valer, como por ejemplo don Juan E. Doreste, que fué canario de buena tea. ¿Y ahora vas a agarrar una perra por Martín...? ¡Mira, Pepe Monagas, vete al carajo! ¿Y Floren시오, qué...? Se perdió, traspuso... lo que sea. ¿Y qué...? ¿Cuántos indianos no han cogido rumbo y han dejao en tierra a sus mujeres, en ocasiones nuevitas todavía y con el gusto en la boca...? En vista de lo cual, mano Pepe, a partir de esta noche, ¡suculúm! Sus ronsitos pa abrir boca, eso sí; pero de tirarte a margullar en la pipa, de eso nada, ¿oístes...?».

De la noche a la mañana resolví cambiar, entregándome a un trabajo que me embullara y me llenara las horas. Yo le había dado ya sus toques al Puerto. Metiéndome en él, podría alejarme de Soledad, y sobre todo del vomitivo de la parienta Iluminada. Decidí entregarme de lleno al cambullón.

Me apalabré con Juan Santana, uno del Refugio, mejor conocido por Juanono el Claca. Juanono tenía una chalanilla y un bote, algo ruinillos, pero que hacían su oficio. Yo traería mercancía para el «changue», y luego traficaría la de fuera en la ciudad, mientras él tocaba su barrio. Partiríamos beneficios. La sociedad estuvo siempre en vilo, porque ni él se fiaba de mí, ni yo de él. Usted sabe que en esta tierra, el que menos corre, vuela, y uno el primero. Un día, por lo que él llamó una «indiferienseia»—que si llegaba al tostón era mucho—, Juanono y yo tuvimos una pelotera que anduvo rondando los moquetes. Por cierto que él era bueno para la piña, aunque esto no me abatató.

Rompí con él y me hablé con Manolito Solís, de abajo de San Cristóbal, propietario más bien por gusto de un bote muy aseado, de lo más livianito y marinero que se tiraba por la Puntilla. Le alquilé el barco. Y cuando ya lo tuve a punto y en aguas del «puerto de Gran Canaria sobre el sonoro Atlántico», me tiré al chalaneo yo solo. No hay nada que le guste al isleño como «él solo». Si se amarra para algún negocio, está dentro de la sociedad como si tuviera moscas de caballo: estremeciéndose, en tren de corcovos y a punto de coz. En cuanto puede, se echa fuera.

Si le empezara a contar a usted historias de ingleses y barcos, pájaros y géneros chones; si me parara a escribir sobre el garabateo con que hacíamos cierto, una vez más, lo mismo en tierra que a la banda, aquello tan antiguo y nacional—que no solo insular—de «a ave de paso, cañazo», y que viene siendo la «pipa» del cambullón, no acabaría nunca...

Y a cuento de esto del «garabateo»—ya sabe que el garabato es un palo con gancho, que se emplea para abajar las ramas desarboladas y con fruta difícil a la mano limpia—, me parece bueno señalarle que el británico no tiene un pelo de bobo. Como en los muelles lo sabíamos, pues jugábamos con él a base de cartas al pecho, tres, caballo y perica, más cañazos de remplón, si se iba fallo. Muchas veces—las más, verdad es—los engañábamos. De este «cogerles el barlovento» una vez sí y otra también, debe venir la frase «victimaria», vieja y corruta en el país, que suele decirse cuando esos comerciantes que se tiran al codo rebasando la mano, le piden a usted más de lo debido: «¡Oiga!, ¿que usted se ha creído que yo soy chone...?»

A veces he pensado si en este chamarileo con agachadilla, que ha sido de usos y costumbres en la relación cambullonera con los hijos de la Gran Bretaña y demás forasteros que llegan, como aquel que dice, a echar un sahumero, no habrá tenido algo que ver una vena de recelo y rasquera que, agachada bajo la historia, se mantuvo hasta los tiempos gloriosos de aquel tráfico. (Hoy no sé cómo andará la cosa, porque hay mucho que no voy por el Puerto.) Usted sabe mejor que yo que en tiempos nos amargarón y nos jeringaron, todo lo que les cuadró y les vino en gana, unas manadas de bergantes rubios, de para arriba del Norte, la mayor parte fulanillos a la vela en el campo de la piratería, pero otros, pejes del calibre del conde de Essex, Drake y Van Doez. De sobra sé que este último era de la banda del Continente, pero rubio y de jerigonza enrevesada, también era inglés para nuestro pueblo. (Aquí, el que no hable en cristiano y tire a melado, es inglés.) Recuerde, asimismo, que uno de los últimos golpes en grande nos lo dió sir Horacio Nelson, cuyo tiro le salió por la culata y cuya felpa le alivió el señor Gutiérrez—don Antonio—, mariscal de campo él, y entonces Comandante General de islas, ob-

sequiándolo con su par de limetones de vinito, del legendario, goloso y universal malvasía chicharrero. Esto estuvo bonito, pero hay que hacer notar que el señor Gutiérrez convidó a Nelson después que le dió en la cresta. Así, cualquiera.

Algo de lo más favorecido era convertir un palmero en un canario, con la pluma como yema de huevo, o el mismo basto y abundante pájaro en un «ave mora», de un jabado atractivo. En el mismo Puerto, o en los comercios de la ciudad, nos surtíamos de tintas de colores, que me parece recordar venían en barras, y que se disolvían en agüita, o en alcohol. También comprábamos tubos de «acuarelas inglesas», que eran mejores y que confirman aquello de que la cuña del mismo palo es la más que aprieta. Don Juan Carló y maestro Juan Amaro, cada uno en lo suyo, eran lo que se dice dos «arpas viejas» a nuestro lado en la hora de remojar pinceles y transformar los pardos pajarillos de las palmeras y azoteas insulares en amarillitas, aunque no canoras, aves. Naturalmente, y en evitación de que los animalitos pudieran bañarse y despintarse, estaban radicalmente suprimidos los bebederos en la hora suprema del cambalacheo, hecho pura y exclusivamente sobre barcos tan en tránsito, que de ellos podría decirse que «no calentaban el echadero».

—Jau mach...?—sonaba de la borda la voz fañosa del rubio, la mitad de la pregunta saliendo por la nariz y la otra mitad por el canuto de la aferrada paipa.

—¡Güán pouñ, mister, por ser pá usté...!—le gritábamos de abajo, amarrando la jaulilla.

Pegaba el regateo y aflojábamos unos chelines, todo a base de un inglés de los de «guanijay ti tu pley», que todavía no comprendo como entendían. Para recomendar ciertos cuidados con el animal, «no sea que fuera y se pusiera malo», advertíamos a gritos, removiendo al tiempo el agua turbia de la bahía:

—¡Remojo nou, mister! ¡Is veri malo...! Mire: no

dejar bañarse morou, ni el otro tu morou, ni el otro tampoco... ¡Dis ber, son veri delicaditos!, ¿tiende? Yu esperar tu arraive tu Inglaterra y que se arregosten al clima! ¡Aclimateisión!, ¿se ña cuenta?... Entonses, toa el aguita que yu quiera... ¡Alije los chelines y gun nai...!

Ni que decir que el vino del Monte, que también vendíamos, llegaba a las manos del inglés sin un pelo de moro. De dejarnos los trapicheos algún remordimiento, éste sería el más leve, porque el bautizo se hacía con agua de ellos: la del Estanque de los Ingleses. Me dejé decir un día, en la hora de cristianar los mojos del Reventón: «De lo suyo beben.»



Y estando en aquel negocio, el azar me empalmó con un joven forastero, el inglés más farrista y chiflado que ha caído en nuestras orillas, y que se mantuvo en la isla una partida de años, hasta que se casó con una muchacha finita, hija de su cónsul, y se volvió a su tierra. Era m<sup>is</sup>ter Robert Green, un muchacho espigado, de ojos azules y sonrisa expresiva. Saltó de un frutero con dos maletas y un estuche grande.

Uno de los días muertos del muelle le daba yo una vuelta por si brincaba alguna cosilla de relance, cuando vi arrimar el barco que lo traía. Me mantuve por curiosidad viendo el atraque. El pollo forastero bajó con paso animoso, pero ya en tierra se quedó incierto, observando que no había nadie que le echara una mano. Trabó con uno de Lanzarote, un cargador, antiguo costero, muy conocido en los espigones. El conejero le enfrascó la oreja, pensando quizá que así algo cogería de la enrevesada lengua en que le estaban hablando.

—¿Señor...?—preguntaba de vez en cuando, como si estuviera impedido—. Dispense—acabó diciendo al m<sup>is</sup>ter, al tiempo que se tocaba el ala de la cachorra a guisa de despedida—, pero yo no le entiendo ni papas, usté... Si lo que usté quiere es comer argo, tire pa dentro, como pa aquel caletón, ondi están aquellos matos que asoman allá. P'allí creu que hay fondas, ¿tiendi? Por lo menos algún fritango jallará. ¡Digu, porque yo no los frecuentu!

Cuando el forastero se puso a considerar que tenía

que aprender aquella lengua—creyó que en el país no se hablaba otra—, una lengua farfullada y entre japiando y con guineo de canturia mora, le entró un trasudor y estuvo a pique de repasar la pasarela. Luego me lo contaría con muy buen humor.

Me acerqué, pensando que tampoco había nada que hacer. «A lo mejor—me dije—este inglés es de Polonia, o de por ahí y con los... idiomas que yo domino—ya le dije que eran de los de «guanijay ti tu pley»—no me desayuno en la vida». No obstante había que ayudarle, porque el hombre estaba muy impresionado y a pesar del paso resuelto con que bajó, parecía enfermo.

—¿A que usted quiere un hôtel, míster...?

Me miró tan suspenso como al costero de El Lomo.

—Yu laique joutel... ¿A que yes...?

—Ou, yes—le resplandeció la cara.

—Alije las maletas y sígame. ¡Comán, mi amigo!

Se puso animadillo y empezó a hablar. Yo, según se expresara serio o sonriente, le contestaba «yes», gravemente, o «ou, yes» con la más regañada de mis sonrisas. Así, él se creyó que me estaba empapando, cuando era lo cierto que no le agarré pero es que ni una letra. De repente se paró en seco y pegó a hablar y a hablar, al tiempo que recorría con un dedo nervioso un ancho plano de la ciudad.

—Nou, ser—le dije, según se le acabó la cuerda, y como si me hubiera enterado de algo—. Guárdese el mapa, ¿oyó?, y déjelo de mi cuenta. Usted no se me desaparte—le insistí, ayudado de algunos camangos—, y siga p'alante.

Por el camino lo fui enterando.

—Mire, éste es el Puerto. De jarbur, ¿yu ándestan...? Ta bien... Aquello que usted ve allá enfrente, son Las Arenas. ¡Las Arenas! Dígalo usted...

—Laus arrenes—contestaba muy serio míster Green.

—Ta bien. Usted aprende en seguida... Pues mire, aque-lla jaus que usted vei a babor de «dous arrenes», como

«¿Usted dice, es el Metropole. ¡Métropol joutel!, ¿yu andestan...?»

—¡Ou, yes!

—Allí le darán a usted— ¡ya le sacarán bien los monis!—su buena camita, su manducatoria y su todo—y le iba haciendo gestos para ayudar mi «inglés».

El místico estaba privado. Me entendía que daba gusto. Ya arrimando al centro, nos cruzamos con una mujer bastante jedionda. Entonces dijo sus primeras palabras en cristiano: «¡Ou, señorrita...!» Me dije para mi capote: «Este hombre es miope.»

Alcanzamos una tartana y la apalabré.

—¿Cuánto le vas a cobrar?—pregunté al del rebenque, que era un tal Tomás el Morrocoyo.

—Tres pesetas, ¿ta bien...?»

—Divinamente.

Llegamos al Metropol. El viejero estaba tan encautado, que se había abandonado a mí de pleno.

—Hay que pagarle a Tomás, místico—le dije—. ¡Que alije moni, yu!

—¿Jau mach?

—Una librita, y no tiene nada que desir...

Tenía usted que haber visto la cara del Morrocoyo cuando le dí las tres pesetas sequitas como un palo, embolsillándome la demasía.

—¡Lo que sos es un abusador!—me rezongó, sin arrancarse.

—Vaya, hombre...! ¿Tú no has cobrado lo tuyo, católica, apostólica y románicamente...? ¿Por qué no te vas tranquilito, entonses? Bueno, toma media peseta, pa que te tomes un eopejo y te calles la boca, de una ves. Ustedes, desde luego, se han echao a perder, y en cuanto columbran un místico, caen como toninas ¡Así está el turismo!

Mi hombre no podía con las tablas, repentinamente derrumbado. Lo acomodé, le desandé las maletas—de las que intervine, en concepto de «servicios prestados», dos cajitas de lata con cigarros rubios—, le colgué sus ropas... Por último llamé a un mozo.

—¿Whisky, señor?—sugirió el servidor entre tieso y reverencioso, sin que nadie le preguntara nada.

—¡No diga boberías!—le contesté—. Usté traígase pa arriba un buen vaso de vino tinto del Monte y su kilito de gofio.

—¿Ha dicho usted gofio, señor?

—¡Oh, padrito! ¡Go-fi-o ha dicho, y repito!

Le dí a míster Green la primera ralera, que le costó unas regañizas, porque no le hizo gracia. Luego les cogio la embocadura, sin que quisiera otra cosa para desayuno. Y fué así como en poco más de un mes se empelechó, que nadie lo hubiera conocido. Venía delicadillo, creo que de los bronquios, y entre la niebla, el hollín, las cachimbas y la falta de gofio, el hombre no salía del be-a-bá. Los médicos lo mandaron a un clima luminoso y templado, y escogió Gran Canaria. Acá me agarró tal afición, que ya no me dejó separar de él en largo tiempo.

El forastero era un mezcla curiosa de juerguista y de hombre trabajador, de comerciante oportuno y duro y de artista enamorado y bohemio. El estuche que traía, a más de las maletas, contenía un violonchelo, que tocaba primorosamente. Recuerdo dos nombres de músicos preferidos por míster Robert, y a los que yo acabé por aficionarme también: Grieg y Sibelius. Los dos sonaban a mar, a mar en silencio o alborotado y sombrío, a silencio también de montañas en calmas grandes y hondas, o alteradas por el paso del viento. Daban también la sensación de lucir como entre dos luces, el día entregándose y levantándose la noche. Resonaba aquella música dulce y grave, al tiempo, en todo el hotel, al que el estilo apacible y en cierto modo fincha-

do de los huéspedes, convertía en un rincón pinchado para la paz y el descanso.

Ni que decir que había en la casa bastantes inglesas enraladas, gente de dinero y algo tocadilla, en general por causa de esa enfermedad de ellos que llaman «spleen» y que acá podríamos traducir por «¡aburrido anda el loro...!» Paraban otras de salud mermada, que venían a aquellarse a la «tierra del sol y de los limoneros», sin contar, claro, con la «panza de burro» y la escasez de aquel lindo arbolito. Todas ellas —y ellos— tragaban whisky como foniles, estando también a lo que cayera como la cosa más natural. Ninguna era para volverse loco, pero había tres o cuatro que tapándoles las narices descueradas y el golpe de pecas sobre la piel rubianca, quedaban bastante pasaderas.

Las británicas se prendaron de mi amigo, y yo, convertido en algo así como su guía-mayordomo, tenía, entre otras funciones, la de ajuliárselas, viéndome feo para ello. Lo mismo que para sustituirlo, de que también me ocupaba, y con más afición y ahínco, llegando en este último menester a tal extremo que lo mismo por dar avío, que por mantenerles la vareada, tuve que entrarle también a las raleras de gofio y vino.

Seguía, pues, el famoso hotel manteniendo su galante leyenda, adquirida ya a poco de techarse sus primeras dependencias: dos pisos y el sótano. Sabrá usted que antes de inaugurarse, siendo yo un pendejillo, construyó esta parte como vivienda particular otro inglés de rumbo, míster Jaime Pinnok, al que quizá por su afición a las mujeres jóvenes, guapas y variadas dieron en llamar «míster Pino verde». Míster Pinnok le compró el solar a otro paisano de él, un tal míster Robert Fife. El hombre recalaba todos los años por la isla con un cargamento muy particular: tres o cuatro señoras macanudas—rubias, pastositas y lustradas, como bizcochos de Mariquita Alifonsa—y unos caballos normandos, que en su terreno eran tan atractivos como el chiquito, pero

abarrenado harén. La población isleña se quedaba lelita cuando mister Pinnok y sus niñas pasaban en los caballos, componiendo las más vistosas estampas de montería.

Había temporadas en que mister Green se enzurronaba y no quería ver a nadie, ni siquiera a mí, que me había ido convirtiendo en un hombre imprescindible en su vida, una vez que me puse en condiciones de compartir su amistad medio hablando su lengua y vistiéndome adecuadamente. El empaquetarme fué primero con un par de trajes suyos, que siendo yo algo más bajito que él, me arreglaron las niñas de Pastrana, cuatro solteronas y una viuda que hacían costura de hombres por San Agustín. Más tarde, como estaba bien pagado, me hice mis flus nuevos, tirando de sastre bueno como cualquier niño de las Casas. En el Risco se armó algún choteito con esto, pero como yo andaba caliente lo mismo por el pico que por lo demás, se me importaba un pito.

Durante una de esas fases manzurronas de mister Green, cayeron por el hotel dos extranjeras muy particulares, la una jovencita y de un dorado de trigal en sazón, trabajada como a cincel y amanzanadita de carnes, a la que llamaban Sonia, siendo la otra una trigueña, Marlene, algo mayor, pero que estaba asimismo gustosa como adobo. Aumentaron su atractivo con la extravagante y misteriosa vida que llevaban, que en Sonia medio quedaba explicada por el brillo extraño, tirando a loquinario, de sus ojos verdosos y tremendos. La otra más bien parecía darle por el remo. Anocheían en la casa y desaparecían el amanecer menos pensado, sabiéndose luego que andaban las cumbres y las costas más lejanas con unos zapatos machones, sacando fotografías y comiendo de la fruta al paso.

Un día llegaron runrunes de un lío raro en Ayacata. Las dos habían ido hasta el pie de Roque Nublo. Bajaron luego al pago y cayeron en la casa de un labrador joven llamado Gabriel. Gabriel, que estaba recién casado con una moganera, era un tipo de hombre. Parecía una mezcla de guanche y árabe, lo mismo por la plantada, que por el color bruno y las facciones pomulosas. La mujer era una rica de Mogán, prendada de él hasta hacer frente a la oposición rabiosa de sus padres, que repudiaban el casorio por la pobreza del pollo. Para poderse casar, él tuvo que robarla una noche y depositarla casa del señor Juez, en donde entró como una manzana.

Gabriel y la moganera llevaban un tiempo de matrimonio cuando las dos extranjeras entraron un día por su patio. Pidieron agua, luego se les antojó comer y acabaron solicitando hospedaje, emperrada de pronto Sonia en quedarse en la casa. Los campesinos no tenían cama, pero las forasteras se conformaron con dormir arrente, sobre unas cuantas brazadas de camisas de piña.

La cosa empezó una mañanita en que Gabriel salió a tirarle a las palomas en un bebedero de los altos. Se empeñó la rubia en cazar con él, saliendo sola, porque la Marlene dijo que no se sentía buena. La mujer del de Ayacata, que ya había revelado sus arrestos cuando se enamoró y se casó, empezó pronto a pensar mal de aquella estancia en su casa, prolongada sospechosamente y destapada por el mirar de la extranjera, que en la mesa se comía a Gabriel con sus ojos de gata y que no perdía ocasión de estar a su orilla, lo mismo si iba por monte, que por leña o a regar. Las salidas a palomas—las más largas y traspuestas—se repitieron. Y casualmente la trigüeña se mantenía quejosa y remolona, prefiriendo quedarse a ayudar a la joven y soliviantada esposa...

Esta cogió una media mañana el camino del cazadero, se fechó de su huésped y no la dejó pelona porque el marido se la quitó de las manos. Aquel mismo medio día, todas las mujeres se dispersaron, dejando a Gabriel más solo que la una. Las forasteras tiraron para la Ciudad y la de Mogán caminó, que no ponía los pies en el suelo, para su lejano pueblo del Sur. Llevaba la isleña el corazón en un puño, pero no soltó una lágrima. Sonia entró por el hotel para adentro con tales arañazos, clareas y golpes, que puramente parecía regresar de una contienda con un gato. Dijo que se había caído, pero tan gozosa y escachada que daba de cara. Llenó la cachimba cuando se fué a que la retrataran así y, quitándose de cuentos, enseñaba después las fotografías a todo perro y gato.



contando al tiempo y por lo menudo, el incidente: «Celos moros», decía entre asombrada y feliz.

A Gabriel le costó luego Dios y ayuda convencer a su geniosa mujer para que olvidara «eso» y retornara a su casita del pago.

Corrió la volada del percance, que se encendió más cuando montado en una yegua grande, se presentó en la capital un hermano de la ofendida esposa—todavía estaba ella amulada en el pueblo—, dispuesto a vengar el agravio, rematando si era preciso a la escachada forastera... Sonia lo recibió en el cuarto del hotel, con un traje livianito, estampado y escaso, serían las cinco de la tarde. Lo convidó con té. Después mandó a pedir wisky a tutiplén. De afuera se oyeron risas.

El bravo moganero, que tampoco era mal pollo, salió del cuarto a las once dadas por la Catedral, con una marchita sonrisa en la boca y el paso incierto. Seguramente porque había bebido más de la cuenta. La cosa se liquidó así.

Pues resultó que la única mujer del hotel a la que le importaba un bledo la presencia de mister Green fué esta Sonia tan particular. No se sabía si el desdén era sincero, o si llevada de su profundo instinto, la muchacha lo practicó para encelarlo y meterlo sin mayores trabajos en la «gueldera». Lo cierto es que mi inglés pegó con escarabajeos, viendo como ella resbalaba por su orilla tan fresca y tan campante como rebozo de vernegal. En vano le tiró él los tejos mandándole flores, chocolate y otros presentes. Nada. Un día hasta la cogio por un brazo en un pasillo, dispuesto a hablarle queiras que no. Ella le tiro un reflechón, le volvió el traste y salió más derecha que una vara de lirio. Alguna que otra vez le plantó cara, pero se le escurría sonriente.

Entonces intervine yo por el camino de la peana, que podía ser la trigueña Marlene. Daba la casualidad que

a mí me gustaba ella tanto como Sonia a míster Green. Y cierta tarde que estaba sentada y sola, embebida en unas revistas de su tierra, arrimé yo el bulto.

—¿Usté ha visto pasar por aquí, por casualidad, a míster Grin?—le pregunté cuando hacía tres minutos que lo acababa de dejar en su cuarto.

—Pues no lo he visto—me respondió en un buen cristiano, que igual que Sonia había aprendido con una sorprendente facilidad:

—Usté se está aburriendo...—le dije tirando un lance.

—¡Oh, no!—contestó sacudiendo su hermosa cabeza dorada y enseñando con alegre franqueza aquella dentadura pareja y resplandeciente, que todavía recuerdo con un suspiro.

—Si no digo ahora. Digo todos los días...

—De ninguna manera. ¡Lo paso muy bien!

—De cualquier modo, a mí me gustaría convidarla a un regosijo popular de mi tierra... Aquí celebramos en la orilla de la mar una comida típica, un sancocho, ¿comprende?, en que lo de menos es lo que está al fuego. Lo bueno es lo que cuelga, o sea el mucho beber, la mucha jarana de guitarras y canto, y éso... Si usté es gustante, el domingo armamos un tenderete de estos áhi donde llaman El Confital. Yo creo—¡vamos, si usté no...!—que debía convidar a su amiga. A ella la tiene que gustar, ¿oyó?, porque ella tiene sandunga, ¡mejorando lo presente...!

Para mi gran sorpresa, se entusiasmó: irían, seguro.

Y fueron, mezcladas con las más jacarera pandilla del país. Les achiqué ron a pasto. Las dos bebían como descosidas. Míster Green estuvo un poco como los gallos de pelea según los sueltan: amagando con el pico y volteando. En el momento justo—a los cinco rones y dos cucharoncillos de mojo—lo cuqué.

—Míster Grin—le dije por lo bajo—, ahora que hay marea, golpe a la lapa...

La cosa marchó sorprendentemente sedita, lo mismo

que mi asunto con Marlene, a la que le caí tan en gracia, que luego no me la podía quitar de arriba. Esto suele ocurrir con las más resistidas.

—Tú tienes que ser la madre de mis hijos—le dije en medio de la chispa. Y me parece que al pronto se lo creyó.

Si todo hubiera quedado en esto, santas pascuas, aleluya, pero se enredó la pita porque mi chone se enamoró de aquella machorrita hermosa hasta emborrégarse. Ella se le perdía de la noche a la mañana. Y alguna vez, él llegó a salir desatentado para las cumbres, atrás de su rastro, volviéndose sin hallarla, entregado el cuerpo y con el alma como un perro mojado. Otras veces ella le recalaba trayendo a la banda algún pollo nuevo de la marinería del Refugio, negro como un cazón, con la mirada brillante y muy blancos los dientes. Más de una vez se armó un potaje de trompadas por causa de estas compañías, en los que yo llegué a dar leña. Y a recibirla también.

—Diviértase con ella, don Rober—le aconsejaba yo, barruntándome que las cosas iban a acabar mal—, pero nada de emperrarse, ¿oyó? Esa mujé no es pa usted.

—¿Por qué?—me preguntaba él entre violento y confuso.

—Porque está como una baifa, cristiano. ¿Ta siego, usted...?

—¿Qué cosa es una baifa...?

—Pues una baifa es una cabra tiernita entodavía.

—¡Ou...!—y se me quedaba suspenso—. ¿Y qué cosa quiere decir una cabrrra tiernito entodavía...?

Entretanto, yo recalaba de tarde en tarde por mi casa —procurando vestirme mis ropas de pobre—de unas, por cumplir con los viejos, y de otra por darle un vistazo, aunque fuera de lejos, a Soledad, que yo no había olvidado, y que debía estar sufriendo en silencio, aunque lo disimulaba orgullosamente. No sabía de cierto si estaba enterada de lo de Marlene, aunque me oía que sí. ¿No ve que yo conozco las lengüillas del país...? Apenas cruzamos algún saludo frío, ella en su patio, tirada para atrás, yo en la calle, con pie de perro encelado.

Por lo que hace a mi gente, mi madre me preguntó una vez que en qué andaba, porque le habían dicho que me componía como los tollos y que me veían con ingleses... y con inglesas...

—¿Usted sabe lo que es «mayordomo», no como los de señor Conde, sino de pa fuera...?—le expliqué—. Pues viene siendo así como un hombre de confianza, pa ayudar y eso...

—Pues si eso es desente y te caen buenas perritas, pecho al agua, mi hijo. La pena es que sea distinto a los del señor Conde, que creo que están muy bien.

Un día hablé con Marlene de su amiga y de mister Green. Con Marlene se podía conversar a ratos sentadamente.

—Sonia va a convertir a don Rober en un desgrasiao, ¿oiste?, y eso no puee ser.

—¿Y qué quieres que haga yo, si ella está loca?—dijo preocupada.

—No será para tanto...—la sondeé por ver el alcance de aquellas palabras, pues más de una vez sospeché en serio si la linda extranjera no estaría, sobre floja de tuercas, falta de tornillos.

—¿Qué no es para tanto...?—empezó a desembuchar mi amiga—. Está loca y bien loca. Ha venido aquí a

ver si le iban mejor a sus nervios la costa y un clima luminoso y cálido. Yo la acompaño para cuidarla, pero ya ves que no sirvió. Acaba por contagiarme... No sé que diré a sus padres, al volver. Tenía que vigilar que no bebiere, que no se excitara, que anduviera por las montañas y por las playas sin más compañía que la mía... Empezamos bien: ella no le hacía caso a nadie, tomaba su medicación, no bebía... De pronto se disparó en ese pueblecito de la montaña. Cuando quise imponerme, me amenazó, luego me lloró, después me hizo tomar con ella los primeros vasos... Ahora ya... ¡ahora ya no puedo hacer nada!

—¿Porqué la dejaste salir sola con el otro en la cumbre...?

—¡Oh! Llegó a amenazarme de muerte si no le permitía hacer su gusto. Y llegué a temer que dormida... Quizá una tontería, pero me impresionó.

Me callé y dejé correr la bola. De pronto Sonia pareció entregarse un poco al cariño exclusivo de mister Green. Se la veía hecha una tórtola, embelesada frente al mar por las tardecitas, con las manos entre las de mi amigo, que se la sorbía con los ojos...

Aquel jacio duró así como una semana. De repente ella no amaneció en el hotel. Estuvo perdida más de cuatro días. La buscamos Marlene, mister Green y yo; la buscaron los civiles. Estos se la encontraron, por fin, entre roncotes del sur de la isla, allá por las playas de Arguineguín. De vuelta al hotel, al cabo de tres o cuatro noches despertó metida en un grito. Se reía largamente, arañándose la garganta con unas delirantes carcajadas. Así la agarró el alba, sin que nada ni nadie la calmara. Algo después de amanecer y de pronto, se acurrucó, llorando así y en silencio gran parte del día. A la tardecita se calló, quedándose con una cara avelada y triste. Vino un médico que tenía fama de saber de nervios. Incluso se había dado su vuelta a París.

—Esta muchachita no está nada buena de la cabeza

—les dijo a míster Green y al dueño del hotel cuando se iba—. Va a ser presiso que la recluyan en el manicomio.

Acompañé a mi inglés a ver la casa de locos, que, naturalmente, estaba que se tiraba una naranja y no caía al suelo.

—¡Ou, muchos...!—comentó estupefacto míster Green.

—Pues no hay más porque ya no caben, don Rober—le dije.

A él no le gustó nada aquel ambiente para Sonia, sin que consiguiera un tratamiento aparte y especial. Entonces, y de acuerdo con el doctor, alquiló una casa de las nuevas de Alcaravaneras para recluir exclusivamente a Sonia. Se montó todo en grande, con dos loqueras, una cocinera, una chica para los mandados y un guardián. Vigilada y medicinada a la moda de entonces, la niña pegó no obstante a mejorar. Se había calmado, por lo cual la sacaron de una habitación que el celoso y pudiente inglés había mandado acolchar. Acompañada por las dos loqueras, daba sus paseos por un jardincito que el pequeño y particular manicomio tenía alrededor.

La fama del médico canario que la trataba había corrido las islas. En La Palma llegó noticia de él a los Llanos de Aridane, donde había una familia ricachona a la que se le había ido del tino un hijo. Se trataba de un pollancón de unos veinticinco años; un castillo de muchacho, raspando los dos metros y con el poder de una yunta. Pegó con «inmanías», que según dichos le venían de casta, y acabó con una locura matona, tan recia que casi le acaba la vida a un hermano, cuando éste, con siete hombres más, intentó reducirlo de un ataque destrozón que tuvo, y después del cual dejó el cuarto donde lo agarró el delirio como el de una taifa acabada a piñas.

Bien trincado por una camisa de fuerza fué traído a Canaria. Lo acompañó su padre, al que, lo mismo que a míster Green, no le gustó nada el manicomio general.

—Pagaré lo que sea, doctor, pero búsqüemele usted un acomodo al muchacho fuera de allí—rogó el caballero de La Palma.

El médico habló de la casita donde Sonia estaba. Tenía habitaciones suficientes y la extranjera se había mejorado en ella mucho.

—Pero esto no es cosa mía—terminó—. Hable usted con el inglés, a ver que le dise.

El palmero fué a ver a míster Green. Este se hizo cargo y no puso inconveniente en que el loco entrara en aquella improvisada casa de salud. Ingresó, trincado debidamente, en la celda acolchada, con dos loqueros a su servicio. A las dos semanas de encierro, el demente seguía igual, contenidas las pechadas de su furioso barrerillo por el abrazo estrecho de la camisa de fuerza. Y en estas condiciones, Sonia se atrevió no ya sólo a meterse en su celda, sino a desatarlo...

Se había presentado un tiempo bravo de Levante, con un calor que rajaba las piedras. Toda la casa dormitaba al mediodía. Aprovechando esta calma, la muchacha recorrió el robusto cerrojo que había sido puesto a la improvisada celda y se metió dentro... Le habló al palmero loco con tan dulces y persuasivas palabras, lo trajinó con tales dengues y arrumacos, le pasó la sabia mano con tan buena maña, que el gigante se quedó como cuando le tiran aceite al mar...

—Si eres bueno, te desato—le dijo Sonia—. Pero luego tienes que dejar que te ponga otra vez la camisa de fuerza, ¿sabes...? Si no, no vuelvo a verte más.

¡Y lo desató...! Un día y otro, porque las visitas menudearon, sostenidas por la zorrera del abacorante tiempo y por el sigilo y el talento de la endemoniada extranjera. Hasta que ella cayó en alguno de sus arranques: vistió al mozo y, aprovechando esa hora

descuidada de la siesta, lo sacó de la casa, llevándolo a pasear por el centro de la ciudad, tan campante. La gente huía de la pareja como la vez que se corrió que se había soltado el león del parque.

A fuerza de pitos y tiempo, se concentró la guardia municipal, con el inspector al frente. Se planeó en los bajos del Ayuntamiento una operación de cerco y lazo de la misma envergadura que las planteadas en las maniguas cubanas por tiempo de insurrectos. Pese a la táctica y el número de la guerrilla—el inspector, dos sargentos, un cabo y dieciocho guardias—, los locos dieron que hacer por toda la población más de cuatro horas, corriendo a gusto y acabando el palmero por empajarse a dar trompadas—jaleado por la Sonia—a cuanto municipal se le fué poniendo a tiro. Seis de ellos fueron luego atendidos de yodo y vendas, y dos más, que acusaban un cierto despatarramiento, quedaron hospitalizados. Por cierto que durante la batida, y como a los municipales les habían hablado por encima de que la muchacha a detener era «de pa fuera y rubianca», tres de ellos recalaron por el cemento trayendo a rastras, pese a su resistencia y a sus amenazas con la Escuadra, otras tantas inglesas, que por el aire, y sobre todo por los sombreros que usaban, creyeron locas, confundiéndolas con el auténtico objetivo. Esto fué una risa desde los cuartitos de cotorrones hasta el mismo Gabinete.

Volvieron a enchiquerar a la pareja, separándolos, naturalmente. El padre de él agarró el primer correillo y se vino a Canaria, disponiendo ahora el ingreso en el manicomio común sin más requilorios. Ella volvió a su «residencia» particular.

Al cabo de unos días, Sonia dió un viraje notable, hasta resultar tan católica como usted y como yo. Mister Green, que había acabado, al parecer, por desengañarse—«¡Mira que con el loco también...!», decía a su modo—, la dejó de la mano y hubo que soltarla. Tornó la chiflada al hotel, dulce y amorosita ahora, como



una gatita de cojín. El bueno del inglés volvió a picar... Y cuidado que se lo dije: «¡Abra el ojo, don Rober, que no está más que agachada...!»!

Durante aquella otra fase de calma, las dos mujeres y el mismo míster Green se emperraron en ir a una taifa del Risco. Puse cuanto requilorio tuve a mano, pero no logré que aflojaran del antojo. Acabé cediendo, pero con una condición: ella no bebería, pero es que ni una gota.

Atracamos los cuatro cierto sábado a la noche en la orilla de un espeso baile, abierto en una de las casas más empenicadas del alegre y variopinto caserío. Corría el ron y estaban los consabidos matones... Taifeamos. Los extranjeros se mostraban encantados del ambiente del baile—esta gente siempre ha tenido unos gustos raros—, con su penumbra temblorosa, trabajosamente aliviada por un candil, alto sobre una esquina, con su batumerio, compuesto de humanas y superpuestas trasudaciones y agua florida, con el aire campechano y al tiempo bravío de su parroquia...

Todo fué como una balsa hasta que Manuel Tarugo, un matón de San Lázaro, arrimó la figura atravesada a Sonia y, pañuelo en mano, la convidó a valsear.

—Señorita, ¿es gustante...?—dijo, esperando un no, con el gesto replegado y la galleta a punto en la palma de su mano, desbaratada y callosa.

—¡Oh, sí...!—contestó privada Sonia.

—Haga el favor, venga p'acá—convidó el Tarugo a la muchacha, según remató la taifa.

«La perica en puerta», me dije, barruntándome que aquello acababa de agarrar la baladera de un lío... Manuel trincó un vaso de los de agua, lo puso más de mediado de ron y se lo ofreció a la forastera. Ella lo cogió encantada, con la más ancha de sus sonrisas. Cliqué a míster Green.

—Póngase serca de la puerta con Marlene, ¿oyó? —le dije—. Si usted ve que de repente se apaga el candil, trínquela por un brazo y salga con ella como las balas. De Sonia no se ocupe. Yo me encargo de ella.

Me fui junto al Tarugo.

—¿Qué hay, Manué?—le dije, como si no viniera a nada de particular.

—Pues ya véis. Aquí.

—Oye—lo abordé con el tono más amigo—, resulta de ser que esta joven no está arregostada al ron, ¿te das cuenta? Y si se manda el tanganaso ese... ¡mira...!

—No le pasa naa—resolló, cerrero.

—Hombre, Manolillo, haste cargo tú, que sos inteligente y eso. Los gasnates de esta gente de pa fuera no aguantan la lija esta. Más te digo: es que esta niña padese.

—¿Ah, padese...? Pues entonses mejor pa ella, porque el ron la virá como una mansana.

—Mira, más vale que me convides a mí—e intenté quitarle a ella el vaso de la mano.

—¡No...!—gritó feliz Sonia—. ¿Por qué? ¡Quiero beber con este hombre!

—Usted no pue beberse eso, cristiana—me empecé a calentar—. Ya sabe lo que me prometió... Así que largue el vaso, tranquilita, y vámonos.

—Palometa, palometa; onde no te llamen, no entremetas...—dijo el Tarugo agachando la cresta y poniéndose sombrío.

Se mascaban las trompadas. Sabe Dios si algo más. La taifa en peso comenzó a rezongar sordamente, poniéndose de parte del matón de San Lázaro. Había que responder como el rayo mismo. Le di un reflechón a Sonia hasta traerla cerca del candil. Empalmando el «revuelo», le tiré a aquél un apulsado cachorrizo. Sobre la taifa cayó el oscuro. Debajo bramaban los hombres y chillaban las mujeres, alcanzadas por algún manotazo de ciego y porque de por sí dan en meter en coro los galillos.

Trinqué a Sonia por la cintura y medio en volandas la saqué hasta el pie de la puerta. Ya fuera, la cogí por una mano y haciendo de remolque y práctico a la vez—me conocía las fugas de aquellas cortas laderas palmo a palmo—eslapé arrastrándola. El éxito de aquella escapada dependía de la sorpresa y del barullo, pero también de que nos llegaran los tacones a los traseros. Pronto alcancé a míster Green y Marlene, que se veían feos desandando los enladerados callejones del Risco.

—¡Corran detrás de mí!—les grité, al tiempo que seguía remolcando a Sonia, cogido de un surubio que me ponía casi en vuelo, mientras la condenada se me empotalaba desmorecida de risa.

De pronto comenzó a llover sobre nosotros una folía de piedras. Tantas eran las que zingaban y se estampaban sacando centellas, que parecía un majano volante. Al soco de las casitas fuimos rebasando aquella langosta de callaos y teniques. Al embocar el callejón de San Francisco, Sonia se me rebelló. «Yo quiero volver», me dijo con una terquedad de chiquilla mal criada. No pude más. La solté la cachetada más linda que he dado a nadie en toda mi vida. Y según la castigué, volví a remolcarla.

Más que las mismas piedras, que seguían batiendo todo el largo del callejón, me venía... jeringando la risa divertida y provocativa de la escachada extranjera. Cuando al fin pudimos sentarnos en zona tranquila a coger resuello, la muy indina dijo que en su vida se había divertido y reído más...

¡Usted dígame a mí cómo estaría aquella «azotea»...!

Apenas reparamos, y de repente, pegó a ponerse inquieta y excitada. Quería beber. Dijo que como no le hiciéramos el gusto, no volvía al hotel y que allí mis-

mo se acostaba. «Lo que te está haciendo falta a ti lo sé yo—pensé, mirándola torcido—. Te cogía yo por mi cuenta y te daba tal tollina, que te ponías buena de ahora pa después.»

Pasó que míster Green, al que al final también le hizo gracia la aventura, se sintió asimismo con el pico caliente. Ni que decir que yo tenía la boca hecha agua pensando en unos golpitos de ron con chorizo «a la sollama» y panito bizcochado; pero de entrada me puse de parte de Marlene, que oliéndose un mal final de aquella noche de leva insistió prudentemente en que nos fuéramos para el hotel.

—¡Don Rober, hágame caso a mí; deje las copas esta noche, que el diablo hase las cosas y sabe Dios...!

Perdimos los de la retirada... Cuando abandonamos los timbeques de los alrededores de la Plaza, ya en hora de churros, íbamos poco menos que con la camisa por fuera. Y en una esquina, sin que tuviéramos tino para percatarnos, Sonia desapareció. Estábamos otra vez ante una de sus rebelinas.

—¿No se lo dije yo, don Rober...? ¡Ahora échele un galgo!

La buscamos en vano por calles, callejones, churre-rías y chinchalillos de copas medio abiertos. Míster Green se empezó a calentar, disipándosele casi con los nervios la chispa que llevaba. Cuando ya no sabíamos qué hacer, si abandonar la busca o mantenernos allí hasta dar con ella, sentí una voz que cantaba y que me sonó a conocida:

Aunque me veas  
que me vengo  
cayendo,  
es una mamada  
serenita  
que tengo...

Caímos tras el canto, arrastrada la gente por mí.

Aunque me veas,  
que me veas  
que me caigo,  
es una mamada  
serenita  
que traigo...

Por las orillas del Potrero, hacia la marea, hallamos a Sonia cogida del brazo de un niño de los Del Toro, buen pollo y punto filipino. él, con el que habíamos estado compartiendo unas corridas un poco antes. Metidos en el embullo, ninguno se percató entonces de que la loquinaria se había impresionado con el niño y de que por señas o en voz baja se apalabraron para meternos el esquinazo. Sin elevada previa, míster Green le soltó una piña al raptor, que como ya tenía flojo todo el tornillaje, dobló, quedándose dormido, tranquilito, sobre la acera.

La vuelta en la tartana, con la aurora al romper y un olor fresco a marecía subiendo de la playa, fué como una pesadilla. Sonia lloraba desconsoladamente sobre los hombros de míster Rober, pidiéndole perdón. El hombre se mantuvo enfurruñado hasta por allá por donde después estuvo la Casa Quemada. Aquí empezó a ablandar. Desde el turbio fondo de nuestra chispa, sangoloteada por la tartana, que llevaba un remeneo de correillo, vimos cómo el inglés levantó delicadamente la carita compungida de Sonia y le dijo: «Ai lav yú!», hecho un bobo. Rezongué para mis adentros: «¡Echale paja a la burra...!»

Una vez en el hotel, la disparada baifilla se emperró en dar un paseo por el mar. Volvió a llorar, se tiró al suelo... Hubo que buscar, hasta encontrarla, una embarcación varada allí cerca. La metimos dentro con míster Green. Pero al tiempo de saltar al bote le brincó otro antojo. Dijo que no quería ir con él, sino conmigo. «¡Adios, madrina—pensé—; que me va a com-

plicar a mí también la jaira desafinada esta...!» Costó Dios y ayuda convencerla de que quien tenía que ir era don Rober. Luego hubo que librar trabajo también con él, porque se nos amuló... Llegó a mirarme mal encarado y le tuve que parar la jaca.

—Pero oiga, don Rober, ¿a mí de qué, si yo tengo bastante...? ¡Pero mira que sin comerlo ni beberlo, eh...! ¿No ve que está templáa, cristiano...?

El cielo estaba cubierto y la mar todavía sombría, aunque ya estallaba el alba por los altos del horizonte. Me senté en la playa, y junto a mí se sentó Marlene, acurrucada... Entonces medité en la emborrascada noche que habíamos corrido, al tiempo que veía a mister Green hogar hacia afuera. Una vez que se borró la silueta del bote y su gente, Marlene me dijo que tenía frío. Le puse mi chaqueta y caminamos para el hotel. Todavía me estuve yo un gran rato en las barandas de frente al mar, aunque no podía con las tablas, vencido de la tremenda noche y traspasado del relente que estaba cayendo.

Me acosté receloso, con un pesar abracándome el pecho. «¿Y si le pasa algo a alguno de estos dos locos...? No debiste haberlos dejado embarcar, Pepe, aunque te hubiera costado pelear con ellos...» De repente me aplomé, falló algo debajo de mí y caí en lo más hondo del sueño.

Sentí que me sacudían por un hombro, y de un brinco quedé sentado en la cama... Allí estaba, más alto y huesudo que nunca, desencajado y en un temblor, mister Green. Todavía le desamparaban más la facha el pelo húmedo y pegado a las sienes y las entripadas ropas, que goteaban despacio a sus pies.

—¡Se ahogó!, ¿verdá...? — le pregunté, intentando salir de la espesa zorrera que me abrumaba la cabeza.

—Sí...—y se dobló sobre la cama, llorando como una criatura.

—¡Virgen de la Lus...! Pero ¿y cómo fué...? ¡Deje de llorar, puñeta, y dígame qué pasó!

Se levantó y empezó a recorrer, enjaulado, todo el cuarto. Al cabo me hizo historia de lo ocurrido con una voz tan extraña—sonaba como dentro de un cajón mojado—que nunca más olvidé.

—Ella se puso de pie en la proa del bote, con todo el pelo suelto y la cabeza tirada atrás. De pronto me gritó: «¡Sígueme! A ver si me alcanzas...» Se hundió rápidamente. Yo la busqué como un desesperado, en el agua y navegando. ¡Nada...!—y se le cuajaron los ojos de lágrimas, calientes y desesperadas—. Ya no volverá más...

«La quería—pensé, mirándolo asombrado—. La quería más de lo que yo me imaginaba y de lo que ella, la pobresilla, se merecía...»

Después se armó la consabida emburujina judicial. Nos encerraron a míster Green, a Marlene y a mí. Sospecharon que el inglés había matado a Sonia y que la otra mujer y yo sabíamos de esa muerte y la entapujábamos. Por cierto que cuando el juez, que era peninsular, me preguntó por ciertas cosas, de las que yo, en verdad, no sabía una sola palabra, le respondí, conforme acá usamos, diciéndole: «Si le digo, lo engaño, señoría.» Agarró su calentura el hombre, conminándome a que le dijera y que no le engañara para «no incurrir—me parece que me gritó hecho un chino—en delito de falso testimonio» o una cosa parecida, que ya yo no me acuerdo bien.

Al cabo de unos días nos sacaron de chirona a Marlene y a mí y mantuvieron al inglés enchiquerado. Yo estaba cierto de que él no la empujó al agua, como sospechaban, y en la misma confianza se mantenía Marlene. Es que habían traído a cuento todas las muchas historias de ella y los celos de él, hasta llegar al esco-

rozó de aquella madrugada en las bandas del Potrero. Pero todos nos sostuvimos tan firmes en la verdad y navegó con tan buena aguja el cónsul inglés en isla, que antes del mes estaba mi amigo en la calle.

El se ensombreció. Le echó siete candados a su violonchelo, dejó de beber, y hasta de fumar, y se fué entregando, callado y con mucha pasión, a sus asuntos, los que fué montando en la ciudad poquito a poco, y que le navegaban divinamente.

Por lo que hace a mí, me fuí apartando de su orilla para volver a mi mechinal del Risco, sin ganas malditas de tocar el puerto, el que me provocó una especie de ajitera.

Marlene se fué pronto, dejándome como recuerdo una larga y bonita boquilla de ámbar, que todavía conservo, sin que Soledad la mía haya podido nunca desaparecérme la, aunque lo ha intentado más de una vez.



Sin historias y sin mucho costo solté el cabo por la mano, como suele decirse, dejando el hotel, el puerto, los forasteros, todo lo que oliera a marisco, barcos e ingleses. Estuve un tiempo que hasta la ropa de los domingos me la sentía como la de un jandorro de la playa, empecinada de sebas, apestando a marecía. Resultó ayudado el desatraque por el soturno estado de míster Green, que, ya le dije, se remitió como un chuchango durante meses en sí y entre las cuatro paredes de su cuarto.

Después estuve un tiempo dando tambucazos, sin pegarle a nada, quitando alguna mano que le echaba a los de mi rancho en aretes para el turrón y en el turrón mismo. También solía subirme a las lomas y tumbarme a la panca a ver volar contra el cielo de la media tarde los suspensos y altos cometones, que eran como gallos soberanos y rufos en el corralillo de las cometas. Y aunque tampoco estaba ya en tiempo de esta diversión, cogía mi jiñera y me iba a pajarear con Tontón el de Las Cruces, que seguía con su red, su chiva y su largo jaulón, como también poniendo luego éste en una esquina de la plaza, espeso y bullente de canarios del monte, pintos y calandrias.

Los viejos estuvieron muy prudentemente callados y hasta amorosos, en particular mi madre. Yo sufría—no mucho, la verdad, porque nunca me dejé coger la camella por las penas—y ellos se agacharon, esperando

que pasara la marea. También estuvo algo cariñosilla Soledad. Me contestaba el saludo mirándome con la cabeza alta y los ojos sin grandes reservas, y un día, hasta me preguntó si estaba malo.

—No—le dije, blando—. Algo ruinillo, na más.

—Qué, ¿has dejado el puerto?

—Pues, sí... Mucho requilorio.

—¿Y qué vas a haser?

—Deja ver... No sé bien todavía.

En esto, un día fué y me dijo mi madre:

—¿No sabes, Pepe? El que está muy malito, hombre, es Anselmo.

—¿Ah, sí? ¿Qué le pasa?

—Pues mira, yo no sé. La gente dise que está tis... El mismo se fué por su pata al hospital, y esta mañana le llevaron a Padre Dios, según dijeron en el pilar.

Anselmo el Ché, como lo conocíamos, fué, cuando éramos pollones, amigo mío de rumantelas—punteaba muy bien el requinto, le tiraba al timple una mañc blandeada y bizarra y cantaba con poquita voz, perc con estilo y mucho sentimiento. Era uno de los puntos fuertes de la Casa de gallos de San José, prestando en el histórico partido oficios de ayudante del cuidador. Y tan fieles y bienamañados resultaban sus servicios, que en ocasiones llegó a soltar los bichos. Si no lo hubiera hecho abicar aquel daño que de antiguo le venía royendo el pecho, hubiera quizá acabado cuidando los gallitos famosos de la casa.

Pero no se atendía nada. El mujericó y las relentadas de tanto amanecer por las orillas de la ciudad, las copas recias y el pizqueo en lugar de comida caliente y tranquila, lo fueron chupando y revejiendo, hasta vararlo en el mal trance de que mi madre me dió noticia. La última vez que yo lo ví tenía una tos de sótano que

no barruntaba nada bueno, y que calmaba con unas resueltas levantadas de ron.

—Debías de cuidarte un pisco, Anselmo—le dije en una ocasión al encontrarlo con los huesos más a flor que nunca.

—¿Tú crees...? Nadie tiene la vida trancada, ché—contestó con cínica flema, la suya de siempre—. Lo de las Plataneras es cuestión de turno, como en la política y como en los gallos: unos caen hoy, otros mañana... Cuando pasen los revuelos y me tiren a degüello, porque me llegó la ves, pues haré por tragármelo, y listón. ¡Pero tranquilito, ché, y asin de un modo sensillo...! Ya tú verás como a nadie le doy el requilorio. Ahora, mientras el gallo que me está batiendo se mantenga palero, Anselmo el mío sigue peliando, ¿oites, Pepe...? ¡Soy de buen casteo, ché!

—Pero, bueno...

—¡Listón! ¿Cachiporro, yo...? ¡Nunca, ché! Anselmo el mío no se risa ante nada, ni ante nadie.

Me acordé de aquella algo lejana conversación cuando mi madre me dijo que se había ido al hospital «por su pata». La misma tarde fuí a verlo, un poco por sentimiento y otro porque no tenía nada que hacer, la verdad. El hombre estaba de pleno con la quilla en el marisco. Su color melado de rapadura, que tantos destrozos hizo entre las mozas impresionables o alegres de Fuera de la Portada o el Risco, lo había lambuseado ya la muerte, virándose de un blanco-verde sorroballado. Nada quedaba del brillo negro de sus ojos, encuevados y como sembrados de ceniza ahora, ni de su pelo rufo, con aire de cresta, que pardeaba y se le prendía al casco con el trasudor de las últimas.

—Te agradezco que hayas venido, ché—dijo despacio, con una voz sin apoyo, con una voz como un renque sucio y desflecado.

A mi espalda estaba el biombo fatal, el biombo que ponían a los desahuciados de la sala de tísicos para evi-

tar a los otros infelices enfermos la visión de la agonia... No sé de dónde saqué fuerzas para sonreír un poco y decirle unas palabras algo animosas.

—Qué, estás mejorsito, ¿verdad...?

—¡Que va, ché!—y apuntó una sonrisa, como si me diera una buena noticia.

—¿Cómo que no? Pues...

—Que no, hombre. Que me voy a morir a tiritito.

—Olvida eso, Anselmo... —insistí sudando, al observarle unas rositas que la muerte le había puesto en los tristes cachetes—. Yo te encuentro hasta buen color, tú...

—No seas majadero, Pepe. Que te digo que estoy abicando, hombre.

—¡No, como se te meta la cabeseadura, lo vas a conseguir! Te emperras en ponerlo feo, ¡mira...!

Anselmo, al que nunca le había gustado que le llevaran la contraria, se calentó, aunque parezca mentira, tomándose en serio mi... discrepancia. Me gritó, casi, con una voz llena de sorprendentes alientos:

—¿No ves el biombo, consio...? ¿Quieres más requiestimpansen...?

Aquella noche, cuando todos dormían, cuando los enfermeros de guardia dormitaban y el hospital era como un caserón vacío lleno de sombrajos y de quejidos del viento entre las puertas, Anselmo el Ché se levantó, recorrió como un alma en pena los pasillos y las escaleras desiertos, se entró en el cuarto donde depositaban la caja común, la caja deslucida y ruinita en que fletaban hasta orillas de la tierra a los que no tenían ni casa, ni tres teniques, ni un perrito que les ladrara, y se acostó dentro de ella. Allí se lo encontraron tieso y puesto del todo, que hasta el pañuelo del quejo se lo amarró... «¡Pero tranquilito, ché, y asin de un modo sensillo...! Ya tú veras como a nadie le doy el requilorio». Me estremecí cuando, al saber de su muerte, recordé aquellas palabras tuyas, que entonces me parecieron di-

chas por decir y que él acabó haciendo ciertas, dando fe también en las últimas de su buen casteo. «¿Cachiporro yo...? ¡Nunca, ché!».

«Y el vivo al bollo...», dice de antiguo la ley de vida. La muerte de Anselmo significaba una plaza libre de ayudante del cuidador de San José, Casa a la que yo no cotizaba, o sea, de la que no era «partidario», estando así en el grado más humilde de sus devotos: simpatizante. Esta jerarquía, aunque «del canto abajo», mi afición y mi mano izquierda—no probada en el cuidado, pero quién sabe si aprovechable—me animaron a pedir la vacante.

Me fui a ver a don Secundino Arocena, gallero de altura en el histórico, tanta que era de los muy escasos que podían politiquear en el partido frente a la severa arrogancia del cuidador, mi tocayo Pepe Castro, el Tollo, como lo llamaban por su aire tieso, su carácter más bien seco y su gusto por componerse, que hasta un alfiler con su piedra brillante llevaba, fijo, en la corbata. Le pongo algunos otros datos sobre su personalidad para que se haga mejor idea de él. Tocaba el pitre la guitarra, pero «de concierto», con unos dedos largos, amarillos y esmerados. Las folías y demás aires del pueblo eran «música jedionda», según sus palabras. También componía versos. Malos, al decir de los sabedores de las redacciones insulares. A él se le atribuía el «poema» que paso a copiarle, añadiéndole la interrupción de que fué objeto por un encharcador de su jarca, cierta noche lunera en que, empenicado y con la voz metida en un tubo, lo recitaba:

¡Qué bella está la noche!  
¡Qué alta está la luna!  
¿Qué hora es...?  
La una...

—¡Carajo que tarde...!—injetó en este punto el encharcador, prendiendo un escorrozo, porque el Tollo se calentó.

Por lo demás, tenía una querida en Fuera de la Portada y un perro de presa en la azotea.

Aparte la flojera de estos tirafondos, Pepe Castro era un cuidador de los que mandaba las peras a la Plaza. Esta certeza en su valía hizo que, cuando me miró de arriba a abajo y de abajo arriba, una vez que levó las letras de don Secundino recomendándome, yo no me sintiera humillado. Aquel hombre era un genio en gallos ingleses y sus peleas, y trabajar a su sombra colmaba a cualquiera que no fuera un resentido o un envidioso.

—¿Usté qué sabe de gallos?—me preguntó al cabo de un silencio, sin mirarme a la cara.

—Mire, Castrito—le dije, atreviéndome a llamarlo como los caballeros de la Casa, por abajarlo un poco—, si usté pega a preguntarme, como examinándome, yo me voy a trabucar y usté se va a haser una idea mala del asunto. Déjeme que le sirva como mande, y al final, usté dirá.

Le gustó aquella forma de entrarle. Quedé en el partido como ayudante del cuidador. No podía sospechar entonces que llegáramos a ligar tanto, aunque nunca penetré del todo en la misteriosa trastienda de sus secretos profesionales... En esas horas nerviosas, preliminares de la riña, bastante antes del «embarque» en los ceretos y de la salida para el circo, Pepe Castro el Tollo se encerraba impenetrablemente con los bichos y se estaba allá dentro solo, sin que nadie pudiera hacer otra cosa en el curso de tales largonas que barruntarse raras manipulaciones con los gallos bajo su cuidado. Estos llegaban después junto a las varillas cantando en la mano, vibrantes como timplillo conejero alto y serenado, buscándole pelea al mismo aire con los garabatos sanguinarios de los picos.

Claro que esto no era todo, ni nada había en su trabajo improvisado o de remediación. Pepe el Tollo metía las narices incluso en terrenos que de siempre eran exclusivos de los casteadores-propietarios. Asomaba sin anunciarse por las azoteas o las fincas donde las gallinas—dos por gallo, y pare la jaca—medraban y sostenían el criadero y el rumbo del partido. Opinaba, de arriba a abajo, sobre el tratamiento de las epidemias, a las que, parece mentira, son tan sensibles estos fieros animalitos. Se metía en la comida de las hembras, que mientras empollaban recibían una alimentación de refuerzo, por ejemplo, sopitas de leche o de vino tinto, procuradoras de calorías, según criterio profesional. Se calentaba si sorprendía uno de los machos destinados a padrear despachando más de dos gallinas. Gritaba envenenados desplantes si al tropezar un gallo desconocido, u olvidado, y hacerle «el padrón», se informaba de que no había rebasado las tres peleas, disfrutando, pese a eso, del privilegio de castear: «Arrós y candela pa ese mestisay», ordenaba tajante.

La inmediata era que los criadores reviraran, más caientes aún que él, pero Castrito ganaba fijo la partida, lo primero porque no aflojaba, y lo segundo y principal, porque él tenía siempre razón. Otro motivo de roces y tirantezas con los criadores lo procuraba la admisión de los pollos de pelea pasados al cuidado. Los amos, envanecidos con un casteo que llevaron mimosamente, o con el pronto de sus animalitos, empelechados y jaquetoncillos de planta, se quedaban muertos cuando tras un vistazo frío y casi siempre infalible. Pepe Castro el Tollo rechazaba implacable muchos de los gallitos en puerta.

—Ese giro, aquel canabuey, el golilla blanca este... se los puede llevar y meterlos en un caldero.

—¡Pero hombre, Castrito...!

—Ni hombre, ni nada. ¿Usté no ve que son cachi-

porros...! Claro que no lo ve. Por eso pretende colocarlos. ¡Al caldero y listo!

Y había que quitarles de delante, pero que sobre la marcha, los de antemano declarados vergonzosamente cobardes, capaces de rizarse al pie de un cañacillo, e incluso aquellos sospechosos de salir paleros, de combatir solo al palo limpio, olvidando las «navajas». A veces ni valía la sangre presentida por el ojo del maestro para compensar el defecto de una pata mal armada, poco heridora: palera, en fin.

Resultaba emocionante preparar el cuidado a la vera de aquel sabihondo. Como Castrito corría sus gallos, no creo que haya otro que los pueda correr. Era de quedarse lelo ver cómo al pecharlos, unas veces con cachiporros declarados—resignados al triste papel de probadores—y otras con una escoba vieja o con el saquete, vigilaba—mejor, acechaba—la embestida, el tiro de las patas en el revoleo, resplandeciéndole entonces, y sólo entonces, la ceñuda cara, si acaso sentía ese golpe de palillos sobre tambor que suena en el aire cuando, buscando herir, los espolones se encuentran y entrecocan en el tiro.

En ocasiones paraba de pronto una pecha, tomaba el gallo y examinaba despacio y concentrado los puñales, que algunas veces son patarrasas, o sea cortos, y otras salen torcidos, haciendo entonces vanos los viajes. Más tarde aquellos gallos serían «calzados» con espuelas postizas, cuya sabia precisión determinaba él al ligarlas a las patas con sus cintas de colores, poniendo, de tal manera, los navajazos en bandeja.

Completada la observación del temple, el empuje y la peculiar manera heridora de cada bicho, el Tollo, sirviéndose entonces de mí y de Santanilla, el otro ayudante, los ponía calientes, batiéndoles, sin parar, la escoba o el saquete. Con lo que los pollos, sobre entelarse en la pelea, criaban pulmón y se enteaban. Así,



el rendimiento de sus animalitos en la valla era después, durante los siete domingos de riñas casadas, verdaderamente macanudo.

Otra cosa que Castrito llevaba a punta de espada en el tiempo de cuido era el aposento de los gallos. Los podía usted ver rufendo, cada uno en su jaulón individual, dentro de una gran habitación ventilada y tan limpia, que en el piso se podía freir un huevo. Dicen que los nervios del gallo de pelea, uno de los pocos animales que están por encima del dolor y de la reculeada ante la muerte, quizá el único que se deja escapar la vida peleando por afirmar su puesto y su canto, son particularmente sensibles, así como los de los caballos de carreras. El Tollo tenía una fe ciega en esta creencia, y era por esto que en las vísperas de pelea, dispuesto y vigilado todo por él, manteníamos durante algunas horas el local de cuido en un profundo silencio. Y como si tuviéramos niños dormidos en la casa, hablábamos y nos movíamos. También en las horas preliminares al combate nos mandaba cerrar, quedando los gallos en una penumbra que tiraba a oscuro.

Entre unas cosas y otras, Pepe Castro, el Tollo, conseguía una casi plenitud matona de los bichos a su cargo. Pero no vaya usted a creer por esto que todo era para él piña asada, piña mamada, como aquel que dice. El hombre tenía enfrente, lo mismo entre la gente de la Portada, que entre la de Arucas y Triana, cuidadores también muy mañosos y templados. Esto era bueno para la brava y rebumbiante contienda, porque así se sostenía en su alto vuelo y en su hondo calenturón. De haber ganado siempre él, ¡adiós te digo y no llores, peleas!

Durante el tiempo que serví la Casa ocurrieron cosas muy buenas, sin que me quiera entretener en ellas porque sería el cuento de nunca acabar. Pero sí voy a relatarle algo que de haber andado los gallos en romances, como la gente, hubiera pasado a papeles y sonado

en boca de ciegos con vihuela por las fiestas de más voladores de las siete islas.

Años atrás, de entre una echadura de cierta gran gallina de don Secundino salió un gallito que no decía al pronto ni fú ni fá. El caballero ni se molestó en seleccionarlo, pero Pepe Castro le echó la vista encima y le dijo, terminante: «Mándeme ése también.» Era un canabuey de estampa corriente, que a cualquiera menos lince que al cuidador se le habría ido entre el marullo de la pollada.

Como si le hubiera cogido al bicho buena manía, lo cuidó con esmeros particulares. Desde el jaulón, el canabuey destapábase tan buscador de pelea, tan encarnizado y heridor, que pronto se dijo entre la gente de la Casa: «Como no se desgrasie, este animalito va a dar que haser y que hablar». El Tollo le enseñó los más maliciosos recursos de pelea. Por ejemplo, lo atacaba con el saquete, duro y sólo por una de sus bandas, como si el supuesto enemigo bregara con un «farol apagado», cosa que, sabrá, se dice, en jerga; del gallo tuerto. El instinto del canabuey lo llevaba entonces a buscar el costado huído y a recoger sobre él el revuelo y los puñales, como si supiera que batiendo la parte escurrida a causa de «algo», precipitaba y afianzaba el tiro asesino, buscado con tales ansias que erizaba los pelos.

Así, cuando saltó la primera vez a la valla, ni anduvo con esos rodeos con que suelen tantearse los gallos antes de tirarse las navajas. De entrada trabó de pico, lanzó las patas e hirió de muerte. Esta manera fué ya cosa fija. Y la verdad es que por esto las peleas del canabuey no lucían, como no luce hoy el fútbol. El iba por cuchilladas ciertas y de las que tumban, como los equipos van ahora por goles, entendiendo, feamente para mi gusto, que, al modo del oro, ellos son triunfos y lo demás macanadas.

De este modo, el canabuey salía de cada domingo tan fresco como una lechuga. Con unos repasitos quedaba

listo para pechar de nuevo. Llegó por eso un momento en que no había un solo cristiano que se arriesgara a jugarle en contra ni un real. Retumbaba en la gallera una sola y unánime voz: «¡Tantos duros al canabuey! ¡Tantos duros al canabuey!» El que dijera «¡Vaá» podía considerarse hombre de manicomio.

Todo esto ocurrió estando de ayudante Anselmo el Ché. Cuando yo sustituí al pobre amigo de las boqueadas tras del biombo, el sonado gallo de don Secundino iba a iniciar, me parece, su tercera gloriosa etapa. Siguiendo la acebuchante técnica de las temporadas anteriores, en sus dos primeras peleas el gallo se bailó a sus contrincantes como quien tuesta y lleva al molino. Casi del holichazo se los llevó por delante. No llegaron a diez los que en la primera riña le jugaron en contra. En la segunda hubo tan solamente un totorota que apostó cinco duros a un melado de enfrente, bichito de gran casteo y tres peleas, que era para tener en cuenta, pero ante enemigo menos... criminal.

En el voceo, clueco, de vuelo recortado, la gente lo miraba como se podía mirar a una cotorra trabada a un guineo de disco viejo. Ni siquiera le casó la apuesta Estebita Quintana, el maniático ventajista de orillas de la valla, que entre el choteo general, ante el que se mantenía impertérrito, solía jugarse su durito en las últimas fases de la riña contra el gallo moribundo, al que no podía salvar ya, no las tres liñas de la penicilina, la estreptomycinina y la aureomicina, pero ni siquiera —y que ella me lo perdone desde la Gloria— la mismísima Santa Rita, abogada de las quinielas de catorce, de las herencias en La Habana y de las esposas fallecidas en la edad zapatuda.



La noche de aquella última victoria del canabuey —una noche histórica—, don Secundino nos convidó, a Pepe Castro y a mí, con unas copas, citándonos en la trastienda de un cafetín del Camino Nuevo, cercano a la gallera. Lo trasconejado del lugar y la misma invitación, nos sorprendieron de entrada. Traía el caballero la cara tan larga como si de Madrid hubieran llegado malas nuevas sobre la División de la Provincia. Lo que ya es decir, pues era pleiteante a tal extremo enconado que llegó a proponer en una reunión de patriotas anti-chicharreros ir haciendo «por la zorrита» y en las riberas de San Telmo, una escuadra, de acuerdo con los ingleses, que la dotarían de cañones «si se les untaba debidamente el beso» con la promesa de cederles la explotación de los malvasías, tras de cuyos vinos andaban de antiguo los melados. Don Secundino quería «caerle arriba a La Interina al cañonaso limpio, haciendo morder por la bruta el polvo de la derrota» a la inquieta y obsesionante isla. Por cierto que cuando un divisionista, tan aferrado como él, pero jugador de «cartas al pecho», le hizo ver que con los tinerfeños no había podido ni el mismo Nelson, don Secundino le contestó terminante: «¡Nelson era un mamado!».

Le estaba contando a usted que acudimos sorprendidos a la cita. Todavía puso el hombre ráida la rarísima

situación pidiendo, no unos golpitos sueltos con los enyesques cortos de usos y costumbres, sino tirándose a achicarnos lo mismo líquido, que entullos.

—Tráete ron, pero una botella—dijo al del copeo—. Sírvenos también unas vueltas y viras, pero nada de pisquitos, ¿entiendes?, sino un plato arrejundido. La casuelilla de las carajacas que tengas, la traes entera.

«¡Juum...!», se tragó un rezongo torciendo el hocico el lince del Tollo. También yo me quedé orejeando. «Este ha salido a conejos con veda trancada», me sospeché.

—Bueno—dijo Pepe Castro, salvando el jacio que se abrió—, brindaremos por el canabuey.

—Ese animalito no tiene rival, usted, don Secundino—añadí yo metiendo un ganchito.

—Sí—dijo con pesar—. Y me estoy cansando, ¿entiendes?

—Pero, bueno...—se le volvió Castrito, tieso por la sorpresa.

—Espérate... Cansando, lo que se dise cansando, no... Lo que pasa con ese bicho es que no da juego en la gallera. Le cantas los duros, con momios en los que picaría un sargo, y no hay quien entre...

—Sí, eso sí...—dijo zorrocloco Castrito, aunque sin barruntarse por dónde iban a respirar las agallas de aquel mero.

Bebimos, callados un poquito, sin que ninguno de nosotros supiera por donde romper.

—Usted tiene un plan, don Secundino, ¿no es eso...?—salté, sin poder más, tirándome directo a su lengua.

—Pues, sí, lo tengo... Consiste en que el gallo pierda. ¿Se dan cuenta...?

—Ya...

El zarandajo de don Secundino nos miró callado...

«Poderoso caballero, Don Dinero...», «Por dinero baila el perro.....», «Dádivas quebrantan peñas...», ¿Verdad que usted ha oído estos refranes, si no tan antiguos como el mundo en su forma, sí con un fondo de la misma quinta que nuestro padre Adán...? (Si lo de la manzana no fué una dádiva y un baile de perro y un quebranto de la peña, que baje Dios y lo vea.)

Caímos en la pelaza, bien untado el beso por las manos sorprendentemente rumbosas de don Secundino, que había ganado a pulso fama de «trincado en bolina». El gallo perdería la próxima pelea...

Lo primero de todo: lo sometimos a una dieta tan rigurosa como la que aguantaba, sin alientos ni para protestar, la clientela de la fonda «El Tarugo», histórica en las orillas del Tinglado, fonda que no salía de caldos de verguilla, pescados de entullo y carnes ausentes. A tal extremo llegaba en ella el recorte y la falta de sustancia, que como alguno de los que allí comiera arreo tuviera que retratarse, daba una radiografía clara que era un gusto, desaparecidos en la estampa todos los cueros y gualdrapas y bien visibles lo mismo la calavera que el visagreo. Seguro que fué una anticipación casual de los rayos X.

Ya el martes por la tarde, el canabuey pegó a escorarse, con una flojera que daba pena. El miércoles, siguiendo la consigna de don Secundino y de Castrito el Tollo, breé al animalito con una escoba, dejándolo cuando, ya molido y mareado, remeneaba al modo de un correillo metido en leva. Tan desmayado estaba el jueves, que le dimos algo de comer, aunque añadiendo al escaso condumio pita sábila, porque corrompiera de mondongo y despeñara. Con este «Pancho y Micaela», lo que al gallo no se le iba en lágrimas se le iba en suspiros. El viernes y el sábado el animalito era ya un

trapo. Lo mismo se iba de culo que de varetas, cuantas veces intentaba ponerse en pie sobre sus patas, vueltas canillas de vieja.

Le juro que a mí se me arrancaba el alma, aunque pronto volvía a ligárseme a los centros donde enraice con «la poliada» de los billetes ofrecidos por don Secundino, y a los que habrían de añadirse los que se pegaran al cáido en la operación propuesta.

La noche del sábado rematamos el trabajo de merma de aquella potencia con espuelas haciendo algo que ahora, cuando lo recuerdo, me saca a las carnes ramalazos de fríos y calenturas: lo colgamos del techo por las patas y así permaneció hasta las ocho de la mañana... A partir de esa hora, Pepe Castro y yo nos pusimos a la tarea de recomponerlo para que en la valla no acusara la batida de aquella semana cruel, que todavía me asombra pudiera rebasar. Comió bien, en lo que cabe, lo sacamos un rato al solito, que estaba cariñoso, y más tarde, antes de llevarlo para la gallera, le procuramos un descanso al oscuro y en silencio.

Entretanto, don Secundino, por un lado, y el Tollo y yo por el nuestro, fuimos apalabrando puntos —que por filipinos resultaban dobles— para que jugaran fuerte contra el canabuey... ¿Se da cuenta ahora...? La gente se volcaría en su favor y así las pesetas nos entrarían a chorros. Me acuerdo que, cuando al principio, hubo algún amago de reserva, don Secundino nos dijo que lo que hacía era «una operación comercial», que no se llevaba paja y media con las que a diario realizaban por el mundo los capitanes de industria y hombres de garra. Quizá tuviera razón, pues en mis tumbos por la vida yo he visto después cosas que hicieron hablar a las mismas piedras. Con aquella idea intenté calmar los reconcomios y desconsueltos que se me pegaron en el pomo a última hora, cuando el gallo estaba a punto de brincar a la valla...



De enfrente le iban a soltar un giro negro, casteado por don Simón Déniz e hijo de «la Canela», una gran gallina chicharrera de Pepito el Canario, y de un giro cucaracho de don Tomás Pérez, de La Palma. Era enemigo de cuatro peleas, que añadía a su gran castío el haber sido traqueado por Pancho el Zurdo, cuidador de la otra acera, con celo y mañas casi tan buenos como los que en su cuido empleaba Castrito. Bicho quebrado, de mucho juego, afrontador y centrado en la batida, tenía para nosotros, los que andábamos por la zorrilla conchavados en aquella fullera, dos ventajas: aseguraría, en plan de pan comido, la derrota del canabuey, cubriéndola de buenas apariencias —no lo tumbaría un gallo tapado, ni mucho menos un mestizay— y justificaría las apuestas varias y fuertes en su favor, sin que el avisado y receloso personal de la gallera cayera en sospechas de que estábamos haciéndole aquella cama tan feíta, pero tan emocionante...

De otra parte, el giro negro no era animal de salida, abierto y oportunista, de estos que se dicen «tardíos, pero ciertos», sino pronto en trabar y en rebatir. Desde las pasadas, todavía en los bulliciosos y frescos revuelos primeros, ya buscaba cuando menos una puntada de oído con que disparar a su enemigo sobre las varillas, o siquiera meterlo en compás de tuntuneo. Esto también tenía mucha importancia. Si el gallo de enfrente hubiera sido de los que pelean mareando y por rachas, la penosa y no explicable flojera del canabuey se hubiera notado, con la consabida sorpresa, y hasta quién sabe si con un belén ribeteado de navajazos. Siendo el giro gallo pronto, quien viera de entrada al canabuey «haciendo agua» pensaría, por ejemplo, en un repentino y afortunado golpe de aquel.

Mas todo no eran conveniencias en el animalito enemigo. Su ascendencia palmero-chicharrera lo hacía impopular. En cada ciudadano del circo había un divisionista empecinado. Jugar dinero a su favor era traicionar

el sagrado lema : «Todo por y para Gran Canaria». Las mismas gargantas que habían enronquecido cantando detrás de la banda de los Salesianos el himno guerrero —«¡Arriba Gran Canaria—y abajo Tenerife!—¡Si Gran Canaria quiere—le rompe las narises!»—, difícilmente podrían vocear : «¡Sinco duros al giro! ¡Sinco duros al giro!». Tendríamos, pues, que confiar en que, una vez más, se hicieran ciertos los refranes que le cité algo más atrás. El dinero lo arreglaría...

No le historiare por lo menudo las riñas de aquel domingo famoso, hasta la séptima y última —les dimos una mantilla, para colmo— por no estirar este recuerdo, cayendo en lo engorroso. Ni siquiera le daré, como había pensado, algún detalle de las tres primeras peleas para que se hiciera mejor cargo de cómo fué «calentándose la losa», hasta la nuestra, que era la inmediata. El sargo de don Secundino había situado su canabuey en la cuarta. Era el punto de caramelo de la tarde gallera : las digestiones a medio hacer, los puros todavía sin rebasar el anillo, el dinero sin mermas desesperanzadas y el barco redondo del circo sin las buchadas del aburrimento. Era cuando, remontando la picota de su espesa pasión, el bravío choque se ponía que se le busca la calentura y da la tremenda que nuestro amigo el cosechero de Los Barrancos contaba haber tenido cuando lo agarró un tifus de los de antes, fiebre que, según él, «llenaba el canuto hasta la punta arriba».

Se me había concedido a mí la dignidad de soltar aquella tarde. El caimán de don Secundino dispuso mandar a Santa Cruz, a pretexto de ver y comprobar unas gallinas, a don Manuel Falcón, soltador oficial de la Casa, forzando a Santanilla, el otro ayudante de Castri-to, a que lo acompañara, todo para quitárselos de encima, pues no había querido, o no se había atrevido a

mezclarlos en la trapisonada. Así fué que para el pesaje y demás, hasta que lo largué en la valla, tuve al animalito en las manos. Recuerdo que con el mismo escalofriado respeto con que, de haber sido gente, hubiera llevado en San Pedro Mártir el Pendón de la Conquista. Y es que, amigo mío, aquel era el gallo más grande que gallina inglesa hubiera empollado bajo el ancho cielo de islas.

Dió el giro negro en la báscula cuatro libras con dos onzas. Cuando se difundió el peso del canabuey —no llegaba a las tres libras, dígame usted...—, de la gallera en peso se levantó un sordo murmullo... A mí se me puso el pomo como una aceitunilla ajorrada. Le dí un vistazo rápido a mis dos compinches. Don Secundino estaba tirado para atrás, caído sobre el cogote el ancho jipijape que usaba. En aquel instante prendía el puro y la llama iba del fósforo a la punta del palmero especial sin un temblorcito siquiera. «¡Chica tonina estás tú...!», dije para mis adentros. Castrito el Tollo tenía la bien planchada cachorra más enterrada que de ordinario, y, contra la costumbre, su puro estaba chabasqueado. Pensé: «Este tiene chirgo, igual que yo». Y es que no sólo nos abacoraba el ánimo el temor de que aquella camonina se descubriera. Es que, aunque estábamos ciertos del resultado final, íbamos jugando demasiado fuerte, cosa que, de cualquier manera, metía en un puño el corazón. Yo, particularmente, apostaba lo que tenía y lo que no tenía, porque con el romance de unos compromisos familiares, le dí un buen cabe a un amigo y embarqué también el préstamo en la peripécia.

Casi cuajado el silencio del circo, como si de repente lo hubiera acolchado la nube azul y quieta que levantaban los puros de la valla y los rascabuches del graderío, se metieron los agrios de limón a las espuelas, se pasa-

ron nerviosamente las toallitas y enfrentamos los gallos... Retuve al canabuey unos segundos, temiendo que antes que el giro le tirara un cubridor revuelo doblara como un niño en los primeros peninos. Me gritaron de algunos sitios: «¡Fuera!».

Algo incierto, el animalito engrifó e hizo frente. Revoló rápido el giro, aún no decidido a trabar. Replicó el nuestro batiendo también las alas, ahora chuecas, sin aquel seco y nervioso golpe antiguo que restallaba en el aire como un rebencazo. Trabó su enemigo, que porque el canabuey se aplomaba, o porque lo habían presentado muy subido en la batida, tiró altas las patas, metiendo los puñales en el vano del aire. Sorpresa general, ya que en la historia de sus cuatro peleas centraba los tiros primorosamente... Miré al Tollo: estaba pensando lo mismito que yo. «El giro no clava, sencillamente, porque el canabuey se retunde.»

Pero vino en ayuda de nuestros negros designios otra ventaja del bicho enemigo, que ya le he señalado: su capacidad de rebatir. Sin soltar el pico, repitió la embestida. Le piqué una seña a Venturilla el Táita, que no me quitaba ojo, aguardándola para romper con su grito las apuestas. Se elevó sobre el silencio la voz del compinche: «¡Veinte duros al giro! ¡Veinte duros al giro...!».

En este momento el gallo de enfrente volvió a lanzar un tiro bastante efectivo. El expectante lleno acusó con un clamor el golpe. El canabuey había salido del viaje cogido de cachete.

Y como si hubiera calculado la ventaja de aquel puntazo, el giro negro entró ya abacorando. Buscó a su rival, emperrado y heridor, sin darle tregua. Y fué entonces cuando se vió el tremendo peleador que llevaba dentro el bicho de don Secundino...

Nunca había sido un gallo de salida, quizá porque, decidiendo sus peleas de manera relampagueante, tal recurso no le hizo falta jamás. Pero, sintiéndose ahora en inferioridad, el animalito decidió echarse fuera de la

endiablada batida, «hasta ver» qué le dictaba su instinto. De dónde sacó los alientos para aquel hurtarle la cabeza y el pecho a una puñalada que se mascaba en el aire, ni lo supe entonces ni me lo he explicado después. Pero es lo cierto que volteaba la valla, quebrado, con mucho juego. Caíale atrás el otro, encarnizado, trabándolo por donde podía, tirándole, en cuanto agarraba, las patas asesinas.

De su iniciativa, o forzado, el canabuey paraba de pronto la aparente huída, buscaba donde prender y batía las patas. Pero no podía herir, falto de fuerzas, cansado del quiebro. En una de estas ocasiones, el giro le atrabancó la salida. Entonces lo acometió de frente, dándole primero un tremendo macanazo y luego, al rebatir, una puñalada de ojo. Ahora se cantaba casi de pleno contra nuestro gallo. Continuaban cayendo en la pelaza muchísimos pejes gordos con posturas fuertes. Y todavía, estimulados por el lagarto de don Secundino, que cubría las apariencias tirando algún lance fuerte en favor de su canabuey, los fieles a la Casa y al gran bichito, gritaban su «¡va!» sagrado, metiendo las últimas libras del «engorde» en nuestra jedionda operación.

De pronto ocurrió algo extraño: el canabuey abandonó la salida, plantó cara agachado, y con sabia habilidad metió de pleno la cabeza y el totizo malheridos bajo un ala de su todavía fresco rival. Se tomó allí un respiro, sin que el giro pudiera desprenderse y descubrirlo, por más que lo batalló. Entonces se levantó la gallera en peso, barruntándose el prodigio... Don Secundino empalideció y se afiló como un difunto. El Tollo sacaba nerviosamente el pescuezo por entre su cuello duro, pasándose la mariposa del mordido cigarro de una banda a la otra de la boca...

Después de unos largos segundos, con todo el circo suspenso, el canabuey sacudió el cuerpo, sacó rápida la sangrante y aturdida cabeza y de cerca, como para impedirle al otro la presilla fatal, tiró obstinadamente el

pico, hasta trabar. Brincó entonces en el aire como un relámpago, vuelto una llamarada. Estallaron metálicas las alas, como en los buenos tiempos. Y en el silencio cuajado de la gallera casi se pudo sentir también cómo sus espuelas, que guardaban todavía, por encima del hambre, los golpes y la suspensión de una noche entera, alguna de las puñaladas que lo hicieron famoso, hasta el remate de sus siete peleas, entraban en la carne de su enemigo, aceradas, ciertas y profundas. De repente se tambaleó el giro, tocado por un cañazo hondo, acabando por empenarse e irse de banda...

La gallera estalló como un trueno bajo. Cayó sobre la valla una montaña de gritos delirantes, calientes, ambiciosos. Viradas las tornas, se jugaba ahora al canabuey, los fieles empujando, los otros cubriéndose...

Usted pensará que soy un tiesto, y le diré que sí, que lo soy. Pero en mi descargo tengo que recordarle una cosa, que ya le señalé: cuando tuve el gallo antes de la suelta, fué como si llevara entre manos el Pendón, dicho sea solo para revelarle hasta donde era su devoto. Nadie, a excepción de don Secundino y del Tollo, podía valorar mejor que yo los quilates de aquel animalito. Por eso sentí deseos de hincarme de rodillas en la valla y de besar aquellas patas únicas, aquellas navajas donde anidaban los rayos, al tiempo que pedir perdón a voces, como puede pedirlo a una mujer querida un hombre metido a su pesar en el revuelo y la trapisonda de unas faldas ajenas y difíciles de resistir.

Bien herido, pero sin rizarse, el giro negro fué trabado nuevamente, al cabo de unos segundos, por el canabuey, que insistió lento en la picada hasta prender. Brincó de nuevo, sacándose de sabe Dios que trasfondos, como los pruebistas se sacan sus palomas, un nuevo golpe de coraje. Logró ahora un degüello, su gran tiro viejo, el de las liquidaciones fulminantes. Con el pico entreabierto por un ansia más amarga que la más amarga sed, el giro volteó angustiado, sin poder tragar-

se la muerte, escarranchada de pronto entre su cabeza anhelante y la quilla, a la que el aire, buscado agoniadamente hacia el cielo de la gallera, ya no llegaba.

A los seis minutos y medio justos de pelea, el giro negro se aplomó, quedándose poquito a poco quieto. El público en pie soltó al animal doblado una tremenda abubiadura. Salté temblando a la valla y alcé a aquel machito y le dí la vuelta en la mano, bien levantada. Y olvidándome de que don Secundino estaba al pie medio desmayado, y de que el Tollo recibía una ovación que largaba humo con una cara de conejo enfermo del hígado, y hasta de mi dinero, grité sobre el clamor de la gallera:

—¡Señores, viva don Napoleón...!

Se produjeron las más raras exclamaciones. Olvidando sus lagarteronías y su pachorra, Estebita Quintana se puso de pié en la valla y exclamó con una insospechada voz de barítono:

—¡Viva don Fernando de León y Castillo...! ¡Viva la División de la Provincia...!

En una tartana y entre el tumulto apasionado de la salida, que llenaba de trajes oscuros, cachorras y voces todo el Camino Nuevo, tiramos para la casa de gallos, llevándonos los restos de la batalla. Y sobre ellos, en las manos temblorosas—entonces de emoción—del Tollo, el cuerpo asombroso y sangrante del canabuey. Me acuerdo que Pepe Castro lo fué mirando todo el trayecto con ojos muy brillantes. Y cuando rebasamos el rebumbio de las calles inmediatas, a pretexto de observarle el cuello, le acarició el lomo como pudiera haber acariciado el cuello de una mujer.

A don Secundino lo perdimos de vista entre el barullo del personal que evacuaba. No sólo no nos acordamos de él, pero ni siquiera del dinero tirado—y perdido—a las patas del fenómeno. Lo mismo que en el

amor, el embrujo de aquel animalito era más fuerte que todo. Ahora había que correr, limpiar sus heridas, sanarlas. Ahora había que salvarlo a toda costa de que muriera.

—¿Qué le parese...?—le pregunté a Castrito con la voz empañada.

—Con un poco de suerte, escapará—contestó él como si estuviera hablando de un hijo grave.

El cuidador le aplicó primero el agua y vinagre de toda la vida. Pero después, amorosamente, le puso unos unguentos misteriosos que eran cosa suya, del terreno de su «sagrado».

Y estábamos en esto, cuando asomó don Secundino. Le temblaba su mano, apretada sobre el puño de plata de su bastón; le temblaba el quejo, le temblaban las piernas, entre vibrantes y aplomándose.

—Váyase lo uno por lo otro, don Secundino—le dije por consolarlo—. El casteo de este animalito lo compensará hasta lo sobransero...

Pepe Castro callaba, ensimismado en lo suyo. Acabada la cura, llevó el gallo al salón y lo dejó tiernamente dentro de su jaula. Sin decir palabra, se puso conmigo a recomponer el resto de los bichos heridos.

—Viene requintado el hombre—le dije a Castrito, cuando don Secundino se alejó un poco—. Ahora..., lo mismo puede ser de caliente, que de privado.

—¿De privado...? Me estraña, con el dinero que ha perdido...

De repente sentimos allá dentro unos golpes raros, unos golpes enconados y duros sobre un cuerpo blando. Corrimos los dos hacia el salón. A los pies de don Secundino estaba quieto, seco y roto como un puñado de leña, el gallo canabuey...

—¿Qué ha hecho usted, bardago...?—le gritó Castrito con una voz desgarrada y amenazadora, con los ojos cargados de un llanto caliente, sacudiendo recio al viejo por las solapas.



—¡Lárgame...! —reaccionó macho don Secundino, desprendiéndose con una tremenda dignidad, y recomponiéndose.

Nos quedamos los tres callados, mirando al gallo muerto.

—Tenía que matarlo—dijo don Secundino al cabo de un silencio—. Si no, me hubiera matado él a mí... ¡Lo llevaba aquí dentro, cuerrero como nunca, rebatiéndome el pecho! Ahora ya puedo respirar.

Salió planchando de pies, como si hubiera andado un largo camino descalzo y cargado, envejecido en horas.

Dije como si hablara para mí, importándome un pito que me pudiera oír:

—Antes me dió sierta lástima, pero ahora que se ha tragado el degüello, maldito si me da pena. ¡Qué se jeringue!



Todavía anduve un cierto tiempo a vueltas con los gallos de pelea, ayudando a Pepe Castro en su cuidado y en su traqueo. Esto... y lo otro, lo que pudiéramos llamar «cáidos», porque en el oficio se juega a pares y a nones, y lo que por pares y de derecho no viene, por mones arrima... de acarreo, los gallos, digo, y sus tibitos lances de la orilla dieron conmigo en el marisco, donde se escoró malamente lo que me quedaba: un manojito de huesos quebrantados, unos cueros con las tempranas arrugas de la fruta ajorrada y unas ojeras como unas cejas de monja. Le contaré cómo y de qué manera amagué la peripecia del «Zuleika», y también el modo de sacar la quilla a mejor calado. Al tiempo, y cuando a mano del relato venga, sabrá usted de cierto peregrino suceso, que si entonces me puso en mal brete, también me alegró las pajarillas, y que hoy, de vuelta y varado, pero gustoso de mis recuerdos, como el árbol viejo de sus retoños, me procura regosto.

El Tollo era persona muy particular, poco amigo de cuadrillas y de gateos por los tejados de la noche, lo mismo por inclinar a grave y solitario, que por atarlo corto un cierto compromiso con enaguas y lunares... Pero yo debí haberle caído en gracia, hasta el extremo de meterlo en baladera, tal vez, calculo, porque se percató de que sin apoparlo de garabatillo, buscando «estar en percha», como aquel que dice, lo respetaba y lo admiraba. En la vida le desemparejé el tranco y le fui siempre leal y geitoso como un podenco de raza.

Quizá al engodo de este afecto fué arrimando a una jarca en la que entraban don Manuel Falcón, soltador oficial del partido; don Secundino Arocena, un cotorrón enralado, sobre el que los años caían como grani-zo sobre albarda; Marrerito, que, sobre gustarle la coñá, cantaba muy aseadamente, y punteaba el requinto y rasgueaba el camejillo con gusto y manos geitosas; el indiano Calcines, enviudado por entonces, y que con trapisonda y desborrife de fueguillos de San Pedro Mártir quemaba los centenes que trajo de Trasmarino en las tentadoras candelas de zagalejos y patas de gallo; el carpintero maestro Juan Calixto, gran punto en cualquier envite de los naipes o la vida; Miguelillo el Fañoso y Venturilla el Táita, especie de correveidiles, mandadores y hasta alcahuetillos si se terciaba, que si se terciaba; otros incondicionales del grupo de la valla, de los que ya no me acuerdo bien, y los consabidos arrimadores de la ajena y caliente brasa a la propia y sorimbada sardina. Que nunca faltan, ya sabe, para mer-mar de balde la flor y el tumbo de beberajes y condu-mios, sorbiendo hasta el propio caldo de los chuchangos al cabo de un sopeteo con libras, que no con cachos, de pan. Usted conoce este cigarrón berberisco tan bien como yo, así que no se lo detalló.

El compromiso de Pepe Castro, de que más arriba le hablé, era Isabelilla la Conejera. Se trataba de una buena jaira de Arrecife, alta y garbosa de ancas, entre aceitunada y trigueña, y con lunares que debió haberle pintado la mano del diablo, sabedor de latín en tales rateos. Era también notable en la pollona lanzaroteña su mata de pelo, negra, jugosa y tan cumplida, que si le daba suelta y la derramaba, le hacía cosquillas en las mismas corvas. Para los chimbos, que gustan de meter narices en las trastiendas, diré que estando ella pinton—más bien tempranera, como suele ocurrirle a las pollitas de esta parte, al modo porque nacen en tierra arropada por el Trópico y horneada por la calentona

y vecina orilla del Africa—, estando pintona, digo, la agarraron mal puesta—es un decir, porque depende del punto de vista—y la gravaron. De resultas acrecentó el censo de santaneros.

Veló por el guayete de cierta manera, pues lo dejó en las buenas manos de un matrimonio baldío de la villa de Teguisse, que como a hijo fué sacándolo. Usted bien sabe que no es fácil vivir en los pueblos chicos—a veces ni en los grandes—de nuestra tierra con tal ceniza en la frente. Así que ella, que en el fondo era una mujer con vergüenza, aunque luego la vida y las chabascadas de los lebranchos de tierra se la mermaran bastante, resolvió no seguir viviendo hoy sí y mañana también arrebatada de cachetes y humillada de ojos, tributo mínimo que las niñas del brinco sobre las bendiciones deben pagar al personal decente, también llamado «de orden». Lió, pues, el petate y puso mar por medio, transponiendo para la Gran Canaria en un velero que envergó y soltó el trapo bajo el soturno de la madrugada.

Cuando rompió el día y Arrecife despertó, Isabelilla la Conejera estaba bien larga. Empezó a suspirar hondo, después de tanto tiempo, una vez que con las horas y las claras se apareció a proa la tierra nueva de Canaria, donde nadie la recelaría, por el pronto.

Todo esto lo supe porque ella misma me lo contó con su boca hermosa y amarga.

Por el tiempo de que le hablo, el chico de Isabel, que ya tiraba a galletoncillo, cayó malito, creo que apipado de fruta caldeada. Se engolfó en un tifus de los de tres meses y sábanas mojadas y ella tuvo que tirar de correillo y navegar para junto a la cría, pasando después en Lanzarote su medio año corrido por dejar al muchacho empelechado. Y estando en este jacio, sin miedo de su arranque, pues ella lo hubiera marcado

con tijeras, o plantado de ahora para después, de agarrarlo en cualquier salto de alivio, Pepe Castro, el Tollo, se echó algo al traer.

Algo, porque era hombre embridado lo mismo frente a copas, que frente a enaguas. Igual que yo... por la otra punta, pues que nació, como el otro que dice, fallo de tajarría y goloso de pico. Con tales flojeras mal podía reparar el trote a que me sacaban la sangre y el oficio que tenía. Le digo todo esto a cuento de que así como él rebasó aquellas mareas con la garbosa fortuna de un bote muy marinero, sin una mala buchada, yo pegué a descalafatearme todo y a hacer agua lo mismo que la haría un harnero puesto a navegar. La vida de gallero, que daba plata fácil y consentía los más acotejados atraques en «puertos francos», y hasta con medias franquicias, se empalmaba al tiempo con un animoso tren de viajes—Tenerife y La Palma, mayormente— y otras—dijéramos—circunstancias del tenderete isleño: peleas de perros y carneros, carreras de caballos o yeguas, luchas y pegas de botes... Sin contar las fechas de toros en Santa Cruz, que allá tirábamos para hacer la corrida fuera de la plaza y por nuestra cuenta...

Lo mismo si cuadraba el santó de frente, que si daba en virar el traste, siempre entrábamos con la quilla en los propicios y alegres caletones de las pellejas. Nunca en falta, según lo canta el dicho, pues las hay, fijo, allí donde hay tejas. Al sueño le cantaba aquello de: «¡Dormir...! ¿Para qué dormir—si hay tiempo en el sementerio...?» Y de comida caliente... como no fueran los churritos del amanecer: su media peseta del centro y su café «mitán y mitán»...

Un día me dijo mi madre, que casi nunca se metía, la pobre, porque jamás le gustó estacarme corto: «Te encuentro algo estropiado, Pepe... ¡Ten cuidado, m'hijo, no sea que vayas y la agarres, y pares como Anselmo!» Como Anselmo... El recuerdo penoso del amigo del biombo, a quien heredé en el cuidado y al que por lo visto iba a heredar en el temprano trago, me brincó en las raíces del pomo. También él anduvo metido «en un puro sorrobollo», igual que el tarambana de la copla, y acabó abicando de la mala manera que se sabe. Yo caminaba sobre su mismo veril, a orillas de una marea honda y con jalío, un jalío contra el que nada podían ni fuerzas ni mañas... Me paré a cavilar y me dije: «Pepe, tienes que arriar trapo, meterte en varadero y aplicar calafate. Cuanto antes, mejor. Si no, vas listo.»

Esto fué como un domingo. Pues el lunes cogí el camino y me fuí casa don Buenaventura, el gran médico. Don Buenaventura era un hombre tranquilo y sabio, que levantaba los muertos no sólo por lo que entendía de quebrantos, sino por la maña que se daba para espantar el miedo y colmarle a uno el pecho de fe. Un médico completo, me creo, debe añadir al miluque ese garabatillo, o don de engaitar, con que hacen sus «milagros» los curanderos. El tenía tal gancho, y sobre ello le ponía así como «prevenciones» a la consulta, picándole hasta su golpito de pimienta de la mala palabra, si a mano venía. También le alzaba su punta a los trapajos del miedo si se calaba que el enfermo iba a fallar-

le por cerrero o fanfarrón, cosa que hizo conmigo, como verá.

Anduvo primeramente preguntándome cosas, algunas simples y otras peregrinas, para mi gusto. Después me le dió un repaso al físico con sus manos blancas y finas, sobre las que el tabaco había dejado un rastro de marfil antiguo. Se paró particularmente en la escucha de la caja del pecho, arrimándome primero una oreja fría y atenta, y oyendo después con la más grave expresión el sonido a cajón vacío levantado por el golpe de sus dedos sobre la otra mano, que aplicaba abierta. A mí, la verdad, se me pegó un salto en el pomo ante aquella detención.

—Con que cuidando gallos ingleses, ¿eh?—dijo al fin, y una vez que se arrepollinó en su sillón, sin conmoverse todavía ni poco ni mucho.

—Pues ya ve, señor don Buenaventura.

—Bueno, hombre, bueno... ¿Pero a que tú no sabes la historia del gallo «Morito»...?—saltó de pronto cambiando la cabeza y destapando una risueña expresión.

—Pues mire, no... Al pronto no caigo, usted don Buenaventura.

—Yo te la voy a referir. ¿Tú tienes prisa?

—Maldita, don Buenaventura.

—Pues la contaba don Fefo Alvares en el Casino, ya hay años. Tú sí sabes quién era don Fefo, que le desían «el Batata», creo...

—¿No voy a saber? Así lo llamaban, sí señor, por mentiroso.

—Creo que con razón. Por entonses desían que comparadas con las de él, las batatas de Lansarote eran aseitunillas de cosecha medianeja...

—Muy sierto. Y todavía se le va a usted la mano.

—Pues «Morito» era un gallo suyo, del que contaba villas y castillas donde quiera que se tersiara. Sierta tarde soltó en el Gabinete la mejor historia del fenómeno. Creo que «Morito» peleaba con un tremendo ri-



val, un giro de Triana de patas mortales. El público se volcaba en las apuestas a favor del enemigo. Don Fefo no daba avío a responder: «¡Va! ¡Va!». El otro animalito estaba poniendo al de nuestro amigo entre la crus y el agua bendita. De repente, cuando «Morito» paresía ya en camino de las Chacaritas, dió en voltear la valla, en una carrera abierta delante de su enemigo. La gente voseaba, más ensendida cada vez: «¡Veinte duros al giro! ¡Cuarenta duros al giro!» Respondía solo don Fefo, que los dejaba «entrar en gueldera», desía él, restregándose las manos de gusto entre las piernas apretadas, esperando su momento... Y de pronto, tú, «Morito» frena y para la carrera delante mismo del sitio que en pista ocupaba su amo. Sacó el ladino animal el pescueso por entre las varillas y se quedó mirándolo con un ojo muy abierto y muy redondo. Había llegado el instante cumbre: iba el gallo a recibir órdenes. Satisfecho ya con las apuestas apalabradas, una purriada de miles de pesetas, don Fefo gritó a «Morito»: «¡Arriba de él, carajo!» Y el gallo reviró y se pasó al ataque. ¿Tú ves un relámpago? Pues así, de fulminante, acabó el lanse histórico. «¡Del bolinchas, desía don Fefo, dejó al otro para la candonga!» ¿Qué te parese...? ¿A que tú no has cuidado nunca un gallo semejante?

—Desde luego, no, don Buenaventura. ¿Pero sabe lo que pasa? Que esos gallos que van al mandao los castearon en esclusiva a orillas de Pambaso. Y una vez que llovió en demasía, el barranco se llevó hasta las echaduras...

Se rió mansamente el gran médico—las juergas se las corría por dentro—y otra vez en lo suyo, volvió al trasteo.

—Tú te casaste, ¿verdad?

—Pues mire, no, señor don Buenaventura.

—¿Y eso?

—Pchsss... Será que no ha tenido tiempo, más bien...

—¡Caracho con el cuidado, cómo copa...! Pues cásele, hermano. (Como es de usos en nuestra tierra, al ponerse serio me trataba de usted.) Ya sabrá lo que le dijo don Gregorio Chil a aquel que tal: «No me ande pisquiando por ahí, que va y me lo mancan...» Bueno, hombre, bueno... ¿Tú tienes prisa?

—Ya le ha dicho que maldita, don Buenaventura.

—Sí... Pero yo creo que tengo alguna. Ya debe de estar fuera la tartana de Dominguito, esperándome... Pues mira, vas a dejar los gallos un tiempo. Después, si hallas salida, déjalos del todo. Y fuera también lo que tú llamas «cáidos»: Te lo voy a desir en tu lenguaje: quieto el gallo, ¿estamos?

—Se dijo, don Buenaventura. Pero...

—¿Qué?

—No, que digo si no será mucho pedir, así, arrente y de golpe y sumbido... ¡Entiéndame, yo quiero conforme dise usted! Lo digo más bien por sino será dañino requintarse, y de ahora pa después...

—Ya... Bueno, pues los domingos nada más, ¿conformes?

—Agaché el morro. El siguió.

—Se me va a ir de aquí, a un campo, mientras más lejos, mejor. Un sitio donde haya buenas papitas de riñón, buen quesito de flor, buenos potajes de carne de cochino. En fin... Coma de todo esto, ¿entiende?, acuésteseme tempranito... y nada más.

—Oiga, don Buenaventura—me atreví a indicarle, desconcertado—, mi madre, si le llego sin medisinás, va a creer que no estuve a verlo.

—Ya... Pues mira—se puso a garrapatear una receta—, te vas a tomar esto, dos cucharadas al día, que a lo mejor sirven y te abren gana.

Se puso en pie y me lanzó una especie de ultimátum.

—¿Vas a haser lo que te he dicho?

—¡Esús, don Buenaventura! ¡En buena fe! Lo que pasa es que ahora mismo, pues...

—Escuche, hermano, que le voy a hablar en serio: tiene que haserlo en seguida, si no, no respondo. ¿Tú dónde vives?

—Yo, en el Risco.

—Ah, pues mira, te coge serquita. Cuando estés en las últimas, no me molestes. Mandas por el cura de San Telmo.

—No será menester, ya usted lo verá. ¿Cuánto se le debe, don Buenaventura?

—¿A ti te pagan bien esto del cuido?

—Hombre... La gente que tiene dinero, nunca paga bien. Pero dentro de eso, mire...

—Déjame medio duro.

—Como éste. Adiós, don Buenaventura.

—Que te vaya bien, me alegro.

Si quiero ser fiel a la historia de esta visita tengo que decirle a usted que remató con otro final. Ya en la puerta, y picado de un barrenillo que no aflojaba, me volví.

—Dispense, don Buenaventura. Digo, asunto de «quieto el gallo» y «los domingos nada más», que usted ha mandao: si cae algún día de fiesta entre semana, ¿qué...?

—¡Hombre, en eso no habíamos caído!—dijo, poniendo un malicioso gesto de preocupación—. Pues mira, depende de lo que enfrentes. Si vale la pena, sacrificate...

—¡Se dijo! Eso es tener talento. ¡Usted es de los míos, don Buenaventura!



Fué por esto que hice una maletilla y pasé la Cumbre, hasta atracar en el sitio escogido para reparar averías: Tejeda. Dí fondo—¡qué remedio!—en casa de mi prima Iluminada, aquella sobrada de bandullo y mermada de garabato que algo más atrás le menté. Mi madre le había escrito a los tíos:

«La presente es pa desirles de que Pepe el mío me agarrado una flojera grande, car culo que del poco comer y del mucho velar y el mucho atarosarse, trabajando de contino, que no de lo otro, pues a estado en lenguas, lo cual que liandado su dones de berringallo, y es mentira, pues el es bueno como el pan bendito, y digo que sino siataja lo que quiera que tenga, que no es nada que se pegue tampoco, acaba como cason jariado, lo cual que miapuesto sentida, pues yo no pego un ojo endecuando, y en la mesa estoy repunante como nunca, que ni cuando estaba con el recogimiento del, que mientras que no lo tube las mismas natillitas me añulgaban, que ustedes lo saben, y lo mismo ha dicho del atraso que Pepe tiene don Muenamentura, de que salga a escape paonde aiga airito bueno de los altos y comida de sustansia, así que parriba lo mando y que Dios y ustedes sean serbidos deaser por él lo que aría yo, como su madre que soy y que lo parió, que ustedes lo saben».

Los tíos, y la misma prima, ésta olvidada de los desaires—de puro buena se caía de popa—, me recibie-

ron y me trataron como a personaje de Obras Públicas en trajín de carreteras. Fué lo único malo que caí en catre con tan insalla de chinches, tan enguirradas ellas de no haber comido caliente desde que seis meses atrás parara allí una pareja de la guardia civil y, en consecuencia, sacadas por un tan desarretado afán de chupeteo, que si no doy en aniquilarlas como Dios y las ganas de dormir a solas me dieron a entender, ellas sacan la cama a navegar y a mí, ruinito como ya venía, me dejan que ni para formillas hubiera valido. Acabé con las grandes al repaño, como quien va a mariscar, y de las chicas dí cuenta estirándolas, a golpe de dedo tieso, sobre el lienzo moreno y algo bronquillo de la sábana de abajo.

Cuando terminó la batalla y me planté a ver el campo de exterminio, me sentí como el Napoleón de las chinches. «Nadie, quitando Bonaparte—me dije—, ha podido consumir semejante matanza de una sentada.» Mi experiencia del colchonero chupóptero me había enseñado que a la manera de los chinos y otras abundantes gentes de revuelta color, los bichitos cameros se lanzarían al ataque en nuevas oleadas. Pero decidido a no ponerme nervioso, y pensando en las sanas virtudes del arregosto, me acosté y dormí. Mas luego, callada la boca por no avergonzar a los generosos parientes, le encargué al veredero un suministro de municiones de guerra: aceite y vinagre, belmontina y polvos de fuelle. Entre una cosa y otra la tal mundicia dejó de sacarme en la noche lo que yo metía por el día. Pegué a empelechar. Y al mes estaba rey.

Bastante más animadillo empecé a echarme fuera y a relacionarme, tertuliano en los poyos y jugándome mis sangas y mis envites en los timbeques del pueblo. De aquí, aunque suavito como un gato, brinqué a las copas, cuya falta me atosigaba la sangre al modo que debe

atosigar la espuela el flanco de un caballo. Bien es verdad que las primeras pasaron con fielato, como aquel que dice, mas pronto tuvieron puertos francos, pues les abrí puertas pensando que de los cuatro días que uno va a vivir, el ahorro de dos resultaba achaque de rico gorrón, de rico que ayuda a tejer la teleraña de sus tagas, ignorante u olvidado de la creada y misteriosa relación entre el frío y la lana, entre el paladar y la miel, entre la visión y la primavera. Por último salió alguna que otra noche con la pollería, de serenata por entre el oscuro oloroso del pueblo, a cantar a las niñas debajo de aquel cielo hermoso, tan alto y tan hondo, tan cuajado de luces, que se encañona entre los montes y cerros de la Cruz y el Nublo, Chapín y Bentayga.

Pero así como a los dos meses de estar metido en cierta calma y cogiendo carnes ante aquellos sanos y colmados manteles—ponga usted mejor hule, con unas floritas despintadas y algo roidillo—, el diablo, al que creo que le ha complacido de siempre buscarme las cosquillas, me enredó el rabo entre los pasos, una vez más. La pita la puso una boda «colinga» y la embrujina la metió entre ella la mano izquierda—un vivo rabo de lagartija—de Pancho Cabrera. Pancho Cabrera era un gallito del pueblo, de tan buena planta, como jaranero y templado.

Yo había estado taifeando en Cuevas Caídas—«Cuás Quías», dicen por aquellos altos—de pasada, cierta vez que corriendo la parte atrás de perdices, empalmamos por azar con una rumantela cantante, sonante y salpeante en una de las desriscadas cuevas del por muchas razones peregrino y curioso pago. Ya no me acuerdo bien si era una taifa corriente, o un baile de parida, o que repicaban abajo por San Miguel o el Socorro y el campaneó estiraba hasta allí su convite a holgar y a correrla a pelo y pelado, según se estilaba entre «colingos» antes, que hoy, si le digo, lo engaño. Lo cierto es que en uno de aquellos angostos y guindados me-

chinales, en los que el personal «colingo»—¿de dónde le vendrá este nombre tan particular?—vive su vida al suelto y ancho modo de las palomas de risco. se hallaba armado un tenderete de lo más vivo y salpreso que yo me he gozado nunca.

Cójale el gueldé a este botón y se hará idea del empuje y calibre de aquella gente. En toda taifa canaria, y me figuro que desde el Pendón a la fecha, se brindó siempre con sus pastillitas de limón, su piñón de almendras, sus galletitas de María... En «Cuás Quiás», el llamado cantinero, con su timbeque a cuestras—una caja semejante a la de los turrónes, pero de pinzapo en bruto—se desplazaba allá donde hubiera meneo, saltaba al terrero botella en mano, generalmente de ron, siempre que el baile entraba en un jacio, y con la misma copa convidaba a cada quisque. Bebían por parejo el sollajo y su pisoteada dama, y por parejo, claro, acababan templados como requintos. Se imaginará bien fácilmente el viento y el rumbo que con tal trasiego y mano a mano agarraba el jolgorio.

Ya desde entonces me pareció aquella una casta de gente por demás extraña. Lo mismo ellos que las hembras eran de un moreno con mucho acento y tenían renegro y lustroso el cabello. Los ojos, en la mayoría de las mujeres muy primorosos, lucíanles como candelillas, vivos y siempre alerta. Por lo demás del rostro abundaban los de pómulos marcados, y bajo ellos, las bocas, cayendo en grandes, de labios oscuros, sostenían un gesto entre candongo y desfachatado. Los hombres tiraban a magros y espigados y ellas a expresivas y garbosas, con mucho reburujón por la cintura y en los pasos.

Los colingos no eran de modo fijo ni jornaleros, ni peones de labranza, ni cosas así, de las que amarran la vida y mandan meter el hombro y soltar a tiempo y por jornadas los resuellos bajo la jeta torcida, nunca contenta, de un amo. En cuanto a tierras poseían las



dos fanegas que necesita un hombre para pudrirse sin quebranto de narices vivas. Al golpito, y siempre a compás de las ganas, pasaban por tiempos las lindes del pinar, gran predio de los hombres humildes de nuestra tierra, donde lo mismo hallaban, como los pájaros, el sustento mínimo, que el descanso de los poco molidos y siempre indiferentes huesos bajo el rumor y la frescura de su sombra. Allí tumbaban algún buen leño, carboneaban o astillaban tea, sacaban una carga de ramilla, pinocha o juagarzo, todo para vender en lo justo del brete, el puño de gofio, el pedazo de queso chasnero... Casi nada para el hogar. También, y en las mismas «fincas», cosechaban resina para que medicinaran otros.

Cuando reviraban de pleno contra el mandato de ganar el pan sudándolo, conforme a la ley vieja y a las leyes nuevas—de las que Dios nos libre y guarde—, se vestían las ropas más humildes de su desastrado ajuar y se tiraban a vagabundos, con una vara en la mano y un perrillo rabujiento arrimado al garabato de sus sombras. Eran las ropas de «piir»—de pedir—, especiales, aquellas que a golpes de lamparones, traslucos y remiendos a trancajilo, podían mover la misericordia de las gentes por esos caminos de Dios. Caían, de acuerdo con la voluntad de sus dueños, más fluses y rengues de deshecho, condumios y acaso un poco de calderilla, y en contra del querer de los amos en descuido, algún baifillo retozón, que se salió de debajo del ojo que habría de engordarlo, y tal cual pollo tomatero asimismo echado fuera del celo propietario y del güapido de perros.

Una de las pocas servidumbres regulares que aceptaban era la de vareadores y apañadores de almendra por tiempo de su cosecha, alto el verano. Un trabajo sin arreos y que solía rematarse con las alegres «juntas» de descascarada y partida, reuniones jaraneras con su buen pie para amorcillos y picardías, en ocasiones

coronadas con bailes de media noche para el alba sobre el terrero redondo de las eras.

Dispuestos a meter el garabato en unas y otras cosas de las que antes le dije—los frutos furtivos del pinar y las labranzas y los a cuerpo limpio del «piir»—los colingos pasaban los estrechos veredillos que bordean, sobre la fuga del risco, las bocas siempre abiertas de sus cuevas, con más de nidos de guirres que de viviendas de cristianos, y se tiraban a los pueblos. Al mismo tiempo que aliviaban caminando la vaina de vivir, trajinaban una reserva de hormigas con que ir tirando sin aflojar el sabio quiebro a esta desgracia de sudar previamente el brete nuestro de cada día.

Observe cómo es notable el parecido general con los gitanos de que tengo noticia por viajeros de esa tierra peninsular, gente que ha conocido, por ejemplo, a los que también en cuevas habitan a lo largo del Camino del Sacro Monte, en la ciudad de Granada. Acrecienta esa semejanza la fama que de poder arder en un candil, de sentir crecer la hierba y de sacar polvo debajo del agua han ganado los moradores del peregrino y entendedor pago que cuelga en los altos de la isla.

No eran corrientes, al menos por entonces, las bodas entre colingos, sin que ello mermara el censo vecinal de «Cuás Quiás». En cómo no se extinguían, cumpliendo pese a todo con aquello de «arriba los caballeros y arrejundan las señoras», versión del creced y multiplicaos original de maestro Pepe Quintana, yo ni entro, ni salgo. Allá cada cual con sus mañas y sus noches. ¿No ha oído usted lo de «callen las barbas y hablen las cartas»? Leyes tienen los códigos y curiales que las sirvan, hasta más de la cuenta. Si la cosa era así como a liña rota, tendalera, o madeja sin cuenda, o relajo—ya usted me entiende—, sean los del papel de barba quienes endenguen, que para eso viven de intentarlo. Y nosotros, quieta la tarabilla, pues sobre no componer nada, mete el palo en candela de comadres y levanta baldones, sin necesidad.

El casorio resultaba, pues, suceso de coplas, más pregonado todavía por las trazas de la novia, que era de lindo semblante y talle, morenita clara y entre tierna y entera. Tales mieles le acarrearón—¡toda la vida!—cerco de zánganos y moscones, pero era fama que ella amagaba y no daba, diciéndose también que a coces y hasta a moquetes sacudíase a los que soltaban los tejos y se pasaban al sobeo.

Uno de los que le había puesto sitio, tirando a acoso, era Pancho Cabrera. Por zafra de almendras o en tiempo de vendimia, el fresco galán, que tenía suertes

y parrales bastantes, contrataba cogedoras. Ni que decir que la primera apalabrada era Balbina, la salerosa colinga, a la que él le hacía la rosca lo mismo por lo zorroco, que a cara destapada, según calcularan sus malicias por donde debía él soplarle el aire. En ocasiones la aliviaba de los repaños más trabajosos, pero en otras así como que la castigaba, imponiéndole lo más duro de la tarea. De esta especie de doma la potrilla salió siempre con quebranto parejo al de las otras, las feas y las viejas: desmadejadilla y algo rota de riñones por la gacha jornada bajo el solajero. Y se acabó. Sonreía desde el fondo de su limpio cansancio por unos dientes apretados, parejitos y de un blancor de almendrillas tiernas, y transponía en el atardecer tan bien librada y enterita como había bajado de su conejera al romper el alba. Pancho se quedaba que cogía las vigas del techo.

Pero como no era bruto y tenía confianza en sí y en el tiempo, gran componedor, pronto se le pasaba la marea. Limpio de entrecejos, generoso y alegre, se podía estar con él al cabo de cada fracaso sin sentirle a su amistad broncas reservas de amulado, golpes de rebenque o trabones de varas de zarza, con que otros de peor raza acusan los negocios cambados.

Cuando corrió la volada de que Balbina había dado palabra y prometido mano a un tal Gervasio, pollancón de su rancho, espigado más de la cuenta, con lo cual se vencía de espaldas como las palmas de Agüimes; de andares de camello, tardos y aplomados, la color clueca y los ojos remetidos y saltones, Pancho Cabrera se quedó un poco parado, y hasta acusó tal cual ausencia notable en los corros del mediodía y en las partidas de la tardecita. Pero fué cuestión de poco. Era macho y geitoso nadando y margullando, igual en mareítas que en levas. A nadie tropecé nunca que tuviera más completa que él la envidiable condición de ser caba-

llero de la vida al compás de la bestia, y conforme aconseja el viejo y sabio dicho que por acá sonaba: «A tu amaño, mulita, como no me tumbes.»

Rayando el primer sol en la alta cresta del toscón del Nublo, salió de las cuevas, que bullían como nunca, el colingo rancho matrimonial. Encabezaba la bajada la cuadrilla de hombres, envarados lo mismo por los driles nuevos de sus trajes, que por la magia de la ceremonia que vivían. En el centro, el novio, enmudecido, y gacha y entrecejada la frente, como si en lugar de ir por su gusto y libres pasos hasta donde le santificaran el apetito y la contrata, fuera a contrápelo, engrilletado entre civiles, derecho a un banquillo. Estallaba algo más atrás, sobre los pardos caminitos, la variopinta ranchada de mujeres, con su golpe primaveral de flores de sembrado, encandilando con fulgurantes acabaditos de respuntar el mirar entresoñado y grave de los labradores del amanecer.

Los varones avanzaban callados. Entre las hembras sonaban palabras entreveradas con risas inciertas y maliciosas. Empenicado el ánimo por la novelería, arrebatadilla por el liviano tranco, y tal vez con sofocos que, aparte los zapatos, le sacaba el cuello del traje nuevo—acollarado en la nuez, conforme al figurín, pero angosto en demasía, conforme al endengue, con más buena voluntad que maña, de la costurera—, a Balbina se le subió al semblante un rosicler como el de una habanera, y que la había puesto más linda que nunca. Sus ojos, que siempre tuvieron como un amago de fiebre, daban mejor ahora ese atractivo brillo, cálido y remansado, de la calentura.

Nosotros, Pancho y su panda de amigotes, esperábamos en las afueras del pueblo, a orillas de sus últimas casas. Estábamos más o menos convidados y nos habíamos vestido de limpio.

—A los buenos días—saludó el padrino, un colingo bajito, nervioso y cetrino, con un acento ronquillo y dominante que le era natural, y sobre el que apoyaba en gran parte una especie de caudillaje de aquella agitanada gente.

En la iglesia, aparte el belingo, que tuvo refuerzo de viejas, comadres y pollitas de bien lejos, no se registró más novedad que la de haberse trabucado algo el novio, al que el señor cura hubo de insistirle en el dictado, pues entre encógido y tardío resollaba el «sí, quiero» al cabo de las mil y quinientas, como si lo estuviera pensando. Una de las veces hasta preguntó: «¿Cuál?», con lo cual le llenó la cachimba a todo el concurso. También se le cayó y desparramó con trapisonda el cambeo del ceremonial, cuando pasaba de manos la ambosada. Por cierto, bajo los ojos vigilantes del sacristán, que no fiándose de los colingos ni en aquel trance, contó y recontó las viejas monedas apenas volvieron a la bandeja.

Se registró, además, una mirada, que al pronto pasó como paloma de curato por el aire tranquilo del pueblo, pero a la que más tarde, cuando ocurrió lo que ocurrió, yo le saqué punta. «¡Mira por dónde!», me habría de decir luego, en la tremenda noche que se acercaba... Pancho Cabrera, que no quitaba ojos a la desposada, se encontró una de las veces con los de ella, que lucían como puestos a la sombra. Fué una mirada sin fú ni fá, esto era lo cierto. Pero a él—¡en mala hora!—se le antojó... amorosa, o así. Le pareció que tenía un acento desesperado y que le comunicaba un mal ahogado pesar... Tiempo después, Pancho me dijo: «Yo me afiansé en lo que venía barruntándome: ella maldito si lo quería. Y se amarraba a él, pues... ¡Qué sé yo! Muchas mujeres llegan al altar a la mano del viento, pero otras arriman con el soplo en proa. ¡Las cosas, mira!»

Lo que pasó en el pueblo así como media hora más tarde, una vez que el señor cura liquidó bendiciones, firmas y demás, tampoco fué sonado. El padrino anduvo calles, callejones y portadas botella en mano, convidando al personal que tropezaba en el zancajeo, lo mismo al empadronado que al de tránsito.

—Por muchos años, ¿oyó?—levantaban el tanganao los alcanzados de la fineza.

—Y usted que lo vea, mi amigo.

La novia, la madrina y demás personal del rancho fulgurante fueron y vinieron por los cuatro comercios del caserío, empleándose a fondo en resobar y regatear mercaderías, hasta acabar comprando desde palmatorias a baciniillas, con intercalo de colchas rameadas, tal cual cuadrado de mucho cuento y vivas tintas, alguna pareja de perros de yeso muy garbosamente asentados sobre sus cuartos traseros, unos metros de tarlatana verde y rosa y, por último, dos latas de galletas «María», parejas la una, lustradas y de surtido la otra y ambas picadillas de algún bicho que metió entre ellas la antigüedad. Al mercader que las compró con un año de casado y las largó con un hijo en quintas, no le cabía una paja por tal sitio.

Los hombres compraron un vinillo de pelea, algún ron, voladores y unos puros negros como el cazón y cambados como bichos sajorines, un cabo con afición al norte, tirando el otro al este, y el centro más dudoso que un perro perdido.

En la vuelta, ya el cumplimiento listo, aumentó la cáfila con los convidados. En ella entrábamos Pancho Cabrera, el que suscribe y cuatro filipinos puntos más de la zafada pollería que montaba cuadrilla singular en el pueblo. Por los repechos de Juan Gómez, La Cultura y el mismo «Cuás Quiás» fueron calentándose los picos, al menos entre varones. Trinaban desafinadillos, pero resueltos, algunos instrumentos, y se estiraban hasta las cañadas y los pagos algunas injertadas coplillas de ocasión:

Vivan la novia y el novio,  
la madrina y el padrino;  
vivan los padres también  
de este casar tan cumplido.

Santiago de Tunte,  
madrita del Pino,  
florescan las piedras  
de toos sus caminos.

Estaba todo el mundo de gusto, inclusive la novia, pese a que las mujeres la sobetearon y babearon hasta soltarla como breva en cesto: aquí la apretuja una vecina de tremendos molleros, más allá la besuquea una vieja de boca monda y habla mamona, trincándola entre el doble garabato de la nariz de guirre y la barbilla en bico.

En la cueva más grande, horas después escenario de la sonada peripecia, hubo convite de mucha sustancia, a base de carne fresca y sobrancera—más cabra que novilla—y papas tempranas a fuleque, fritas, arrugadas y sancochadas, por atender a la variedad de gustos. Cayó todo esto encima del primer envite, con el que entramos sobre un vinito que no estaba mal y que fue enyescado, sin recortes, con aceitunas negras en adobo, baifo frito y un quesito de cortijo reciente y muy aseado. A la generosa tragantona—muchos labradores ricos se quedaron por debajo, aunque después alegaron—la llenó luego hasta el gollete una montañuela de torrijas con huevos ciertos y de la tierra—nada de Mogador—y una gordura de su dedo y medio, que todavía cuajaron en miel enterita—no aparecieron los lamedores—las prontas y desparramadas manos de las mujeres que nos atendían, dispuestas al entullo. En verdad le digo que más de cuatro del pueblo sacaron la panza de mal año.

Nos levantamos aboyados y despuntamos un apoyito. Con ello la prima tarde se metió como en una calma chicha, sin más estremecimiento que el de alguno que se perdía tras de una sorriba o el verde biombo de



una mata de tuneras para un descargo, tal vez, del tremendo embarazo del mediodía. Era de ver la cara de alivio con que tornaban al asentadero.

Cayendo el sol, el barco del casorio tornó a agarrar brisa. Desmantelaron la cueva grande del convite, que quedó orillada con cajoncillos y tablonés en función de bancos. Se planteaba el baile de bodas. Como dentro ya amagaba la noche, que se echó encima más bien por culpa de los tocadores, inacabables en la puesta a punto de bordones y calacimbres, en una esquina del ancho agujero guindaron un candil, cuyo pábilo tiraba sobre el terrero más visajes que luz.

Nadie le discutió al padrino el cargo de mandador. Rompieron los del son con una mazurquilla salpicona. Gritó el bastonero desde el centro, y como si estuviera mandando una guerra:

— ¡Parejas al terrero! ¡Seis y aparen la jaca! ¡Hombres a la puerta, quiere desirse los sobrantes de la media dosena!

Replegáronse los «excedentes de cupo» y comenzaron a moverse entre la caliente semitiniebla los seis galibardos de la primera tanda, cada uno con su pañuelo limpio derramado sobre la palma de la diestra, ancha, dura y vercosa mano. Alguno de los nuestros entró en la partida que abría taifa. Desde la boca de la cueva, Pancho Cabrera les picó un ojo, seña que afirmó con un camango de jeta. «Vengan para afuera», disponía por la zorra. Al primer jacio, los dos amigos que valseaban se agacharon y salieron al angosto caminillo que sobre la fuga del risco bordeaba la entrada de la espaciosa y rebumbiada conejera.

Fuera, el oscuro se podía partir con un cuchillo, aunque en lo alto relumbraba el cielo como una fiesta estremecida y lejana. A tres pasos de la salida se abría el precipicio, y en lo hondo se apretaba el negror de la noche, tanto, que ni podían vislumbrarse los golpes blancos de las casitas y los pagos más cercanos.

A Pancho se le adivinaba detrás del puro, embutido y tascado más de la cuenta, una sonrisa entre desfachatada y ardorosa. Cuando tiraba del cigarro y le resplandecía el rostro, podía vérselo en los ojos un rebrinco de candelillas. Dijo, no obstante, con un aplomo que daba miedo :

—Nosotros vamos a entrar a bailar cuatro en una tanda, y dos se quedan en la puerta. Tú, Quintín, y tú, Monsón, se me mantienen fuera de taifa. Yo, Pepe y estos dos caemos juntos en un turno... Cuando la piesa esté a la mediasión, tú, Pepe, jalas por la cachorra y le apulsas un cachorrasso al candil, ¿estamos?

—Ese Pepe del cachorrasso soy yo, ¿no...?—pregunté, tragando saliva, porque aunque de entrada me divertía la mataperrería, me olí que aquel encargo tenía más miga que amasijo de gente rica.

—Claro—contestó secamente Pancho—. Aquí no hay más Pepe que tú.

—Pero, bueno...

—¿Te quieres callar la boca y dejarme hablar...? Pues sí, señor; se trata de dejar la cueva a oscuras...

—Eso ya lo calé—repondí sin que me aflojara el solivianto—. Si yo le meto su cachorrasso al candil, pues tinieblas al canto. Pero tú, ¿pa qué quieres...?

—Muy sensillito : voy a robar la novia.

A esto no lo llamaba ni siquiera «sensillo», sino «sensillito»... Eramos cinco palenquines los cinco que escuchábamos aquella nueva, semejante insospechado plan de rapto; éramos cinco tientos sin apenas alivio, el que más con el que menos cargando en cierto modo el alma atrás... Pues con todo y con eso nos quedamos tiesos y asmados, con las lenguas igual que jareas, un tiempo fríos y estremecidos, lo mismo que si de pronto se nos plantara en las barbas un alto y ensabanado fantasma.

—Oye, Pancho, que ésas son palabras mayores...

El muy zarandajo tuvo una de ésas réplicas de los hombres de su acero y su castío, una réplica que por

absurda y al tiempo llena de firmeza no admitía contra:

—¿Ustedes son amigos míos, o no son amigos míos?  
¡Vamos a tomar un copejo y listón!

—Pero escucha una cosa—lo trabé yo por un brazo—.  
¿Tú la has apalabrao o qué...?

—¿Cómo apalabrao?

—Que si ella es conforme con el... trasiego.

—¿Y por qué tengo que preguntárselo? Yo no tenga que desirle nada.

Al tiempo de beber, en una cueva inmediata, amplió los detalles del aventurado antojo.

—Tú apagas cuando veas que yo estoy bailando a la novia y te pique seña, ¿estamos? Los otros dos que estén en el terrero—y tú échales una mano también—embarullen el sentro y después las orillas, dando gritos y repartiendo algún pugido. Ustedes dos, los de la puerta, ábranme hueco primero y luego empotajen la salida. Quiere desirse, una vez que yo haya arrancado la penca con ella al hombro.

—Pero bueno, y nosotros después, ¿qué...?

—Oh, pues una vez que entablen el rebumbio y lo dejen armado, trasponen también... ¿Ustedes son amigos míos o no son amigos míos?—volvió a repetir, imperante, el muy Barrabás, al observar que todavía orejeábamos, rascándonos el cogote, pensativos—. ¡Si es fásil, hombre!

—¡Sss...! Ta bien. Se dijo. Proa al temporal. ¡Y que sea lo que el diablo quiera!



Nos mantuvimos zorrongiándonos en el embocadero de la refocilada guarida, donde los hombres se arracimaban fumando y oliendo recio. Dentro alzapuaban un pasodoble de los que meten un baile en tren de zarandillo, pero cuyo aire y yesca mermaban la bandurria, afinada a trompa y talega, y la guitarra, que por no ser menos, o tal vez enroñada con su compañera de son por la destemplanza en que venía emperrada, reviraba con el compás a la contra, aparte que la habían acordado igualmente a sobrepeine, como aquel que dice, clavijeándola con manos entre gordas y farfulleras. Las parejas, ni percatarse, embelesadas en la penumbrosa, densa, tropicada marea: las caras lelas, como si se fueran quedando debajo de cloroformo. Y esto no es un decir, que tiene su razón y punta. Era bien fácil irse embebiendo, al modo de sopa en leche, dentro del batumerio reinante, de baile pobre y en verano; un batumerio que se cuajaba como tabefe en el aire quieto del mechnal.

—¡Terrero!—gritó de pronto el mandador.

Y se acallaron los instrumentos en el punto mismo donde los agarró la voz, sin completar la pieza. Por su cuenta y riesgo, Pancho se había metido en el centro de la rumantela y le había dicho al «responsable»: «Tampoco hay que estirar más de lo debido. ¡Digo yo...!» Tenía prisa, el muy indino. ¡Y le estaban haciendo caso...! Las mujeres se habían orillado, gachas y apresuradas, como si, perdido de pronto el amparo

de la música, las hubieran trincado en un tapujo. Los hombres fueron moviéndose despacio y rezongones sobre la salida.

—¡Taifa!—volvió a empenicarse el güapido ronquillo del patrón del zarandeo.

Saltamos los cuatro conchabados como un solo hombre y se tiraron también hasta una media docena más de animosos.

—¡Los que haigan varsiao, tirenseme p'atrás, no se me boten, al favó...!—gruñó el colingo bastonero repasando de abajo para arriba y con severo entrecejo al espontáneo personal.

—Nosotros no lo hemos probado—se le enfrentó con aplomo Pancho Cabrera.

Este argumento, más nuestra condición de «convidados especiales», nos plantó en la tanda sin más palabras. El arrestado pollo se fué derecho al novio.

—Digo que consientas, si tú sos gustante y ella también, que me figuro...—requirió el conveniente permiso para bailar a la desposada.

El consorte, que había calado como un fonil, tenía el rostro suspenso en una turbia sonrisa y le lucía en los ojos la muerta bobería de las chopas de vivero.

—¡Sús, Panchito, y más a usted que lo conosco!—respondió con palabras espesas y tardías.

Sacó un pañuelo grandito y medio limpio y lo puso sobre la mano abierta de Pancho Cabrera, en señal de conformidad. El mozo se le plantó delante a la salerosa colinga. Balbina se levantó sin más, sumisa al rito, pero con una gravedad diferente. Y con sus cuatro cuartas corridas por entre medio se colgó con su diestra mano del siniestro dedo gordo de su pareja, aplicando el otro brazo, vuelto un inflexible horcón, contra el pecho del hombre que la llevaba rozándole apenas la entradita y derecha cintura por sobre la barata batista del moquero.

Todo fué discurriendo como una seda. Aparentemen-

te, porque a él se lo notaba embridado, y a mí—supotigo que también a los otros zarandajos—se me pegó en el pomo un salto de tolva... «A lo mejor acaba percatándose de que esto es un desatino y no se arresta», pensaba yo, tirándole un paño caliente al escarabajeo. «Pero y si va y se embarca, hermano, ¿por dónde vamos a rebasar nosotros...?» No le quitaba ojos a Pancho. Tenía a mi cargo lo del cachorrizo, y había de pegarlo justo en el instante en que él me picara la «perica»...

Noté que inclinaba a bailar sobre la entrada. «Está resuelto, el muy caimán», pensé, cayéndoseme los palos del sombrero. ¿Pero cómo saldría la operación de ganar el camino por entre los hombres amontonados...? Si corría con suerte y se echaba fuera, iba a desriscarse a poco que embocara con fuga, o a nada que ella le salpeara sobre el hombro, escorándolo a la mano del precipicio... Porque aquella colinga, sobre no estar conforme con el «traspaso», ni tenía un pelo de cómica, ni había visto el teatro por el forro, ni se lavaba con jaboncillo. Y soy de los que creen que es en la escena o entre gente pulida donde en trance semejante caen las damás con un soponcio, dejándose entonces suspender sobre el hombro, una mitad como madejas de lana, la otra semejante a taleguillo de molienda pobre. (Sospecho, aquí para nosotros, que unas veces—las menos—porque se privan de verdad, siendo entonces cierta la «frutita de aire», pero otras—las más—porque les tira el trueque, como a la cabra el monte.)

A Quintín, que era punto de compromiso en la boca de la cueva, se le debió plantear el mismo gordo requilorio de la salida. Pero era una centella para las malas ideas y le brincó de pronto una. Cucó a Monzón, su conjurado vecino.

—Si yo armo un «mojo con morena»—le susurró—, tú déjate querer, ¿oíste?

Y en un momento en que Pancho bailaba muy cerca

de la salida, lo puso en aviso con un golpe de cejas... En seguida y de repente alzó un pie y planteó un gesto entre caliente y dolorido.

—¿Por qué no miras dónde pisas, bardago?—gruño a Monzón con tal sinceridad que parecía que en efecto su amigote lo había pisado a pulso.

—¿Yo te ha pisao a ti, consio...?—replicó Monzón, perplejo, porque era algo tardío y, pese a la advertencia, no cayó de inmediato en el juego.

—¡Pisao es poco, porque tienes un ñame de a tonelada!...—y sobre la marcha le soltó a su inventado rival una galleta tirando a libra de pan. Con el «sonido», Monzón entró en falsete. Se cuadraron los dos compinches y se amagaron sus piñas.

—¡Nada de empeloterías!—gritó el mandador del baile, acercándose.

—¡No se entrometa nadie, porque lo pico!—replicó Quintín, al tiempo que, abiertos los brazos, refulaba, con lo cual se llevó parte de los hombres a una banda y le abrió al escape una buena franquía.

—¡No hase falta, jediondo! — bramó Monzón, apoyando la balsa con gancho igual, o sea, abriendo también sus recios remos y desplazando hacia atrás al grupo de su lado.

Pancho Cabrera la cazó al vuelo. Sin perder instante me picó el ojo. «¡Pepe, encomiéndate a Dios y ten tu pólvora!», me dije, al modo de los guerreros de antes. Como un podenco brinqué hasta orillas del candil. Y sin pensarlo más le apulsé un cachorrozo tan a lo bruto, que no sólo acabé con su triste lumbre, sino que lo desencuaderné para «in seculam, seculorum». Los nervios, seguro, porque no hacía falta tanto.

Se abatió sobre el jolgorio algo semejante a una parva de pañoletas negras, debajo de cuyo súbito y negro arropo revolvió la comparsa como gato entre rincón y



palo. Arrimó tea al tenebroso belén tal cual sopapo que girando con los brazos en aspa repartimos a la zumbá y aguanta, o a caiga quien cayere. Era consigna de Panchito, pero resultó contraproducente, porque el corrillo de hembras se desatentó y tiróse a la puerta como a la voz de «¡ya!» y en manterío, pretendiendo echarse fuera al modo que lo intentan los tunos desde lo hondo de bandullo humano. (Ya sabe usted que esta es fruta que entra una a una y luego se emperra en desalojar junta, dando dolor, cuando menos.)

Fué de esta manera cómo nos trasconejamos en nuestro propio majano.

En el frangollo, alharaquintas todas, las colingas nuevas chillaban al modo de ratas, las maduras alzaban el gallillo hasta torres del esperrido y las viejas resoplaban clamores por las ánimas benditas, todo mientras rebullían como condenadas. Así se acabó de tupir la puerta, bastante entullida ya antes de que yo pusiera la rumantela a buenas noches.

Pensé que tenía que ganarme el aire al costo que costare, cogiéndoles la vez a los encochinados colingos, no fueran a darme la mano de componte que tan a pulso me había ganado. Y lo de menos sería una tollina, que con catre y linaza, se rebasa. Lo que me apuraba el chirgo, hasta casi salirme como un güayete ya sabe por donde, era el presentimiento de que me iban a poner como cachiporra de regador a puras cuchilladas. Las que no se quedarían a flor del físico, sino que revolverían más abajo, buscándole puertas a los chorros madres de la sangre y a los del ánima misma. De los agraviados, el que más con el que menos ya había matado algún cochino.

Según ofrecí dos velas gordas, una a la Señora del Pino y otra a San Telmo, abogado de los temporales, le eché una mano a ambas devociones, ayudándolas para zafarme. Agachéme, buscando escapar en son de perro, pues incluso chabascadas y presas le tiré a tal cual pier-

na revuelta que me estorbó el camino. Por cierto que al clavar dientes y muelas en alguna media gorda y sin más relleno que una triste canilla, sobre no entrar el bocado, me respondieron con tal coz en el tronco de una oreja que al pie de un zinguido me despeñé por los vacíos del tino perdido. Esto aparte de que en aquel bajo nivel de zapatos y ñames, tras padecer las narices, peligraba el sentido con riesgo semejante al de los pozos negros... Pero yo no podía pararme en menudencias cuando se ventilaban cosas tan gordas como los propios huesos, el pellejo, la misma vida...

Le quiero señalar una cosa peregrina, que en aquella ocasión experimenté por vez primera. Es asombrosa la ajena y galopante vida de que es capaz el pensamiento en el trance de una de estas marimorenas. Mientras batallaba como saifía en trasmallo, tuve ocasión y tiempo de pensar en Pancho y su peripecia. «¿Se la habrá podido llevar...? ¿No lo trincarían en la puerta y estaría ahora tumbado en mitad de un camino, con las carnes picadas y frío? ¡Chico potaje con la guardia sivil! ¿Y no habrá caído con ella por el risco...? ¡Dos seres en la flor, estampados por un capricho loco...!» (Esto me trajo al recuerdo una canción, creo que colombiana, que entonaba con mucho dengue la viuda de un indiano, señora enralada, con casa en Vegueta y que tocaba un poco la guitarra.) «Los otros tuestos que conmigo han ayudado a esta desvergüenza—seguía pensando—. ¿estarán todavía aquí, entaliscados como yo, triste de mí, o habrán tenido más suerte y respiran ahora el aire libre de esta noche tan tibita, en lo alto de un ribaso...?»

Del fondo de la caliente y negra follisca se levantó de repente una luz, la luz de un farolillo tiznado, con medio vidrio roto y dos dedos de vela. Pero su claror fué bastante para que la gazapina aplacara, vuelto el cabo encendido caletón de la leva. Se oyó un grito tremendo del padrino y mandador:

—¡Quietas las mujeres, puñema! ¡Arrímensen contra las paeres! ¡Los hombres a la puerta y que no escape ni uno!

«¡Adios te digo y no llores!», me dije. Pegué a rezar el Señor mío Jesucristo. Aquello estaba liquidado.

—¡Balbinaaa...! —gritó de pronto, y como lo hubiera podido hacer doña María Guerrero, la madre de la colinga, rajadas las carnes por un mal barrunto.

Todo se mantuvo un instante en suspenso, aguardando un esperrido de réspuesta: «¡Maireee!». Hasta nosotros nos quedamos de muestra... Pero el grito no sonó. Ni la pollita ni Pancho estaban en la tarraya...

—¡Se la llevó, el bandío!—clamó alguien desde la entrada.

—¡Caigan atrás!—ordenó el padrino con voz de rayos y truenos—. Pero manténgansen en la puerta, que los otros no eslapen.

«Los otros» éramos los cinco compinches, muy mal embarazados, porque todo no sale a gusto, y menos los negocios donde el diablo pone mano.

De pronto Quintín saltó al fondo de la cueva, desmeleñado, gacho y jadeante.

—¡Aquí todos!—nos gritó macho, relumbrándole en la mano la hoja ancha, larga, bruñida de su naife, un cuchillo canario impresionante de por sí y que en aquella disposición le sacaba calentura al sobaco de un difunto.

Desenvainaron también los otros y nos acotejamos todos tras de aquel frente de improvisadas bayonetas. Que eran nada más que cuatro, pues yo tenía tan solo una «perra de navaja», como, quizá recuerde, llamaban a aquellas de cabo de palo y tan ruinitas, que se veían feas pelando un tuno. Sacarla entre aquel resuelto y temible armamento me pareció una machangada. La dejé donde estaba.

—¡Fuera de la cueva, puñema!—gritó Quintín a los que rebullían cercanos, silbándole la orden por entre los dientes carniceros.

Avanzó bizarro y jaquetón unos pasos sobre los de pronto asmados colingos, que no esperaban el aporreo tras los tarros. Lo emparejaron los otros bergantes armados, con idéntico aire resuelto y matón. Atropelladamente evacuaron las mujeres, y algo después, remolones y torcidos, los hombres. Nos quedamos solos a todo lo ancho del local.

—¡Al que intente pasar el quisio, lo rajo como a un cochino!—amenazó Quintín con un tremendo acento de verdad.

Fuera sonaba un rebumbio de caracol, que alteraba tal cual rezongo de perro gacho. Se veía un pedazo de cielo prieto de estrellas, que al principio rompió el vivo zancajeo de unas sombras. Por último se quedó limpio. Y era un alivio, y hasta un gusto, estarse viendo su misterioso e impasible temblor.

Pegaron a correr los minutos, largos como silbidos, lentos como burrillo ruín en repecho. Pegaron a correr y a empalmarse unos con otros al modo de puntadas de vieja sobre lienzo negro y mal estirado, un lienzo que se nos abría delante igual que un camino encantado y oscuro. Caíamos sobre el amanecer con los plomos de una pesadilla encima de la frente, los relojes a tranco tan tardío que pensar en ellos y en el tiempo que iban tragándose, era buscarle una ruina a los resuellos o al tino, aquéllos cayendo en ahogo y éste tirando a dis- pararse.

Al asunto no se le veía salida ni por la puerta ni por el entendimiento. Hablando, se dice de viejo, la gente se entiende. ¿Pero quién daba razones—y quién podría esperarlas—de hombres con la pimienta recién estre- gada, de individuos de tan mala manera sacados de tien- to, de sujetos calientes hasta el mango del cuchillo y la raíz del bramido? ¿Quién aplacaba a aquellos gali- bardos, a los que acabábamos de tirar el gato a las bar- bas, y que, como si estuvieran haciendo la guerra de sitios, mantenían fuera un matón y silencioso cerco...? Presumíamos a unos en las bandas de la boca, empu- ñando toletes gordos y endurecidos como magados guan- ches, y a otros encaramados estratégicamente, y a mano teniques en número y volumen sobrado, no ya para escacharnos como a cucas, sino para conseguir a la pe- drada la División de la Provincia.

Ni el mismo don Fernando de León y Castillo, con su pico de oro, hubiera convencido a los enroñados colingos. Ellos hubieran respondido, con razón y tupiéndole toda réplica: «Para una vez que se nos casa una chiquita, vienen los sollajos estos a encharcarla. ¡Y de qué manera! Déjese de pláticas y letra menuda, que la cosa no tiene endengue».

Con la situación a rebosar, Monzón tuvo una idea de las que maestro Pepe Quintana llamaba «torinas».

—Estoy pensando, tú—dijo inventándole saliva a la jarea de la boca—, que debiéramos echarnos fuera de golpe y sumbido. Aprovechando que todavía es noche serrada, salimos de repente a espetaperros. Cuando vengan a percatarse, ¡ojos que te vieron dir!

Hubo una pausa, durante la cual Quintín debió haberlo mirado por entre el oscuro con la cabeza cambiada y una expresión despreciativa.

—Desde luego, a ti se te ocurren cosas de cabo interino—le respondió, dejándolo seco—. ¿Tú no ves, vagañete, que a una orilla y otra de la salida, y también por arriba, están ellos...? Vamos a poner que safas. ¿Y qué...? Te caen con una folia de piedras que no te dejan entero ni verde, ni seco.

—¿Tonses...?

—Tonses, nada. Aquí lo que hay que haser es aguantar ¿tiendes?, hasta ver.

—¿Hasta ver qué...?—pregunté yo por pulpear a Quintín y calentarlo un poco.

—Pues hasta ver... ¿Qué se yo, tampoco? ¡Oh, carajo...! Digo que sin con las claras habrá otro escape.

Se calló Quintín un rato, durante el cual se lo sentía resoplar por la nariz. Era de los que tienen mal el tabique y le zinga. Volvió a romper el silencio por su cuenta, y la voz, algo desesperada, parecía dirigida a su propio consuelo.

—Ya verán que cuando rompa el día, esto se arregla...

Seguro que Pancho—¡mal rayo lo parta!—le buscará a esto un endengue desde fuera. Digo yo...

—Eso—volví a pasarle al amigo la ramita de ortigas—, caso que haya librao en bien...

—¡Esús, hombre! Ni que yo no conosiera a Pancho. Ese está a estas horas más ancho que un balayo... Y si no—¡mira!—los colingos se cansarán. Todo cansa—añadió con un infantil acento de esperanza—. Aquí no nos van a tener hasta que nos arrastren las barbas. Digo yo...

Volvimos a callarnos, cada cual con su cigarro y con su pensamiento. Me puse a recordar que esto de robar las novias no era nuevo en la tierra canaria. Tiempo antes conocí yo al «Gavilán». El «Gavilán» llenó la raya de Tunte de una leyenda macha, de un romance que quebrantaba los morros a los hombres y metía en el pecho de las mujeres así como un anhelo. El «Gavilán» fué don Jacinto María Navarro y del Toro, un templero de canario, al que todo—fortuna, estampa, agallas—le sopló en popa. Sujeto de alma atrás, pero galano, cierto de sí y de los otros, y gastador largo y a tiempo de sus muchos cuartos, nada se le puso por delante y casi nada se le quedó atrás.

A don Jacinto María Navarro y del Toro, el «Gavilán», le gustaba de tiempo cierta pollona de un pago de lejos, no me acuerdo bien si los Cercados de Araña o Las Tederas. El cabalgaba hasta allí cuando un baile de casorio, o de parida, o una pura taifa le armaba sombrero a sus intenciones de cazador de acecho. Ella venía también al pueblo, aunque de relance: por Pascua Florida, para comulgar, o cuando las fiestas de repique gordo de Santiago y San Bartolomé. Don Jacinto María Navarro y del Toro la zureaba entonces con engolfe, pavoneo y rempujos de palomo ladrón, lleno el buche de zálezmas, escarolado y estrecho en el galante rodeo. Ella, sobre nuevita, era una pura tórtola, y solo hacía

que quedarse parada y sonreír con cierto pasmo, cosas que a él lo picaban, como a un potro la espuela.

Don Jacinto María Navarro y del Toro, el «Gavilán», entendía de mujeres como el primerito en islas. Vió que el asunto de turno era de los de dejarse ir para el pie, sin botarse. La muchacha resultaba breva de gajo terrero, más que desarbolada guinda de vareo. Se puso a esperar, pues, seguro de que ella iría dejando su agarre y enveros de fruta pintona para ablandar de pezón y amorenarse, con lo cual, sobre entrar en dulzores de no hay más, se desprendería tan suavita como cuando un gato se abaja de un poyete...

Pero entretanto llegó de Trasmarino cierto indiano, también de allá atrás. Recaló el emigrante antes de tiempo y a talegas mediadas, que no aguantó por mor de la salud, pues el clima le venía, pero no le iba. Empeñado en sus centenes y emperrado en casarse sin dilaciones, nada más llegar le puso el ojo a la mocita del capricho de don Jacinto María Navarro y del Toro, el «Gavilán». Habló con sus viejos, apuró juzgado y curato tras los papeles del caso, y de ahora para después metió el espolón de proa—ya era algo duroncillo—en la alta mar de las bodas. A don Jacinto María Navarro y del Toro, el «Gavilán», le sentó la nueva como unos frios y calenturas. Tragándose el degüello, púsose a tiro porque lo convidaran al casorio. Y lo convidaron.

Hizo luego, en la tarde, el largo camino hasta la casa del jolgorio, caballero en un potro de rumbo que tenía, y que era fama relinchaba en son de aviso si el amo se metía en pita y la enredaba.

Rechazó el caballerito el alpendar que le brindaron y amarró su caballería a la vera de un pino, algo a mano de la casa en fiesta de bodas. Luego se bebió tranquilo unos macanazos, bailó con esta y con la otra, dijo donaires a las mujeres y conversó con los hombres, todo dándole liña a lo que restaba de día, o sea empatando para que remontara la tardecita y se metiera la noche.



Cuando ésta llegó y él lo creyó oportuno, convidó a la novia. Con señorío y respeto fué taifeándola a todo lo redondo de la salita. Y cuando calculó que la comparsa estaba confiada, incluyendo la última vigilante vieja, de fijo despierta por las pulgas, pero sostenida también por la reserva y el celo frente a posibles relajos, el «Gavilán» se mantuvo dijéramos al paio frente a la puerta de salida...

A nadie le hubiera cabido en la cabeza lo que pasó de repente. De repente pasó que don Jacinto María Navarro y del Toro, el «Gavilán», luchador de mano arriba, metió el siniestro brazo bajo las corvas de la gentil y candorosa tortolilla, afianzóle el diestro bajo un sobaco y con pulso y geito de cargador de huacales se la encajó en el hombro.... Todo se sucedió como un relámpago, también el salto hasta los patios y luego la escapada a leva y monte a través del campo, bajo la sombra y el arrullo del pinar cercano. Ni apagó la luz, ni nadie le echó una mano. Perfecto Juan Palomo—«yo me lo guiso, yo me lo como»—solito apencó con aquella busca de pan de trastrigo.

Abrió carrera, apenas alumbrado por el resplandor de las estrellas, hacia el punto donde amarraba su montura. Y ya en vistas de ella, dos cosas torcieron la fortuna del desalmado lance: la pollita de la mudanza era un gallo tapado. Ni ella misma debió sospecharse el aliento de mujer brava que dormía bajo su alfeñicado aire de flor contrahecha. Con los puños, duros de fregar sus ropas y trabajar su pan y labrar su tierra, le machacó los riñones, sin tregua en la tamborilada; y con sus rodillas, dotadas de los buenos callos que procura el lavadero, le marreó el estómago cuanto le permitieron los poderes de oso de su ladrón. Aun así, éste la hubiera aguantado, porque era tarajallo para aquello y el doble, pero el potro le quitó el tapado a los cencerros, como aquel que dice, alzando un reclamo que estremeció el bosque, cuando más trancado tenía

que estar. Según venteó al amo, dió en relinchar alegre y sonoramente. El grito del animal alertó y concentró el bronco y desatentado rebumbio de los hombres, que hasta entonces se movieron como hormiguero roto bajo los espesos sombrajos del monte.

Don Jacinto María Navarro y del Toro, el «Gavilán», escuchó de pronto un tropel asesino tan encima, que de haber habido luna le pisan la furtiva, huidiza y acrecentada sombra. Sin aflojar el tranco truchó de la banda cargada y despidió. La moza rodó sin daño sobre el teso enmollecido por la paja de pino.

Como si montara un viento, el galán galopó después un trecho por entre los viejos troncos, que le salían zumbando a los flancos en un tan inútil intento de castigo como el de la cuadrilla de hombres que se apagaba gritando en el fondo del pinar. Ya zafado de garras, el «Gavilán» paró en un cerrillo por respirar un airito fresco que se entablaba en los altos centrales de la isla y que tenía por allí su paso, camino del mar. Encendió un cigarro, sin esconder la lumbre, que hasta puso contra la brisa por sentirla más cierta y viva, le metió unas ansiosas chupadas y dió por último un cariñoso palmoteo al potro, al tiempo que le dijo: «Pa otra ves, hermano, en ves de cantarme entre gallos y media noche—ya usté me entiende—se me tranca el pico, por lo que pudiera tronar. Y ahora, vámonos para el pueblo. Otra ves será»... Luego, y ya el caballo a su tranco, se puso a cantar a todo pecho en medio de la alta y desolada noche: «Algún día, tú, mujer—has de llorar sin consuelo,—y has de pedírselo al sielo—que yo te vuelva a querer».

La Señora del Pino me perdone, y él también, que ya está muerto, pero hay que ser más fresco que el culantrillo, no me diga usted.

Esto que le acabo de contar no es un romance que injertara un ingenio del país para que lo soltara en sonsonete y corrillo algún ciego de vihuela y festerero.

Esto es cierto de la cruz a la fecha. El mismo don Jacinto María Navarro y del Toro, el «Gavilán», que fué macho entre los machos, lo cual quiere decir que no era fanfarrón, ni largo de lengua, me lo contó, ya viejo, vencida su resistencia al recuerdo por mi tenaz pulpeo, que no aflojó hasta confesarlo.

Parando yo en Tunte por un tiempo de verano, lo acompañé muchas horas, cuando sentado por las tardecitas en los poyos del Calvario esperaba cada día ver subir la noche bocabarranco arriba, la noche que avanzaba, tan aseñorada en sus lutos como la Virgen de la Portería, por entre el cañón que arman los cerros rucios y gestudos, de camello extremado y garañón, llamados de Amurga y Rompecerones. Me acuerdo, por cierto, que al cabo de ambos largos y pardos serrijones asomaba, cuando estaban los aires claros, un cachito de mar, y que a veces lo cruzaba un barco que tenía el mismo tamaño y relumbre de un dedal de plata. Pasaba y transponía como las estrellas, sin sentirse, misterioso, con rumbo a tierras de lejos y de mucha vida. Don Jacinto María Navarro y del Toro fué indiano y corrió mundo. Varado por los años en las orillas del Calvario tirajanero, allí se estuvo tan embelesado en la vista de la mar, que casi se murió recostado en los poyetes. Cuando lo sacaron malito y para encamarlo, resistido porque no era la noche todavía, y ya con noventa años sobre el recio lomo, tenía el quejo en la muela final y en puerta su correspondiente media docena de boqueadas.

¿Qué habrá pasado con el perdulario de este otro gavilán, al que daban por nombre Pancho Cabrera...?, me preguntaba metido en una intriga, mientras quemaba con virginios arreo el tardío desarrollo de la madrugada.

A Monzón volvió a sacarlo la jiriguilla de su genio.

—Oye, Quintín—dijo fingiendo un tono prudente—, que, esto, que yo me voy a quitar los zapatos, ¿oíste?, y voy a irme atorrando, hasta acercarme a la puerta, a ver...

—¿A ver qué?—respondió Quintín, caliente.

—¡Hombre... a ver si están ahí, o no están, o lo que sea...!

—Bueno. Has lo que se te antoje. Ahora, si te meten un macanazo, te jeringas y te aguantas ¿estamos? ¡Después, nada de requilorios, ni nada de ponerte bravo!

—Pero...

—Ya ha dicho que quieta España, hasta que Pancho lo arregle fuera, o hasta que vengan los siviles, o señor juec, o quien sea.

El desinquieto Monzón acabó por descalzarse, con lo que al aire de la cueva cogió cuerpo. Luego fué arriando el cauteloso bulto a la salida. Tendió y enfrascó la oreja... Y estaba en la escucha cuando le zingó arrente un pírgano largo y casi tan gordo como una muñeca, con el que le tiraron un variscozo sin fortuna. Entró detrás, sin saberse cómo, una folia de piedras. Nosotros nos replegamos, sin bajas. A Monzón le metieron su brimba en un tobillo. Puesto en una pata, y agarrándose la otra dolorida en el aire, brincó y se revolvió como rabo de sarimpenque, haciendo el son al penoso baile con sordos pugidos.

—¿No te lo dije, destúpido?—lo increpó Quintín, quemado, y cargando mucho la «d» de «destúpido».

Cuando alivó el hueso, Monzón se encochinó.

—¡Maldita la pusia que los revendió!

Tiró de cuchillo y abrióse sobre la puerta.

—¡Les saco el mondongo a uno por uno, me caso en dies!

—¡Che, che, che!—lo paró Quintín, fechándolo reciamente por la solapa—. ¿Qué vas a haser, destúpido?—volvió a escupirle el personal insulto.

Se aplacó el calentón... Siguieron pasando las horas

a un compás de madrugada de velorio, de esos velorios en que a uno le importa el muerto un pito, y en los que si acaso interesa es el pizquito de café, siempre que no le metan garbanzos tostados, o que lo pase por el calcetín una criada trochona, de las que, además del difunto, se le da un bledo la confortadora tacita del alba.



Cuando Dios quiso pegó a rayar el día. El alba fué entrándose, aborregada y mansurrona, agachada y sucia. Al cabo de tantas horas comenzamos a vernos los rostros, que se aparecían desencajados y empalidecidos por el intenso velorio. Monzón se mordía los labios, como los caballos de don Vicente Ruano mordían el freno. Quintín tenía la cara suspensa en un gesto alto y vigilante, de perro parando. Los demás mantenían un aire adormilado, más con un ojo abierto, al modo de las liebres en el sueño.

—¿Qué hora será, tú?—preguntó Monzón con una voz en el gollete, desesperada.

—Las seis están al caer—respondió Justo Velázquez luego de tirar, como quien leva anclas, de una cadena que igual hubiera servido para estacar una cabra, y al cabo de la cual se balanceó, gordo y aplomado, un reloj «Roskof», al que desde lejos se le oía el tranco de mulilla de su compás: «Clán-clán-clán-clán...».

Me distraje recordando la mínima historia del mastrote, que yo le había oído a Justo más de una vez. La abultada cebolla—siempre se revelaba como un flemón en el chaleco—la mandó desde La Habana, como presente, un tío de su padre, al que allá le florecieron hasta las piedras. Cuando esto, Justo era todavía un pendejo. A los veinte años de aguantar resudores, salpazos contra suelos de cemento y cayados de los caminos, caídas en el agua al virar las tornas en las noches de dula—la

tranquilla se fué venciendo y fallaba—, el bendito reloj seguía impávido, dale que le das a su «clán-clán», sin más atrabanco que tal cual plantada en seco, tan de «menor cuantía» que con un par de sopliditos tornaba fiel y sumiso al viejo, incansable trote. El padre de Lucas murió sin testar. Y —parece mentira, habiendo tierras por medio—una de las más vivas cizañas de la encarnizada partición, la metió entre el gacho y anhelante afán de los herederos el «Roskof» cubano. Justo se dió de piñas con otro apetitoso, su hermano mayor, por mor del cronómetro. Después llegaron a un arreglillo y lo heredó nuestro amigo.

—¡Mira que también habernos metido en este potaje!—volvió a sonar la voz enronquecida y vehemente de Monzón—. Dises tú que ya lo arreglará Pancho desde fuera... ¡Pues ya lo podía haber arreglado, me caso en dies!

Se calló un poco, mientras golpeaba con un pie inquieto el piso.

—Falta saber si salió en bien del paso, ¡que ésa es otra!—seguía emperrado en sus nervios—. Lo mismo lo trincaron—¿por qué no?—y le han dado una entollada de cama y caldo gallina... Como no lo hayan matado, ¡mira!

—¿Cómo van a haberlo matado, destúpido?—replicó desabrido y firme Quintín, volviendo a afianzar la «d» del insulto:

Cuando Quintín sirvió al Rey estuvo de asistente con un comandante peninsular. Se le pegaron algunas palabras «finas», como esta de «estúpido» con que lo rociaba el jefe, y de cuyo acopio gastaba luego, aunque reforzando el rebote con una «d» garbanzuda y apulsada.

—¡Oye, tengo unas ganas de saber lo que ha pasado, tú!—dije yo, tirado de mi vena chimba—. No me paso a creer que haya llegado muy largo con la muchacha. La habrá tenido que botar. Ahora, tampoco soy de los



que creen que lo hayan cogido. ¡Pancho es mucho Pancho!

—Demasiao...—gruñó Monzón, entre rencoroso y suspirante.

Al fin agarró una conversación sobre las posibilidades de la aventura. Esto nos alivió y distrajo de tal manera, que cuando Justo Velázquez volvió a levar el ancla de su reloj nos hallamos con las ocho de la mañana en puerta.

A poco sentimos rebumbio de voces, primero algo lejanas y sordas, después más cercanas y discutidoras. ¡Del pueblo llegaba un mensajero de la libertad, el mayor bien del hombre...! Pancho había salido de la hazaña sin pájaro en mano, mas también sin piedras ni palos, aunque muchas de aquellas le zingaron tan arrente que de haber tenido filo y ser él barbado, lo afeitaban en seco. El único quebranto se lo procuró la misma robada, que con alientos de hombre le apulsó unos buenos tamborilazos y alguna que otra coz, enderezada, aunque fallida, sobre sitio que Dios libre y guarde.

En cuanto nuestro amigo puso pie en el caserío se aplicó a enderezar la cambiada situación de su cuadrilla, cuya aparición aguardó en vano, hasta bien entradas las claras del día, atorrado tras los peñones de una asomadita. Una vez se convenció de que no habíamos picado ni de vara ni de palo corto, dejó el acechadero y dió abajo los pasos para sacarnos de cautivos en caponera sin ley ni rejas.

El que levantaba fuera aquel rebullicio era su mandado y nuestro libertador. Se trataba de Juan Manuel Quintana, un solterón rico de los altos de Tejada. Juan Manuel Quintana tenía metimiento y vara alta entre la gente colinga, de la que era buen valedor —con su cuenta y razón, más algo de simpatía— en las ocasiones en que la justicia, los deberes o alguna cruja de las que la vida reparte a fuleque sobre la pobredad, hacía mal tercio a los modos o a la salud de la humana conejera. A

más de un colingo libró del cuartel, mató sus hambres o sacó de rengues, vistiéndolo de arriba a abajo con flus digno de un padrino. Y a más de una mujer quitó de solteronas desazones, dejándola a punto de novia sin oficiales quebrantos. Lo grande era la mano izquierda y el muñequero con que trajinaba y despachaba estos últimos «serviciales» menesteres, pues dejara o no rastro el enterito derecho de perñada, nunca se le metieron por su patio con cuchillos o con airadas voces pidiendo cuentas de bultos en sazón o ya cosechados. Será difícil que alguien se tropiece con un zorrocloco tan esmerado y curioso.

Juan Manuel Quintana habló con gravedad, con firmeza, breve de palabras y recortado de aspavientos. (Siempre he sospechado que en este estilo está el primer y singular secreto de los caciques y de cuantos de algún modo dominan, como también la raíz del respeto popular que canta y explica el viejo dicho: «Perro ladrador, poco mordedor».) Se hizo el milagro: los colingos se replegaron, vigilado desde la boca de la cueva por el importante mediador su despacioso, sombrío, gacho levantamiento del sitio. Únicamente el padrino, alentado por su autoridad de jefe de «tribu», y cumpliendo con el instinto del mando, que le dictaba quedar siquiera airoso, se mantuvo algo trabado.

—Señor don Juan Manuel, los vamos a dejar que salgan y traspongan, ¿oyó?, pero lo que usted ha venío a pedir y ha conseguido es una cosa grande, que le coste...

—Sí, ya lo sé, hombre—contestó calmoso el del rescate—. A la tarde te tiras un salto a mi casa, que tengo unos calsones y unos sapatos que a lo mejor te cuadran. Llévate un sestito, pa que te traigas unas papas, también.

Salimos entre fanfarrones y surubiados. Quintín, Monzón y algún otro sacaron por delante sus primorosamente encabados cuchillos del país, que brillaban al temprano sol como si fueran de plata.

—¡Esos naifes, a la vaina!—ordenó imperante Juan Manuel Quintana.

—¡Hay tiempo!—reviró Monzón engrifado, firme en su arranque.

—¡Ha dicho que a la vaina, puñeta!—casi gritó Juan Manuel, empalideciendo—. Y nada de correr, ¿estamos?

—Ta bien. Pero como amague alguno, ¡me caso en dies!, lo paso de banda a banda...

Bajamos más bien despacio los encampanados veredos de «Cuás Quías», cada cual con su hervor. Los otros, el que más con el que menos, remataban aquella sonada aventura calientes, llevándoselos la trampa. Por lo que hace a mí, sé decirle que en mi vida me corrí una juerga interior como aquella que me escarabajaba gustosamente por todo el cuerpo mientras bajábamos en la mañana camino del pueblo.

Antes de trasponer su última vista, le eché un vistazo al pago donde acababa de vivir el más extravagante lance de toda mi vida. Desde los altos caminillos, y rígidos, silenciosos, serios, los colingos nos veían escapar hacia la libertad y la vida con un rancajo de mal palo clavado allí donde más duele el alma. Atrás se iban quedando, los pobres, con la más viva rasquera de su existencia. La traicionera respuesta a la hospitalidad, las cuevas, la atalayada expectación de los burlados, el ladino escape nuestro, todo le daba a la peripecia el aire antiguo de un episodio de la Conquista: ellos, los guanches, simples y dolidos, ahogada la justiciera y arrogante revancha por las tretas y gatadas de la audacia y la política; nosotros, los invasores godos, expertos y taimados cuando había que sustituir lo que de macho se pone en la guerra.

En un alto, y ante un grupo de mujeres con las bocas trancadas en un gesto enconado y amargo, estaba la novia. En la cabeza se le había puesto un aire altivo y carnicero, de aguilucho encerrado.

—Digo que Pancho no la acarrearía muy larga, ¿eh, Juan Manuel?—pregunté en cuanto pude resollar.

—¡Qué va...! Sincuenta metros, a todo reventar. ¡A quién se le ocurre robar una machorra como esa...! ¿Que ya él no se acordaba que era la misma que llevaron al pueblo los siviles, áhi más allá, cuando le reviró a un colingo, que era un tal Pepe Juan, el Panasco, que le disen...?

—¡Ah!, también ese Panasco...

—También. Andaba cayéndole, hasta que a ella se le llenó la cachimba y, ¡mira...! Primero le dió una entollada como no se la hubiera apulsado mejor ni un hombre. Después lo desriscó, que pudo contarla porque atinó a agarrarse de una mata de vinagrera. De allí hubo que sacarlo guindándose con coyundas... Anoche, creo que batalló con Pancho con tales bríos que en nada y cosa ninguna se le echó fuera. Luego hasta le tiró sus piñas a modo de tosinete, y unas siertas patadas de las de compromiso, que las libró por un destuerso a tiempo. Si no, hermano, lo tumba sin habla, y después lo acaba... Ahora aprenderá —dijo por último Juan Manuel con la voz endurecida— que no es lo mismo ir a tórtolas, que a conejos rebellados.

Mientras estuve en el pueblo, pero mayormente en el último tiempo, pegué a sentirme como sin cabo ni cuerda, escarabajado por una rara desazón; algo que me venía trabajando sin bulla, al modo de la carcoma en los muebles, los entresijos del alma. Noté cómo poco a poco me mermaban la voluntad y el genio pajarero a que de madre fui dado, cayendo en melancolías que nunca tuve y espantándoseme hasta el sueño, a mí, que me quedaba dormido en la flor de un berro y de ahora para después y aboyadito, como un niño al cabo de mamar. Al principio se lo eché al cambio de aires, agua y pitanza, a la cama de crín y tableros de riga, que extrañaba, a lo estiradas y tardías que resultaban las horas del lugar... A todo, menos a lo que era causa cierta de aquella jiriguilla.

Lo descubrí de repente y en un desvelo: Soledad. Me faltaba la presencia morenita, salerosa y escachada de aquella risquerilla, debajo de la cual y sin darme cuenta—¡bendito sea Dios!—había andado en vueltas, como el girasol hace con el alto resplandor que lo embelesa y torna. Caí, ya en los días finales, en que no podía sosegar sin su sol y su sombrita, sin su yesca y su arranque, sin la pimientilla que, como un vivo aroma, le salía de toda la figura. Y caí en algo más grave que esto de tenerla tan simplemente bajo la vista en su patio, en el pilar, sentada en los altos y familiares poyetes del Risco cuando la tardecita iba virando el

afán y la luz de la ciudad: caí—y esto con cierto susto—en que la necesitaba todavía más arrente de mí, a toda ella y de puertas adentro, entre mis brazos, a la vera de mi mantel y de mi sueño. ¡Dios, tenía unas misteriosas, inexplicables ganas de casarme...!

La misma mañana que amaneció tras de aquel desvelo, lié el petate y arranqué la caña. Cuando, sentado ante la especie de borsolana de café con leche «mora», las aceitunas del país y la libra del brete que me ponían para desayunar, dije que me iba sin más dilaciones, los parientes se quedaron asmados.

—Pero, bueno..., ¿y qué mosca verde te ha picao...?  
—se asombró el tío.

—Mosca, ninguna.

—Entodavía no estás tú repuestito, Pepe—saltó mi tía—. Ya sabes lo que puso tu madre en la carta, que dijo también don Muenamentura...

—De eso hay tiempo ya, usted, tía.

Terció mi prima Iluminada, que esta vez me había dejado en paz, pero que se puso amarilla y amarga como la retama ante el repente.

—Nosotros no te hamos hecho nada, hombre...—dijo con una voz clueca y dengosa, de gata salida entre la luna y los tejados de enero.

—¡Ya lo sé, mujer! ¿Qué me van a haber hecho, que no sea tenerme rey...? No es eso, date de cuenta. Es que... Mira, yo me encuentro ya fuertito, y no voy a estar toda la vida de arrimado a las esquinas. Tengo que trabajar, y eso...

No veía las santas horas de salir, de remontar los largos repechos que nos separaban, de asomar, por fin, a las lomas desde donde se divisa la Ciudad, y de desandar, por último, los queridos callejones y costanillas del Risco, en los que Soledad andaría, de seguro, trajinando, tal vez remetida y tristoncilla, como yo lo es-

taba... «¡Tenía que haberle puesto unas letritas de ves en cuando, me caso en La Habana, y no le he mandado ni recuerdos...!»), pensaba con un pellizco en el ombligo y quebrándoseme los ojos de pena y remordimiento, mientras me comía el camino igual de animoso y livianito que en el tiempo en que subía a la loma con el cometón. Atrás de este desconsuelo me brincó entre las cejas una mala sospecha, que de allí saltó al pomo, desarretándomelo: «¡Mira que si ha inclinado alguno y voy me encuentro la torna virada y otro regando...! ¡Me caso en la mar!»

Pero esto no podía ser. Ella me quería. De tal modo, llegué a imaginarme, que lo que no fuera yo—incluso con todos mis corcovos—no sólo no habría de apetecersele, sino que hasta le daría repugnancia. «La conosco muy bien», me decía en alta voz, por tirarle un soplo fresco a la calentura de mi frente y aceite a las levas del pomo. Ni pensar tampoco en que la dominaran su padre o su madre, metiéndole un noviazgo a quejoso trincado, dijéramos. Antes que tragar el amargo brevaaje era capaz de irse «ca las madritas» y meterse a monja. «¡Si la conoseré yo!»), exclamaba en alta voz al cabo de rumiar el barrenillo, con un acento triunfante y consolador...

La presencia de Soledad me enfiestó las pajarillas como cosa ninguna de este mundo me las había conmovido antes ni me las metió después en alegranza. Me estremecí como un álamo debajo de la brisa tibia que levantaron sus ojos, su sonrisa ancha, que le hacía unos hoyitos en los cachetes; el sonido de su voz, tirando a grave... Se me puso un gusto de lamedor en la lengua, que me corrió y caló hasta los más perdidos rincones del corazón y del alma. Yo, trotador por esos trigos, abejón lo mismo de la rosa de Francia, que de la flor del cardo caminero, pensaba, mirándola lelito: «Tiene miluque esto de que una mujer—¡una sola mujer!—pare a un hombre en su corola, lo emburuje y trae en

su pinta y en su aroma, y pueda, con cositas tan livianas, pero de tan misteriosa fortaleza, vararlo bien varado en su blanda arena primero... y en su marisco después, cuando vira zapatuda y le repunta un fosco bigotillo. . ¡Qué cosa grande y mágica, Santo Dios, esto del imán agachado que ellas llevan dentro, como una almendrita tierna destinada a planta, que no a partida, y que brota y boga sin sentirse, hasta que un día es alta, verdea, enrama, se llena de floritas...! ¡Qué cosa, caballeros!»

Según salí del pasmo le hablé del asunto, sin versos ni prosas, que entre nosotros, la gente del pueblo, ni se usa, ni pega.

—Soledad, yo me quiero casar.

—¡Ah...! ¿Que dejates novia en Tejeda?—dijo con tinete, turbadilla, mas agachándose.

—En Tejeda. no. Aquí.

—¡Mira...! Yo te guardaba el secreto...—comentó ya serenita y hasta con sus ribetes de burla.

—¿Ah. sí?—contesté algo caliente, comenzando a perder estribos.

—Pues claro. Lo primerito, porque no se te ha visto de continuo al pie de ventana alguna. Tú no sos gato de cojín y puerta, sino de brinco y tejado...

—¡Porque lo dises tú!, ¿no?

—No, señor. Porque es corruto en el barrio, la inclusive pa abajo. ¡Pero bueno, niño!, ¿a mí qué me dises? ¡Allá tú!

—Y tú—le dije, frenando las ganas de arrimarle una cachetada.

—¿Yo por qué, quería...?

—Mira, Soledad; hasme el favor, ¿oíste?, que no está el tostador pa cochafisco. Vemos a dejarnos de rodeos y boberías, ¿estamos? Yo me quiero casar, pero es contigo...

—¿Connmigo...?

Noté cómo se le desparramó en los centros una ola de calor y cómo le subió a la flor de la cara hasta me-



terle los cachetes en el arrebato de una manzana de sangre-doncella. Bajó la vista, seria y callada un instante. Luego fué levantando despacio sus ojos pardos y bonitos, de aparente grave, pero que allá atrás le rebrincaban de alegría.

—De modo y manera que conmigo... — continuó al cabo de una pausa, mirándome con los ojos eclipsados y poniendo un gesto de infantil curiosidad.

—¡Sí! ¿Pasa algo?

—Pues, no...—y abrió ahora la mirada, que era segura y dominante.

—¿Toneses, qué dices...?

—¡Que mal negocio vas a haser, Pepe!

—¿Y eso?

—Lo prinsipal: que yo no te ha dicho que sí... todavía. Pero poniéndonos en que fuera gustante, ¿tú has pensado en que yo te iba a estacar más bien corto que largo...?

—Bueno, ¿y qué...?

—¡Oh!, pues eso.

—Tampoco tienes que pasarte a abacorar. Partimos camino y ya está.

—¡Se, se, se...! De partir camino, nadita.

—Y yo te digo que está bien, mujer. Que a tu amaño y listón. ¿Qué...?

—Tú prueba, a ver...

—¿Pruebo cómo...?

—¡Oh!, un tiempo mosiando.

—¡Vaya, hombre!

—Natural. Si es calenturón del resio lo que traes, te aguanta, como un tifus. Y si es—¿quién quita, en ti?—destemplansa de andansio y eso, pues mira, según vino se te irá.

—¿A qué vienes de médica ahora?

—De médica no, sino que es así. ¿No ves que a lo mejor es antojo y se te pasa, niño?

—¿Pero cómo quieres que te jure que es de ley esto?

—Tú no tienes que jurar nadita de este mundo. Con probar un tiempo, santas pascuas, aleluya.

Se entranquilló en lo de la prueba y no hubo de qué. Alternando los bicos con los morros, las alegrías abiertas con los callados pan y mieles, alguna que otra demasía mía con otro que algún cachetón suyo—«¡Guarde las ganas pa después del cura!», me decía entre soplada y picarona—discurrieron tardíos los días y los meses. Así como al año me tuve con ella casi una elevada. Fué, me acuerdo, por el mes de los Santos, ya los primeros frescores tirando revuelos en el callejón de La Vica.

—¡Como no te cases antes del mes de la Pascua, yo...!—. Me plantó cara, sacándola muy despachada y sonriente—. Mira, Soledad, que se me está llenando la cachimba, te lo digo, ¿eh?

Terminé desinfladillo el emplazamiento, porque ella me podía, la puñetera. Encima le gustaba hacerme calentar.

—Y si yo te digo que no, ¿qué...?

—¡Ya, santísima; lo que hay que aguantar! Quién me lo había de desir a mí...—acabé hecho un trapo.

Cuando me vió bajar la cabeza, vencido y triste, me la levantó con su mano nerviosa y morena, siendo ésta la primera vez—¡y la última!—que me tocó la cara antes de las bendiciones.

—¡Bendito sea Dios, lo pronto que te amulas, foforito! Está bien, hombre. Nos casaremos el mes de la Pascua...

Y así fué. Días antes de Navidad nos hincamos a los pies de San Nicolás, el de la entonces risquera ermita, hoy parroquia de Jeridero. Tardé bastante en recalar por la iglesia, hasta el extremo de que el señor cura, don Bartolo, se calentó y todo.

Pasó que por la mañana fuimos a don Plácido, cumpliendo en el Juzgado con el papel de barba, las pólizas, las firmas y demás requilorios curiales. La boda la habíamos dispuesto para la noche, al modo de la gente rica. Como daba tiempo, nos tiramos un salto al Puerto en una tartana muy pulida, de alto techo y buen caballo, que rebenqueaba entonces por la ciudad un Dominguito el de Las Tenerías, al que también llamaban el Rolo de nombrete. Me parece recordar que había un tenderete de gambusa en el Refugio y a Soledad se le antojó comprar allá unas cosillas. «¡Pues rían p'al Puerto!», decidí sin pensarlo mucho ni poco.

—Ya que estamos aquí—les dije a la novia y al suegro (el mío), que también iba—, vamos siquiera a echar un sajuerío casa mi compadre Chano Rapaura, que el pobre no podrá ir a la boda. Ya saben que está baldadito desde cuando.

En efecto. Chano llevaba en cama una purriada de meses, encallado por un malejón que nunca le atinaron y del que no se echó fuera más: se vencía de los remos bajos y se aplomaba. Aparte que era persona de mi particular aprecio, nos había mandado unos regalos

muy aseados. El podía, pues había juntado sus muchas y buenas perras en el cambullón y otros trapicheos al soco del puerto.

Mi compadre — yo había sido padrino de su último muchacho—se alegró tanto con la visita, que hasta se sentó en la cama, cosa que no venía haciendo ni para aliviar el deje de cuenta de lo poco que comía. Aquel acontecimiento merecía algo más que entibiar las sillas. Nos arrepollinamos a salga lo que saliere. Y salieron unas botellas y unos entullos, por los que mandó Chano apenas nos preguntamos por las familias. De revuelo se entabló allí un sabrosito trasiego de copas y enyesques.

A mi suegro lo privaba la picareta como al primero. Si arriba era gratis, cargaba la mano hasta empajarse. Soledad sacó su vena animosa y golosilla. Le gustaba la bebida tirando a lamedor. De mí... ¿qué quiere que le diga? Trabado a un pinzapo con ron, pan bizcochado y unos choricitos del país en sollama, yo he perdido hasta un correílo. Destaparon para las mujeres—la de Chano también metía lo suyo—una botellita de un licor extranjero que el compadre tarrayaría de algún «Paquete» en tránsito. Nosotros le entramos alternativamente a una caña del país y a otra de Cuba, tan limpitas de tufo, tan «individuadas e incohibibles», como hubiera dicho Cabral, que las copean en los camposantos del mundo y se anticipa la resurrección universal.

De repente alguno miró un reloj, y habló de la hora, y dijo que don Bartolo, el señor cura de San Nicolás, era un santo, pero que todo lo que le sobraba de bendito, le faltaba de aguante.

—Déjalo estar—cortó mi suegro la advertencia—, que él, si a mano viene, también llega tarde, la inclusive cuando va con Padre Dios ca alguno que está abicando.

—Sí, pero...

—¡Ni peros ni durasnos! Espérate un pisco. Ahorita agarramos la tartana y en tres patadas estamos allí.

—¡Se dijo!

Soledad, a la que en nada y cosa ninguna se le había puesto el pico caliente, ni se enteró. Estaba trabada con la mujer del compá Chano, ambas quitándose la vez del coloquio, a todo trapo las tarabillas: la casada, rezongando del matrimonio, poniendo a los maridos de caldo y cocina; la novia, emperrada en que todo eso de la protestada felicidad conyugal era cuestión «de miluque», de «cogerle el guelde» al asunto, de «estacar corto» y hasta de «meter una galleta» cuando a leña repicaran. Una de ellas me preguntó:

—¿A ti qué te parese, Pepe?

Me encogí de hombros. Lo mismo me daba que me daba lo mismo, con semejante ron a mano y a mano semejantes apoyaturas de quesito de flor, burgados conejeros en salmuerita, áceitunas del país y pan mollete bizcochado. Del bueno de don Bartolo me parecía haber oído hablar, hacía años, como de que se había ido para La Habana en el «Balbanera», o cosa así...

—¡Y rián p'al Puerto!—relinchaba mi suego, cuajado como una marea del Pino.

Salimos de casa de Chano escorados y reculantes, trapientos de lengua y con las carnes como madejas de lana... «¡Quiera Dios, madrina!», me decía entre el brumero. Para entrar en la tartana casi tuvimos que pedir práctico. Después, con la marecía y el airito que soplaba del Rincón a la prima noche, la chispa fué levantando algo. Paramos en Fuera de la Portada y tragamos café amargo como si fuera un deleite. A la altura de La Alameda nos sacudimos como perros mojados y recompusimos nuestras corbatas y nuestras cachorras, que venían, aquéllas, perdidas tras del cogote, y éstas, enroscadas como cabezas de gallo.

—¡Usté—le dije a mi suegro, que las agarraba bullangueras, levantiscas o lloronas—, ni pío, ¿eh? Meta retranca y agácheseme, no me la vaya a encharcar más

entodavía. Si don Bartolo habla, usted callado, ¿estamos? Lo deja que se desahoge. Es mejor.

—No te ocupes, yerno—me contestó con una lengua espesa y oscura como media peseta de conserva—. Cuando hay que tupirse, o séase atorrarse, Calmelo el mío, que lo soy, se tupe como el primerito en islas.

—Pues hágalo, porque si no lo tupo yo.

Recalamos por la ermita hora y media después de la apalabrada. Don Bartolo se había quitado todo el ropaje del ceremonial y se había largado para la casa. Le dejó dicho al sacristán y a los monigotes:

—Cuando vengan—¡si vienen, que ya me conosco bien al berringallo de Pepe Monagas!—, les disen que los case Quico, el guardia. ¡Si lo encuentran, que ese también está bueno! Lo mismo ha largado la vigilansia y se ha ido a pulpear.

Tuvieron que ir mensajeros implorantes en busca del señor cura. Por cierto que costó Dios y ayuda quitarle a mi suegro la idea de incorporarse a la diplomática comisión. Los del mandado dijéronle a don Bartolo, cuando pudieron dejarse oír, que al caballo de Dominguito el Rolo se le había quebrado «un remo lantrero un pisquito antes de llegar al barranquillo de don Soilo».

—En lo que lo entablillemos y tal, usted, don Bartolo.

Señor cura resistió su cuarto de hora corrido, como que ya creíamos que no venía. Pero era más bueno que el pan bendito, y ablandó. Ya en la iglesia se empenó más de lo que estaba cuando nos tuvo delante y le llegó tufo a bebida, y observó que no estábamos aplomados y graves, como cuadra al respeto de estas ceremonias, sino picadillos de jarana contenida y metidos en un suavito vaivén. Menos Soledad, mantenida entera, con importancia en el semblante y pisando firme, que era un gusto el verla. ¿Cómo consiguió sostenerse en fiel? Porque tenía tea, la buena de Dios.

—¡Caramba—comentó don Bartolo, mirándonos por sobre los espejuelos y cuando se percató del remeneí-

to—, si no parese que los esté casando en tierra, sino a bordo de una chalana! ¿Quieres ponerte derecho, tú? —me increpó particularmente.

—¿Más entodavía, don Bartolo...? ¡Pero si estoy como un pino donsel, cristiano! Es el flus nuevo, que me viene trincao. Me meneo a ver si lo encajo.

—Bueno, pues déjalo para después. Ahora te estás quieto.

Al bueno de don Bartolo lo acabó de escaldar el mojo cuando me preguntó:

—José Monagas, ¿quieres por esposa a Soledad Santana?

Y a mí me tentó el diablo y le contesté:

—¡Hombre, don Bartolo...! ¿Usté se cree que si yo no la quisiera estuviera aquí...?

Con toda razón me apulsó un caponazo tan recio, que casi me quitó la chispa. Registro aparte el pellizcón de Soledad, que me alcanzó el sentido como un alfiler de sombreros.

—¿Tú te has creído que esto es cosa de chascarrillo, caracho?—gritó don Bartolo con la cara subida a salmone y temblándole el quejo—. ¡Ten vergüensa, aunque sea un rato...! Y a ti—se dirigió a Soledad—, ¡buena te espera con el sarandajo éste por marido! No te arriendo la felisidad, mi hija. ¡Ya vendrán los kiries! Pero allá tú. Con tu pan te lo comas. Las lágrimas te servirán de conduto. ¡Y si no, al tiempo!





Estaba de Dios que aquello siguiera navegando sobre marea rizada. Hicimos convite—más bien un pizqueo—y baile, éste con el atrabanco de la cama de mis suegros, que no pudo rodarse o sacarse porque cayó en ella la madre de Soledad. Que yo haya visto, siempre derivan las mujeres a duelo cuando se les casa una hija; pero aquello pasó a mocos y babas y a baldes de tila. Recuerdo, como si la estuviera viendo, a mi madre política—Dios la tenga en su lugar descanso—, vestida de arriba a abajo, zapatos inclusive, y entre sábanas, cubierta con una de aquellas antiguas y caseras frazadas de trapillos variopintos, al filo de cuyo colorido embozo asomaba su traspasado semblante de Viernes de Dolor. Tenía a la cabeza un bien trincado pañuelo negro, y abacorándole la caja del pecho hasta el cogote una gorda pañoleta de flecos. De verla tan solamente, yo sudé aquella noche. En lo alto de la cabecera había un cuadro de la Virgen del Carmen, y bajo la peana donde ella estaba tan aseñorada sancochábase un grupo de ánimas benditas. Mi suegra parecía una de ellas, desprendida de la pintada purga, caída, sin perder la calda, sobre los gordos colchones.

—¡Anímese, suegra, qué carajo!—se me ocurrió decirle en un jacio y en mala hora, viéndola suelta como la presa de los Betancores.

—¡Ay, tal desgrasia, madrita mía del Pino, Vigen

de la Lus, San Telmo bendito, lo que ha perdió...! ¡Cielos usted, endénguelos usted, revuévalos y sáquelos, pa que después...! ¡Ay, que me da argo!—tornaba al planto, levantándolo como un pino.

«Te debía de dar—rezongué, mirándola desde los pies del catre—, pero es un pirganaso arrente de una oreja que te dejara sin tino, siquiera en la noche.»

—¡Pero bueno, señora!—acabé por calentarme—, ¿usted se ha creído que su hija se casó con un pirata berberisco, o qué...?

—¡No, que tú sos bueno como el pan, Pepe...! ¡Que no es eso, quería; que es un desconsuelito y un insulto en los sentros que tengo, que...!

—Bueno, bueno... Pues cántese una malagueña pa que alivie. ¡Pues sí que...!

Se pegó a bailar formal, como pasa siempre, hasta que la diversión remonta los lomos de la baladera. De mandador—emperróse en ello y no hubo quien lo desistiera—se plantó mi suegro. El hombre no estaba ya para encargos de compromiso, como son estos de patronear un baile en casa chica y con mucho galión apetitoso. Encima, él había calado a modo de fonil, desde por la mañana y mixturando, con lo cual no lo respetaban ya ni los más pendejos. Se armó el batifondo que me había barruntado: a la media hora, el jolgorio era un puro relajo. Al terrero se habían tirado parejas que requintaban aquello como se requinta un traje estrecho con un gordo dentro. Luego, y para colmo, algunos desparpajados dieron en abrazar, más de lo consentido entonces, a las pollitas calentonas que los emparejaban. Con una cosa y otra soliviantáronse las orillas, comenzando las maduras a soplarse y a rezongar las viejas, sabe Dios porque suerte de comezones o resquemores.

Así fué que la rumantela agarró un caldeo de horno en punto de pan bizcochado. De repente le soltaron

a mi suegro una galleta como una baldosa. Al modo de los gallos cuando los tocan de oído, pegó a cacarear y a irse sin tino a las bandas. En cuestión de nada se armó un belén que ríase usted de las primeras calientes fiestas de Farray. Aparte la cachetada a mi padre político, recuerdo que a mi padrino, don Pedro Quintana—que era gente de las Casas, aunque de plata andaba casi tan suspirante como el que suscribe—le metieron un tan grande punterazo en un tobillo que creo que éste le saltó de cuenco y fué rodando hasta debajo de un esquinero, como si fuera un boliche de gaseosa. Se metieron las mujeres, tirándose a los pescuezos y dando reflechones, como siempre. A algunas les mermó el rodete, con lo que perdieron liendres, yéndose así lo amargo por lo dulce. Un tal Sajonao, de la Plataforma, arrió las mañas de bombardero a un balde con bebidas varias, que estaba sobre una mesilla esquinada. Lo ví empuñar una botella de cerveza y cuadrar un instante la melona de Justo el Largo, uno del Muro de Toribito, que como mandarria de calefate estaba empañándose a dar capones desde su encimera posición. De pronto, el Sajonao disparó sobre la cabeza del Largo. Y en el preciso momento en que la botella atravesaba zingando el aire caliente de la follisca, la mujer del sollajo haló por él, librándolo del macanazo. La cerveza se estampó en el cuadro de ánimas. Refrescaron los penitentes y refrescó mi suegra, que metida en un jalío abanaba con las manos pidiendo misericordia y agua de azahar, sin que maldito nadie le hiciera caso.

Cogí a Soledad, me la traje a un rincón y le dije: «¡A buen viento va la parva, tú! Hay que picar el tole de aquí. Cuanto antes, mejor. Así que agarra lo indispensable y de frente».

—¡Pero yo no puedo dejar a mi madre con esta madeja enredada...!

—No le pasará nada grave. ¡Tú sabes que nunca pasa nada, mujer! Anda, vámonos. De paso se lo desimos a Quico el guardia, que a lo mejor está por ahí. Que se tire un salto. Entre él y de por sí, esta leva acaba echándose, ya lo verás.

A Soledad le pareció bien, pero estaban los suyos de pleno en el potaje y todavía se quedó un instante orejeando.

—¡Pero, bueno!, ¿es que lo vas a pensar más...?—le dije un poco fuerte—. Yo no me he casado pa pelear con estos bardagos. Tampoco con tus padres... todavía. Ya habrá tiempo, mayormente con tu madre. ¡Mira que si me dieran un golpe mal dado esta noche...!

Me la traje allá atrás, al patio, y la miré cerquita.

—¡Yo me he casado pa perder el mundo de vista, solito contigo!

—¡No empieces con relajos, niño!, ¿oh...?—se me engrifó, cuando menos lo esperaba.

—¡Oh, padrito!, ¿todavía...?

—¡Pues claro! Mientras haiga gente y velas ensendidas, te estas quietito de lengua y manos, ¿estamos?

Nos escurrimos por entre el rebumbio. Teníamos nuestro cuartito preparado en un portón de don Esteban el Baifo, ciudadano del que ya usted se ha ocupado en papeles y hasta en pasillos de teatro.

Todo allí era de «ca» los Peñates: nuevito, oliente a recién hecho, relumbrando por los frescos barnices, tan geitosamente muñequados sobre el pinzapó, que esta humilde madera de los pobres amagaba caoba. O uno se lo creía, lo que en ocasiones también vale.

En el centro, un catre hermoso, de hierro negro, con sus cuatro perinolas doradas, con sus dos colchones tiernos, restrallando del generoso colmo, con sus sábanas

a estrenar, amorositas y tan blancas que ni que las hubieran tejido con lirios del Monte. Y en una punta que aparecía doblada—de alguien que abrió el embozo a cosa hecha—dos grandes letras en realce, la una dentro de la otra, bordadas con tanto esmero como refistoleo por las manos primorosas y amorenadas de la que había sido mi novia, de la que desde hacía un ratito era mi mujer: «P. S.» Pepe. Soledad...

Daba pena arrugarlas. Pero mi amigo, todo en este mundo hay que arrugarlo, porque si no, y esto es peor, arruga de por sí.

Madrid, noviembre 1955 - febrero 1956.





ACABOSE DE IMPRIMIR ESTA OBRA,  
"MEMORIAS DE PEPE MONAGAS",  
EL DIA 24 DE DICIEMBRE DE  
1958, VISPERA DE LA NATI-  
VIDAD DEL SEÑOR, EN  
ARTES GRAFICAS  
IBARRA, S. A.  
CACERES, 15  
MADRID

PANCHO  
GUERRA



Precio: 75

RIAS & PEPE MONAGAS

BIG  
860-3  
GUE  
men

